

60 muertos en la **ESCALERA**

CARLOS
DROGUETT

— N A S C I M E N T O

“SESENTA MUERTOS EN LA ESCALERA”

Esta novela mereció el Premio único en el Concurso patrocinado por nuestra Editorial, concurso en el cual participaron 44 novelas en dos años consecutivos.

Su autor, Carlos Droguett, casi desconocido hasta la fecha en su propia patria, pasará con esta obra a colocarse en primera fila, no sólo entre los novelistas nacionales sino también continentales.

Su obra ha sido traducida y divulgada abundantemente en Francia por el humanista Francis de Miomandre, quien, al presentarlo al público francés en la gran revista “Les Cahiers du Sud”, textualmente dice:

“Sa vision de la vie, profonde, pathétique et quelque peu amère à force de passion, n'est pas sans analogie avec celle des grandes Scandinaves”.

De la nutrida correspondencia que se ha cruzado en los últimos años entre Droguett y Miomandre, extractamos también algunos otros conceptos

CARLOS DROGUETT

SESENTA MUERTOS
EN LA ESCALERA

novela

PREMIO UNICO DEL CONCURSO NASCIMENTO

Prólogo de
JUAN DE LUIGI

N A S C I M E N T O

SANTIAGO

1953

CHILE

CARLOS DROGUETT

SESENTA MUERTOS EN LA ESCALERA

novela

Es propiedad

Inscripción N.º 15814

PREMIO ÚNICO DEL CONCURSO NASCIMENTO

Prólogo de

JUAN DE LUIGI

N.º 2660

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1953

A Monsieur

FRANCIS DE MIOMANDRE

*Maestro en el arte y en la vida,
como testimonio de antigua admiración
y de profundo agradecimiento*

Santiago de Chile, Invierno de 1953.

Después de publicar su cuento "Los Muertos del Segundo Obispo" y de su destacada labor periodística en

ESTE LIBRO

no lo he escrito yo. Lo escribieron los muertos, cada asesinado. He tratado, además, de escribir una historia no otorgando franquicias ni al panfleto ni al escándalo. No me interesa lo fácil. En las páginas que siguen hago historia, pero historia de nuestra tierra, de nuestra vida, de nuestros muertos, historia para un tiempo grande y depurado. En las páginas que siguen subrayo el dolor y soslayo, no más, la política.

PROLOGO

Carlos Droguett comenzó a publicar sus cuentos en el desaparecido diario "La Hora" a raíz de una polémica con Miguel Serrano; versaba sobre el cuento y tuvo como campo de lucha la revista "Hoy". Francis de Miomandre los tiene en su poder, los ha traducido y ha publicado algunos en revistas de París, los ha calificado de "admirables". Droguett introducía, fuera de su estilo, una novedad al cuento nacional. Su forma estilística parecía a ratos transformarse en un líquido; quería abarcar todos los matices internos y exteriores en una sola masa fluyente sin desuniones, sin fisuras y, sin embargo, en movimiento; y su contenido estaba formado por grandes bloques emocionales en los que la subjetividad del autor estaba presente, sin estarlo él, pero siempre presente. Una excepción parece ser el que dedicó al padre Gómez de San Felipe; fué un primer ensayo que no ha continuado.

* * *

Después de publicar su cuento "Los Muertos del Seguro Obrero" y de su destacada labor periodística en

el diario "Extra", Droguett se sumergió en el silencio. Su producción aflora hoy día con esta novela que la Editorial Nascimento premió en su concurso. No es su única obra; tiene seis libros, algunos de los cuales han merecido de Miomandre juicios parecidos al citado más arriba; pero los editores hasta hoy no se han preocupado por ellos y sólo ahora que su nombre salta a la publicidad por el Premio Nascimento, las editoriales piden su concurso. Es la costumbre, la publicidad antes que el mérito intrínseco. Es el ribete de sombra que siempre acompaña a los triunfos; y es lo que hace que los que triunfan miren con cierto desdén a los demás y a su propio triunfo.

* * *

He citado su libro y su trabajo en "Extra" porque son dos de los orígenes de su obra actual. "Sesenta Muertos en la escalera" es en su núcleo los muertos del Seguro Obrero; pero también se le amalgama algo de lo que publicó como folletín sobre el antiguo crimen de calle Lord Cochrane; y además otros elementos.

Tiene interés secundario juzgar el aspecto formal en que dos hechos, tan distantes en el tiempo y tan diferentes en su esencia como el asesinato de calle Lord Cochrane y la matanza del Seguro Obrero, han sido fundidos en una sola pieza; eso forma parte de la característica fluyente, líquida, como dije más arriba, del estilo de Droguett. Pero ambos inciden por igual en un tema: la muerte; la muerte que es el punto distintivo, el signo fatal de un determinado régimen en el que toda acción humana parece empujada hacia ella; y la muerte que parece haber sido una

obsesión de Droguett; es el reflejo más fuerte que el régimen ha impreso en su espíritu de disconforme y que ha impregnado toda su psiquis de hombre que no se adapta al medio y reacciona por todos los poros contra él.

* * *

A primera vista este libro aparecerá como una gran vid de cementerio plantada en tumbas y que produce racimos de muerte. Toda la muerte, sobre todo la violenta en sus distintas formas, florecen en él; la de los asesinos a arma blanca a la luz de los faroles en las tétricas esquinas del arrabal; la de los suicidas en los fríos canales de agua parda; las del asesinato en las inexpresivas y, sin embargo, características piezas de la mediocridad burguesa; la de la guerra, la de los fusilamientos y sobre todo, las de la masacre efectuada en pleno centro de Santiago; y junto a ella, todas las pérfidas malezas de la penumbra humana, los frutos de un sistema de penumbras; la lubricidad fría, el instinto primitivo, la crueldad, la brutalidad, el impulso sin sujeción y la crueldad metódica manejada con mano helada que se transforma en un pesado mecanismo de acero que pasa sobre cuerpos humanos, triturándolos, deshaciéndolos, haciendo saltar sangre y pedazos de entrañas como una máquina de moler carne movida por una cocinera que piensa en el guiso, pero no en que la carne que muele fué antes animal vivo.

* * *

La muerte, la obsesión de la muerte y de los muertos, es patente aun en la obra periodística de Droguett. No es

el problema metafísico ni el personal de la muerte propia sino casi se diría, la voluptuosidad dolorosa de ella; hay en su espíritu un desajuste, la existencia de dos términos que no puede conciliar entre la necesidad de vivir, la utilidad y la belleza de vivir y la existencia de muertes acaecidas sin razón, por voluntad exterior, sin que hubiera una causa o una obligación trascendente para que ellas acaecieran. Esto refluye en las circunstancias que detalla en cada una; vuelve a reflejarse en los elementos circunstanciales, a los que da concisa y fuerte vida artística. Las cosas toman entonces una vida propia; son elementos que tienen un destino y que lo cumplen los muebles, los faros, las luces, las calles; y también los elementos naturales; todo lo creado por el hombre y la naturaleza en que fué creado sigue cumpliendo su sino y su tarea; a veces los hombres lo desligan de ello y le dan usos que no le son propios; pero, luego, continúa su ruta; sólo los hombres, los creadores, los que lo han fabricado, son apartados de su ruta propia, desarticulados, despedazados y muertos. Aparecen como lo único transitorio y lo único que no cumple su papel.

* * *

Esto, con ser mucho, sería poca cosa. Esta muerte omnipresente, esta contradicción entre la vida que podría ser realizada en todos sus aspectos y la muerte que le cierra los caminos, entre unos hombres empujados por sendas torcidas que lo llevan al no ser luego de no haber vivido, y la oposición entre las cosas que lo cumplen y que por consiguiente viven y los hombres que no la cumplen y

mueren sin haber vivido, tiene una raíz más honda. No hay que creer que Droguett es un amante de la muerte; siente su presencia y su imposición inoportunas. Antiguos artistas la sintieron y la expresaron sólo para determinados seres. La manifestaron concisamente. Hay grandes ejemplos; citaré algunos imperceptibles. El de Petrarca, por ejemplo, en su famoso "Soneto":

"Io son colei che ti di' tanta guerra
E compiei mia giornata innanzi sera".

O el de Ronsard:

"Avant soir ce clorrá ta journée".

Y en François Villon.

Musicalmente la encontramos en Wagner en la música funeral de Sigfrid o en Beethoven en la marcha funeral para un joven héroe. Pero Droguett la siente en todos; ve su amenaza y su presencia en toda la vida humana y no sólo en un grupo de personas; de ahí que haya ampliado su antiguo libro y haya escrito el actual en el que ella, la muerte, se presenta en todos los ambientes. Más que eso; no viene, la traen, la fuerzan a actuar, la obligan a efectuar antes de tiempo su tarea.

* * *

El trauma que algunos filósofos modernos creen notar en la base psíquica del individuo cuando éste toma contacto con el mundo exterior y con el prójimo, parecería estar amplificado en toda la personalidad de Droguett. No creo en la existencia de él. El hombre es por especie un

ser colectivo; el trauma se produce no en la psiquis del individuo en el ambiente normal sino cuando ese ambiente no permite la libre manifestación de los elementos potenciales; cuando el ambiente por uno u otro camino, cierra las posibilidades, tuerce las rutas, impone formas agobiadoras e injustas; para explicar este hecho, antaño se habló de la herencia; hoy parece estar de nuevo de moda echar la culpa a la naturaleza y al paisaje circundante; se ha citado con exceso para darle vida, la famosa frase de Portales "el peso de la noche" y se habla de la influencia de la cordillera, del mar, de los valles transversales y cosas semejantes. El ambiente lo crean la colectividad y su régimen. Y el régimen es hoy un fenómeno internacional; por más que se diga no es un régimen que conceda a todos las mismas posibilidades; y los obstáculos infranqueables que oponen, no son aquellos que sirven de estímulo y formación de la voluntad sino que la debilitan y la aplastan; no se llega mediante la voluntad como no sea la aplicada a cosas mínimas y míseras; se llega negándose a sí mismo, traicionándose, entregándose o vendiéndose. Pero no todos lo saben o lo quieren hacer. Para eso hay dos caminos: uno adquirir la conciencia precisa de la situación y ubicarse donde le corresponde para luchar desde allí; otros, sin haberla adquirido jamás o sin haberla formado aún, sienten a cada instante y en todo su ser los golpes, las heridas, las injusticias, las humillaciones.

* * *

El artista tiene, por serlo, una sensibilidad más rica y organizada; a veces, una hiperestesia; lo que en los de-

más es sólo un pathos localizado, en él se amplía, abarca otras regiones, llega a interesar todo el espíritu, a veces el cuerpo, y sigue ampliándose más allá, reúne toda la especie; con él fabrica todo un sistema y lo proyecta hacia la vida total; puede ser que yerre en los detalles; se equivoca al reducir la vida humana a ese sistema; pero no puede negarse que su enfoque es también verdadero; enfoca y crea a través de él una realidad artística que no tiene más defectos que el haber transformado un aspecto parcial en una universalidad. Lo hace por la restricción y la falta de precisión de su conciencia. Le faltan las verdaderas orientaciones. Pero su obra refleja una realidad; es un corte doloroso en una realidad dolorosa e injusta.

* * *

Carlos Droguett, lo sabemos bien los que lo conocemos, ha sentido toda la hostilidad del ambiente y ha reaccionado siempre contra ella. Esta obra lo demuestra, porque en ella no está sólo la muerte; están la pobreza y sus consecuencias, están las deformaciones a que es sometida la personalidad, están las desviaciones a que son empujados los seres. Es un gran cuadro emocional al que falta para ser completo el soporte de la ideología, de la explicación, de la salida. Droguett está aún encerrado en su individualidad; ella es amplia y rica y alcanza a abarcar el sentimiento, la emoción, el drama y la tragedia de las demás vidas; pero es aún su individualidad; nadie le pide que abdique de ella ya que ello sería pedirle que abdicara a ser artista y a dejar de ser a secas; pero ella podrá ampliarse aún más, fortificarse, al revés de lo que

creen o dicen los que han planteado mal el problema del individuo y de la colectividad, si se resuelve a relacionarla con su verdadero medio creador, a darle una razón de ser, una razón de actuar, una razón de crear que vaya más allá de la sola voluntad o necesidad de crear; eso es cuestión de convencimiento intelectual, pero a ello se puede llegar y aún se debe llegar por el camino de lo emocional y del arte.

* * *

En su libro Droguett ha reflejado todo un aspecto morboso del régimen; es una obligación imperiosa de él la que lleva al mismo destino a Corina, a Diego, a la fuerza armada a tanta distancia de tiempo y en circunstancias superficiales tan diversas; todos viven una vida que no es la suya, sienten con violencia el desacuerdo entre lo que quisieran ser y lo que son obligados a ser; unos tratan de liberarse de esa pasión por el camino de la satisfacción del instinto; otros se justifican con una orden; todos protestan, pero su protesta es mínima y limitada. También es patente en la obra la insuficiencia de esa protesta y la monstruosidad de seguir bajando la cabeza para seguir siendo lo que son. Pero, en esa protesta personal y débil, subjetiva y emocional, se cierra el libro. Se cierra con el triunfo de la muerte. Allí radica la limitación del estado actual de Carlos Droguett.

* * *

Carlos Droguett ha singularizado aún más su estilo; en el libro podemos notar diferentes muestras de él que in-

dican, seguramente, los momentos diversos en que escribió; pero todos llevan el sello de su personalidad. Su frase es larga y en ella acumula los matices; a ratos, muchísimas veces, su reacción artística exasperada, de inconforme, rompe el *fluir* natural; las cosas y aún las partes del cuerpo humano adquieren vida y destino propios; Droguett los proyecta en papeles propios como si pudieran seguir existiendo, tales como son, fuera del sistema de relaciones para el que han sido creados y dentro del cual actúan; digamos un corazón que pudiera seguir siendo corazón y actuando como tal sin el resto del organismo o una cabeza que continuara siendo cabeza y actuara como tal, separada del cuerpo. No creo que haya en esto ninguna intención ni influencia de esencias o de fenomenología; Droguett hace eso incluso con las personas; imagina lo que serían fuera del medio, pero como si siguieran actuando tal como el medio las formó, pero sin que éste exista. Es más bien una manifestación de fantasía emocional; también Manuel Rojas, en "Hijo de Ladrón" ha creado páginas semejantes; pero Manuel Rojas lo hace en grandes planos organizados como el de las casas y las calles de Valparaíso, o las páginas que se refieren a la lesión pulmonar. Droguett se limita a los solos objetos, su fantasía es más inmediata y más directa.

* * *

Carlos Droguett está en el principio de su carrera artística. Ahora que muchos obstáculos que lo ahogaban han caído, por mucho dolor y trabajo que le haya costado derribarlos, su visión se ampliará indudablemente. Ha su-

perado una valla y es lógico que desde lo alto de ella se contemple el panorama más amplio que cuando se estaba a su pie. Lo importante es superar vallas, pero no olvidarlas; lo importante es hacer de la experiencia personal una parte de la experiencia colectiva. La muerte es uno de los signos del sistema actual, pero puede ser, no esquivada, pero sí empujada a su campo natural; la miseria colectiva, la alienación de los hombres, la entrega al instinto, la malevolencia, todo el cuadro puede ser vencido. Una flora de la penumbra es vencida por la luz del sol; Carlos Droguett es uno de los más poderosos prosistas jóvenes de Chile; tiene todo lo necesario para ser uno de los primeros si no el primero entre nuestros novelistas de mañana. Está bien pertrechado y no sería leal ni con su vida, ni con su experiencia dolorosa, ni con los suyos, ni con sus personajes trágicos, si no utilizara todo lo que tiene para que mañana no haya Corinas, no haya órdenes de muerte, para que Diego no sucumba en una fría mañana de arrabal a mano airada, para que Corina no deba casarse con David, para que no haya carabinas que maten a los estudiantes y para que no haya sesenta muertos en la escalera.

JUAN DE LUIGI

ANTECEDENTES

Amigos míos, no les parecerá bien a ustedes que yo hable sobre eso terrible y rápido que ocurrió en la ciudad hace un año exacto. Tal vez a ustedes no les parezca bien, pero yo sólo deseo que no les parezca mal, demasiado mal. A mí, que nunca hablé demasiado, bien pueden dejarme que hable un poco ahora: a nadie en la vida molesté bastante. Ustedes, eternos bondadosos, dicen que el olvido es bueno, pero yo les repito —ya se lo dije el otro día cuando hablamos— que recordemos mucho, demasiado, rabiosamente, antes de olvidar un poco.

Yo entonces estudiaba, pero después enfermé. La vida es eso. Uno está sano, enferma y se mejora. Porque el cuerpo es lo que enferma. El alma no; ella, apenas, se entristece. Estaba enfermo, pero trabajaba en la imprenta, y a trabajar iba esa tarde cuando hacía ya una hora que estaba ocurriendo aquello.

Me había bajado del tranvía en la esquina de la calle de San Antonio. Iba aburrido, disgustado. Mi trabajo comenzaba a la una y por eso tenía que almorzar muy temprano, un almuerzo siempre crudo, un asado asqueroso,

pedazo de animal vivo, una lechuga enferma, empapada en un aceite acuoso, de sudor frío. Sí, iba aburrido y preocupado, pues ella también estaba enferma, esperaba, tal vez, un hijo. ¿Te acuerdas, Isabel? Estabas enferma y triste. En las noches, te quedaba mirando. Tornaba mi cara en la oscuridad y sonreía hacia ti, para iluminarte. "¿Que para qué vivimos?" y luego, tras el suspiro, se te desalentaba el alma, se te arrugaba la vida y llorabas despacito.

Aun te escuchaba llorar mientras tranqueaba fuerte bajo el sol en las calles calcinadas del mediodía. No, no llores más. Créeme a mí, que te quiero, no desees morir, la muerte no es un descanso exacto, un refugio seguro. ¿Cómo podemos descansar si, cuando llegamos donde ella, nosotros ya no somos nosotros? La muerte es una cosa desconocida que no podemos ver desde donde estamos. De verdad, la vida es vulgar, es sombría en todos sus grandes pedazos y por ella misma no vale la pena vivirla, desenrollarla. Pero podemos tolerarla a causa de las cosas que en ella encontramos y que no siempre son la vida, por ejemplo, la alegría, los sueños, las ideas raras, los países que surgen del vino, las creencias referentes a tanta cosa, por ejemplo, el amor hacia alguna gente, a los seres de la gente, a los seres de las cosas. ¿Te das cuenta? El amor es una sustancia nuestra, un elemento simple que segrega el alma en el interior del cuerpo, que nos envuelve en su tibio licor, todo para que no estemos solos, todo para que enloquezcamos de felicidad o de desgracia inmensa.

Y ella me decía un día, tornándose rabiosa:

—¿Por qué no te vas para echarte de menos?

Mi amor se asustaba cuando escuchaba eso, sufría mi amor adolescente, pero mi boca hablaba para sonreírse:

—Sí, se desea, a veces, alguna cosa espantosa así. ¡Ganas de irse!

No nos íbamos y el amor nuestro era el hijo tuyo, mío. El amor es un hijo de los seres, un pequeño invisible ser, que vive con la gente, pegado a ella, como el cuerpo de la gente, apegado a ella, como el dolor al alma. Un hijo para quien se vive y a quien se respira y en quien se piensa siempre porque no se le puede ver. El amor de nosotros era ya, entonces, un producto precioso nuestro, una maravillosa industria, que nos llenaba completamente, al cual alcanzaba todo lo que a nosotros nos ocurría, lo bueno que nos daba aliento para seguir arrastrando a dos manos el crujiente cuerpo, fieramente cargado, rebasado de nosotros, y lo malo que nos desalentaba, igual que un tenebroso invierno que desplegara de repente su gran callampa de humedad en medio del amarillo verano. El amor existía en nosotros, en nuestra casa, no podíamos verlo, pero lo escuchábamos siempre y siempre sabíamos que él estaba cerca, que junto a nosotros manaba su dulce fuente. Y en la tarde, cuando el sol del verano se metía en la noche y la noche echaba un calor negro y yo olvidaba mi cabeza en tu falda, me sentía tenuemente decapitado y surgía el agua triste desde el fondo de mi tierra para que nuestro amor, invisible y evidente, asomado a la orilla, se mirara a los ojos. Yo entonces conocía que mi amor sufría por ti y tú dejabas deslizar tu mano y me acariciabas la pena. Te escuchaba dejar caer una palabra sola, como hoja seca, y en el silencio presentíamos que ambos estábamos tristes y conocíamos que en alguna parte de nosotros el amor nues-

tro se estaba también afligiendo, enturbiando, igual que un niño que, cuando la madre enferma, ya se está quedando huérfano. Cuando surgía la pena, tú y yo y el amor tuyo y mío, estábamos, los tres, tristes. Cuando nos encontrábamos desolados, el amor vagaba alrededor nuestro, buscándose desolado. Sentíamos correr sus piecitos desnudos entre los árboles, bajo las hojas secas. Así lo adivinábamos y, por eso, en las piezas de la casa, oíamos siempre tanto silencio y hasta los objetos más vulgares nos miraban desde su inmovilidad con su ojo sosegado, con su tristeza disecada. Más tarde, cuando llegaba el día de hacer las maletas y de tener que irte hasta tu familia, en el mar, los dos sabíamos que el amor de nosotros se iba también, no sabíamos a dónde, igual que tú, que te ibas a Valparaíso, igual que yo, que me quedaba en Santiago y sentía, sin embargo, que me iba, no sabía dónde, no conocía cómo. Por eso, en el momento de tener que irte, teníamos un miedo de tres hojas, a causa de lo que ya conocíamos y también a causa de lo que no conocíamos y estábamos temiendo. Cuando te ibas, era que se iba de nosotros el amor nuestro, nosotros no sabíamos a dónde (y este no saber era que nos queríamos) y allí donde él estaba acudíamos (cada cual solo) a mirarlo para tenerle lástima, estando tristes nosotros mismos. Acudíamos dentro de una carta para mirarlo y cuando abríamos el sobre parecía (tú me decías después que así realmente era) que estábamos abriendo un ser muy querido, y también alguna vez acudíamos a escuchar su rumor en el hilo del teléfono. (Tú recibías el ruido de los campos agitados bajo el viento seco del verano, mientras a lo lejos, por sobre las oficinas llenas de empleados borrosos y tristes y las fábricas

repletas de obreros airados y trágicos, ascendía el suave atardecer. Yo recibía el ruido grandioso del mar desplegando su espumarajo inmenso en el oído de Valparaíso, mientras, a lo lejos, se acumulaba una tempestad eléctrica, inyectada en sangre, sobre el cementerio de Playa Ancha y el bramido triste de la Boya del Toro corría por la calle Prat, hacia abajo, hasta el lejano Almendral y se ahogaba en el ascensor húmedo del cerro Polanco, buscando más suicidas). Siempre creí que el amor era una evidencia, como la vida, como la soledad, tan evidentes, y que fuera de nosotros el amor existe, aunque nadie en el mundo ame y que es capaz él mismo de estar amando, de estar sufriendo y de odiar a las gentes a través de las gentes. Existes tú, Isabel (y tú eres triste por dentro), existo yo (y yo soy solo por dentro) y existe el amor de nosotros (que entre nosotros dos es solitario y es triste). Pero se ríe también el amor de los dos cuando tenemos risas en la boca y proyectos en la cabeza, cuando pensamos que, en los años que vengan, en el viento de los años, en la suerte que surge de los naipes y del cigarro de la bruja, ha de variar nuestra situación, nuestra posición en la vida, este océano invisible y seco que nos ahoga. Yo creo, deseo, espero que al lado tuyo la vida se torne hermosa, generosa para nosotros, así como la áspera fruta verde que, desde el fondo del invierno madura su acidez, madura el sol, el viento, madura el agua de los postreros aguaceros en el interior de la fruta. Al decir esto es igual que si mirara a lo lejos y te viera en aquel pueblo cordillerano, cerca de la frontera, con la Armida, tu amiga, tan rubia, tan frágil y quebradiza y, arriba de ella, dos hojitas azules adelgazándole el rostro. Te veo en la noche, ca-

minando desde las casas, a través de los árboles inmensos, de los potreros llenos de animales, que, cuando tú pasabas despedazada de miedo, se movían pesados, amarrados en el sueño, con el sueño, mientras tú caminabas y temblabas bajo el cielo pesado, preñado de nubes hinchadas, de relámpagos, de truenos, de los vientos horribles que luego saldrían galopando desgredados, con una luna muy grande y baja, cayendo, saltando por ellas, cayendo, saltando la triste oveja gorda entre los riscos, los montes, las quebradas, huyendo, dejando jirones de lana luminosa entre las zarzas nubladas, huyendo del terrible viento aullador que desparramaba los árboles. Con tu vestido blanco, que presagiaba la lluvia, caminabas llena de miedo a través de los potreros, a través de la soledad húmeda de la noche, para encontrar al novio y entregarle la carta, a través de la noche con alambradas y animales durmiendo en las alambradas y con nubes blandas y negras rodando entre los animales y los árboles que bramaban asustados y con jirones de luna desflecándose entre los alambres. Así te veo en la noche, en el campo, en el pueblo de la frontera, regresando después hacia las casas, mientras tu miedo quedaba atrás, donde sentías que se iba el novio, duro y desesperado, golpeando la noche con cuatro herraduras de plata y tu miedo era una cosa pequeñita ya, igual que una tenue humareda en las ruinas de un grande incendio. Caminabas oyendo el lejano caballo que iba galopando por tus oídos, golpeando las duras nubes y haciendo saltar la lluvia (tú veías las luces de las casas desde muy lejos y pensabas que te ibas a morir) y venías, no obstante, contenta porque sabías que el novio tenía ya en sus firmes manos la carta de tu amiga y, por

eso, el novio, bramando de felicidad en la noche, blandía la mano que apretaba la carta y el huascazo sacaba espuma de dolor de los belfos del caballo que se hundía en el horizonte, donde estaba lloviendo. La carta había sido en tus manos un pájaro tembloroso echado a volar por tu amiga y tú llevabas en la noche, temblando entre tus manos miedosas, el triste y desamparado atadito de plumas hasta el hombre, que aguardaba al otro lado de los alambrados, lo mismo que un árbol firme, fibroso. Así te veo en esos años, corriendo por el sur de la frontera, con la Armada, las veo a caballo galopando esos años y tendido desde ustedes el pelo negro tuyo, el pelo amarillo de tu amiga, volando desde ustedes las dos risas, montadas en el viento, en el lomo invisible, en el lomo chúcaro, corriendo sobre los caballos, por el campo, hacia los cerros. De esta manera te veo, cerrando los ojos, abriendo la memoria y no sé por qué presiento que te quiero desde entonces y hasta tu casa en Valparaíso, con el viento de Valparaíso lleno de barcos, lleno de banderas, de peces que surgen del mar y vuelan a bocanadas grandes por el plan y corre por las calles hundidas el viento mojado, lleno de ruidos profundos, de ruidos de naufragios y de los cañonazos de los truenos que dispara el horizonte y que hacen tornar la cabeza hacia el mar a los marineros que, escuchando la radio de la plaza, esperan a unas piernas frente a la iglesia Matriz. En Valparaíso ocurrieron los mejores años, el peor tiempo nuestro y continuamente estuve viajando en aquella época hacia el puerto, que en todas partes del horizonte se encontraba. Viajaba a las seis de la mañana, en el invierno, con las luces frías de la noche, en el tren y el tren se metía por un largo túnel de viento y ahí iba yo,

ahí iba, amor mío, hacia ti, en la bahía. Llegaba hasta ti en el invierno y entonces, allá, tu existencia se abría sobre mí, permanecía cálida, pensativa, con un sol en medio del invierno, con un calor en medio del frío. El invierno oscurecía luego al puerto, lo hundía en el agua ploma, pero yo veía la luz que de ti emanaba sólo para acompañarme y cuando caminaba a tu lado hacia la estación, venía triste, apagado, y te veía lejos ya, llena de luces, a lo lejos, eras mi ciudad y me venía de ti hasta Santiago, sólo para recordarte, y pensaba en ti, que estabas a la orilla del agua, inclinada sobre tu tristeza, hundiendo tus ojos en el mar, por donde pasaban bocabajo los trenes. Mucha tierra quedaba entre las dos ciudades y eso nos separaba con una seguridad enorme y a veces la gente (un poco de tierra cada gente) que también concienzudamente nos separaba. Por eso mismo, te quería más y cada vez tenía que pensar en ti para poder quererte y, sin embargo, todo me daba miedo. Me daba miedo tu casa, en el cerro, donde subí aquella vez con los ojos cerrados, cuando me llevabas a través de la escalera oscura. Entonces me dijiste, buscando un misterio: "No abras los ojos" y después gritaste hacia dentro de la casa: "¡Mamá, ya está aquí!" y tu madre me vió con los ojos cerrados y se puso a llorar y gritaba abajo, en el patio, lavando las copas que sonaban en el agua: "¡Dios mío, si fuera ciego!" Así estuve en tu casa y después miré la ventana y supe que por ella te asomabas a verme cuando estaba en Santiago y me asomé y vi que allá en el agua negra, donde se ahogaban las luces, había un buque amarillo y negro tosiendo humo, y arribaba, salpicándose en el agua, las alas de las gaviotas, mientras gaviotas de papel cabeceaban sobre las olas. Todos en

tu casa hablaron esa tarde de cosas tristes. Tu madre habló de aquel muchacho ("¿te acuerdas, Isabel?"), que se tiró al mar desde la Roca Feliz. Hacía un año exacto de eso, un invierno exacto. La gente que vivía en los cerros lo vio pasar y después dijo la gente que el muchacho iba cantando y su corbata suelta bailaba una danza fría en el viento del invierno y el viento suelto le azotaba la corbata, la ropa, la canción. Así caminó hasta la Roca Feliz. Era alta y solitaria y el día era nublado y era una tarde llena de invierno la que existía en el mundo. Así habló tu madre esa tarde (y nos inundaba con sus ojos de delgado color verde) y me miraba con fijeza, como diciéndome que nunca me matara. Afuera, a lo lejos, en la bahía, hizo sonar su tristeza la Boya del Toro, en medio de la noche negra y mojada, hizo llorar su triste hueso, su cuerno solitario y entonces nosotros tuvimos pena y me vine lleno de amor desolado hasta Santiago. No hables, no pienses, no saques ninguna cosa de tu interior, déjate estar, así, poco a poco, el sueño te correrá hasta abajo los párpados, que se cierran siempre sobre el alma. No pienses en la muerte, ya ves, ya oyes, los vecinos hacen sonar la victrola y como la victrola está tocando el disco se ha puesto a bailar. De ahí, de esa máquina, cae la música guardada, la música sosegada, plegada, adormecida, la música que dormía silenciosa y mueve la música su suave onda, su cadera cadenciosa y a nosotros, a ti, Isabel, te cae la pena, la triste y silenciosa pena acostumbrada, que estaba pegándole serenidad a tu alma, se te despierta la pena negra a causa de la música y hace trepar su reptil por tu alma. "Oye", me dices y te oigo como si yo mismo me llamara. "Oye" y miro que por tus labios abiertos

salen tus palabras que no veo, pero que miran mis oídos con su ojo que escucha. Esto me asusta y un breve miedo me incorpora a medias a tu lado: "¿Quieres que encienda las luces?" Pero, en verdad, las luces ya están encendidas. Estamos solos, pues. Pensar que te quiero y pensar que estás triste y, con todo eso, podíamos estar alegres, pero estamos tristes y pasamos, sin palabras, de un minuto al otro momento. Mañana, puede ser, estaremos riendo a causa de ninguna cosa, pero ahora, nuestra tristeza es un país que existe inmensamente. Está a nuestro lado y nos pone sombríos y nos deja solos. La pena de una muchedumbre también es solitaria. Estamos solos, uno al lado del otro y es tan raro esto, estar separados y no estar confundidos, como debiera ser, metidos uno en el otro, mezclados como el agua con el agua, como el humo con el viento. Es extraño, te quiero y no puedo, a pesar de todo, estar más cerca de ti. Tu cuerpo, mi cuerpo, nos separan, nunca estaremos juntos. ¿Te das cuenta? Hace falta la institución de un solo cuerpo para que dos personas vivan juntas en él y se quieran en él y estén reunidas sus almas. Por eso se matarán los amantes. Para juntarse. Un ser humano se compone de un hombre y una mujer. Ahora, a lo sumo, mi alma se me sube a los ojos y pegada a ellos, como un niño a un vidrio, te mira y ve que, más allá de las lágrimas, en el interior de tu agua, tienes pena. Y por eso piensas en la muerte y me preocupas diciendo cosas acerca de ella. Y me preocupo porque ignoro todas las cosas con certeza, sólo conozco que uno termina de vivir, pero no sé si muere, si comienza a vivir su muerte, porque morir ha de ser, quizás, el vivir de las almas, la otra mitad de nosotros. Cada cual llevamos a los muer-

tos en nuestra alma y pensamos en ellos y sentimos que en nuestra tierra se adentra el viento de los muertos y corre enloquecido. Y eso nos ayuda de alguna manera que ignoramos. Sin los muertos que llevamos a cuestras sólo nuestro exterior viviríamos, alimentaríamos, vestiríamos, sólo nuestro cuerpo, nuestra evidencia de carne. Los muertos nos hacen tristes, es decir, nos hacen pensativos y ellos se mueren sólo para que nosotros pensemos en su extraordinario país lejano. En el día de los muertos, el cuerpo de nosotros conmemora la pudrición de sus flores y las llena de agua de pena, agua con agua verde, podrida, tumefacta en su interior espeso, preparada como una comida de difuntos. En este día, el cuerpo de nosotros coge su no expresada pose y se coloca al margen de la vida para tejer su filosofía acerca de la muerte y los seres de la muerte. En este día de los cuerpos que viven horizontales bajo la tierra, los cuerpos verticales sobre la tierra piensan su suave transcendencia, afirman en su pensamiento el aire de las cosas espirituales que no se pudren; y los habitantes húmedos de la carne por la que ya no circula la vida. Los cuerpos de la gente abierta todavía hacia la vida piensan en este día dedicado a los muertos, de un modo enaltecido, en todas las cosas que no tienen cuerpo que descomponga, seque y muera, enredaderas arrastrándose encima de la pared del hombre, arrastrándose como perros vegetales, mientras la transpiración postrera, entrega sus últimas gotas maduras, igual que sol que suda todo su color. En este día, al borde de toda la carne enterrada bajo los mármoles y disimulada bajo el perfume de las flores, los cuerpos de la gente —que lleva su vida como un pequeño y firme cacto— piensan con profundidad en la vi-

da y en la muerte, estas dos maneras de nosotros, este blanco y este negro de nuestras actitudes.

Con qué firmeza nos quedamos estirados, rígidos, decididos, tendidos sobre la muerte. Con qué franqueza aparecemos en esa forma postrera; ahí somos nosotros mismos, enteramente abiertos hasta atrás, igual que un libro o la hoja de una puerta. Por nosotros penetran entonces la muerte y todas las cosas de la muerte, los animalitos de ella, sus matices más permanentes y comienza entonces el decidido trabajo negro tan exacto. Nosotros, mientras, estamos tendidos lo mismo que un mueble y alrededor desarrollan su agua los ojos familiares y la pena disuelve en ella y diluye la pena; estamos cerrados para siempre por la llave de hueso de la muerte, clausurados, excluidos, permanentes y horizontales. Por que eso es la muerte, una clase de territorio donde crecen bosques horizontales. Silenciosos bosques donde jamás un pájaro, nunca una brisa agitaron los ramares altos. Bosque para llorar a gritos, para clavarse las uñas sobre la misma garra de la sangre. Nada más que pájaros de tierra que la gente llama paletadas, nada más que nerviosas avécitas peladas que los locos llaman ratones, pueblan este inmenso bosque. Se abren grandes flores, corolas enormes y sombrías, donde se meten los hombres silenciosos para libar una miel de luto. Entonces es cuando vuelan las grandes mariposas de tierra y caen sobre las abejas, sobre las corolas, vienen las mariposas y tapan eso.

Pensando de esta manera, los hombres vivos, los hombres con los ojos abiertos, son de otro modo cuando piensan en la muerte, cuando ven caer a un muerto a su lado, existen con menos cuerpo, pero con más alma; algunos

estrenan en estos días su enmohecido espíritu, una actitud que no acostumbran. La cosa de la bondad, la cosa de la solidaridad, la cosa de la inteligencia hacen brillar su relámpago en estas horas primeras del luto sólo para que los hombres descubran su resquicio bueno, su trozo intachable y, sepámoslo con simpleza, lo descubierta cubierto estaba. Y es que en realidad el cuerpo es una capa para esconder tanta cosa fea. Día llegará —día y noche llegarán— en que a los hombres les sea prohibido usar el cuerpo, ponérselo, ostentarlo. No hay nada más hipócrita que el cuerpo del hombre, nada mejor para ocultar las cosas malas. Es un horrible emblema. Tiempo bueno llegará en que los hombres crezcan espontáneos y se saquen el cuerpo y lo destierren para siempre de su vida, igual que un traje maligno que trae mala suerte. En este sentido vivo, la muerte es mucho más valerosa, la muerte no es más que un proceso para ir sacando el cuerpo de la vida del hombre, tirándolo de la cabeza del mundo, como camisón interminable, para dejar desnuda el alma, libre y puro el hombre desvestido. Qué mundo de hombres superiores constituyen los millones de cuerpos sepultados, donde quiera que ellos congreguen sus espíritus para considerar. Me imagino que una muchedumbre de almas elabora el tiempo de las tempestades, el viento de cada punto desatado del globo. ¿Hay algo que se nos asemeje más que el viento? Hay hombres-tempestades, pero hay también brisas que abundan, vientos tibios, ráfagas débiles para el interior de la casa. Los grandes hombres son vientos desencadenados echando a volar las páginas de la historia.

Al borde de la tumba se ponen a recordar los hombres: al borde del día de los muertos, atisbándolo hacia

abajo. En este día están enterrados todos los muertos, este día hace grandioso su hoyo para que quepan en él todos los muertos; a ninguno nunca le faltó su cucharada de tierra. Acudimos de repente hacia los muertos cuando de repente aparece por el calendario el día inolvidable en que se bajó del auto el médico enlutado llevando en el maletín la muerte, cuando caminó el asesino blando en alpargatas esgrimiendo el puñal frío, blanco y desangrado. Nos volvemos de repente hacia los enterrados y entonces, no más, nos acordamos. Recogemos brusco toda nuestra memoria, todo acontecimiento que nos corresponde; nos conocemos buenos, comprensivos, nobles, crecemos hacia arriba en la mañana del día y al ir hacia los cementerios lo hacemos llenos de bríos como caminando hacia la salud. "Todo el mundo se engrandece llorando a los muertos" comenzó a quejarse el hombre del Norte. Se quedó pensativo mirando a los espectros que brotaban en el blanquecino invierno. "Pero, ¿cuánto dura tamaño esplendor?" terminó quejándose. Nadie como él supo llevar a tanta altura la bajeza humana y le quedó el gusto desabrido en la boca, que le hacía un asco cuando mentaba al hombre. Como si los hubiera probado a todos, encontraba malo al humano, lo conocía, era un especialista de la muerte, un técnico del hombre. La muerte sirve para limarnos cada año, vueltos hacia el país de los muertos; mirándonos en los huesos brillantes de los muertos, nos contemplamos el admirable cuerpo y a través de los cadáveres que se congregan a nuestros pies, sabemos ser bondadosos con los cadáveres del futuro, dignamente, con orgullosa insistencia, ya que nosotros, sí, estamos preservados. En el día de los muertos dedicamos toda nuestra pasión a po-

neros pensativos; conmemoramos solemnemente nuestro misterio gozoso, que es nuestro cuerpo, y nos quedamos mirando a los muertos que están enterrados en el lejano recuerdo. Sí, parados en la vida, al mismo borde de ella, mirando hacia el hoyo, porque la muerte, amigos, no es más que el hueco de la vida. El saber de la vida no es más que el conocimiento de la muerte; no pensaríamos en la muerte si nadie se muriera y no conoceríamos la vida si no existiera la muerte. ¿No ves tú en la felicidad una especie de desgracia que ya lloró todo su llanto y quedó sólo la dura fibra íntima, el hueso liso, puro, desbastado. Piensa que la felicidad no es sino el acomodarse definitivo del cuerpo de la gente, el cuerpo que encontró su lugar exacto, su forma de tierra. El cuerpo, Isabel, el alma no, ella sólo es nuestro ojo eterno, que aunque durmamos, aunque muramos, mantiene su implacable mirada abierta, su ojo sin párpado. ¿Cuándo florecerás? ¿Cuándo te brotará un hijo? Ya ves, echarás un hijo, un breve suspiro de carne, una flor de carne, algo distinto, igual que la tierra, que es de tierra y que, sin embargo, da el agua, que es otra especie de tierra. Tendrás un hijo, Isabel, y se está formando ahora mismo dentro de ti y también los llantos del niño desarrollan esforzadamente, saludables y seguros, para que él después pueda llorar con amargura. Presiento que en estos días tú estás siendo una suave casa creando sus moradores. Siento resonar tus oquedades, oigo al hijo buscando la luz del día en tu laberinto, tocando con su manito tus paredes, llamándote "mamá, mamá", llorando de miedo para encontrarte, ve la luz desde tu interior oscuro y la luz lo llama con su lengua amarilla. Somos igual que la tierra, pedazos de la tierra misma, que viven,

que caminan verticales y se pone ropa la tierra y tiene sus orgullos la tierra y los rodea con alambre, como guardándolos para siempre; tierra que vive con otros pedazos de tierra, que crecen solos, con un empuje de árbol de tierra y que dice palabras de tierra y que dispone de odios, referentes los odios a otros pedazos de tierra. Tierra, sólo tierra, nada más que tierra en todo lo que abarcan nuestros ojos de tierra y cuando uno muere no ocurre sino la tierra que coge otra vez su porción y la pone normal, horizontal, bajo una frazada de tierra. Nos amargamos tanto, nos consumimos de vivir —sufrimos, decimos con nuestro particular lenguaje—, pero, a lo último, siempre aparecerá la tierra recuperando los dos metros de tierra que estuvimos llevando, trayendo, gastando en nuestra vida.

Vivíamos solos y yo, por distraerla, le contaba cosas para tornarla alegre. Pero no estaba contenta. Estaba triste y enferma, además. Esperaba, tal vez, un hijo. Me había separado de ella hacía media hora, la había dejado dormida en la oscuridad, arrullándole los quejidos su somnolencia. Iba preocupado, pensando en todo eso, golpeando con cansancio la calle soleada. La sentía lejana, separada de mí para siempre como en la última Navidad, cuando no estuvimos juntos. Jamás estuve tan solo.

La Navidad . . . Esta es la noche en que hace miles de años, en un corral abandonado, se abrieron tristemente las piernas de una mujer joven, brillaron y se estremecieron tristemente y entre ellas nació un niño débil, hijo de pobres, que más tarde moriría con los brazos abiertos. Esta es la noche en que aquella mujer de rostro dulce y lleno de tristeza parió, resignadamente sola, en un campo silencioso,

al hijo suyo. La tierra, olorosa a pasto, a guano, a campo, la recibió en sus manos llenas de callos y el niño lloraba ya, lloraba con esa hambre de toda su vida. La noche se estaba quieta para sentirlo llorar.

Esta es la noche en que las calles —calle del Puente, calle de San Antonio, calle del Estado— brillan con sus luces y sus juguetes, como zapatos de charol. El día antes, la tarde antes, las madres jóvenes han estado pensando en los juguetes que le regalarán al hijo, a su primer hijo, tan chico, tan lindo, de género, de fruta, de dulce. Ha salido la madre joven, ha salido y ha pensado en esto, en la Navidad, en el hijo, en los juguetes. Ha pensado en su matrimonio, en su noviazgo. En su familia de antes, la de su madre, en la familia de su padre y sus hermanos. Piensa, se acuerda. A través del tiempo, a través de los años y de las estaciones, los recuerdos asumen, coleccionan en silencio un brillo suave, débil, igual a una habitación en el crepúsculo. Así es su pensamiento. Una vez, una tarde, una noche se durmió pensando en los juguetes que le dejarían. Se durmió pensando en sus zapatos que estaban sosegados a los pies de la cama; se durmió metida, acurrucada en ellos. Los zapatos eran de suave, delicioso género y como estaban lustrosos era tibio el aire dentro de ellos. Eran negros y estaban tan bien lustrados que parecían blancos. Se sentía tan contenta que muy pronto los párpados cayeron pesadamente sobre la caja grande de sus pensamientos. Durmió profundamente, adentro, como si estuviera enterrada muy abajo en la tierra, aplastada por carretadas y carretadas de oscuridad y de silencio. Dormía. Negro. Despertó. Blanco. Despertó tan bruscamente que su despertar fué como esas chiri-

moyas que ella cogía allá en su casa, en el Norte, en La Serena y que eran de cáscara muy oscura. Al abrirlas, se volvían blancas de repente adentro. Despertó y sus zapatos estaban fríos, hostiles, como un lecho después que la persona se ha levantado y se ha ido.

Entonces supo que ella no tendría juguetes ese día. Ya era una señorita. El padre se lo dijo. Nunca pensó, nunca se figuró que estaba creciendo, creciendo todo el tiempo. En el día, mientras corría, mientras iba a clases, cuando volvía en tranvía a su casa, en la tarde, su cuerpo estaba creciendo. En el momento de bajarse del tranvía, en ese momento, al ir por el pasillo a la plataforma, al bajar un escalón, al dejar caer una pierna, la otra, juntas, en todos esos momentos chicos de tiempo, en todas esas vértebras de tiempo, su cuerpo estaba creciendo, firmemente, silenciosamente. Así como en las calles del centro, en plena calle del Estado, al mediodía, llena de tranvías, de gentes, de automóviles, de periódicos y gritos, en medio de tanta cosa, sucedía a veces que una viejecilla lloraba junto a una pared, en silencio, calladita, humilde, cuidadosa de su llanto, para que el ruido no se lo apagara, así, debajo del mundo, debajo del ruido del mundo, el cuerpo de ella estaba creciendo. En todo momento, siempre, sin olvidarse nunca de crecer, sin olvidarse nunca cómo se crece. Desde que se despertaba en la mañana, al levantarse en la mañana, al tomar el desayuno, al ir por la calle, al estar en clase, al ir por los patios corriendo, conversando, al tener un susto, al ruborizarse, al volver a casa, almorzando, leyendo, tejiendo, mientras escribía a una amiga, cuando estaba en el cine, cuando bailaba los domingos, cuando se estaba bañando en las mañanas, cuando dormía en la no-

che, estirada en su cama, acurrucada en su cama, su cuerpo estaba creciendo. En silencio, como una persona que se empecina. Sosegadamente, seguramente, sin cansarse nunca. ¿Qué ruido haría un cuerpo al crecer? Le parece que un ruido de seda; el ruido del vestido de una mujer que camina; tal vez el ruido de una respiración oída en la oscuridad, en la noche. ¡Dios mío, qué horrible sería sentir cómo se crece, cómo sería de enloquecedor que una misma pudiera sentir cuando su cuerpo está creciendo! Sería tan horrible como esto: la pierna de una persona se ha dormido en una mala posición. Sentir primero que la pierna está pesada, fría, lejana. Sentir después que la sangre va tornando a ella y llenarse de voluptuosidad y de miedo por eso. Ese miedo sonámbulo que ocurre cuando el cielo está nublado en una parte y en la otra no y una parte de la calle está bañada de sol y la otra fría y sombría y la sombra va subiendo por la calle como la media por una pierna. Igual a ese miedo debe ser oír que el cuerpo de una persona está creciendo. Así dejó de ser una niña, así supo que lo había dejado de ser. Y cuando después le regalaron, en lugar de los juguetes que esperaba, agua de colonia, un frasco, polvos, una caja, supo, estuvo segura de que había dejado de ser, irremediablemente, para siempre, una niña. Ese era su recuerdo de la Navidad.

Esta es la noche en que las madres jóvenes se acuerdan. La noche en que los maridos parecen querer aún a sus mujeres. La noche en que las gentes parece que son buenas. Y en el comedor de la casa, como la familia está comiendo, hay ocho zapatos debajo de la mesa, ocho zapatos debajo de ocho piernas. Desde aquí, desde la calle del Puente, desde el río, se les puede ver mucho mejor que si

se estuviera ahí, sentado también a la mesa, convertido en esa especie de sirena doméstica en que se transforma una persona que está sentada comiendo. La parte superior se ocupa: 1.º de comer; 2.º de portarse educada mientras come, y 3.º de disimular, con retazos de frases, monosílabos, gruñidos amables, gestos, que su único pensamiento es hartarse, hartarse hasta topar. La parte inferior piensa, se preocupa, se espiritualiza, se va. Aquí hay un niño. Piensa que en la mañana estuvo corriendo en el patio del colegio, que se cayó y se rompió la rodilla. La rodilla quedó con tierra y sangre. Piensa también en el dormitorio, en la cama blanca, en la lamparilla del velador. Los zapatos saben que es su noche, saben que será la única noche, después de muchas, antes de muchas, en que no pasarán solos. En esta casa los zapatos se quedan solos en la noche, completamente solos, y viene la oscuridad y se los calza en silencio, primero uno, después el otro y se está inmóvil a los pies de la cama. Aquí hay una niña. Piensa que hoy estuvo bailando toda la tarde y que una mano, un brazo, un adorno, se apretaba contra el vestido. Ahora, hoy, estuvo en el cine. El pie derecho sabe que un pie lo perseguía, lo rodeaba, lo buscaba, sin ojos, en la oscuridad. Después dieron la luz y el pie estaba inmóvil, como animalillo que sólo ve en lo negro. Aquí hay un hombre. Piensa que en la tarde, al venir, siguió a pie por la calle de las Agustinas, abajo, hasta muy abajo, a una mujer. Después retrocedió, retrocedió hasta el comedor. No alcanzó a verle la cara. ¿Sería bonita? Estos zapatos están seguros de una cosa: la otra noche no durmieron aquí, había otro par de zapatos junto a ellos, debajo de la cama, rabiosamente rojos, brillaban como braseros. Están seguros, la oscuri-

dad no era la misma. (Hay distintas oscuridades, de diferentes tonos, de diversos materiales, de distintas formas, densas, delgaditas, brillantes igual que la alegría, opacas como la tristeza; oscuridades que tienen ancho, alto y largo; oscuridades que pertenecen al reino animal, al reino vegetal, oscuridades terrestres, siderales, marinas, submarinas, que pasan silenciosas, derivando por los cielos, flotando en los mares, vacías de familias). Aquí hay una mujer. Piensa que ayer, antes de ayer, el otro día, hace mucho tiempo, allá en el dormitorio, la cabeza estuvo un rato muy largo sobre la falda, llorando sin consuelo. Los sollozos bajaban por las piernas, remeciéndolas. ¿Por qué lloraba la cabeza? La parte de abajo no lo sabe.

Cuando la madre está partiendo el pan de pascua son las nueve, y en la Alameda, en San Francisco, en el reloj de la Universidad, allá en mi pieza, en mi cuarto de la calle de San Isidro, en todas mis cosas, en mi ropa envejecida, en mis libros, en la vela a medio consumir en la palmatoria, en el espejo, también deben de ser las nueve. Los espejos dan las horas, dan en silencio las horas, como no atreviéndose. Y las estaciones, los meses, los días y los años pasan por ellos como si fuesen calendarios. Oh, destino mío, ¿por qué no somos monstruos? ¿Por qué no tengo dos cabezas? ¿Por qué no tienes otra pierna? La calle de San Isidro está solitaria. ¿Estarás tú también en el comedor, estarás comiendo? Si la última vez que te fuí a ver, al venirme, antes de subir al tren, me hubiera arrancado la cabeza y te la hubiera dado, ¿dónde la habrías puesto? ¿En el chiffonier de tu cuarto lindo, entre las cosas que hay en él? Yo estaría todo el día, con los ojos abiertos, mirándote, y en la noche, así como las personas

cierran la puerta para acostarse, mis párpados se bajarían y yo me dormiría dentro. ¡Qué sosiego tendría mi cabeza, ahí, en tu peinador, mirándote! Y tú llamarías a tus amigas: ¡Carlos me ha dado su cabeza, se ha arrancado la cabeza y me la ha dado, la tengo en el chiffonier! Tus amigas, tu amiga Elsa, tu amiga Marta, irían por ahí, espantadas: ¡Le ha dado la cabeza, la tiene en el chiffonier! Y en la mañana, en cuanto te despertaras, mi cabeza estaría, entre las cosas de tu velador, con los ojos tan abiertos, mirándote. ¿Qué hora elegirías para besarme? ¿Al despertar en las mañanas, en la tarde, al ir al cine, en la noche, cuando el sueño empieza a pasearse por las calles? Yo me habría venido muy tranquilo en el tren, con las manos cruzadas sobre el pecho, tranquilo, sereno porque mis ojos te estaban mirando. La gente me miraría con horror, pero no me diría nada y los empleados harían como que no veían que yo no tenía cabeza. Mi cuerpo estaría tranquilo, sosegado, pensando siempre. Porque los cuerpos sin cabeza parece que están pensando. Yo estaría feliz, porque tendría arriba, en mi cuarto, en una vitrina, tus piernas queridas. Una mañana, en Valparaíso, tú dirías: ¡Madre, hoy no me voy a levantar! Pero al fin, la madre un día lo descubriría todo: ¡Tus piernas, dónde están tus piernas! Y tú le dirías: Madre, Carlos... su cabeza... ¿Qué haces? Estarás comiendo, habrás comido. Te irás a acostar. Pensarás, como siempre, en tanta cosa. Yo estoy aquí, ya estoy aquí, en la escalera de la casa, en la calle de San Isidro. Cruje la escalera y es lúgubre subir por ella. Da dos vueltas antes de llegar arriba. No sé por qué me parece que alguien ha muerto en la escalera, alguna vez. Al llegar arriba está tan callada que parece

que hay en ella, eternamente, una mujer de negro, esperando. Espera a alguien, a alguien que ha de venir y que no viene. Dicen que esta casa es de un cura y que él antes vivió en ella. Ahora la arrienda. Pobre hombre, yo no lo conozco, pero lo conozco. No lo he visto nunca, pero ahora lo veo venir por esta calle, salir de su curato, donde estuvo confesando toda la tarde. Lo veo venir por la calle, llegar aquí, abrir la puerta con ese gesto del caballero que vuelve del trabajo y que sube a encontrar a su mujer, a besar a sus hijos. ¿Te das cuenta? ¡Lo veo subir y es el cura! Es el pobre cura negro que no tiene mujeres y que se ha puesto una pollera negra para recordarlas. Es el animal hermafrodita que duerme solo en las interminables noches del verano y en las interminables noches del invierno. Cuando sus ojos despiertan cada día y ven la bata colgada a los pies de la cama, dice: ¿Dónde estás, amada? Y tristemente se pone su larga pollera de luto, porque ella se fué con otro. Cuando está en su cuarto, mira el techo, los muebles, la ventana, piensa en una alcoba, en cierta alcoba y se llena de melancolía. Piensa cosas a veces. Pero es el rey en el altar, en su traje dorado, en su trono dorado. En el altar es el señor de un harem y despreciativamente mira a las mujeres que, arrodilladas, se golpean el dulce seno. El las desprecia. Son prostitutas, son prostitutas todas, prostitutas debajo de sus ropas. Sabe que si les dijera que se desvistieran, lo harían lentamente, cristianamente, sacrificándose, pensando en Cristo, y no locamente, atolondradamente, como mujeres que desean quedar abiertas luego. Por eso les vuelve la espalda y rezonga sus latines. Bebe, entonces, como un marido que está olvidando. Pero en el fondo del vino, con una

sed muy larga, está inmóvil, silenciosa, desnuda, la Virgen. Su imaginación vuela. El no piensa, se vuelve loco y, sin darse cuenta, bendice. Bendice el cura a las mujeres que, arrodilladas, ponen boca abajo sus senos. Entonces, la campanillita toca alegremente, como un chico que ríe cuando sus padres se han reconciliado. Luego, todo se derrumba y, como si el día se nublara, aparece otra vez el cura, con su traje tan negro. Aparece el cura, igual que un paraguas cuando va a llover. Y es así, oscura, sombría, abandonada, esta casa. La sombra está en todas sus piezas, en el pasadizo largo, en las ventanas de la galería, que parecen telarañas en la tarde. Las casas abandonadas dan esa tristeza, ese silencio de las personas que ya no tienen parientes. Dios mío, amada mía, no quiero pasar por cada cuarto de esta casa sola, abriendo los cajones de los muebles para llenarme de pena. No quiero buscar en la ropa, en los papeles de cada armario, las huellas de las personas ausentes. No quiero estar triste, no quiero llorar ante el espejo de los dormitorios. No quiero pensar en la última vez que se miró en él aquella dama que tenía una hija en las monjas y que estaba separada del marido. Era una mujer muy hermosa, pero, pronto, ya, habrá empezado a envejecer. Descendiendo de su belleza, de sus años, de su juventud, como quien desciende de un edificio alto por la escalera. Ahora no vive aquí. No quiero estar, no quiero, por todo esto. Me invade la tristeza de esta casa, la amo profundamente, pero qué poco amables son las gentes que en ella están y que no están en ella ahora. Todos han salido. Ese matrimonio joven. Ella es bajita, delgada, pálida, y está embarazada. No llama la atención, pero se ve inefable con su cargamento. En la

madrugada, cuando está durmiendo y él la mira a la luz de esa hora, debe adorarla y sentirá por ella una ternura de hijo que está en el acuario tibio de su madre. Esa rubia, que duerme con el revólver debajo de la almohada también ha salido. Es seguro que no vendrá a dormir esta noche. ¿Cómo se llamará? Hace muy poco que está aquí. La señorita Palmira también salió. Se iba en el nocturno a Concepción. Es flaca y usa anteojos. Me es antipática. Ni aun así, al verla de lejos, abandonada, sola en un tren, siento la menor simpatía por ella. Y es tan buena, tan atenta. Ahora mismo nos ha dejado todo listo para que comamos. Nos juntaremos, aquí, de diez a doce. Comeremos comida de Navidad. Van a ser las diez. Tú te irás a acostar. No irás a misa esta noche. No irás con las amigas. Y está la noche tan linda, desde aquí, desde los altos, en el balcón. En las cien mil casas de la ciudad están ya acostados los niños, dormidos, muertos de deliciosa muerte pascual. Se han desnudado para echarse a nado en el agua del sueño. Navegan así, sosegados, estirados en la cama, en el mar de las alcobas. Navegarán toda la noche, mecidos en el dulce vaivén de la oscuridad. Y mañana, cuando despierten, sus catres estarán varados en la alfombra y los zapatos en las sillas, zapatos de náufragos llenos de provisiones pascuales. Todos los niños duermen así esta noche, con los zapatos a los pies de la cama, sus zapatos, Norte, Sur, Este y Oeste de sus sueños. Todos los niños, menos los niños pobres. Toda la gente, menos la gente pobre, tendrá su Nochebuena ahora, su Navidad mañana. Por eso, tú, tantas veces, estás despierta, sola en la noche, en medio de todo el pueblo. En medio de la gente que duerme, con la cabeza entre las manos, te

atormentas. ¡En alguna parte, a esta hora, alguien está sufriendo! Y no duermes, espantada de que la gente pueda dormir tranquila mientras hay un sufrimiento despierto, terrible, igual que un dolor, desnudo como un nervio. No habrás comido, no habrás querido comer: Madre, no quiero ese pan de pascua. Madre, ese dulce no. Madre, esas frutas no me gustan. Alguien tiene hambre en esta noche llena de panes olorosos, llena de frutas perfumadas, llenas de ponches luminosos y relucientes. Sólo tú piensas, sólo tú sabes que en alguna parte una mujer está pariendo, dolorosamente, pobremente, a su hijo, abandonada más allá de la noche. Sus piernas se abrirán tristemente en la oscuridad, en el cuarto miserable y querrán ser brazos para recibirlo. Alma mía, que estás despierta en Valparaíso, a esta hora, pensando, sólo tú comprendes estas cosas. No quiero comer esta noche, no quiero dormir tampoco. Alguien está sufriendo. Quiero pensar en los pesebres, en las caballerizas, en los corrales abandonados en los campos. Ahí está la Nochebuena. Está en el establo, donde la vaca lame al ternero a la luz de las estrellas, en medio de la paja y del estiércol, Está en la caballeriza, donde los potros llaman relinchando a las yeguas para amar a las yeguas en la noche. Está en los corrales, donde las bestias se patean en la oscuridad y huelen rabiosamente a orines y a guano. Ahí está la Nochebuena, en medio de las bestias, en medio del pasto y de la pudre.

No quiero que vengan esos amigos. Quiero tener hambre porque sólo tú piensas, porque sólo tú sabes esto. En todas partes vive la gente en los comedores esta noche. Cuando andaban en la calle, cuando estaban de compras en el centro, cuando se hallaban en el cine, ha-

brán mirado, como desde la altura, el comedor, pensando que tienen un delicioso apetito. Piensan en él llenas de felicidad, como si el apetito fuera una persona muy querida. ¿Por qué hemos quedado de juntarnos para comer? Qué indignidad, qué asco que la gente se reúna para comer, que se comprometa para esto, que se ponga de acuerdo para hacerlo. Construyen restaurantes de lujo, instalan comedores suntuosos en sus casas. Sus fiestas, sus bailes, sus bautizos, cuando se casan, todo es, todo ocurre para esto. Comen primero, se llenan el vientre de cosas y después están bailando, se están amando con esa asquerosa pecera con peces horribles en el vientre. Qué indigno, qué oscuro, qué bajo es el hombre. Qué felicidad más grande siente cuando tiene apetito y sabe que va a satisfacerlo. Así, el hombre feliz es el hombre que tiene apetito. En todas las casas, la mejor pieza, la más clara, la más alumbrada, la más espaciosa y elegante es el comedor. Y debiera ser la última, la más humilde, donde debiera comer la familia a oscuras, asustada, como arrepintiéndose. Qué pensarías si supieras que ahí, al lado de mi cuarto, está listo todo para que comamos, hasta que el alimento nos apriete el estómago como un cinturón. Pero no comeré esta noche, no quiero, no vendrán. Ya son las diez y media. Quiero ir a cerrar abajo, para que no entren, para que no suban. Dejaré a oscuras. Qué alivio más grande estoy sintiendo ahora que sé que no comeré. Esta idea ha bajado del cerebro a la garganta y va ahora caminando por mi cuerpo. Qué satisfacción siento al decirlo. No comeré. Está la casa tan quieta como si me estuviera escuchando. Qué suave, qué tibio, qué acogedor es este mundo subterráneo de la escalera, que separa del mundo de

conversaciones, de cucharas que suenan en el comedor, de ropas blancas que se sacuden en la casa. Pero tengo que bajar, tengo que hundirme en esta dentadura de monstruo de casa abandonada, en seguida, ya, para que no vengan, para que no comamos. Qué lúgubre, qué trágico es este descenso. Gotean los escalones, gotean mis pies innumerables, saltando por sobre roquedales de madera, en un cerro lejano. Estoy cayendo lejos, sonando lejos, igual que un recuerdo. Estiro mi mano en la oscuridad para no topar con algo que pasa a mi lado de repente, una piedad, un rostro de alguien que sube hacia dentro, hacia lo último. Ahora da vueltas la escalera. No he tropezado y esto me asusta. Ahí está la claridad, la mampara. Qué frescos son los vidrios. Esto me alivia. Me dolía la cabeza. He tenido miedo. Abro la puerta como si me estuviera aplastando. Qué tranquila está la calle, qué azul la noche. La casa queda atrás, distante, con la escalera, con sus temores. Qué felicidad estarse aquí un rato largo. Pero no, no quiero comer, no puedo comer. Si vienen, me verán desde lejos y comeríamos. Tengo que cerrar, debo subir. Cerraré y me quedaré un momento junto a la puerta, pegado a ella. Aquí está. Ahí está la luz, la calle, la vida. No tengo miedo. Alguien viene, pasa. Cómo se lo agradezco. Sus pasos, que se van alejando hacia la plazuela, me acompañan como si fueran caminando a mi lado. Son pasos de hombre. Va apresurado, va a su casa, su mujer es joven. Va pensando en ella, que habrá estado en la cocina, en la comida que le habrá preparado. Ya no oigo sus pasos, debe ir frente a la iglesia, habrá doblado la esquina. Me ha acompañado tan seguramente que debe ser un hombre bueno. Y ahora mismo, pienso en el comedor que es-

tá arriba esperando y veo en todas sus cosas algo de humano, algo de persona dormida que se queja. El vino está sombrío, desesperado, lleno de sangre, como un suicida. El pan, lleno de bondad, de resignación, con ese aspecto de persona que para todo sufrimiento tiene su filosofía. Las frutas, los dulces, qué pocos comestibles parecen. Y porque nadie ha comido en él ahora y porque la casa está sola y porque en cada pieza están las almas de las personas ausentes, en esta noche el comedor parece noble. Ya no vendrán. Si vienen encontrarán cerrado.

Las once. Es un reloj de campana. Debe estar en el comedor. Me hallo todavía junto a la puerta, apegado a sus faldas de madera, a sus suaves formas cuadradas, como si fuese una mujer de 40 años, que conoce la vida y que sabe ser maternal. La puerta permanece delante de la casa toda la noche y cuando las parejas regresan del cinematógrafo y se quedan ahí, junto a la puerta, que él acaba de cerrar y se besan en la oscuridad, ella los oye respirar, vivir juntos, subir en lenta resurrección nupcial al cielo del dormitorio, y se queda sola. Subo lentamente, mirándote en lo oscuro. Te habrás acostado, estarás en tu cuarto, y desde la ventana habrás mirado, antes de dormirte, afuera, a lo lejos, el mar. Yo estoy aquí, lejos, en Santiago, en esta casa, en la calle de San Isidro. No he comido, alguien sufre, alguien sufrirá después. Si tiene pan ahora, mientras lo come, pensará con terror que llegará un día en que no tendrá pan que llevarse a la boca. Qué blando, qué blando es. Qué distinto de las piedras, de la tierra, del carbón y qué gusto más bueno, más de acuerdo con el hambre, así como no hay nada más de acuerdo con las lágrimas que el pañuelo. Lo mira, lo pal-

pa, lo saborea y sabe y tiene miedo, porque llegará una ocasión en que, fatalmente, con qué seguridad más grande, no tendrá qué comer. Después, mañana, esto estará lejos.

Aquí, en esta pieza, al lado de mi cuarto, comeríamos comida de Nochebuena. Con la luz encendida, todo tiene el aspecto de somnolencia y yo mismo me siento cansado, fatigado. Es el hambre. No he comido nada desde las dos de la tarde. Almorcé muy tarde a causa de unas co-branzas del viejo estúpido con quien el destino ha queri-do que trabaje. Qué Navidad más triste estarán pasando él y su mujer en la casa chica y pobre en que viven. Son viejos, tú sabes que son viejos, ella toca el piano y es enferma del corazón. A las seis de la tarde me encontraba en la Alameda, cerca de la estación. Estaban instalando las tiendas y las fondas para esta noche y en el aire asoleado volaban leves ráfagas de albahaca y alcohol. Estoy rendido, hambriento, pero no comeré una miga de este pan, no beberé una gota de este vino. Ni el dulce, ni las frutas, ni las galletas, ni ese ponche, nada. No fumaré siquiera, sería una indignidad engañar mi hambre con un cigarrillo. Siento ruido en la casa de los bajos. Están en el comedor. Conversan, caminan, suena una silla, suena un cubierto. Una criada va por el patio cantando. Ha comido temprano, está contenta. Debe ser un comedor grande, porque la familia es numerosa. Tendrán invitados, tendrán platos muy buenos que servirles, muchos panes de pascua, como éste, grandes, rubios, robustos y olorosos. Me duele la cabeza, estoy cansado, dormiría. Abajo rien. Deben estar bebiendo, debe ser el ponche, fragante a leche y alcohol, que abre tan abierto el apetito, debe ser el champaña, que su-

be en seguida y llena de gozo el estómago. Desdeñarán la mantequilla, los fiambres. Beberán apenas y a sorbitos, no querrán más, estarán fatigados deliciosamente. Desde aquí los veo alrededor del largo mantel blanco, comiendo lánguidamente, cansados ya de masticar. Así comen siempre, así comen cada noche, y yo, igual que ellos lo habría hecho esta noche. Tengo fiebre, tengo frío, qué agradablemente dulce debe estar el vino, qué tibio. Si pudiera, si se pudiera, bebería un poquito, debe estar tibio, debes estar dormida. Está tan ordenado todo, tan sosegado, tan serio, tan en su lugar cada cosa, ni un pan mordido, ni una fruta a medio pelar, ni una botella vacía. Si yo no estuviera aquí y alguien viniera y encendiera la luz, encontraría en seguida en este comedor la tristeza, la melancolía de una tragedia doméstica. Estoy rodeado de comedores y éste brilla tristemente en medio de todos ellos, desocupados ya. Duermen las gentes dentro de sí mismas mientras sus cuerpos hacen callados su digestión. Estoy solo y únicamente las sillas saben qué fantasmas, qué almas desesperadas están sentadas en ellas. Personas muertas, personas que andan muy lejos viajando, me acompañan, sin tocar nada, sin moverse. Tengo hambre, pero un hambre lejana, triste como un sentimiento. Te hablo, te digo así: Tengo hambre, y es como si te dijera: Te quiero. En silencio, igual que una persona herida, como si estuviera atardeciendo. Me parece que lloraré después, cuando lo recuerde. Tú siempre a esta hora has pensado que, en alguna parte, alguien está sufriendo. Por ahí va todavía, por alguna calle solitaria y las luces de la ciudad le han violentado el hambre como si fuesen alimento. Está sentado en una plaza, entre los árboles dormidos, entre los

bancos helados. Piensa en los comedores que se han quedado solos, abandonados, devastados, después que las dentaduras, las bocas, los estómagos, pasaron tanto rato sobre ellos, galopando locamente sobre ellos, comiendo. Recuerdo que...

Lo recordaba muy bien. Nunca había estado tan solo. Pensando en todo ello me había bajado del tranvía en la esquina de la calle de San Antonio. Caminé por calle Agustinas. En la esquina del Banco había mucha gente de uniforme, camiones, cordones policiales. Estaban deteniendo a los que pasaban. Un sargento me dijo: "No se pasa por aquí, no se puede". Yo quería atravesar hacia la Plaza de la Constitución. El hombre no me dejó. Algo grave debía pasar, porque atravecé entonces hacia la vereda de la Prefectura: por ahí me fui y no me lo impidieron. Cuando llegué a la imprenta comencé a comprender algo. Me preguntaban: "¿Hay boche en el centro? ¿Era verdad que habían asaltado la Caja de Ahorros?" Yo no sabía nada, decía, pero algo raro debía suceder. Había mucha gente en la plaza, mucha tropa, en una esquina, junto a unas botas, asoleándose, un montón de ametralladoras, un grupo de caballos, orgullosos y lustrados, tascando los frenos donde florecía la espuma, No me dejaron pasar. Eso contestaba. Y me informaban: "La gente del diario anda toda allá, recogiendo noticias, buscando fotos". ¡Luego lo sabríamos! Así llegaron las dos de la tarde. Entonces oímos disparos altos, lejanos. Reventaban como cohetes en el cielo de primavera. Alguien trajo la noticia: "Ibáñez estaba haciendo la revolución". Adentro, en el taller, reían los obreros entre el apaciguado meneo de las prensas. Comían sandwiches y bebían cer-

veza. Se reían. Los veíamos reírse desde el segundo piso. El patio de la imprenta era fresco, grande y sombrío. Ahí debían sonar claramente, nítidos, los cohetes que reventaban a lo lejos. Se reían más. ¡Viva Ibáñez! ¡Abajo el León! El que había traído la noticia se había sentado en el suelo para refrescarse, se sonreía con dificultad, parecía cansado, estaba transpirando, se llevó la mano al bolsillo y sacó unos papeles, se puso a buscar entre ellos. Lejos, sonaron disparos repetidos. El explicaba. No dejaban sacar fotos. Estaban las calles rodeadas por la tropa. No dejaban pasar hacia el centro de la ciudad. Los tranvías se habían detenido, sólo se sentían correr los que iban hacia los barrios. Qué alegría, qué alivio, no había trabajo, no quedaba sino conversar, tomar unas once largas y escuchar los disparos que seguían sonando. A las seis de la tarde, nos fuimos con Quevedo hacia el centro, pero no nos dejaron pasar. No se sabía, no se oía decir grandes cosas. Notamos, eso sí, algo. Los hombres uniformados trataban brutalmente a la gente. En la esquina de la calle Huérfanos nos quedamos mudos, mirándonos. Acababan de disolver a caballazos el grupo que se había formado. Un caballo trotó liviano hacia Quevedo. El jinete tal vez lo conocía, pensaba yo. Quevedo se estaba sonriendo y el caballo lo arrinconó contra los cordeles. Quevedo es muy moreno, pero mirándome raro se puso de color ceniza, se echó la mano al pelo liso, para peinárselo y el hombre lo cogió por la corbata, agachado hacia él, y le empujó por los riñones con la carabina, después lo golpeó dos, tres veces, desparramándolo. Quevedo cayó de rodillas. Cuando se paraba, el caballo caminaba hacia mí, alzando y bajando la hermosa cabeza rubia. Parecía que le estaba haciendo

señas al jinete, diciéndole que era yo, realmente, el hombre me miraba desde arriba fijamente, sin parecer enojado e ignorando ya a Quevedo, dándole tiempo para que se parara. Tuve miedo, pero la sonrisa no me salía. El caballo dió un paso hacia mí, uno solo, tenía una pata en el aire, el jinete se estaba desmontando mirándome la cabeza, buscando el sitio para pegar el golpe. Echamos a correr. Tras nuestro sonaron disparos, relinchó un caballo y venía en el aire, junto con los gritos, un olor de guano fresco. Corrimos mucho y mirábamos, mientras corríamos, la grupa de los caballos que alborotaban a la gente, las colas no más se veían removiendo el aire en el sol, una mujer lloraba. Los hombres habían desnudado sus sables que daban reflejos perdidos. Desde esa esquina veíamos la casa del gobernador, la casa del intendente y en la esquina de más acá, recta y lisa, la Caja del Seguro Obrero. Salieron los diarios de la noche. Traían noticias: había fracasado una revuelta en contra del gobierno, un hombre de la tropa había sido asesinado y los revoltosos, todos estudiantes, parecía que habían muerto. Así fué, amigos, cómo empezamos a saber.

La ciudad, ustedes saben, lo recuerdan bien (¡quisiera yo tener la memoria de ustedes!) tenía entonces un gobernador que era famoso. Antes de ser famoso fué querido; el pueblo de abajo confió en él, que en el norte lejano, en medio del terrible sol del salitre, le prometió muchas cosas fáciles y buenas. El Gobernador hablaba bien, tenía una voz grande y hermosa, una voz cálida, para calentar mujeres. Y, pues, en aquellos tiempos, qué milagros no haría aquella voz en el norte de la tierra, donde un viento de fuego seca la vida, donde la pampa se ex-

tiende rabiosa con su gran sed de salmuera. El pueblo de abajo, pues, lo quiso. Y él también decía que amaba al pueblo, que era su pobre hijo numeroso. Pero después, el Gobernador, cuando el hombre amaba al pueblo de abajo no era aún gobernador, se olvidó de él y sólo vivió para el pueblo de arriba y para él no más hablaba. Y hasta las mujeres del pueblo de arriba lo querían y trataban de olvidar lo que él había sido antes. El Gobernador también quería olvidar y sucedió entonces que muchos hombres del pueblo de abajo que antes fueron amigos de él y lo amaban, ahora lo odiaron y fueron encarcelados y llevados al sur de la tierra. En el sur —dicen— hay siempre lluvias y vientos enormes. El frío llega por la espalda y allí comienza a trabajar con su delantal de hule, con sus clavos, su martillo distante. Entonces, en la tierra del sur, por las cavernas que el obrero hace, se cuele el frío del sur, se cuele la lluvia y el viento del sur, y soplan dentro, y mojan y enfrían dentro. De esta manera es el hombre caverna para tanta cosa: para la muerte en la espalda, para el amor en el pecho y, en la cabeza, para el sentido de lo doloroso. En efecto, amigos míos, la cabeza es aquella parte de nuestro ser con la cual sabemos que estamos tristes. El amigo de mi padre, que por entonces se fué a su tierra, decía que lo esencial es estar triste: "Sobre todo en el sur, decía, la tristeza es lo que está en el sur", y al decir esto, estén seguros ustedes, pensaba en la ciudad. Nosotros somos tristes, hace un año no nos costó estarlo. Nos callábamos y, en seguida estábamos tristes. Ahora, hablar del dolor me será fácil, no tendré sino que hablar de lo que sucedió y decir dónde sucedió y contar la manera cómo aquello sucedió. El dolor aparecerá solo, sin que yo lo provoque, co-

mo cuando allá, en los pisos altos, salió la sangre sólo porque metieron la bala. La herida dió entonces lo suyo naturalmente, flor de carne y de sangre nacida en su propio clima. Por eso, todo lo que aquí diga estará hincado, por un lado o por otro, alegre o tristemente, al dolor de los hombres, al dolor de la carne de los hombres.

Porque ocurre que uno vive en pequeñas casas de delgadas paredes. Ocurre que dentro de las piezas le han dado codazos a uno, bandazos agrios, persistentes, agudos, los sufrimientos de la otra gente, sus silenciosos escándalos, sus gritos y sus golpes de la oscura madrugada, cuando, todavía, despellejan su ánimo para herirse, para zaherirse largas horas. Con zapatos se hieren los matrimonios, pelean después de medianoche, cuando la cerveza les navegó hace rato la sangre. Los oigo, acostado sobre mis hirvientes riñones, que no me dejan dormir. Llegan tarde, conversando fuerte, salpicándose mutuamente con sus efusiones amargas. Qué odiosamente se aman. Llegan ebrios, se vacian luego, lentos, insultándose, vacian sus intestinos, el sistema sucio de sus digestiones, palabras revueltas, ideas trucas, sentimientos pudriéndose. Sí, los sorprendo bien, son lo mismo que grandes estómagos enfermos vertiendo sus alcantarillas en la noche, en la noche precisa, porque entonces todas las oscuras cosas suenan más claro. Por eso, en medio de la noche, como digo, se insultan. Los oigo perfectamente. Jamás he podido dormir demasiado pronto, siempre el cuerpo se me parte y se me reparte, sin poder dormir, hacia otras cosas, proyectos, viajes, actitudes, otra puerta más, otro libro, un viaje libre en tren, no me duermo nunca y cada noche mía precisa un repetido cansancio. Sal encima de los ojos para que

todavía no duerman, luz de espectro, una luz viva, lo mismo que cuero de animal despellejado, para que el sueño aún no venga y en la hueca noche pueda yo escuchar tantas cosas. La vida entera de la gente. De noche va derramando la vida su atroz delicadeza. Escucho a los matrimonios. Llegan ebrios, insultándose. Después se pegan. El hombre saca sus gruesos zapatos que lo arrastran al fin de su tierra, sus tristes zapatos que lo llevan, más allá de la calle, hasta la fábrica del trabajo, que lo sostienen todo el día, mientras está agachado, confeccionando el imposible trabajo. ¿Para qué trabaja la gente? ¡Dios mío! ¿Por qué hay que trabajar? ¿Quién nos maldijo las manos, quién nos escupió los pulmones? Qué tontería repetida, qué cansancio muchas oscuras veces multiplicado. Todo el mundo trabaja. ¿Quién no trabaja? Todo el mundo, inútilmente, trabaja. En sombrías y grandes casas, con numerosas ventanas y pasillos y escaleras y ascensores de lata y el maldito humo rencoroso enarbolado como un muñón en lo alto de las chimeneas, en los extramuros, allí donde la basura hace un ancho imperceptible cordón separando a la ciudad del campo, están las muchedumbres de cuerpos grises elaborando los zapatos, recortando los sombreros, dibujando, extendiendo la lisa ropa en máquinas de complicado cansancio ¿Dios mío, para qué trabajará la gente? El oscuro rebaño se levanta cuando todavía afuera de la pieza existe la fría noche dura y se dirige despacio, durmiendo aún en la difícil cama vertical de la calle, se dirige y llega con seguridad grande al trabajo. Como una respiración gigante en su soledad se mueve la gente, toda la gente, elaborando el nocturno pan, sacando la legumbre del húmedo hondor de la tierra, aserruchando los

grandes toros, abriendo las puertas últimas de las redondas, de las blandas, de las humildes ovejas. ¿Para qué trabajar? Toda la gente se pone a trabajar, haciendo ninguna cosa, se hace inclinada para trabajar. Para devorarlo, para gastarlo todo con el cuerpo y con el estómago. Toda la gente vive fabricando vestidos para gastarlos por el codo cuando, en el trabajo, se cansan las manos y uno las sienta encima del codo. ¿Quién no está cansado? Cuando estamos tristes, qué descanso puro significa poder dejar el codo encima de la mesa y extender en la inmensa mano la cansada cara. Sólo de gestos libres como éstos debiéramos disponer en este mundo. Libertad para estar tristes y tener una mesa y poner en ella el codo y encima de él, nosotros, haciéndonos tristes. Todas las rodillas y todos los codos se parecen a causa de que en ellos apoyamos nuestra piedad o nuestro cansancio. Jamás faltó en la casa del fraile la mujer desfallecida encima de sus propias rodillas, jamás dejó de existir el hombre cansado que coloca la cabeza tronchada en la abierta mano. Y en estas horas oscuras que transcurren, todo el mundo, digamos, vive para sus rodillas, esperando el espanto cayendo de los cielos y no quedan, ya, sino cabezas cansadas, cabezas cortadas, la extremidad triste del hombre, casi todo el hombre. Siento los grandes pájaros negros volar arriba, en la elevada nave desierta, describiendo círculos agoreros sobre los cadáveres que, en el vacío, abajo, se amontonan. A esta hora siento, otra vez, que, arriba, están pasando sus alas los grandes pájaros. Algún día habré de decir este solitario ruido, las enormes alas de pluma que vuelan planeando sobre nosotros. Que se entienda lo que digo, el mundo está solo, completamente solo, aún debajo de las montañas, entre los claros bos-

ques verdes, junto a los ríos claros y gorgoreantes, está sin nadie la vida. Igual que un ojo vaciado, ojo sin ojo. Ahora es cuando vuela el pájaro, véanlo de la manera que, arriba de la vida, está volando, está solo y volando, nadie puede escucharlo. Los oídos no pueden escucharlo porque, en aquel tiempo, aun no existía el pájaro, no existía la forma del pájaro en el fondo del oído. Lo escuchamos volar. Qué círculos más grandes, qué soledad más inmensa, por el aire venía creciendo. Así es la gente, medio sorda, medio ciega, la mitad de coja. Toda la vida trabajando en las profundidades de la fábrica, siempre ocupando las manos, siempre agarrando cosas en ellas, elaborando, transformando las cosas, igual que estómagos exteriores, estómagos para cosas secas. ¿Para qué trabajan? ¿Por qué no miran nunca hacia arriba, una sola vez hacia afuera? Qué horrible afán de vivir dentro, bien adentro. Qué gusto de ser el duro, el frío, el inútil hueso de la fruta, nadie nunca quiso ser el jugo, el sol de la fruta. Yo, a veces, les decía: "¿Para qué son el hueso? ¿Por qué no son, mejor, la fruta?" Pero ellos, entonces, se reían y me miraban hacia la cabeza. Trabajan todo el día, se les pierden los ojos, se les cae la luz de los ojos, como se caen en el calor las escamas de las hermosas serpientes, a través de las tuberías, de los cilindros, del aire comprimido, duro en el frío del último cero, a través de las turbinas enormes que suenan lo mismo que grandiosos cerebros, más allá de las correas y de las transmisiones, con qué ciega entereza, va cayendo, derivando, va desprendiéndose, gota a gota, hoja a hoja, la vista de la gente del trabajo. ¿Dónde van a parar los perdidos ojos? Me quedo pensando, les digo cosas, pero ellos, entonces, me que-

dan mirando para arriba. Trabajan todo el día. La humanidad es un verdadero calendario. Van apareciendo, derivando, surgiendo, desapareciendo los vivos, apareciendo los muertos. El río de los vivos en el agua de los muertos. Lo que queda, lo único que va permaneciendo es la muerte, sus elementos, el hueso de la muerte. Ser vivo es ser viajero para llegar a su difícil, a su sencilla y despojada presencia. ¿Dónde existió una ciudad que no tuviera al lado de su falda, el cementerio? La noche es aún el cementerio del preciso día blanco. El cementerio es el otro comentario de la vida, es la otra manera en que puede surgir nuestra risa. Aquí, en la ciudad, sólo ríe nuestra carne. En el cementerio se ríen, entonces, hasta atrás, nuestros huesos. Están, entonces, libertados. Me imagino a la risa encarcelada en una dura prisión de carne, encerrada lo mismo que encierran a los hombres del crimen adentro del cemento. Penando cada día por su libre atmósfera. Cuando se muere el hombre y la sangre rompe su rojo círculo y lo seca, vienen los pequeñitos trabajadores silenciosos y ordenan sus escuadrones en sucesivas capas de energía. Despejan al hombre de escombros húmedos. Queda libre la risa, la carne más triste, termina, al último, por estarse riendo. Me gusta mirar la risa como un panorama de la gente. Cuando se ríe la gente, entonces la gente no existe. La gente de los vestidos, de los alimentos, pero sí existe muchas veces la gente de la risa. La risa es el pensamiento de la alegría. La risa es numerosa. Hace pensar en las muchedumbres, igual que el mar, cuando me le acerco a la orilla de la tierra y lo estoy contemplando. El desnudo mar inmenso, lleno de nervios, agitando como cabelleras las tempestades. Se ríen poco y trabajan todo el día,

elaborando el invisible trabajo, encima de cosas que, dicen ellos, están haciendo. Cuando el obrero golpea el hierro es el trabajo a quien está golpeando, el zapatero corta en forma de zapatos el trabajo y si la máquina lo coge le llena de sangre sus días vacíos, sin trabajo; porque la fábrica elabora también los mancos, los ciegos, los cojos, la gente que se muere tosiendo. Las fábricas elaboran la vejez, por eso todos los viejos se parecen, sus arrugas están hechas a máquina. Cuando les falta el hierro y les escasean los zapatos, no les falta el mineral ni les falta el cuero, el trabajo es quien les falta, el aire del trabajo, la religión del trabajo. En el fondo de la noche oscura de los otros tiempos, alguno lo estuvo maldiciendo. "Crearé las cosas deshechas para que tú las rehagas, crearé lejanas las esencias para que tú las acerques". Por eso, el Dios espantoso y malvado se puso a crear los cueros encima de los animales, pegados a la carne de los animales, para que el hombre sude y para que el hombre trabaje y extraiga del interior de la superficie del cuero los zapatos. A través de la muerte de los animales tiene que arribar el hombre hasta sus desnudos pies. Digamos, por consiguiente, que los hombres van calzados con sacrificados bueyes, con cadáveres de asesinados bueyes, los hombres van calzados con grandes crímenes. El furioso dios de los nervios creó los minerales en el fondo peligroso de la tierra, en el vientre último de las cordilleras, pegado a la dura piedra, revuelto y endiablado en la tierra, envuelto en maldiciones letales, muy adentro dejó el mineral, aquí fué inteligente mientras era rabioso. Y el hombre cada oscuro día tiene que descender hasta la humedad más profunda a recoger la piedra pura, a extraerla más acá de la tierra, más acá

de la nieve, más acá de toda la difícil escoria, libre de todas las oscuridades y seca de todas las aguas. De esta manera, cuando el hombre, en la costra de la tierra, encima de la ciudad, está usando los minerales, está entregando monedas blandas, pedazos de mineros reventados en el grisú lívido de las profundidades, está entregando trocitos de sangre que surgió tosiendo en la boca de la mina una tos negra, una sangre negra, mineral y, justo, dentro de la sangre, el atardecer de los pulmones. Entonces, si saben estas cosas, ¿para qué trabajan todos los días, cada día? Si a veces dan ganas de que, mañana, no amanezca el día. ¿Por qué alguno no se encarga de escamotear el sol? Lindo descanso para los nervios una media noche fría en medio del caluroso día inagotable. ¡Qué masa de hielo para la fiebre del enfermo! Trabajan en el día y en la noche comienzan a odiarse, se dicen insultos con la franqueza de los que han sudado siempre juntos en la misma cama. Como quien conoce toda la casa y sabe que puede odiar tranquilo. Se hieren, se hieren en medio de la noche. Desde lejos llegan peleando. Ya, en la oscuridad, están peleando airadamente. La noche es para nosotros. Surge cada noche para nosotros la oscuridad, se alza como una marea imperceptible, mientras más nos duele en la cabeza la luz, más blanda se torna la noche para nuestra cabeza. No queremos saberlo. No quieren, no quieren de ninguna manera y en medio de la noche están despiertos, vestidos, parados en la oscuridad, sólo para pelearse, para odiarse a esa altura del tiempo. Llegan ebrios y al momento comienzan a pelear, como si, destapados sus cuerpos del vino, surgiera la espumosa rabia. Como estómagos se odian, vomitan encima propio todas las cosas que antes dulcemente

engulleron. Siempre serán lo mismo, parece que son felices haciendo que su porquería pese encima de sus corazones. Buscan la noche para vomitarla, de algún modo lúcido y misterioso saben que hay más maldad y más recuerdo buscándose en la noche para odiarse y para odiarla. Sobre todo, ¿cómo no oyen? En mi cuarto me digo, despacio, callado: "¿Cómo no oyen?" Es la noche la que está afuera, afuera, arriba y alrededor de ellos. ¿Cómo no sienten miedo? La noche existe para darnos miedo. Estoy dentro de la noche y los escucho con miedo, escucho que están ahí, en la misma orilla de afuera y no entran, debieran estar dentro también. Siento sus zapatos que caminan encima de la madera, están moviéndose, están dando vueltas, juegan a correr carreras en la noche, después bailan, no, andan, andan con rabia. ¿Por qué no entran? Camina el hombre, camina callado, hecho un nudo en la boca. "¡Putas, putas de mierda!" El grito suena puro en la noche estrellada, se alza como un nimbo, un poco triste, parece que se ha perdido y que la está llamando. Debe de llamarse así ella. Y después, en un quejido, en un suspiro casi, triste y sin esperanza, palabra final, voz de moribundo polvo de estrellas: "¡Ramera!" La mujer está ahora llorando, llora desde hace mucho rato, parece llorar como lloviendo, haciéndose íntima, tapándose, ocultando su pudor debajo de tanta agua. "¡Pégame, pégame, bandido!" Lloro largo rato, qué tristeza más digna, más legítima le mana de la frente con el llanto. ¡Si llorara así todas las noches! Lloro y gime, lloro y gime, el llanto es un estremecimiento y una ruta, volcada en él ya no se pierde: "¡Pégame, pégame!" grita otra vez. Suena como chicotazo una bofetada, iluminando la noche. Lloro ella libremente,

en medio del silencio, la han dejado sola. Después, en un golpe de brisa nocturna, llega una hebra de conversación. Sí, siento que están conversando. No se quieren, se pelean cada noche, porque uno suele vivir en pequeñas casas y el ruido de la gente se escurre por las rasgaduras de la noche. Puedo escuchar sus peleas como largas y arreciadas aguas que me salpican. A veces pienso que pelean para dejarme solo. Por el lado de ellos no se cierra jamás la noche. Los escucho lívidos, blandos, bien despiertos en la noche, odiándose, peleando toda la vida. Llegan bebidos. Son jóvenes, van a beber a la cantina cercana, entre la gente oscura del barrio. La cantina es de un boxeador viejo, un antiguo atleta grandote, desagradable y pesado, medio idiota, su mujer es poderosa, como él, pero es más blanda, más despierta, se da más cuenta de este mundo, está completamente viva, no como él, que va tambaleando, vibrando arriba la carcomida cabeza, los ojos encapotados, tumefactos, la memoria perdida, adormilada, taconeada a fuerza de golpes, medio muerto ya. El vive enredado en el entresueño del licor y de sus antiguas peleas. Antes debió ganar mucho dinero, era ágil, joven, desenvuelto, tenía despejada la cabeza. Ahora la tiene tapada, repleta con el vino, con el humo de los cigarros, con el recuerdo de sus antiguos matches y la espesa memoria de aquella noche en que caminó bajo la lluvia en Nueva York, sangrando la boca junto al negro derrumbado, apuñaleado, mientras los policías los enredaban diciendo insultos desabridos en un inglés acuoso y latigudo, como ensayando himnos evangélicos, con la clientela que agría espesa el local, con la mujer blanca, buena, diligente, que vive macizamente a su

lado, apoyándolo, humillándolo, porque es demasiado limpia, demasiado despierta y orgullosa para él, con su cabeza taconeada de boxeadores, de recortes de diarios y de grandes cordeles que le cogían el pescuezo. A veces parece espantado de que una mujer esté viviendo de verdad a su lado. Coge el cuchillo con el que prepara los sandwiches y tiene un gesto, un terrible gesto corto y carnicero, a su lado, sobre él vuelan las moscas sucias, verdosas, como de orégano, mientras revolotean los papeles picados y las banderitas chilenas que bornean la cantina. Aprieta el cuchillo en la gran mano deforme y mira hacia afuera donde corren desaforados los taxis y los palomillas del barrio. Dice unas palabras sin sentido y se siente triste, con sueño. La mujer, cerca de él, acaricia con sus manos los botones de la radio, él se siente más triste y tiene ganas de irse, de decirle que se vaya para dentro, porque teme perderla, cree que se la van a robar, que lo van a matar para quitársela. Sin embargo, es suya. La mira como un lujoso automóvil, como un licor fino y raro, frágil y agotable. Esta es la gente, este es el ambiente, este es el local. Existe bulla en el barrio, abundan los conventillos, la gente que vive de una manera sucia y triste, abundan los vagos que se llenan de telarañas en el sol, sobre los ojos, que se quedan dormidos los domingos en el ancho portal cerrado de la fábrica. Con el sol y las moscas sobre la cara, en seguida la noche se les va tendiendo. Cae fresca en esta calle la noche, estamos cerca del río y los árboles del parque multiplican el ruido de las aguas, pasan las parejas que arrastran sus desalientos hasta las oscuridades de los cines. En el fondo de las salas malolientes se alinean las parejas para echarle ensueños de sombra al in-

cierto porvenir. Sin embargo, una amargura en medio de lo oscuro duele toda la vida menos y a veces, repetidamente, trae consigo su época de dulzor amargo. La calle se queda a ratos sola, pasan de vez en cuando los carabineros rondando la calle vestidos de verde, empastados de grueso paño verde. Qué especie de espantosa gente, siempre armada, siempre lista para cada cabeza y cada espalda, a todo el mundo lo miran para descubrirle el robo, para encontrarle el asesinado. En todas partes se cuele el trozo verde del carabinero, en todas las fiestas del matrimonio, en cada velorio de la vecindad, lleva su manojo verde, sus flores secas, de género, el carabinero. Cuando ellos faltan, cuando los acuartelan porque se teme golpe nocturno de los políticos o de los militares, está muerto el barrio, la ciudad pierde su color que matiza a toda la gente, a la gente pobre, sobre todo. Con algunos perros vagos llega la noche, a veces por arriba pasa volando la luna, blanca, sin embargo, limpia, sin embargo, desde este barrio sucio. Nadie la mira, todos la dejan suelta, sola, ignorada, lo mismo que una persona demasiado notoria, demasiado fina, demasiado extranjera. Si fuera gris como la gente, la gente la comprendería. Por eso quiere a la noche. Toda la gente que sufre vive en el interior de la noche. En la noche, alumbrados con aceite, junto a la botella con el negro vino, mientras alían con lágrimas el causeo, se ponen a sufrir. La cantina es chica, pintada con colores claros, todavía mosquean en las paredes, rodeando toda la muralla, las guirnalda de papel que están ahí desde la última Pascua. Esa noche tuvo más gente la cantina, había más luces y aún las moscas eran más gordas y relucientes. El boxeador está siempre borracho, habla po-

co y cuando habla no se le entiende la idiotizada lengua. Todas las noches se le ve tras el mostrador o, sentado en una mesa, bebiendo con los otros. Toda la noche está saliendo y entrando gente, van a menudo mujeres jóvenes, pintadas y esplendentes. Algunas he visto que de repente se ponían a llorar grandes lágrimas de vino. Las hacen callar porque al boxeador no le gustan los boches y aparece siempre como amenazando, y cuando la mujer se pone de pie llorando y gritando, él se descolora y le suenan en la cabeza los golpes del guante brillante y duro, el rugido de la muchedumbre que lo rodeaba aplastándolo mientras se derrumbaba sobre los cordeles y las luces brillaban directas sobre sus ojos como clavos y pensaba que los cordeles olían demasiado a fibra vegetal y a sangre. Esta es la gente, así viven en la noche, es la gente de la noche, gris, triste, su misma tristeza es gruesa y áspera, salpicada de comidas, con lamparones de vino. Pienso que en su tristeza tienen una cantina, un cadáver y un boxeador. Ahí se encierran, a la orilla misma de la noche y beben hasta que su cansancio, por esa noche, tiene ya bastante. Se vienen por la calle con el dulce vaivén de los borrachos, entran aquí, a la cité, caminan en la oscuridad, está todo tan oscuro, caminan despacio, con desconfianza, tanteando las tinieblas, temerosos de tropezar con un duro pedazo de oscuridad, vacilan, buscan las llaves, hay demasiadas llaves, la noche las multiplica y las tintinea rabiosa, escarban las llaves y largo rato buscan en lo oscuro del vino el pequeño ojo de la cerradura. Esta es la noche y ahí están ellos. Ya los espero, ya los siento, están conversando, no, están peleando, no me dí cuenta de su transición desde el silencio hasta el ruido, están peleando. Se alza la voz, hiriente y asus-

tada, llamando para no perderse: "¡Putá, puta desgraciada!" y después el largo lamento, demasiado triste: "¡Ramera!" "¡Pégame, pégame!" clama la mujer y habla largamente, explicando cosas rápidas y entre sus palabras llora concienzudamente. Siento los golpes. Sí, le pegan, están golpeando encima de ella, ya entra, ya se le meterá el dolor, ya surgirá, como en las minas, la legendaria veta del sollozo. Es de noche y el hombre está golpeando. Golpea, habla, golpea. Es de noche. La mujer, ahora, está llorando de una hebra. Silenciosamente, como una especie de llanto para los dormidos. Se quieren y se pelean, se quieren y se odian. Cada noche, todas las noches, regresan así desde el vino, inundado el estómago, secas las bocas, duras, duras, tremendamente duras las palabras. Con qué dureza más terrible resuena lo que se dicen en medio de la noche. Palabras definitivas, endurecidas, solidificadas, hechas de piedra diurna. No, no se quieren, en medio de la gente, que está tendida en su sueño, ellos están verticales, tiesos en mitad de la noche, parados en el tiempo para odiarse, para vaciarse completamente. Transcurre la noche con sus nubes pesadas sobre ellos, con su cargada marejada de estrellas, con su calor de este tiempo, transcurre en medio de lo ardiente la fresca noche, pero ellos se queman afuera, parados justo afuera para estarse peleando. Se odian, se odiaron siempre, cada noche lo descubren y se echan encima todo el odio. La noche que a todos los borra, a ellos los ilumina, les muestra hasta el fondo del odio la rabia que se tienen. Ahí están enteros, la mujer hecha eterna en su sollozo, hablando lo mismo que pájaro: "¡Pégame, pégame!" el hombre caminando sobre las tablas. Se saca los zapatos y le pega. Entonces la mujer llora, lo mis-

mo que pájaro llora y todavía los pies del hombre caminan blandos sobre la madera. Así es la gente, así es el tiempo, caen, caen como escamas los muertos de encima de los vivos. Es oscura la gente, vive encerrada y, de repente, en las noches, se amarga un poco, no mira jamás hacia arriba. No ven los grandes pájaros que vuelan sus alas por el desolado cielo. No saben nada, no oyen nada, como escamas se les caen los ojos, las orejas, las cabezas a los vivos. No sienten al pájaro. El cielo es grande y solo, el pájaro vuela por la soledad, agitando las alas. Qué silencioso está todo. Se murió toda la gente. Se acabó el ruido. Qué silenciosos están los muertos. Qué cielo más grande y más hondo. ¡El pájaro!

Cuando el pueblo de abajo estuvo seguro de que el Gobernador ya no lo quería, comenzó a ponerse huraño, a mirar de reojo, a maldecir. Y cuando en la tarde salía el Gobernador a pasearse por la Alameda, acompañado del Dentista y del perro grande, conocía que el pueblo de abajo ya no lo quería, y temía que lo mataran. Pero el pueblo no pensaba matarlo. A veces, en esas noches frías llenas de estrellas grandes y claras, que se veían desde el cuarto, el pueblo soñaba y pensaba que bien podía irse el Gobernador y venir otro gobernador joven y bueno. Pensó decididamente en eso porque vio un día que la espalda del Gobernador se encorvaba cada vez más, lo encorvaba a él, haciéndolo deforme y viejo. Así ocurrió el divorcio completo entre el pueblo de abajo y el Gobernador. Este quería gobernar hasta el último, mostrándole la vieja sonrisa de sus viejos dientes al pueblo de arriba, mostrándole su voz cascada y hermosa. El pueblo de abajo —por su parte— miraba ya como una posibilidad cier-

ta el hecho de que el Gobernador se fuese. Y por eso, el Dentista, siempre que podía, y podía a menudo, cogía a alguno del pueblo de abajo y lo metía preso en lo húmedo, en lo oscuro. Siempre había algún alumno de la Universidad que por decir una palabra de más, o algún obrero que por hacer un gesto de menos, caían bajo las miradas, miradas de ojo pelado, del Gobernador. Así ocurrió en el otoño de entonces. El Gobernador caminaba silencioso, con el bastón en un lado y el perro grande en el otro. Caminó por la Alameda, hasta la línea del tren que lleva al sur, que lleva al viento y la lluvia del sur de la tierra. Cayeron las hojas de las ramas del otoño, corrió el viento y oscureció luego. El Gobernador acababa de pasar. Iba lejos, iba silencioso. Se sentía viejo, tenía ganas de irse, quería entregar el palacio y todas las llaves del palacio a otro gobernador. Así lo declaró al día siguiente. El pueblo de abajo no creyó primero, pero después creyó. Su tristeza tuvo una pequeña reacción. ¡Habría elecciones, habría elecciones! Y las paredes de la ciudad (¡jacuérdense, amigos!) se llenaron de papeles grandes con letras gordas y coloreadas. Mas, el Gobernador aclaró que habría elecciones, pero conforme a la ley, al orden, y el pueblo de abajo, que supo que eso quería decir que habría elecciones conforme a una cosa mala, se enfrió de repente, se nubló. Todos dijeron que entonces sí que llovería; yo también lo dije después, (nunca tuve mucho alcance).

COMO OCURRIO

Nunca pensé que pudiera ocurrir tan de repente. Todos creíamos que el Gobernador dejaría, en el último tiempo, que el pueblo de abajo nombrara un gobernador como lo deseaba, pero nos olvidábamos que eso no lo podía querer el pueblo de arriba y que el Gobernador tampoco lo querría. No ocurrió eso, pero ocurrió, en cambio, que algunos estudiantes de los que perseguía el Dentista con su gente, y algunos obreros que ya no querían al Gobernador, pensaron expulsarlo a él de su palacio. Esto ocurrió al comenzar el mes de setiembre. Ustedes saben lo que es entre nosotros este mes. En otra época, durante él ocurrió la independendencia de la ciudad del poder del conquistador. Con más de un centenar de dieciochos que han hecho temblar la tierra, el mes de setiembre ha adquirido el impreciso y vagoroso aire del embriagado. Los pies que bailaron las pавanas solemnes y las gavotas que resonaban en el sarao de la Colonia y los desbocados y trabajosos que pisoteaban la zamacueca en los campos, ya están sosegados, enterrados en la historia, pero setiembre resucita todo y trae el viento que vió flamear la bandera de la patria y la cueca del 800.

En el horizonte que dibuja siempre la memoria cuando se acuerda —si paramos el oído—, sentiremos el taconear de las botas que ya se fueron y la trizada voz de la chinita que enmudeció para siempre. En este mes la patria se saca el enlutado frac de las ceremonias frías y se viste el jubón ajustado y el pantalón donjuanesco, se cala el sombrero sombrío y coge el fajín que enrolla en la cintura para desenrollar la cueca; cuelga una guirnalda de papel picado en la frente de la tierra y empieza a avivar el fuego. Ahí van cayendo los ojos de la chinita y el sombrero del huaso, la faldita crujidora y las espuelas de plata, el rubor de ella —enagua de sus recelos— y el pañuelo enorme y enflorado como un potrero. Ahí van cayendo y bailoteando las llamas de la patria y el cielo sale igual que un humo largo en el rescoldo glorioso.

El mes de setiembre ingresa embriagado y receloso. Viene empapado con las últimas heladas del mes de agosto. Vió, al pasar, algunos muertos de frío en los caminos. Y eso era la patria. Y Bernardo O'Higgins estaba tan lejos... Se alzó el cuello de la manta y entró en la ciudad. Las mismas calles que pisó Manuel Rodríguez cuando iba de chingana. El quería a la patria como se desea a una hembra, y con qué emoción cogía el ruedo de la bandera y acariciaba la pollerita. Si pudiera bailar la patria, ¡qué cueca más zapateada la haría danzar Rodríguez!

Según el sol va madurando, con el viento llegan volando los primeros algodones. Vuelan de los heridos que tuvimos en Maipú y Chacabuco. Ya se mejoraron. Al final, todos nos mejoraremos. En un revolar del viento llegan los tamboreos y los huifas, como cuando el viento cae por abril y mayo y se desgranán los primeros

chubascos. La tonada y la chicha con naranja lo transforman en iluminado y fiestero, después que agosto se lleva, con las postreras lluvias, los enfermos que guardaron cama en el otoño. El viento cobra bríos y se adelanta de bruces. Entonces setiembre enfrena su galope y le suenan y le brillan en las botas las rodajas de sol. ¡Qué sol para celebrar la patria hasta el borde! Es como la chicha con naranja servida en el sediento labio de la tierra. ¡Qué sol! Suave, igual que fruta, y con un viento endemoniado. En el sol la patria pone a secar sus inviernos cada primavera. setiembre, baja, pues, temprano. Primero se equivoca, pero después ya no. Como todo robusto, tiene agresivo el entusiasmo, caído el sombrero en el ojo de la golosina. Qué mirada para calar sandías, qué puñal para calar chinitas! Pega un manotazo en la guitarra y hace revolar las hojas de los árboles y el corazón de la fiesta, los vestidos de las mujeres y el cansancio de los hombres. El viento de setiembre llega tamborileando y metiendo traguitos de embriaguez por todos los poros, galopando una guitarra y desmenuzando una copla. Se quedó tunanteando anoche y su aliento huele al gozoso vino de las flores y de las primeras frutas abiertas. Viene volando desde el otoño que vió deshojarse a la Patria Vieja y la primavera que vió florecer a la Patria Nueva. Grita su aro hacia los llanos de Maipú y la cuesta de Chacabuco; su grito resuena en la catedral de Rancagua y el badajo se queda bailoteando, bobaliqueando. Ahora la vió tranquila, moviendo apenas la breve marea de la enagua. Vuelto hacia acá le da un manotazo terrible para cogerla por la cintura. La pobre chinita se escurre. Se comba y se hincha la bandera. En esos pechos se amamantaba Chile. El viento sopla,

sopla y manotea. Ella se recoge toda y el viento la prende por la cintura. Ya lo conoce, ya lo teme, ya lo reconoce. ¡Si es el viento! El la voltea para un lado y para el otro, la está reconociendo, le pega un manotazo por abajo y se queda riendo largamente. Ella se refugia y se recoge para defenderse. El viento la desenrolla dulcemente, la abre como un grandioso libro lleno hasta la mitad de nuestra historia. La desenrolla y ella se deja ir, saca su taconcito como quien asoma su miedo y abajo, muy abajo, palmocean todas las manos. Vuela el viento de la cueca y el grito de la canción, mientras la bandera, alzado el púdico vuelo blanco de la falda, se arroja al fuego de la cueca que arde en mitad de la patria. Y con ella el huaso, el trompo de siete colores de setiembre.

Y cada año, además, este mes nos trae el viento tibio que viene del verano distante y aparece ya, encima de él, el cielo con su celeste cáscara tierna. Arbitrario y disparejo, el mes de setiembre es como esos seres que llamamos —en la escala humana— genios. Siempre se contradice, jamás se repite, no hay por donde cogerle. Es el dios Jano de Chile. Por un lado nos muestra la viril cara del verano; por el otro, entre la camanchaca de la lejanía, la aterida cara del invierno; por un lado sol, por el otro lluvia. Es, por lo menos, histérico y psicopático. A veces nos ofrece soles esplendorosos bajo la fronda azul y, otras, lluvias tremendas en un fondo espantable de ventiscas. Cuando nos acostumbramos a esa vuelta al pasado invernal, una mañana cualquiera el mes de setiembre abre de par en par las puertas, aparece vestido de verano y obliga a todo el mundo que vive a su rescoldo a hacer como él.

Inconstante, desordenado y agresivo, setiembre es

siempre distinto y siempre igual, cada vez más difícil. El matiza con maestría sus nervios y se queda respirando. Parece que le viene haciendo un favor a la pobre gente, y todo, porque trae en sus canastas el secreto del finis invernial y no quiere darlo sino cuando le da la gana. Por eso, de repente —poniéndose humanitario— arroja al descuido un puñado de primavera, enciende el fuego de unas flores, echa a volar unas brisas y asoma una punta de quemante sol. Pero en la noche sigilosa y resonante hace resbalar unas nubes por el asfalto celeste, deja escurrir toda la lluvia, hasta la última gota de la crátera enorme, desparrama el frío y hiela implacablemente, igual que un empecinado, las flores.

Es un mes que no tiene corazón. Por darse tono se pavonea y se pone fantasioso. A todo el mundo dice que en 1810 él preparó especialmente un día, como nunca lo había tenido el mundo nuevo, para que rabiara el godo y los criollos lo consideraran. Los criollos lo consideraron y el día 18 pasó a la historia —sigue pasando con nosotros— y todos sabemos que fué esplendoroso.

Pero el presente es siempre triste, el presente deja caer un cabello de canas sobre la juvenil cabellera, aja lo terso y hace acostarse lo que está parado. Hay una humanidad acostada a través de la tierra y las flores de la primavera crecen sobre ella. El mes lo sabe y —hombre alegre— el pensar lo pone triste. Nos manda, entonces, las lluvias inmensas y los vientos terribles, para que también lo sepamos. La noche cae luego en medio del agua y con ella llegan las ráfagas del frío, del mismo frío que se fué y está siempre presente. Se alza en lo alto la luna helada, pasa cortando el frío y dejando caer las torrijas.

Tan joven como se presenta, setiembre es neurasténico y entristecido. Evidentemente, regañando, copia la psicología de la edad juvenil y de la mañana para la noche cambia la luz de su alma. La mañana le nace sonriente de la garganta de los pájaros y de la cabellera de los árboles, se sacude en la vera de la cordillera y deja desgranarse una generación de rayos solares. Entonces se levantan las brisas, las brisas famosas que son el alma de setiembre, el incienso para el altar de la patria. El mes extiende el inmenso azul, lo pone tenso con sus resoplidos, vierte en las calles todo el aire de la primavera y se hincha el cielo inmensamente glorioso. Setiembre clava en su frente el ardiente ojo del sol y el polifemo maravilloso va y viene, va y viene, eternamente. Pasa volando la mañana y vuelan en ella los grandiosos tules.

Las brisas todavía están volando cuando, hacia el lado de la cordillera, comienzan a derrumbarse los truenos y ya hace rato estaba lloviendo. El recuerdo de la primavera flota aún en el ambiente; es el sutil recuerdo de un pebetero de flores mojadas y perfumadas levemente. La primera lluvia llega, esa es la verdad, perfumada, y sobre el perfume sigue lloviendo, cuando un horizonte de truenos oscurece la lejanía y se encienden los relámpagos. La pequeña llamarada permite mirar el calendario; estamos en setiembre. Y con él entró la primavera, bajo el cielo desteñido y fresco, hundiendo sus pies desnudos entre los charcos de la lluvia. La lluvia sólo al principio fué primavera, mientras cayó sobre el suelo ardiente de los primeros calores. Después, eso quedó muy abajo, abajo y lejos, junto a los temporales que iban derivando hacia el sur por la huella de los ríos y la veta de las ventoleras.

Nos cuesta creer, pero el mes se ríe de nosotros, se ríe y se queda llorando. El tiempo, melancólico también, le ha pasado su tristeza y setiembre, asomado en los vidrios de la melancolía, mira caer la lluvia. Las flores que despertaron demasiado pronto en el interior de los bosques, ya se apagaron. Fueron las llamas prematuras, las que quemaron su vida para anunciar que ella venía. Ella —la flor más grande— ya venía, pero ahora se fué, se fué ahogada en la inmensa lluvia que corría por las faldas de la cordillera y por el rostro de setiembre. Pasa la noche alta y fría; el triste despertar hace temblar las gotas que cuelgan de las ventanas. Son breves chispas de sol, de sol tibio, restos del invierno primaveral. Ahora pasa otra vez el viento furioso. Cae de los cerros, se lanza en el hoyo donde pena la ciudad y salta hacia la lejanía, quiere alcanzar al mar que está resonando en la costa, listo siempre para levar anclas. Por el mar se va navegando el invierno y, derivando en el agua, alcanzándolo, los primeros soles de la primavera, las primeras hojas. El viento se hunde y acá, aquí mismo, se abre otra vez el sol. Nunca fué tan grande y fresco. Igual que un fuego que estaba tapado para que no lo mojara el invierno, igual que las flores que fueron guardadas a causa del frío y que se abren otra vez para inaugurar la primavera. Ha llegado, tenemos que comprobarlo. Nuestros sentidos la recogen en todos los rincones, en los nudos de los árboles y en los ojos de la gente; la tierra raja también el perfume de sus sementeras y surgen ahí los recuerdos. Pero en la noche estuvo lloviendo. Sonaba sus lonas el viento. Así es el mes, inconstante, histérico, paranoico. Rompe los nervios y los recompone, cimenta las ilusiones y avienta las ropas y las

costumbres. Y la falta de libertad —entonces— era una costumbre. El mes cierra —a lo sumo— sus cadenas de flores y de brisas en las blancas manos de la libertad. Pero, tiránico y advenedizo, desata el nudo y amarra, mejor, las lluvias y remacha el frío. Pero en la mañana el sol está abierto, igual que la gloriosa puerta. Por todo esto perdió España sus colonias. El mes de setiembre —con todo— es uno de los padres de la patria.

Era un tiempo muy hermoso, bueno para hacer revolución, porque setiembre, él, ya, es un revolucionario.

El invierno es implacable, sin entrañas. Parece un amargado, por lo menos un resentido. Pega un manotazo en el parque y quiebra los más gráciles bracitos vegetales. Ve brillar una población en la falda de la cordillera y derrumba toda la nieve. Contempla a un miserable durmiendo en el cierzo de sus noches y de la cabeza a los pies lo taconeá de frío. Y siempre los muertos son pobres. Es cobarde el invierno, jamás desmenuza sus víctimas, no hace las diferencias que hace siempre el corazón humano; no se cuela en los dormitorios finos para buscar a la gente que no sufre. No; como malo y simple, vaga por las calles a altas horas de la noche y busca a la pobre gente indefensa y la mata. El frío tiene una particular importancia en el destino del hombre, en el suceder de los pueblos. En el frío —por ejemplo— está incrustada, está viviendo en el frío toda la novela rusa. El es el gran protagonista de Dostoiewski. Un protagonista fatal, grandioso. Es un dios inmenso, por eso Dostoiewski no creía mucho en el Dios de los cristianos y ¿cómo podía haber creído? El tenía su dios, lo tuvo intensamente y no lo supo

mucho. Lo poseyó en Siberia, en la casa de los muertos. Era el frío, el inmenso dios del frío. Poco, sin embargo, se preocupan del frío las gentes. Se preocupan no más para decir que tienen frío y para huir de él hacia el calor. Sin embargo, aunque abrigadas ya no sienten el frío, lo ven, lo oyen, lo huelen. Aunque su cuerpo ya no siente el frío, encerrado en el abrigo, guardado en la cama, su alma lo siente con violencia. Por eso es que en el invierno el alma de los hombres es de otra manera, pero el hombre corriente no se fija en estas cosas, ignora, en realidad, lo que es el frío. Siendo el frío un estado, una estación de la naturaleza, ¿no lo ha de ser también del hombre, breve trozo de naturaleza? Mas, nadie conoce el frío. La física aún se está preguntando: ¿Qué es el frío? El arte quizás, quizás la filosofía se lo podrán empezar a decir. Así como la novela rusa es un primer tanteo del frío y así como alguna música negra es un primer esbozo del calor, ¿por qué no se puede esperar que algún día el arte, la filosofía, nos cuenten, nos expliquen el frío? Sin él no habría drama. Para Chile, que tiene la cabeza metida en el calor y los pies introducidos en el frío, esto debería tener una importancia evidente.

El pueblo de abajo, triste árbol aborígen, había pasado el invierno con sus piernas metidas en la lluvia, suelto todo él en el frío, habitado su pelo de piojos y de pulgas, de pájaros secos. Era un árbol carcomido por la tisis, que abría galerías por las que pasaba tosiendo el viento. Por las raíces de sus pies llagados subía la leyenda, con el agua y la nieve de los cerros, con el campo y el desierto, a irrigar a la mujer del pueblo. Así pasó el pueblo en el invierno. Luego, yo lo vi saliendo del invierno, abando-

nándolo. Vivía —se conoce la casa— en la época de interminables corredores, con un dolor en cada puerta, un humo acre en cada día, la escarcha —ropa blanca— colgada en largos cordeles ateridos, y la muerte al medio, en el medio, abierta lo mismo que un patio. Arrendatario de la miseria, vivía así, con mucho frío, con mucha agua. Había neblina a veces, una neblina ploma, espesa, para abrigar la fiebre. Y una angustia grande, pura y desabrida, igual que un hueso remojado. En la noche llegaba el recuerdo de la gente muerta, de los chiquillos llevados cada alba al cementerio y que cumplían años allá. Entonces la ternura iba con su aceite, suavizaba las horas, se escurría en las arrugas de la madre que se hacía abuela en un rincón. El hombre se metía en el vino. Junto a una mesa con amigos se ponía a tejer su suave telaraña. El borracho es un hombre transmutándose en ángel. Ellos se transmutaban. El vino hacía interiores sus orejas. Así ya no se sufría. Se hacían viejos, se hacían tristes en el invierno. El vino les ayudaba a hacerse. Porque el invierno es una triste sopa fría. Pero el pueblo de abajo sólo mascaba maldiciones —con maldiciones le rezaba al diablo—. Había un hambre para cada boca, una tos para cada espalda. La tos —obrero funerario— cavando, sacando piedras del pulmón, sacando sangre adherida a cada acceso, sacando muerte, en suma. Inquilino de la pobreza, vino caminando, pasando en el invierno de cuarto frío a cuarto húmedo, de mes de junio a mes de julio y mes de agosto, de cuarto frío a mes de setiembre, a meses del verano, poblaciones obreras. Se estaba cayendo el invierno, el tiempo húmedo estaba demoliendo su rabiosa arquitectura. Se estaba incendiando el conventillo del invierno con el sol.

El pueblo de abajo se sentía animoso por esto, se sentía robusto, nuevo. Se creía capaz de poder obligar al Gobernador a que se fuese. Ustedes conocen la Universidad. Es un edificio grande, viejo, sombrío, de dos pisos, con dos patios grandes y fríos en el invierno, y grandes y frescos en el verano; tiene salas enormes y numerosas oficinas. Yo estuve esa mañana ahí, fui a clases, porque entonces (no sé si ya se los he dicho) era estudiante y aún no enfermaba. Las clases duraban en la mañana hasta unos minutos antes de las doce y se cerraban las puertas y nadie quedaba adentro. Esa mañana —se supo después—, un grupo de estudiantes y de obreros se escondió, por ejemplo, en la terraza, en la sala del ajedrez, por ejemplo, en los baños y en el cuarto de la radio, y dijeron: "¡Derribemos al Gobernador!" y al momento juraron que lo derribarían. Luego, fueron a averiguar si las puertas grandes estaban bien cerradas, y después de un rato, en que estuvieron fumando en silencio, un poco pálidos, un poco nerviosos, se instalaron tras las ventanas, afirmaron las carabinas en los fierros y comenzaron a disparar. Ya estaban metidos en eso grande y profundo, que los tragaba, que los tragaría hasta el último.

El Gobernador estaba hablando por teléfono con su ministro de escuelas cuando le avisaron, y tuvo rabia y pensó en el almuerzo que con exactitud comenzaría a evaporarse desde que se lo sirvieran. Pensando eso, rabiando y puteando, llamó al General y le dijo algo. El General se fué apurado, bamboleando un poquito, pues aún se enjugaba los labios con el pañuelo cuando abajo sonó el grito. Le ardía en los labios el gusto a menta y a ron, tenía sed y una fresca tibieza. ¡No fuera a ser cosa

que! ... ¡por la cresta, siempre pasaba lo mismo! Las niñas se quedarían esperando y su garganta también. Caminó con rabia y se disparó dentro del automóvil, pegando un puñetazo en los cojines. Era la una. Almorzó una comida fría, que le dió la impresión de que comía una comida muerta y se fué en seguida a buscar a sus soldados. Cuando los encontró, arrastraron un cañón cerca de la Universidad. Mirándolo, se tranquilizó, eso no podía durar mucho, el cañón se movía suavemente, con blandura, pronto estaría él libre, alcanzaría hasta el palacio a dejar dicho su trabajo, llevaría en la manga anotados los nombres de los muertos, y alcanzaría aún a llegar a tiempo. Entre el humo del cañonazo veía derivar una falda amarilla y verde y unas piernas blanquitas. Estarían bailando ya esas chuscas, sin él. El cañón disparó otra vez, un disparo inútil, la granada dejó colgando de una esquina la puerta, como la pollera de la Mariquita, cuando él cogido a su cintura, se hacía el fatigado bailando para arrastrarla luego hacia adentro y ella se reía, la granada explotó dentro (en un espacio sombrío y frío, a un lado un barómetro descompuesto y al otro lado un aviso de la cooperativa estudiantil) y mató a dos estudiantes; los otros vieron saltar sus cuerpos como en el circo y quedar sosegado cada pedazo, desangrándose libremente en el suelo, sin nada de emoción y con un poquito de asco asustado y los miraban (un pedazo de género delgado y grueso, un pedazo de carne y un pedazo de sangre, una cosa fea de mirar. Cada trozo de carne era un pedazo de estudiante que no podía faltar si se quería reconstruirlo y cada trozo de carne tenía un temblor, un dolor, tal vez un brillo, un pedazo de alma. Fué corto todo eso. Caídas las puertas,

se metieron por ellas los hombres uniformados de verde, con sus terribles armas rabiosas y desgarraron y balearon sobre cada par de ojos que los miraba, sobre cada oreja que los oía, sobre cada cuerpo que los atestiguaba. Siete muertos hubo ahí, pero no siete cadáveres; sólo quedaron muchos pedazos de cadáver, piernas solitarias, brazos huérfanos, ojos saltados, cráneos y cabellos hundidos sobre los sesos, la sangre y las ideas, porque las ideas no son sino eso, pelos, carne, sangre, que dan su vislumbre. La sangre no sirvió nunca para esconder ninguna cosa ni ninguna gente. La sangre no tapa nada detrás suyo ni a nadie sirve de alcahuete. La sangre es —donde quiera que le abran brusco la puerta del cuerpo al hombre para que salga ella—, un índice evidente, el mejor de los delatores. El color de la sangre se propaga siempre, es un color que dispone de multitud de labios que corriendo se quejan y murmuran. El color de la sangre quiere decir terrible. Atrae, atrae, atrae nuevamente de un modo lleno de espanto. Si la sangre no fuera roja —sino negra, por ejemplo—, no se cometerían tantos crímenes. El suyo es un color para asesinar. Cada vez fué la sangre —en cada crimen— el móvil del crimen. Algún día habrá que meditar largamente, con espanto lúcido, la sangre, su color. Sin embargo, el hombre recurre en cada ocasión a ella para arreglar sus tragedias, acude a sus orillas para apagar, en su inyectada ola, su abrasadora sed. Matar a alguno no es más que ingresar de maligna manera al cuerpo de alguno para encontrar la llave de la sangre, para abrir al hombre con llave de odio, con llave de puñal o de bala. Entonces, la sangre hace correr sus aguas. Sus aguas corren desde el cuerpo del hombre asesinado hasta el al-

ma del hombre asesino y lo bautizan de horror, lo hacen su feligrés, lo meten para siempre en su iglesia roja. La sangre corre a través de los países, de los pueblos, corre a borbotones atravesando la historia, cayendo de un siglo a otro, de peldaño en peldaño, y hace sonar siempre sus aguas tumultuosas. El ruido que hace la sangre corriendo por la historia se llama la cultura, se llama la tradición, se llama con diversos nombres en cada lengua. Ella es el líquido nuestro, la única agua de nosotros utilizable para lavar nuestras cosas, nuestros motivos, la sola tinta para escribir nuestra historia. Es, además, la única agua que ablanda nuestro cuerpo, esta costra que nos crece encima del alma. La sangre espera en la orilla de adentro que nos vengan a matar, decimos, que le vengan a abrir, dice ella. Es un río para cauces humanos.

No murieron todos. Treinta y siete salieron de ahí, vivos, pero muriéndose por dentro, ardiendo. ¿Se acuerdan de Yuric? El caminaba adelante, muy colorado, casi iba corriendo; muy rubio y alto, con su abrigo azul, abierto, flotando en el fresco aire y con los dos brazos levantados. Lo conocí mucho. Vivía en el barrio Independencia; su madre era viuda, vivían pobres. Un día yo estaba en la biblioteca de la escuela, era el invierno. Yuric se sentó a mi lado, sacó un cigarrillo, lo encendió; después, lentamente, sacó una pregunta. Había ido con otros a la fiesta de la primavera, arrendaron un carretón abierto (amigos, nunca tuve buena memoria, ¿no llaman golondrinas a esos carruajes?, y el dueño de él se había encargado del arreglo. Sobre cuatro pesadas ruedas había instalado una alegoría. Pero en el paseo, un camión lleno de colombinas y pierrots se vino sobre ellos. Se alzaron los gritos, las risas

nerviosas, las llamadas, un paquete de chaya le reventó en la cara, sentía junto a su pelo el belfo de un caballo espantado, la sangre corría por la frente del animal, vió alzarse las llamas, una colombina celeste estaba llorando, lloraba despacio, sin gritar, después sonreía a alguien, a alguien más lejano, a él no, se alzó una llamarada enorme y quedó todo revuelto en fuego y humo. El carretón arrancó y entre gritos y llamadas fué a chocar en la esquina, derrumbándose sobre ellos la alegoría (tablas y lienzos con la marca del fabricante en tinta azul). Se sonreía mientras me lo contaba, se sentía avergonzado, se rió despacito. Dejó el cigarrillo en la mesa, abrió una mano y me franqueó los ojos. El problema era el siguiente: los heridos reclamaban dinero, pero, ¿podían reclamarlo del dueño del carro? Yuric creía que podían, pero no estaba seguro. Y me hacía la pregunta a mí. Yo nunca fuí gran estudiante. Cada artículo del código (cada uno con un número, reos obligados a arrastrar siempre el mismo significado), tan preciso y tan vago, me hacía pensar en una especie de religión dura, de cuya esencia nadie se podía apartar. Pero yo no podía, me apartaba pensando, no me conformaba con las situaciones normales y anormales que ellos contemplaban. Cada artículo penal era la degeneración de un artículo civil correspondiente. El matrimonio enfermo se llamaba adulterio, uxoricidio. Yo no sabía, pues, muchas leyes, pero conocía lo que detrás de ellas se escondía y, así, sabía que detrás del preciso artículo que reglamentaba el aborto, había una mujer embarazada sollozando. No eran mis fuertes las leyes y no pude satisfacer la pregunta de Yuric. El se sonreía hablando de las fiestas y de las heridas que le achacaban.

Tenía una sonrisa especial, gorda y varonil, pero no muy alegre. Al mirar su sonrisa, yo pensaba: "Sus antepasados habrán sido tristes".

Vivían en Temuco. Cuando era chico, su madre, gritando entre el viento y los grandes cerros de la tos, le decía:

—Niño, venga, huaina, a comerse este ulpito de harina caliente.

Eran las diez de la mañana bajo la neblina y a él se le hacía de ulpo la lengua. Corría un largo repecho de cansancio hacia el regazo de su madre. Salía desde abajo del vagón de tercera, que había llegado la noche antes de Loncoche, lleno de bototos santiaguinos, de huasos crujidores, de amplias faldas de almidón chinero. En la estación había estado toda la mañana, hasta que cayeron las primeras gotas gordas maduras. Su padre crecía flaco y silencioso en medio de la vía —¡en mangas de camisa, padre!— sacando su bandera roja, su bandera verde, como fósforos, cuando llegaban los trenes, mirando el reloj cuando se iba el inspector.

Escondido entre los sacos lo miraba con un hueso de susto en la garganta. Eran los sacos negros que habían rellenado los mineros en Lota, bajo el mar, muy adentro y muy abajo, entre los enormes peces azules y gordos y los mariscos rojos, como descuerados. Pasaba las manos por el lomo del saco más amigo y alzaba los ojos para mirar al padre, que, en mangas de camisa, se enfriaba de cara al viento que venía del norte.

—¿No estarán llenos de jaivas o de perlas los sacos, padre?

Su pregunta flameaba en el desamparo. Era delgadi-

ta. Pasaba el tren áspero, como la navaja por la mejilla de su padre. Lo quedaba mirando:

—No diga zonceras, huaina. Los sacos están llenos de sudores grandazos y de callos. A veces se agachan a toser dentro de ellos los mineros. Los llenan de sangre.

Mientras el padre hablaba y no venían los trenes y el aire era tenso y duro, él miraba a los mineros, al otro lado de la lejanía, palear la tierra azotada por el mar y rellenar los sacos mojados.

—¡Son grandes y negros, padre!

Eran negros y echaban gritos blandos, de ceniza ploma, blanquizca, la ceniza de la tisis. Arriba de ellos, por la boca abierta del saco, saltaba el chisperío del pulmón reventado o tal vez de una sandía partida por las patas del caballo en las quintas del otro lado de la línea, Junto a la cinta fresca del río, prendida en la cintura de la fiebre, sentaba sus seis años. Echaba al río sus ojos para mirar más lejos. Sí, iba y venía con el agua la memoria. Hasta se podía mirar, tres años antes, ahogado en el agua, blanco y estirado, navegando hacia la casa. Mientras, lejos, en el mar, más lejos todavía, los mineros hundían sus palas en el cerro para sacar más muertos.

Uno de esos muertos era su padre. Tenía el pantalón nuevo y limpio cuando lo dejaron en el suelo, la cara deshecha, azulenca, una cara de goma. La lluvia gruesa sonaba afuera, llovía ahí mismo, en la cara del muerto. A él lo enfundaron de negro y su madre lo cogió una tarde de la mano y tomaron el tren de Santiago. En Santiago, su madre trabajaba. Pasaban los años y por las noches, de cara al cielo, se acordaba de su infancia transcurrida en el sur. Después ingresó a la Universidad.

En la calle Morandé, en la puerta de la casa del Gobernador, estaba el General, que preguntó: "¿Quiénes son éstos y a dónde van?" Cuando atravesaban la calle, otro estudiante, Enrique, alzó la vista hacia el edificio, hacia el piso doce y pensó en la carta que había dejado en su casa, en su cuarto. "Para ser abierta si no regreso a las seis de la tarde". Tenía recelos ahora y pensaba que ya esa carta tenía una seriedad que no tuvo la noche antes cuando la escribió. Entonces pensó vagamente que, quizás, no alcanzarían a abrirla, pero la verdad era, ahora, que quizás alcanzaran a leerla. Tendido en su cama la había escrito, mientras a todo lo alto del techo claro, por cuya claraboya se despeñaban bocanadas de sol, se elevaban los alegres trinos de su cántico silbado.

Enrique estaba alegre esa mañana, alegre, feliz, un poco embriagado, como perdido, sabía a lo que se estaban exponiendo ellos, pero no tenía miedo. Silbando alegre escribió la carta y la firmó con una letra muy gruesa, no de él, que era delgado y frágil. Querida mamá... Le habría gustado escribirle quizás, a Cora, a Eliana, la tonta de la chasquilla y las pecas que escondía sus pechitos insignificantes en el plisado de la blusa cuando él la miraba, como escondiendo una llaga, una cosa fea, horrible, como un pecado. Escribirle, quizás a la Lucha... Ah, vieja Lucha, mi amor y mi madre, tía mía querida, escribirle una de esas estrofas vivas que se le salían solas de la boca, para afligirla mirándola a los ojos. Pero no, a Lucha no, a Alicia, mejor, toda blanca, incluso su lindo nombre de paloma. Qué falta le hacía una gotita de sangre a esa nena marmórea:

*Siempre que se entra el sol
las once mil vírgenes del cielo
tienen la menstruación...*

No escribió nada de eso y con gran salud barrió el sobre con la lengua y, dando un latigazo con su silbido alegre, prendió la carta en la almohada con un alfiler de sombrero y salió dando un portazo.

A las dos horas salían de la Universidad, golpeados en los riñones por las carabinas, azuzados por las botas enlutadas y lisas que les mordisqueaban los pies. Peinándose los cabellos y la sangre, veía como en un sueño las hermosas piernas que pasaban entre el sol fresco por la otra vereda y que huían, entre las bocinas de los automóviles y los gritos de los suplementeros que gritaban en su frente, huían de ellos, los prisioneros a quienes llevaban a matar, entre las faldas nuevas de la primavera que florecía en los cuerpos de las mujeres que huían hacia Ahumada y San Diego. Nunca vió él huir tantas mujeres, pero por qué huyen, Dios mío, no sonaban disparos y los muchachos que caminaban sangrando ni siquiera se quejaban, iban apurados para ir a dormir luego una suerte de borrachera... Ninguno se quejaba, iban encerrados, seguros, no escaparían ya hacia la vida, iban caminando ahora por debajo, por entre los muertos, por eso no escuchaban los ruidos de la avenida. Estaba todo silencioso como en el water closet del segundo piso cuando él, aleteándole el susto, entró, más que a orinar, a asustarse completamente, a estar, en ese rincón sombreado y fresco a solas con su leve miedo. Ahí, contra la pared, apoyado en el brazo derecho, quebrado sobre la pared, desfallecía un estudiante,

de pie frente al urinario. Parecía estar desaguando con gran esfuerzo o vomitando la trasnochada de la noche antes. Su mano se alzaba un poco, gateando por la pared, estaba llena de sangre, también en la espalda tenía sangre que fluía a través de la ropa lentamente. Había mucho silencio y Enrique comprendía y se quedaba pálido mientras sus ojos miraban aquello y también la pared donde él, un año antes, en un sábado de baile estudiantil, había garabateado con su gran letra limpia, los versos que ahí estaban todavía para saludarlo:

*¡Oh, mortal, si quieres ser
fuerte, viril y sano,
no le des a la mujer
lo que tienes en la mano!*

Nada de eso escribió él, sino la carta a su madre, aunque al principio no le dió gran seriedad a sus compromisos y había pensado escribirle a la pobre Cora. Mamá, querida mamá, no, no a su madre, sino a Cora. Crearle un ambiente para distraerla. Por ejemplo, allá afuera están cantando los gallos y al sentirlos cantar yo pienso: "hace calor", el perro (es chico el perro) acaba de ladrar porque han tocado el timbre de la puerta de calle, alguien, alguno que busca quizás qué cosas, quién sabe qué diligencias. El viejo está ahí en el baño (está malo el baño) hablando con sus dos hijas. A una la sentía yo hace un momento que gorgoriteaba en su garganta, lavándosela y ahora, recién, acaba de decir la palabra inverosímil. Cora, ha entrado el viejo a la pieza, me ha mirado escribir y me ha preguntado si quiero almorzar ya. Le he preguntado la

hora al viejo y él me ha dicho que era la una de la tarde. Es raro, es huraño el viejo, su cuerpo es alto, flaco, su vejez es silenciosa. Habla muy poco, pero siempre está caminando despacio por los pasadizos, metiendo su silencio a las piezas. Coge a veces una escoba, un martillo, pero no barre, no golpea y los deja, otra vez, en el rincón, en la mesa y se va despacio, lleno todo él de una vejez de sesenta años, de un cansancio de sesenta años. A veces me dan ganas de preguntarle, de averiguarle cosas de su vida. Debe de tener millares de acontecimientos vulgares y tristes en su interior de vieja maleta humana, cada año de su vida ocupado por las personas que con él vivieron entonces y que trabajaban y se preocupaban y que un día, metidas en la cama, tapadas por el género, se morían, se terminaban. Cada persona con su sufrimiento especial, con su alegría exclusiva, con sus rencillas y sus odios referentes a las demás personas, con sus ilusiones vertidas hacia los seres y el mundo, hacia las cosas y la existencia. Y los trabajos que en los años de entonces se ejecutaban y que envejecían, amargaban al hombre, lo hacían ácido y endurecido. Y la casa en que vivía, llena de muebles, de parientes, cada uno con un nombre como un rótulo para no confundirlo, con una diferencia, con una indiferencia hacia lo que estaba más allá y que no era uno, cada uno con sus amores, con sus odios vertiendo su agua desde el corazón y también desde el cerebro, con sus ilusiones, que, encendida su llamita en el alma, alumbraban el caminar de los cuerpos, con sus sueños, que, encendido su humo negro cada noche, velaban la agitación del alma mientras salen y entran gentes de otros mundos de esa oficina de aparecidos que es una persona en el sueño. Todo eso me

parece ver cuando miro al viejo silencioso, al viejo huraño y por eso quisiera averiguarle, preguntarle. Debe estar lleno de cosas. Si le preguntara vería salir de su cuerpo viejo una multitud de acontecimientos y de cosas y de personas moviéndose, viviendo rápidamente en esos acontecimientos, habitando cada año, cada época, pasando de las noches negras del invierno a las noches azules del verano. Yo vería a la gente pasar caminando por la boca del viejo y él iría explicando a la gente, describiendo las cosas que eran entonces la gente, sacando todo, hasta los motivos del crimen y las consecuencias de aquello espantoso, de su gastado interior. Me dan ganas de hablarle, a veces, Cora, pero no me atrevo, no me atreveré nunca. De repente me acuerdo de tu boca y me dan ganas de morderla hasta encontrarte, miro el cielo a través de los vidrios de la claraboya y me dan ganas de salir volando, gorjeando, silbando para ti, para mí, es bonita la vida. Pero si miro al viejo comprendo que él ha vivido y, Cora, ¿por qué, entonces, encuentro yo que es bonita la vida? ¿Te das cuenta? El ha vivido y tiene el pobre viejo una cara de carcelero y de prisionero, lo han zarandeado mucho. Sé que si él me cuenta cómo ha llegado a transformarse en esa cosa fea y horrible, me voy a desesperar contemplando la manera en la cual se desarrolla la vida, la vida de todos los vivientes, que es siempre la misma sustancia que se quema en nosotros y va ardiendo nuestro cirio hasta lo último, hasta el pie frío de la palmatoria de mármol del sepulcro. Al escuchar al viejo, me vería yo mismo envejecido ya, huraño ya, vagando por las piezas, por los pasadizos de la vida, preguntándole cosas a la gente, abriendo las puertas, cogiendo, dejando las cosas. No me atre-

veré, Cora, sé que nunca me atreveré, porque siempre tengo yo ganas de cantar y miedo de estar sufriendo. Por eso escribí la carta. De puro miedo, amor, de puro miedo. Ahora, sudado y golpeado, empujado contra la pared, comprendía que por eso la había escrito. Sentía que se arrimó a una vidriera a mirar unos retratos, lo empujaron suavemente, se quedó parado mirando unas camisas de seda de color crema y unas corbatas de azul encendido, como llamas, le dolían los riñones y recordaba haber andado muchos metros picaneado por la carabina, sentía que se iba a desmayar, sentía sonar voces, voces llamando, pasaron unas sirenas de bomberos, muchas, parecía que iban todas juntas, alzó la cabeza para buscar el humo del incendio en el cielo celeste y un culatazo lo tendió de lado, se alzó un poco y se derrumbó junto a su sangre. Estaban dentro del edificio y ya no sentía él tanto calor. Acostada su cara en las baldosas, sentía que tenía mucho sueño, un gran deseo de dormir. Y el sueño, aquel extraño sueño que tuviera noches antes y que ya había olvidado, se le plantó delante. Enrique sueña que está en la casa de la calle Maestranza. Está solo, con su madre, la casa está solitaria, está silenciosa, es la tarde y la tarde está oscureciendo. Enrique piensa: "Qué grande es la casa". Enrique siente miedo. Su madre está callada, sosegada a su lado, no se mueve. Es muy alta, muy flaca, está vestida de negro. Enrique la mira hacia arriba con miedo y piensa: "¡Qué alta es mamá"! De repente, su madre habla muy arriba. Enrique siente que es muy arriba donde su madre le está hablando:

—¡Se murió la caturra!

Enrique se asusta y ve que están solos en la pieza. La

pieza es grande, está fría, no tiene muebles. Enrique piensa con terror: "¿Quién se llevó los muebles?" Su madre, a su lado, muy arriba, habla:

—Enrique, pobre caturra, ¡cuánto frío vamos a tener!

—No, mamá —dice Enrique y se queda escuchando.

—Enrique —dice su madre— ya no va a salir más el sol. ¿No ves que se murió la caturra?

—No, mamá, no —dice Enrique y se asusta.

La mira hacia arriba, pero no le ve la cara. ¡Qué oscura está la pieza y la cara de su madre, qué lejos está!

—¡Se murió, se murió, Enrique! ¿Sientes como llora la madama? ¿Sientes como llora la cocinera? Es la caturra, ¡se murió, Enrique! ¿Ves como lloran?

Enrique escucha, afuera está lloviendo, llueve furiosamente, cae una lluvia muy gruesa y sopla un viento muy fuerte.

—Está lloviendo —dice Enrique y piensa que ya él, con el ruido de la lluvia, no va a tener miedo.

—Están llorando todos, ¿oyes cómo lloran todos en la casa? —dice su madre.

Lo arrastra hasta la ventana. Enrique mira las manos grandes, flacas, blancas de su madre, que lo cogen del hombro y lo llevan. Enrique quiere a las manos de su madre y despacito, mirándolas, le dice: "¡Mamá!"

Un relámpago ilumina la ventana y Enrique ve la calle. Pero no es la calle Maestranza, tampoco es la calle Cantournet, en La Serena, es una calle muy angosta y muy larga, con todas las casas iguales, todas tienen los techos inclinados: y por ellos escurre la lluvia y hay árboles

sombríos que echan ramalazos de negror en la lluvia, porque la lluvia cae alumbrando la calle.

—Mira, Enrique, cómo lloran —dice su madre.

Pero Enrique no ve sino la calle larga y sola y la lluvia y las casas, todas cerradas y los árboles que el viento mueve.

—Mamá, es una calle —dice Enrique— y se asusta.

Piensa qué cosa le pasará a su madre y mira hacia la calle. La calle está inclinada como la falda de un cerro y allá lejos, muy lejos, aparecen corriendo sus hermanas. Vienen vestidas de negro y sus trenzas flotan en el viento. Hay mucho viento, pero la lluvia no moja a sus hermanas, ellas corren muy ligero, mirando hacia la casa y alzando las manos, vienen gritando. Han visto a Enrique y a su madre, les hacen señas con sus manos enguantadas de negro y corren más. Enrique mira cómo se acercan corriendo y coge la falda de su madre, pero ahora oye que arriba, muy arriba, su madre está llorando. Enrique se asusta.

—¡Mamá! —dice.

Oye pasos en el pasadizo y entonces sus hermanas llegan corriendo.

—¡Mamá, venimos llegando del liceo!

“¡Del liceo —piensa Enrique— pero si está en Coquimbo!”

—¡Nos vinimos corriendo desde abajo!

Enrique ve que su madre está callada, ha dejado de llorar, pero está triste. Su hermana Mercedes dice:

—¡Mamá, vamos a escribir una carta!

Nadie dice nada. La casa está muy sola.

—Vamos a escribirle a papá —dice Mercedes— vinimos sólo para escribirle.

Toda la casa está en silencio. Enrique oye que su madre va hacia dentro de la casa, oye que sus pasos sueñan, oye el ruido de las tablas. "Cuántas tablas —piensa—, yo no me había fijado en que el pasadizo era de tablas y el patio de tablas".

—Mamá, no hagas ruido —grita Mercedes— que tengo que escribir una carta.

Enrique oye que su madre se pone a llorar en el patio. Corre hacia allá; detrás de él van corriendo sus hermanas. Su madre está en lo alto de una escala apoyada en la pared, su madre está mirando hacia la casa del lado, su madre está llorando.

—¡Se murió la caturra! ¿No ven? ¡Allá está! ¡Qué amarilla se ve!

—¡Qué caturra! —dice con rabia Mercedes— pero mamá, ¡tengo que escribir una carta! ¡Vinimos a eso desde Coquimbo!

—Si —dice Elena y la calle estaba inclinada allá y había viento.

Su madre se baja de la escala y mientras baja sueñan mucho los peldaños de madera. Enrique mira los zapatos de su madre. ¡Qué toscos, qué gruesos son! Su madre dice:

—¡No hay nadie en la casa, está la caturra sola, muerta en la sala!

Mercedes se tapa con rabia las orejas y grita:

—Mamá, ¿me vas a dar o no el papel para escribirle a papá? Tengo que hacerle la carta, ¡me dijo que la hiciera!

Enrique piensa: "¿Por qué grita tanto Mercedes? La casa está sola, no hay nadie aquí, ¿cómo puede gritar? Yo tendría miedo de estar gritando aquí, cuando la casa está sola".

—¡Pero si estamos solos, Enrique! —dice su madre. Enrique se extraña de que su madre haya podido escuchar lo que él estaba pensando. "Yo no hablé —piensa— pero, ¡qué tonto soy, si mi mamá tose! ¿Cómo no iba a saber lo que yo pensé?"

—¡Sí, Enrique —dice su madre—, por eso es! —y comienza a toser.

Su madre tose angustiosamente, se estremece la casa y Enrique piensa en la casa del lado y dice con pena:

—¡Está sola la caturra!

Su madre sigue tosiendo y mirando a Enrique. Enrique sabe que ella está diciendo, significando con la tos, que él ve cómo ella sabe toser.

—Pero, mamá —dice Mercedes— ¡no hagas ruido, que tengo que escribir!

Enrique ve a Mercedes inclinada sobre una mesa encima de un papel muy blanco y con un lapicero en la mano enguantada. Su madre está tosiendo y el viento de sus tos agita el papel y el pelo de Mercedes. Mercedes está desfigurada de rabia, mira a su madre y le grita:

—¡Mamá, no tosas así, que no me dejas escribir! ¡Mi papá está esperando la carta!

Enrique piensa: "Qué blanco es el papel". De repente se fija en que es la camisa de su madre. Enrique se indigna.

—Mercedes —dice— ¡es la camisa de mi mamá! ¡Mamá, Mercedes está escribiendo en tu camisa!

—¡No es verdad, es un papel! —dice Mercedes— y lo coge para mostrárselo.

Enrique ve que es la camisa de su madre, ve las mangas. Se indigna.

—¡Es la camisa! —dice.

—¡No, no es! —grita Mercedes, furiosa— ¡y aunque fuera! ¡Mi mamá está casada con mi papá! ¿Por qué no podría escribirle en la camisa de ella? ¡Es una carta muy apurada!

—¡Se quedó sentado en una piedra, esperándola! —dice Elena.

—¡Qué piedra tan helada! —dice la madre de Enrique y se pone a llorar.

—¡Oh, mamá —grita Mercedes— no hagas ruido! ¿Me vas o no me vas a dejar escribir?

—Sí, Mercedes —dice su madre y comienza a caminar.

Qué ruido tan grande hacen sus pies en la madera del suelo. Mercedes se impacienta, pero comienza a escribir. La madre va ya por el pasadizo y suena mucho siempre la madera bajo sus pies.

—Mamá —dice Mercedes— ¡no tosas así, que no me dejas escribir!

Enrique mira a su madre que va caminando por la calle, la calle es de madera y suena mucho con los zapatos de su madre. Enrique mira los zapatos. Qué gruesos son. "Para sonar mucho tiempo" piensa. Enrique ve que su madre se aleja y se asusta.

—¡Mercedes —grita—, mi mamá se va!

Mercedes se para de la mesa y con Enrique y Elena miran. Ellos están arriba, en la pieza, y abajo, lejos, ven

que su madre va caminando. Suenan mucho sus pasos en la calle. La calle es inclinada. Elena dice:

—¡Como está oscura los zapatos de mamá suenan más!

—¡Mira, Mercedes —dice Enrique— mamá se lleva la carta!

Mercedes mira, su madre lleva la carta en la mano. Mercedes mira la mesa en que estaba escribiendo y no está ya en ella el papel.

—¡Se la llevó mi mamá! —dice.

Enrique mira también, qué blanco se ve el papel en la oscuridad de la calle flameando en las manos de su madre. Los tres ven que ella se aleja cada vez más. Se abrazan para mirar. Enrique piensa: "Abrazados vemos mejor".

—Claro —dice Elena— ¿no ves que tenemos todos los corazones juntos?

Enrique siente el golpear de los corazones de sus hermanas a izquierda y derecha de él. Siente el calor de las orejas de sus hermanas. Suena el ruido en ellas, como en los caracoles del mar. Los pasos de su madre suenan claramente ahí dentro. "Tantas orejas", piensa con pena Enrique y ve a su madre caminar a lo lejos. Aun no llega al final de la calle.

—¡Ya va muy lejos —dice Mercedes— ya va a llegar y aún la calle es de madera!

—¡Oh! —dice Elena— ¿no te acuerdas? ¡Cuando nosotras nos vinimos estaban entablando Coquimbo!

—Pero yo no alcancé a escribir nada —dice Mercedes— y se asusta. ¡Mamá! —grita.

Pero su madre, lejos, no le oye.

—¿Cómo quieres que te oiga —dice Elena— si está lloviendo?

Enrique tiene pena. Mira por la ventana hacia afuera. Está lloviendo.

—¡Pobre caturra —dice Enrique— se está mojando!

Los tres miran hacia afuera, hacia la casa del lado. La caturra está muerta en el suelo, en la sala, en medio de los muebles granates y sobre ella está lloviendo. Enrique escucha que él y sus hermanas, muy abrazados, se ponen a llorar. Alguien lloraba, pero no era él ni sus hermanas. Tuvo miedo, a su lado, junto a su mejilla, corría la sangre, estaba humeando, lo quemaba como un pequeño sol, la sangre estaba llena de sol, que brillaba en ella, sintió gritos y vió el humo. Tuvo miedo, mientras corrían las piernas de los demás estudiantes junto a él y gritaban los uniformados y pasaban las botas sudorosas, vió que ahí mismo, junto a él estaba la almohada, pero la carta no, la carta ya no estaba prendida en ella, el alfiler, feo y negro, estaba erguido, clavado sin gracia en la almohada sola, entre las baldosas. Enrique dió un grito, un sollozo. Oh, mamá, mamá, Cora . . . La puerta estaba entreabierta y por ella se veía el sol de la calle y los techos de los automóviles. Entraban más estudiantes ahora. Habían pasado frente al edificio sin detenerse, sin entrar en él, frente a la Caja de Ahorros y al Banco y ya Yuric comenzaba a caminar frente a las oficinas de la Línea Aérea y volvía la cabeza alegre y extrañado para mirar al edificio que disparaba hacia lo alto sus doce pisos, cuando vino un hombre de uniforme a decir que había orden de que retrocedieran. Ellos retrocedieron. Pero a esa hora el destino ya andaba suelto en la ciudad. A las tres de la tarde, las obras de construcción de

la policlínica de la calle Maruri, al otro lado del río, fueron suspendidas. El obrero Miguel Cabrera, que trabajaba ahí y estaba en los andamios cuando sintió sonar disparos hacia la ciudad, se descolgó de ellos y abandonó la faena en compañía de dos amigos trabajadores de la misma obra. Se rieron alegres de salir tan temprano y de poder tomar unas cervezas mientras husmeaban en la ciudad lo que pasaba. Cabrera vestía un jersey blanco bajo su vestón manchado de cemento y cal. Las manos las tenía completamente manchadas de cal y el sombrero, agujereado y viejo, pintarreyado de azul y rojo. Atravesaron el puente comiendo naranjas y vinieron caminando por Morandé hacia Agustinas, buscando una esquina para tomar cerveza. Se reían nerviosos, ¡abajo el León, viva la revolución, compañerito!, cuando se encontraron con los prisioneros que venían arreados desde la Universidad. Hubo un momento de confusión, sonaron unos disparos, los prisioneros retrocedieron, pasaron frente al Banco, frente a la Caja de Ahorros, Miguel Cabrera, riendo bajito, se apartó de sus compañeros y bajó a la calle para seguir caminando, pero un uniformado le lanzó un culatazo a la cabeza y lo obligó a meterse en la fila. Miguel Cabrera, nervioso y temeroso, comenzó a reírse y a ponerse pálido, tuvo deseos de llorar, alzó la mano para defenderse, pero, acordándose, inició un saludo militar, humillándose, mi cabo, si yo soy Miguel Cabrera. Otro culatazo le hizo volar el sombrero y tuvo que cogerse de un estudiante delgadito y moreno que lo miró con dulzura. Cogidos del brazo entraron al edificio y el hombre de uniforme que los sableó en la espalda pudo perfectamente ahorrarse aquellas cuchilladas. Miraron hacia arriba y viendo que las gotas de

sangre se desflocaban en los barrotes de hierro de la escalera, se apretaron a los demás que ya iban subiendo.

Amigos, los metieron ahí porque horas antes también otro grupo de estudiantes y obreros del pueblo de abajo se había apoderado de ese edificio, como los otros de la Universidad. Ellos querían igualmente que el gobernador se fuese. Estanislao los mandaba. Cuando entraron a él, al filo del mediodía, mientras Barraza —era obrero en Valparaíso— cerraba las cadenas de la puerta, un hombre uniformado, bastante viejo, que estaba en la esquina de la calle, en la casa del intendente, se acercó, acercó el revólver, pero Gerardo, ayudante de Estanislao, apuntó primero y ahí, en la misma esquina, junto al buzón del correo, quedó el cuerpo revolcándose, buscando, atroz, la vida que acababan de escamotearle. La sangre terminó de extender sus géneros y sobre ellos se fué sosegando el cuerpo. Después de esto, envueltos por el silencio y el miedo subieron ellos hasta el quinto piso y empezaron a acumular muebles en la escalera. Ya estaba Hernández pegado a la radio, manipulando en ella, enredando sus manos, escuchando asustado, pasaban ráfagas de música por su memoria, letras de canciones gringas, la hermosa voz ronca de una cantante alemana que tanto gustaba a Gerardo. Sintió disparos tras él y por fin logró comunicarse. ¡Ñuñoa, Tobalaba, Las Condes, población San José, los conventillos a orillas del Canal, por Dios! Su grito volaba por encima de la ciudad hasta los lejanos campos de Las Condes y sonaba dentro de un auto, en el patio de una quinta. En

el auto había un receptor y un hombre escuchando. Mientras Hernández transmitía y sudaba y comenzaba a acordarse de cuando era chico y aprendía a rezar y quería recordar algún rezo, Dios, Dios, Dios mío y sentía resonar en la onda los disparos que reventaban ahí, en la ventana, cuyos vidrios volaban como flores duras y deseaba irse, rápido y entero, salir de eso, de la radio, del edificio, de la muerte que palpitaba lejos en la onda, haciéndole señas, llamándolo, diciéndole que la esperara, veía el humo azul y acre y rojo, que rodaba junto a ellos y quería ser como él, irse como él, pues el humo algún día terminaría por salir, nunca lograrían matarlo. ¡Dios, Dios, en Las Condes! Apretó la oreja en la radio y pugnando por ahogar el miedo empezó a percibir una voz estilizada y fina, una voz aflautada y tenorina que lo saludaba allá lejos, como preguntándole por la salud y por las noticias del pueblo. Se asustó, extrañado de estar él mismo gritando ahí, como cuando el perro corre airado tras el automóvil y le ladra a la rueda, cuando vió a Gerardo alzado en la ventana, sacando el cuerpo hacia afuera, como si quisiera lanzarlo al vacío. Aquel loco, aquel loco, trepado a una silla, un estudiante le estaba pasando una escopeta, una hermosa escopeta rubia y fina, como las yeguas que montaba él, Hernández, en el campo, como las mujeres que montaba él, Gerardo, en el puerto. Ahí lo divisó el General. El General había estado observando la ventana asomado en la penumbra, sentado en la silla, en el cuarto de guardia de la intendencia, junto a la mesa del telefonista. Tenía sueño, se sentía profundamente cansado, no había podido acomodar sus deseos a sus intenciones, a sus deberes. No, no pudo almorzar len-

ta y ceremoniosamente, había pensado toda la mañana en un largo y regado almuerzo con una siestita en el fondo, allá en el cuarto de las niñas. La mañana había abierto tan tranquila y fresca y la noche antes, cuando hacían carambolas en las mesas del club, vieron aflorar la amanecida, una sucia enagua mañanera en los resquicios de la cordillera. Soplaban un gran viento puro y helado que abría el apetito. Les nacieron ganas de organizar una fiesta sonada. Se estaba afeitando cuando le fueron a decir que algo feo estaba sucediendo y que tal vez los comunistas, tal vez los socialistas o los nazis o la gente de Ibáñez, los aviones y las moscas estaban tratando de alzar una revolución. Zamorano lo estaba empolvando y, perdóneme mi General, pero tengo una fija para la tercera del Chile el domingo, ¿se la canto?, cuando oyó la voz del Gobernador que lo gritaba para que corriera. Como si se estuviera quemando el viejo. Rezongando se desmontó de la silla, le pegó un agarrón a la toalla que le tendía Zamorano y, oyendo los gritos del Gobernador que hacían temblar los vidrios de la ventana y los polvos de la cara, empezó a enjugársela con mucha rabia. Tenía sed, mucha sed, ganas de irse, de caminar hasta las caballerizas y golpear las grupas hasta encontrar una monta buena y trotar, trotar hasta ese almuerzo que ya tenía encargado a las diez de la mañana por teléfono. ¡A las diez y ahora esos nenes! Quedó mirando a Zamorano y estiró la mano para coger el frasco. Puro olor a esencias, a colonias baratas, a pelo mojado y lavaza, allí no llegaba sino el mal olor de los afeites y las aguas para el pelo y el cuero. Nada de olores buenos, de buenos vinos, de buenas hembras. ¿En la tercera para el domingo en el Chile? Si a lo mejor

para entonces estamos durmiendo rajados en el cementerio. Se fué rezongando y mirando hacia afuera por si veía volar balas locas o aviones revolucionarios por el aire. En el aire tenso y soleado, sólo veía derivar hasta su boca copas, copas, copas de licor espumante y helado. Un licor rubio y bonito, como sol, como pelo rubio. Sentía las risas de las hembras, tan chistoso, mi general. Ahora estaba ahí, en ese rincón, mirando con ansias y cansancio hacia afuera, resignado casi a olvidar su fiesta. Almorzó mal y rápido y para consolarse pidió dos botellas de vino tinto. Con la rabia y gritando que quién mierda llamaba por teléfono, sacó el cuchillo y de un tajo cortó el cuello de una. Curioso era como el vino se parecía a la sangre. Serían la misma cosa. Salió borboteando como cuando en el sur, mientras trotaban desgastados hacia los cerros de Ranquil, cogían una gallina y le cercenaban el pescuezo, pero eso era en el campo, mientras que estos pijes soñadores, estos cobardes desgraciaditos se encierran en una pieza, se suben a una escalera los gallitos cagados a armar una chamuchina. ¿Eso quieren? ¡Los vamos a rajar! Mientras a su lado el telefonista se reía echando la jeta en el fono, y se reían los uniformados que lo rodeaban, el ayudante le pasaba entre zalemas la carabina. Se rió seco, rabioso, el calor le envolvía la cara, no se rían huachitos, y mientras a su lado se reían siempre, se puso de pie. Tenía sed, mucha sed, el vino aquel, veía cuando caída la botella en el mantel, gorgoriteaba entre los tenedores y cucharas y los trozos de pan, el vino degollado, y echaba una lengua en el plato, él la cogió y se la llevó a la boca y bebió un trago largo, con amargura, aún le arde en el labio el corte que le hizo el gollete, cuando la dejó con gran cuidado

en la mesa vió que por la manga le corrían el vino y la sangre, después no quiso beber ya sino en copa y lo hacía lento y cada vez limpiaba con la servilleta el labio del vidrio y siempre había sangre, le dolía la boca y sentía que se le hinchaba, una fea coliflor de carne, como adormecida. Sí, tenía sed y para que el Gobernador no dijera, se escurrió una botellita de agua mineral bien helada y ahí estaba ahora, lleno de gases alcohólicos, vibrando a medias en el aire, parado blando en la tierra como sobre algodón, listo para caerse. Miraba fijo a la ventana, la pequeña ventanita trepada arriba, en el piso sexto; por ella salía un hermoso humo azul y asomaba ahora una bonita escopeta rubia y frágil junto a la gran cabeza alborotada de aquel estudiante que miraba hacia abajo buscando cosas trascendentales en el aire que sólo para él volaban. Los miraba a ellos, a él principalmente, estaba acomodando el cañón en sus manos para aplicarlo justo, como un telescopio que ha de buscar con exactitud el lugar donde está la muerte. El estudiante miraba tendiendo la mirada desde la casa del Gobernador, hundida en el sol, amarilla y blanca, calcinada al sol como un gran hueso en el desierto, hasta donde estaba él, con una gran rabia y mucha sed, apretando en sus manos sudadas la carabina que le pasaban, no se rían más, babosos, y encontrándola muy pesada. Aquella cabeza en la ventana, que miraba con placidez, tal vez con un poco de rabia, con curiosidad y orgullo, con desvergüenza e insolencia, las cosas que le estaría diciendo junto al cielo, le gustaba a él. Le gustaban esos grandes ojos verdes que veía enormes y que lo semblanteaban con odio, con burla y descaro. Tal vez se le notaría que había bebido unos traguitos, un solo trago lar-

go, la verdad y hasta me corté la jeta. Quería cazarla, la deseaba para él, le habría gustado tenerla al alcance de su mano como la botella en el almuerzo y de un solo tajo dispararla hasta sus manos, pero siempre limpia y hermosa y nueva, siempre con los ojos verdes briosos e insolentes bien abiertos. Se sonrió con rabia, pues sabía ya que la iba a cazar. Entonces sí que se van a reír estos carajos; si no se callan les disparo a ellos, les escupo todas las balas. Sonrió otra vez con rabia y simpatía, la simpatía de la muerte, el mozo aquel seguramente era un estudiante insolente y atrevido, de aquellos que se sientan a fumar en el pupitre del maestro y le soplan la humareda en la cara y después escupen en su oreja, un estudiante de gran salud, yo voy a ver su enfermedad, te voy a vacunar, m'hijito, el muchacho le estaba haciendo los puntos, alzaba riéndose duro su rubia escopeta de salón, ese pobre juguete, pobrecito mío, pero el General se puso entonces de pie, se alzó de la silla para dar un buen rato y se agarró a la muralla para no caerse. Conoció que iba a meter la bala en la frente, medio a medio, entre los dos ojos. Otro ojo, el suyo, el del General, como cuando timbran la carne en el matadero los inspectores municipales. No, aquella hermosa testa no se le escaparía, lo estaba esperando, había sido puesta en la ventana para él, para que le gustara largo rato y dijera si la compraba o no. Se rió, Mariquita, te la regalo o te la cambio por algo bueno, Mariquita, ¿no vale esta bella cabeza por tus calzoncitos de seda? Para ti la fuí a cazar a la selva, mi amor, el Gobernador me gritaba que no fuera porque estaba curado y me iban a matar, pero yo siempre iba. Se rió despacito, no se rían, babosos, que me despeinan el pulso. Sí, estaba nervioso, no se habría sentido capaz de en-

trar al edificio, por ejemplo, y abrirse paso a través de los muebles y de los heridos y de los papeles vertidos de los cajones y de los hilos del teléfono, subir, subir durante horas para llegar hasta ella y cogerla de la ventana, no, no habría podido, cuando bebía un poco se sentía cansado y siempre buscaba una silla. No habría podido llegar tan alto hasta alcanzar la ventana, no, aquí estaba mejor y más seguro, alzaría el brazo y caería como una fruta, a sus pies, Mariquita, si estuvieras aquí, alzabas tu faldita y te caía en el regazo. Mientras el estudiante le disparaba y se remecía el humo en lo alto aureolando feamente la hermosa cabeza que lo aguardaba, sintió que tras él el ayudante le cogía el cañón para mejorarle el pulso, para corregirle la posición, se lo agradeció entre maldiciones y mientras allá arriba se desflecaba el humo disipado como flema entre el aire asoleado que lo adelgazaba y esparcía y le dibujaba nítida la cabeza en la ventana, él apretó el gatillo, mientras a su lado y tras él revoloteaban las manos del telefonista, del ayudante y de la tropa que curioseaba desde la vereda para aplaudir. Mirando hacia arriba comprendió que había tenido razón. La cabeza ya no estaba alzada y dirigida orgullosa y desafiante hacia él, había caído tronchada sobre el alféizar, humillada como un perro cuando le dan un puntapie o como él, cuando Zamorano le decía que se agachara para aplicarle la gomina. Entre el pelo despeinado goteaban en la muralla unas gotitas de sangre. Se sintió contento y un poco, quizás, nervioso, deseó que sacaran eso de arriba, quería ver libre la ventana, eso estaba feo ahora y le molestaba. Le parecía oír gritos y muchos disparos. Salía mucho humo ahora, la cabeza había desaparecido de la ventana y el humo salía por

ella, una humareda gruesa, como manga. Sintió gritos y sintiéndose molesto y defraudado, se puso de pie. Así entró Gerardo al edificio, subió por la escalera y se asomó a la ventana. Así salió. Gerardo era alto, alegre, insolente, buenmozo; le gustaban las mujeres, vivía en Valparaíso.

Amigos míos, no se olviden tampoco de Yuric. Yuric estuvo yendo por la escalera, hacia sus compañeros que estaban en lo alto, resistiendo y esperanzados, disparando balas hacia abajo y hacia afuera, disparando miradas hacia la calle Morandé, hacia la casa del Gobernador, y bajaba después Yuric hacia esa ola verde y seca que se movía en la escalera, en el descanso de la escalera, encima de las alfombras, poblada de carabinas y de balas, habitada de peces rabiosos. Era una ola verde y blanca, orillada ya de cadáveres, de sangre. Entonces Yuric tuvo miedo. No, no es verdad, amigos, él no tuvo miedo, sus nervios tuvieron miedo. Y cuando volvió a subir quiso hablarles a sus compañeros, decirles que no bajaran, que no bajaran nunca, que subieran cada vez más arriba. ¡Ah, si hubieran podido subir eternamente, alejarse! Miraba el reloj en su memoria y no se acordaba qué hora era, porque el humo de los disparos tapaba como tapa la esfera y pensaba en ella. Yuric tenía ganas de sollozar, porque sabía que iban a morir. No, no tenía miedo. Oh, querida, nos van a matar. Mire esta noche el reloj, mire la hora que estará detenida en el reloj, como una mosca muerta, y sepa con una seguridad muy grande que estaré pensando en usted, con mi abierta cabeza, abierta ventana hacia usted. Así me va a caer de la cabeza al pensamiento la idea de que las noches, sucesivamente, van a ir pegadas a las noches, haciendo una sola oscuridad inmensa, de la misma mane-

ra que los trocitos de mañana que reunían en el parque a los estudiantes les parecían a ella, a él, una sola mañana con sol y con helados en el sol. En el edificio hacía un calor inmenso y mirando esas botas rabiosas que pateaban a Enrique tendido y sangriento, extendido a su lado, ahí mismo, a sus pies, sollozaba pensando en aquellas mañanas idas para siempre cuando él, Yuric, se bajó del tranvía y se sentó en el suelo muy rojo y avergonzado, como aplastado, mirándola a ella, que lo esperaba con su gran tajada alegre en los bellos dientes y él, haciéndose el humilde feliz, alborozado, empezaba a sacar cajitas de helados del abrigo, del vestón, del pantalón, del portadocumentos, para ponerlos a los pies del ser querido y los estudiantes se sentaban en el suelo, sobre el pasto verde para reír a carcajadas vueltos hacia él. Esta noche, esta noche, si salimos de esto, empezaré a correr hasta el parque, me echaré a la laguna para lavarme el alma y me moriré ahogado en ella, helado, helado para olvidar esta fiebre. Oh, Marga, Marga, esta noche llegaré de algún modo hasta tu frente dormida y te voy a cerrar los ojos con mis besos, con sendos besos, y si no estoy ahí, piense en mí que estaré, donde quiera que sea, pensando en usted, mirándola dormir en la espantosa casa de la noche, bajo el inmenso tejado azul. No se extrañe de que le hable de esta manera, tal vez voy a morir. Todo lo que aquí le digo no tiene sino un significado, que hace tiempo usted está conociendo. Quédese dormida leyendo el código esta noche y deje que la memoria suya se acuerde. Vida mía, soñemos juntos y despertemos mañana en el automóvil y creamos que estamos despiertos y subamos después, solos en el mundo, a pie, hacia la montaña y los árboles que crecen en su fal-

da, no lleguemos nunca, sobre todo, a donde vamos a ir, si muriéramos en el camino nunca sabríamos que habíamos llegado, nuestra alma sí que sabría porque ella, de cualquier modo, llega siempre. Pienso que después, cuando usted no se encuentre ya en la ciudad, yo hubiera estado muy solitario. Mejor es que haya ocurrido esto, hice bien, hice bien, Dios mío, ya no podíamos más. Me hubiera sentido desamparado, abandonado, triste juguete pobre, juguete sin niño, todos somos juguetes de trapo y de carne, de fea carne triste a la que hay que matar. Cuando usted esté lejos, habría pensado en usted como si usted estuviera muerta y usted estará de verdad muerta, viviendo su muerte en la ciudad de provincia, compartiendo su otro mundo con sus hermanos que estudian en el internado, que trabajan en el aserradero, en otro pedazo de tierra más alejado, poblado de muertos que todavía están vivos, conviviendo con su padre, que, cuando llega en la tarde, se baja en silencio del caballo, se baja el silencio de su padre del silencio del caballo. Estaremos lejos, muertos, ya que las orejas no nos podrán ser útiles para coger los ruidos necesarios, las palabras, esa supuración cansada de la gente, ya que los ojos no nos servirán para mirar a lo lejos y ver, dentro de los ojos, al final del largo tubo de la mirada, los seres queridos que viven, que mueren a lo lejos. Estaremos muertos cada cual en su particular mausoleo, en la casa, en la calle con el número exacto, estaremos conviviendo con nuestro cadáver y cuando caminemos, cuando hablemos, también estará ahí la muerte, la muerte de nosotros, sentada a nuestro lado, hablando con su boca sin labios, sin lengua —badajo de las palabras, badajo de carne—, hablando sus palabras sin palabras, ha-

blando su silencio. Seremos vivos y existiremos muertos al mismo tiempo, pensando en los trenes que corren hacia la muerte que en la provincia está viviendo su lejanía, separada del otro mundo, de los otros mundos y así con cabeza de muerto y corazón de muerto estaremos amando lo invisible que se encuentra lejano y haciéndose hermoso en la distancia, hermoso sólo porque está enterrado por lo lejano. Y ahora, al acordarse de que no la verían ya más sus ojos quería besarla, aunque pensaba, en un sollozo, que, al hacerlo, le habría manchado con sangre la cara. Yuric tuvo un sollozo y miró a los amigos, que estaban arriba, rodeados por el humo y la sangre. Alzó los brazos y subió diciendo: "No disparen, que soy yo, Yuric". Y les habló apresurado, les dijo que se rindieran y sentía que decía eso sin fe ni esperanza, con cansancio, con tristeza. Por su frente pasaban los trenes que se hundían en el horizonte. Tenía deseos de sollozar. Los miraba con pena. Van a morir, van a morir y no lo saben. ¡Adiós, querida, adiós para siempre! Los miraba para decirles algo más, pero no, adiós, adiós. No querían rendirse. "Nunca nos rendiremos". Fué entonces cuando una bala llegó silbando a buscar a Gerardo, que cayó, rindiéndose. Al sonar el disparo, Gerardo había movido las piernas y tirado al suelo la silla sobre la que estaba parado, cayó la escopeta, estaba humeando, pensaba que Gerardo estaría quizás jugando, imaginando alguna barbaridad, deseando tirarse por la ventana para caer sobre el Gobernador y acogotarlo, algo atroz, algo raro, pero las piernas de Gerardo colgaban ridículas todavía, volteaban leves en el aire y entonces comprendieron y entre dos estudiantes lo cogieron por la cintura y los brazos y lo fueron bajando con cuidado, él se

movía porfiado y roncaba como si estuviera borracho. Lo dejaron en el suelo, tenía los ojos verdes más grandes y más abiertos, los brazos también abiertos como si quisiera abrazarlos a todos, brazos para coger una brazada de mujeres en ellos. Mirándolo, Estanislao, dijo: "Ahora nos rendimos, Yuric, Gerardo está muerto. Diles que nos rendimos. Vamos a bajar". Yuric vió a Gerardo muerto, abierto en el suelo, pensó con desaliento y miedo: "Ahora van a bajar". Yuric vió mientras bajaba, a través de la puerta abierta de una oficina, una mesa llena de papeles y el sol cayendo crudo en ellos. Ese era el último sol, el que se apagaría con ellos. ¡Ah, querida, no poder decirle! Decirle, por ejemplo, querida, ya no se encuentra el sol en la mesa, escurrió su agua sobre el papel, sobre todos los papeles, me acabo de fijar, lo siento ahora en el respaldo de la silla a él y su tibieza. Le gustaba contarle esos detalles pequeños que para él tenían tanta importancia, como la fecha exacta, el día de la semana y la hora del día. Se le ocurría siempre que contándole todo eso la quería más y que le diría con más fuerza todo su amor si le contaba todo lo que en cualquier momento lo rodeaba. Nos rodean perros, dientes de perros, nos van a comer. Pero no estoy en la casa, no puedo decirle nada, no me podría escuchar con tanto disparo, ya no volveré a mi barrio sino guardado dentro de una caja, mi madre, linda, linda, linda, pegará un grito como cuando trajeron a mi padre de la mina en una caja pobre, estaba toda mojada, con un agua negra, mineral. No estoy en la casa, amor. Tengo fiebre, estoy enfermo, pero no moriré enfermo, sino asesinado. Si tuvieran paciencia, yo hubiera muerto solo y habría acostumbrado a su dolor a mi madre. Pero ellos

no querían esperar. Aquí hace mucho calor y hay mucho humo, un humo rojizo, me gustaría que estuviera un poco frío el día y que no hiciera tanto sol, que abrieran las ventanas para que entre el aire, no lo dejan entrar, no quieren que entre, él es un elemento de la vida, me gustaría que fuera después de las seis de la tarde de un día sábado, cuando las dulces telarañas del atardecer envuelven la vida. Cuando se encontraba a su lado y hablaban y hacían proyectos para echarse de menos desesperadamente, Yuric tenía ocurrencias desesperadas y pensaba que le sería fácil decirle cosas de adoración, palabras completamente tristes y, sin embargo, bien serenas, bastante razonables, pero siempre muy apasionadas. La quería en el patio de la escuela, junto a la laguna. Cuando ella estaba sentada estudiando y eran las diez de la mañana y se veía ya que el día iba a ser muy caluroso y entonces aparecía, lejos, en la escalinata, Yuric, y eran las diez de la mañana y se veía ya que el día iba a ser aburrido y se pensaba que en ese horrible día se tenía que caminar tanto para poder estudiar. Yuric caminaba y le dolían los riñones de la misma manera que si él caminara pisando sobre sus riñones que se llenaban de tierra y calor con tierra y entre artículos de la legislación civil veía Yuric, que, entre las baldosas, se estaba paseando, haciéndose la desconocida, la hermosa pollera querida y ya no le dolían tanto los riñones y ya no le importaba tanto aprender Derecho Civil y perder el examen y repetir el año y en general ninguna cosa le importaba ya en ese momento de un modo trascendental y permanente. Sólo le interesaba saber que ella se diera cuenta. Por eso la miraba con indiferencia, alejándola de su simpatía, para que

ella no creyera otra cosa y por eso se ponía a estudiar muy interesado en aprender rápida y profundamente las diferentes especies de obligaciones y saber de memoria el plazo perentorio que tiene el deudor para oponerse al embargo de los muebles. En algunos momentos fugaces Yuric la miraba altivamente, pero después, inmediatamente después, miraba hacia el cerro cercano y su bosque inolvidable que agitaba ahí mismo sus brisas y se sentía profundamente triste y desalentado y el viento soplabla hacia él, refrescándolo y hacía ondear aún la pollerita. En ese estado de su atmósfera, él era capaz de decir bajito: "¡Le serviría de alfombra!" Las miradas de Yuric eran entonces de perrillo vagabundo, de quien se apartan todos, menos las puntas de todos los zapatos que siempre lo buscan con amoroso odio. Mirada de perrillo enfermo que en su enfermedad piensa con apagada lucidez y con cierta extrañeza que bien podrían usarlo de alfombra porque aun le queda algo de lana y que si no lo hacen es porque, a lo mejor, no son tan malos. De esa manera quería Yuric en la juventud de la vida, hacía un mes y medio y ahora tenía que morir. Para eso iba bajando, para que lo mataran. Y cuando los otros comenzaron el descenso, trayendo el cadáver de Gerardo, traían ya la muerte, todas las muertes. Yuric lo sabía bien, sabía que morirían. La muerte no era nada, lo terrible era morir y lo espantoso de eso que la muerte comenzara a venir. Los hombres de uniforme estaban en una oficina, esperándolos. Cuando venían en la escalera les dispararon; fué una descarga cerrada, una descarga abierta. Y entonces el Teniente paseó la ametralladora sobre ellos, rociándolos, dejó después la ametralladora y con el filo de su sable comenzó a darle

al primero. Era un muchacho que, quién sabe por qué, se descubrió el costado con ambas manos temblorosas, mostrando un forado hecho ahí a punta de balas; cada disparo pasó llevándose un trocito de sangre y se enterró con él en la pared, y el último pasó limpiamente a través del hoyo y se incrustó solo, sin adherencias. Estanislao cayó con los dientes apretados de rabia, con el cabello rojo liso con el sudor. Murió luego. A su lado, Pedro Molleda, blandito y gordo, se levantó chorreando sangre y gritando: "¡Viva Chile!" un grito extraño y extemporáneo que fué como un presentimiento, y por eso el Teniente, presintiendo que de algún modo lo insultaban apretó sobre él sus balas; sin embargo, Pedro dijo aún, pudo decir completamente: "¡Mátame, mátame, perro!"

Después de esto, el Teniente se fué junto a un muchacho que estaba tendido y que se había incorporado y que comenzó a hablar, a hablar y no a gritar. Eso era impresionante: "No importa, compañeros, nuestra sangre salvará la tierra". Y entonces el Teniente le gritó: "¡Qué vas a salvar vos, mierda!" y le dió uno, dos, tres sablazos en la cara. Ah, el teniente Noé, tenía una gran dentadura, una firme, sana dentadura. Se le vió entonces. Crecían sus dientes hacia adelante, crecían de bruces, parecía que le estaban creciendo desde el cerebro. Después, el Teniente bajó la escalera. Le dolía el brazo. Cerca suyo había estado un hombre de uniforme que parecía tranquilo y que, tranquilamente, con su gran cara bonachona, cogió a un herido, lo arrastró. El herido se llamaba Jesús Ballesteros. El hombre uniformado lo acomodó un poco entre sus piernas abiertas y agarrando entonces su carabina por el cañón y alzando su cara blanca y extraviada para mirar sin

emoción, con ambas manos la volteó una, dos, tres veces. La cuarta vez golpeó encima de un cadáver. Subió un hombre tarareando, iba contento, sentía una necesidad en sus riñones y estaba feliz de poderla cumplir. No podía subir muy rápido porque la escalera estaba llena de cadáveres y de moribundos y de restos de muebles. Entre dos estudiantes con los brazos grotescamente alzados al cielo yacía una silla de tapiz granate con las patas al aire, tías, como un remedo; el hombre pasó junto a ella y resbaló en la sangre. Era sangre que salía desde un agonizante que estaba ahí con la cara crispada en un rictus desesperante que parecía una sonrisa. El hombre ya se meaba, no aguantaba más y se puso rabioso. "Ríete, ahora, gracioso", le gritó, y le quebró los dientes de un taconazo y subió corriendo. Un uniformado que bajaba le disparó en la cabeza a un herido que se movía mucho, como si tuviera cosquillas o algo le picara y como aún se movía, le disparó otra vez y entonces, sí, le clavó la vida. Se la dejó inmóvil, porque la muerte, para los que disparaban, no era sino eso, la vida que había que dejar inmóvil.

Amigos míos, yo no invento nada, sólo hablo de lo que existió, de lo que pasó en aquella gran casa. Existieron una vez sesenta y tres muchachos. Pasaron unos hombres de uniforme, pasaron las balas y quedó la sangre señalando el lugar en que ellos, antes de morir, existieron. Sí, cuando hubo terminado la primera faena, se ordenó sacar de su encierro a los vencidos de la Universidad y, haciéndolos pasar, pisar sobre los cadáveres de los otros, se les hizo bajar al otro piso y, cuando venían en la escalera, el Comandante dijo a sus hombres: "Niños, a cumplir la orden". Su voz estuvo tranquila cuando agregó:

"Con carabinas no, usen los revólveres para que no reboten las balas". A uno de los vencidos la metralla lo alcanzó en pleno vientre, se levantó con dificultad, apoyándose en el hombro de un herido. Entonces el coronel Bautista desenvainó su sable, su crimen, y lo ensartó dos veces en él. El coronel Bautista tenía una cara bolsuda, blanducha, que entonces, como estaba transpirando, parecía que se derretía. En realidad, en el interior del edificio hacía bastante calor aquella tarde.

Un hombre de uniforme subió hasta el sexto piso, se puso a mirar y a pensar porque no vio a los estudiantes a quienes había estado vigilando en un comienzo. De repente miró allá en la escalera a un herido que se levantaba. El hombre fué allá, pero entonces llegó el Cabo, cogió una carabina. El hombre le dijo: "Mi Cabo, tapemos los cadáveres". Pero el Cabo replicó: "¿Quieres que te liquide a ti también?" y le disparó al herido. Este cayó al suelo, se volvió a parar. El Cabo le volvió a disparar. Cayó otra vez, se movió un poco, pero después ya no. Su cara había quedado pegada a la de otro muerto en un gesto gracioso y conmovido, como cuando después de la farra se caen dormiditos los borrachos. En seguida se fué el Cabo. Iba dando golpes secos con la carabina sobre los cadáveres. Estaba apisonando los cadáveres, los moribundos. Amigos míos, cada uno de nosotros sabe lo difícil que es matar a un animal. Cada uno de nosotros ha muerto uno alguna vez. Calculemos por eso lo difícil que es matar a un hombre (hay que matar cada trozo de su cuerpo, cada mano, cada ojo). Ellos eran muchos y el espacio en que los mataban era muy poco. Por eso no se disparó una vez, sino repetidas veces. Si alguno se levantaba, se le daba un

tiro, si se levantaba otra vez se le daba otro tiro, si volvía a levantarse se le daba otro y así hasta el octavo, hasta el décimo tiro. Y aun el undécimo pudo ser necesario. Es curioso, el hombre, que comenzó asesinando con una quijada de burro, hubo de ir perfeccionando sus armas mortíferas porque —también— el hombre se iba poniendo ducho y perdía con mucho éxito el tiempo en imaginar maneras de quitarle el cuerpo al asesino. Ahora el hombre mata con cañones lanzallamas y con bombas voladores, frágiles y enrevesadas como una medicina, para sutilizar y niquelar la muerte, para dejarla limpia y aséptica como un pasadizo recién lavado, suprimiendo el grito, el estertor, borrando la sangre, dejando sólo una bella industria, modernizada y culta. Pero la naturaleza no cambia; ella emplea sus mismas armas inmemorables no perfeccionadas. Siempre saca a relucir sus crudos inviernos para matar el vivificante calor humano o logra que retiemble el mundo con sus incomparables terremotos que hacen saltar las cáscaras que edifica el hombre para vivir adentro. Los sismógrafos son el corazón de las ciudades, por ellos pasa el lento y regular ritmo del mundo de los astros, cumpliendo adecuadamente sus órbitas, los días suceden a los días y las noches a las noches, las estaciones del calor caen ordenadamente tras las estaciones del frío y después del solsticio de las frutas estivales cae el lento telón otoñal en los bosques del hemisferio. La naturaleza no cambia, ella mata siempre de hambre, de frío, ella es basta, primitiva, tenazmente parca y breve para asesinar, no defiende el crimen como una de las bellas artes, no lo estiliza. La naturaleza no inventó los lentos suplicios, ellos vinieron con el hombre melancólico que se emocionaba ante el crepúsculo que se incendiaba en el fon-

do de los mares o que se aterraba de miedo cuando la lluvia silenciosa caía sobre las soledades de la Edad Media. El suplicio lo inventó el hombre que inventó el tiempo; el suplicio era la detención brutal de la eternidad, el no dejar salir el alma del prisionero estirado por sus aspas en una rueda de molino o el obligar a las manos previamente despojadas de sus uñas a que cavarán la propia tumba, como cuenta la historia que hacían los antiguos japoneses con sus víctimas. Después, la guillotina no fué sólo un cuchillo. Fué un ara, un altar, ahí oficiaron su culto los pontífices de la libertad del hombre. La muerte había derivado de la tragedia griega a la política; la muerte asumió su papel de función social. La guillotina fué un cuchillo que dió tajos breves y prolongados reflejos. La guillotina fué una prolongada lámpara. Su luz fué buena, la sangre da a veces desde el muerto, desde el que hizo al muerto, un resplandor bondadoso. Hay sangres buenas y sangres malas, sangres que aprovechan y sangres que no riegan ninguna cosa. De la sombra de la guillotina se levantó Napoleón, pero saliendo de ahí, venía él lleno de drama, sus palabras, sus pasos y cuando él empuñó la espada pareció empuñar una larga sangre. ¿Cuánta energía inútilmente consumida suponen los crímenes que se cometen a cada minuto en todos los puntos del globo? Crímenes con alevosía, con ensañamiento, crímenes que no comete el asesino sino el secretario del asesino, que tienen por fondo el fondo inmenso de la noche y por víctimas propiciatorias un infeliz anciano o unas criaturas, suponen tal cantidad de energía emocional, inútilmente gastada, que puede asegurarse que donde floreció la sangre por lo menos debió crecer una obra de bondad o de arte

perdurable. Pero la pasión y el odio, el vino y la cocaína no siempre esgrimen la pluma y el pincel; esgrimen también el puñal para descorrer la sangre o encienden la bala para iluminar la cara del asesinado. Los crímenes pasionales —los únicos interesantes—, constituyen una minoría, porque para matar por amor hay que ser un gran apasionado, esto es, un elegido. Hay que ser bueno. La gran porción de crímenes es cometida por causas triviales: discusiones por bagatelas, frondosidades que nacen del naípe o de la jarra de vino. Y por eso la sangre sigue goteando día y noche de la cañería rota del infortunio humano. El hombre perfecciona sus maneras de matar; la naturaleza no. Ella sólo deja caer el invierno, las lluvias, los vientos, la nieve, esos elementos de su arte. Y ahora, mientras vemos los refinamientos de suave imaginación que dieron vida a ese círculo del infierno que estamos narrando, la naturaleza sigue con su antigua sencillez; ella no se complica ni siquiera para matar.

Hay en las catástrofes en que mueren muchas vidas un sentido especial de la muerte. Los cadáveres son menos tristes, pero sí más violentos, más apresurados y todos con la uniformidad del último gesto, siempre distinto y siempre igual. Es una clase de muerte organizada y rabiosa, una especie de industrialización de la muerte. Así ocurrió en aquella casa. Pero, amigos míos, permítanme una pregunta: ¿llegará un día la medicina, la ciencia, a imaginar un ojo, un oído para recoger el dolor humano? ¿Cómo puede curarlo si no lo conoce, si no lo ve, si no lo oye? Ustedes saben que el Doctor fué allá a buscar heridos, estuvo esperando en el vestíbulo, abajo, en el primer piso, mientras bajaba el sol en la plaza, tras los grandes rasca-

cielos y la sombra, una sombra fresca y no contaminada, envolvía el vestíbulo y subía silenciosa por la escalera. Mientras aplastaba en el suelo el cigarrillo, el Doctor se sentía extrañamente obsedido, miraba entrar las sombras, pasar a su lado y montar hacia los pisos, igual que una procesión de seres fantasmales. Evidentemente, no era el silencio lo que lo desasosegaba, porque no existía de ninguna manera. No estaba solo, desde luego; ahí estaban los hombres de la tropa y tras el mostrador, en él, yacía una rumba de carabinas y cordeles, algunos conversaban y reían bajo, sonaba un ascensor, pero no se veía que bajaba, sonó, tal vez, un teléfono y unos gritos, unos quejidos cayeron de él. Vibró largo un timbre y entonces entró desde la calle un oficial alto, macizo. Con él cayeron las últimas sombras, tras él ya no entró ninguna oscuridad a la casa y tampoco ningún otro ruido; él traía el silencio, todo el silencio, le borbotaba mudo en las botas, y el sol bajó definitivamente. Ese oficial era el Mayor. Pasó junto al Doctor, sin mirarlo, sin mirar a nadie, caminaba derecho como si debiera clavarse recto en la pared, como si aquella fuera su consigna, su orgullo y su destino, entrar por ella y tranquear sin ruido a través de los grandes y hermosos cristales. Parecía que iba pisando en el aire; un niño, al verlo, se hubiera reído, si aquel extraño ser estaba jugando. Subió la escalera con amortiguados largos pasos elásticos y no habían pasado dos o tres minutos cuando el Doctor oyó unos gritos horribles y unas voces de triste escándalo que de repente se apagaron como si las taparan e inmediatamente una voz tajante, definitiva, que desde arriba vociferaba en la escalera, hacia el vacío: "¡Que se vayan los médicos! ¡Aquí no va a haber heridos!" El

Doctor se fué. La sirena de la asistencia plañía delgadita, como rezongando. Después llegó otro hombre uniformado llegaron algunos oficiales, entre ellos el General que venía a inspeccionar el edificio. El General se fué en seguida donde el Gobernador y le dijo:

—Murieron todos los revoltosos, señor.

Y el Gobernador respondió:

—Bien muertos están.

EN LA NOCHE, LOS VIVOS

En la noche, al amigo del Gobernador le soplaron en la oreja la noticia: "¡Hay sesenta muertos en la escalera!" El se encontraba en la calle. Al frente, el edificio se elevaba en la oscuridad, imponente con sus doce pisos de silencio. Atravesó la calle. El corazón le latió con violencia en un vestíbulo frío, semioscuro, en que algunos hombres uniformados, inmóviles, desagradables y tristes, veían en silencio en los rincones. El silencio era grande, enorme, frío. En un leve miedo instintivo, se quitó el sombrero y se quedó aguardando ruidos en los pisos altos. Pero no, todo estaba impregnado de silencio, un silencio viscoso. Allá arriba las luces lejanas de las oficinas abiertas en los pisos superiores, daban resplandores inciertos, daban una luz de aceite. Subió temeroso, cansado de antemano, acechando en los peldaños lo atroz que adivinaba, cogiéndose del sombrero y sintiendo que las manos le transpiraban y temblaban. La escalera dió vueltas y no encontró nada, dió otra vuelta, era seguramente el tercer piso, y en el rincón lóbrego, de un corredor recibió el primer choque. Junto a unos archivadores metálicos derrumbados

EN LA NOCHE, LOS VIVOS

En la noche, al amigo del Gobernador le soplaron en la oreja la noticia: "¡Hay sesenta muertos en la escalera!" El se encontraba en la calle. Al frente, el edificio se elevaba en la oscuridad, imponente con sus doce pisos de silencio. Atravesó la calle. El corazón le latió con violencia en un vestíbulo frío, semioscuro, en que algunos hombres uniformados, inmóviles, desagradables y tristes, velaban en silencio en los rincones. El silencio era grande, enorme, frío. En un leve miedo instintivo, se quitó el sombrero y se quedó aguardando ruidos en los pisos altos. Pero no, todo estaba impregnado de silencio, un silencio viscoso. Allá arriba las luces lejanas de las oficinas abiertas en los pisos superiores, daban resplandores inciertos, daban una luz de aceite. Subió temeroso, cansado de antemano, acechando en los peldaños lo atroz que adivinaba, cogiéndose del sombrero y sintiendo que las manos le transpiraban y temblaban. La escalera dió vueltas y no encontró nada, dió otra vuelta, era seguramente el tercer piso, y en el rincón lóbrego de un corredor recibió el primer choque. Junto a unos archivadores metálicos derrumbados

y a algunas cajas de cera, cinco cadáveres yacían amontonados, bañados en sangre. Sobre ellos, una ampolleta enviaba recta toda su luz, iluminándolos completamente. El amigo del Gobernador dió vuelta a uno, instintivamente, quería identificarlo, reconocerlo, dió vuelta a otro y respirando fuerte y temblando, vió que el sombrero cayó sobre la cara del muerto. Lo levantó y se lo puso, mirando a los muertos. No, no los conocía, se puso el sombrero mirándolos siempre, después, en un gesto de gran cansancio y desaliento, se lo quitó y lo metió en el bolsillo del vestón. ¡Adiós criaturas! No, no los conocía, eran muy jóvenes, con sus caras blancas y transparentes, con las ropas torcidas, húmedas de sangre. Siguió la ascensión para huir de aquello y se encontró detenido por un cadáver que interceptaba la escalera, con los brazos abiertos, en posición grotesca, con los pies en alto. Debieron lanzarlo desde arriba. El solo golpe habría sido mortal si las sanguinolentas heridas no indicaran que ellas también habían sido capaces de matarlo. Más allá, otro apoyaba su cabeza en el muro, estaba sentado, como haciéndose el tonto. El amigo del Gobernador tuvo que saltar para seguir subiendo, porque el número de cadáveres iba creciendo, ascendiendo, en un cansancio de la escalera tuvo miedo. Yacían ahí, unos sobre otros, formando montón, unos quince cuerpos ensangrentados, con los ojos desmesuradamente abiertos, esos ojos friamente sarcásticos de los muertos, y sobre los cuales un muchacho rubio y de bigote recortado, de marcado tipo extranjero, agonizaba. La muerte ronroneaba en sus labios tumefactos, hacia los cuales corría un sudor sanguinolento desde la cabellera rubia. Eran las diez de la noche. El edificio había sido ocupado por la tropa seis horas an-

tes. La boca del moribundo se abría, se cerraba espasmódicamente, hervía ya en su caldo de muerte, formando burbujas de sangre. El amigo del Gobernador tuvo horror (él después lo dijo en el diario mientras se servía un té puro negro, con mucho limón, y le corrían calofríos la columna vertebral), tuvo también intención de auxiliarlo, pero vió que era inútil porque el orificio de una bala en la sien había dejado vacías las cuencas de los ojos. Era curioso, esos ojos azules, mirados desde la penumbra y un poco de perfil, se veían correctos, limpios, nuevos, estaban llenos de vida, no había horror en ellos, ni esa viscosidad fría que emanaba de los ojos de los demás muertos que lo miraron mientras subía. Sí, tenía miedo y calor y sed, un asco se le prendía al estómago y la camisa se le pegaba al cuerpo sudado. Bajó apresuradamente, saturado de horror; después recordaría con vergüenza que bajó saltando los escalones, mirando aquellos ojos que brotaban de las alfombras y se abrían en las paredes para mirarlo, hubiera jurado que la gran lámpara que ardía allá arriba estaba llena de ojos que se descolgaban para bajar a aguaitarlo más de cerca, se acordaba haber tropezado y caído junto a un cadáver, era un muchacho moreno con el pelo crespo y oloroso a gomina, tenía puesta una hermosa corbata tornasol con la que parecía lo habían ahorcado, vió que tenía el rostro amoratado; mientras pugnaba por levantarse quiso llevar sus manos ahí para soltarle la corbata y que respiraba mejor, pero entonces se acordó, sí, tal vez gritó, gritó de miedo y bajó saltando los escalones, le parecía después que en su apresuramiento pisó sobre la mano de un cadáver y vió surgir un poco de sangre bajo su zapato. Le

parecía, cuando llegó, que la tierra estaba más abajo, muy abajo. Fué a buscar al Diputado, quien le preguntó si se sentía enfermo y le sirvió una copita de coñac, no, no estaba enfermo, quiso hablar, decirle algo, explicarle todo, pero no, no podía hablar, abría los brazos solamente, como para aprender a nadar, otra, otra copita de coñac. Cuando se sentó pudo decir, por fin algo. Y, mirándolo, el Diputado comprendía mirando hacia la noche intensa y azul que se metía por los ventanales del club. Salieron a la calle y caminaron allá, cogidos del brazo, sin hablar nada. El amigo del Gobernador temblaba y el Diputado se sentía ya emocionado y alerta. Entraron los dos apoyándose en sus miedos. Recorrieron oficinas abiertas y corredores que el otro no había visto en su primera visita y descubrieron nuevos cadáveres debajo de las mesas en desorden, bajo los pupitres, entre las sillas. Había por ahí el cadáver de un obrero, vestido con un jersey blanco, manchado con cemento y cal de construcciones. Tenía un gesto asustado y malicioso en los ojos cerrados y en el bigotillo picaresco y mujeriego. Tenía un balazo en el corazón, en el cual había florecido una gran mancha de sangre, otro balazo en la frente, un brazo casi desprendido como si hubiera tratado de defenderse de prolíficos sablazos y un ojo totalmente machacado a causa de un golpe violento. Ese ojo, más que el otro, parecía sonreírse con inteligencia y picardía, guardando para sí la última visión alegre que lo llenara de promesas. Más allá, junto a la escalera, había un muchacho alto, rubio, tendido de espaldas, con sus largas piernas tiesas, con los brazos levantados del suelo, rígidos. Debió morir así, con los brazos levantados. Al comienzo de la escalera había un cadáver

con terribles heridas a bala en la cara y un desgarrón largo en el pecho. Por ahí pasó un bayonetazo. Dentro de una oficina había el cadáver de un hombre gordo, completamente morado, con un agujero grande a bala en el corazón, los brazos abiertos y la ropa endurecida por la sangre coagulada. En el fondo de un ascensor oscuro, que tenía las puertas abiertas, yacía otro muerto, sus pies salían al corredor iluminado. En algunos water closets había cadáveres ocupando el reducido espacio. En el fondo de un corredor, un muchacho muy joven había vaciado la totalidad de su sangre sobre el mármol, estaba boca abajo, como para que escurriera hasta la última gota. El mármol era de color blanco. Volvieron a encontrarse con el grupo que coronaba el moribundo de aspecto extranjero. Ya, había dejado de existir. Todavía quedaba un piso más que recorrer. Tuvieron que subir por las barandas para no pisar los cadáveres que colmaban la escalera. Al amigo del Gobernador le parecía que había más cadáveres ahora, se sentía muy débil y se colgaba casi del brazo del Diputado. Estaban tal vez en el piso quinto o sexto. Era tal vez el séptimo. Esos cadáveres que aparecían por ahí, en la escalera, en los pasillos, hinchados y amoratados, denotaban una agonía de muchas horas. Porque (amigos, entre ustedes alguno estudió medicina), es sabido que los cadáveres no se hinchan desde que son cadáveres. Y aquel otro, con el cráneo deformado monstruosamente, ése, había sido arrojado desde lo alto. Otro que ostentaba un balazo detrás de la sien y heridas largas en el abdomen, había muerto luego. Cerca de él, un estudiante vestido con ropa café muy fina, camisa crema y corbata encarnada, tenía un rostro tornasolado y sonriente, con

un limpio balazo en plena frente, y en las manos señoriales y cuidadas, todos los tendones al aire y casi arrancados de cuajo colgando entre las colleras de oro. El amigo del Gobernador y el Diputado visitaron las galerías y vieron más cuerpos en los rincones y en una oficina que ostentaba en la puerta una planchita: "Dr. Orrego", constataron que debajo de una mesa había dos muertos. Volvieron al descanso de la escalera, que estaba iluminado. Un hombre de uniforme vino a decirles que no siguieran subiendo porque no había más cadáveres en los pisos superiores. Era un hombre de rostro tostado, amarilloso, con unas mechas tiesas, rojizas, que surgían insolentes bajo la gorra, hablaba con un tono doliente, como disculpándose y mirando en los ojos al Diputado como para que éste no se enojara. Ellos se detuvieron fatigados, mirando eso, respirando fuerte, estaban cansados. Allá, desde bajo unas cortinas, surgían unos zapatos amarillos de color zapallo y unos calcetines blancos, albos. De pronto, el amigo del Gobernador, que se ahogaba y tenía calor y miraba al techo pensando lo alto que estaban las ventanas y lo angostas que eran, vió ahí, en las baldosas, que una rodilla que estaba doblada hacia arriba, oscilaba lentamente. Sentía mucho calor y una gran opresión en el pecho, sí, tenía ansias de respirar aire puro, fresco, las ventanas estaban todas cerradas, demasiado cerradas, muy estrechas, le faltaba el aire, se iba a desmayar, pero la rodilla oscilaba siempre, echando para él un poco de aire, abriendo una ventana en aquel encierro. Está con vida, pensó, estará respirando, pero no, no hay aire, se va a morir, morirá ahogado, ahogado, no asesinado, comprendió que se iba a desmayar y por sus sienes reptaba un

espantoso olor a transpiración. Miró al Diputado, miró al hombre de uniforme. No habían visto. Entonces habló, hizo consideraciones largas sobre los muertos, muy largas, para cansarse mucho. El Diputado, el hombre de uniforme, estaban callados, pensaban que él estaba enfermo, verían que se estaba poniendo de color verde, le tenían lástima, parecían, quizás, emocionados. El amigo del Gobernador, dijo de pronto, señalando aquella rodilla, alzando la mano con gran cansancio: "¡Ese está vivo!"

En efecto, estaba vivo. Se llamaba Hernández. Era bajo, delgado, moreno; tenía veintitrés años. Vino de Valparaíso. Había entrado al edificio con Estanislao, con Gerardo y con Barraza. El actuaba en el séptimo piso, junto a la radio. A las tres de la tarde supo que había subido Yuric al sexto piso a decirle a Estanislao que se rindieran. El no vio a Yuric entonces, se lo contó Ramírez. Yuric bajó y volvió a subir. Entonces él lo vio, poniéndose nervioso, y gritando pegada su boca a la radio, mirando, lejos, el campo, los potreros, junto al canal, donde estaba el hombre dentro del auto, aguardando las noticias, salían chillidos de la radio, ráfagas de música, una canción inglesa, tal vez gritos de manifestantes, la hermosa voz femenina que presidía los desfiles y las fiestas del pueblo de abajo, aguardando el día de la elección: "¿Quién será, quién será Presidente? . . . ¿quién será, quién será? . . . Un balazo había reventado en la radio y vio lleno de asombro que de su interior salía sangre, mucha sangre, la veía correr al sol, junto al canal, desde dentro del auto, sí, la cara del hombre estaba llena de sangre. De la radio salían chillidos, chillidos largos como gatos. Se puso de pie y vio a Yuric subir por la escalera. Iba lento ascendiendo, él sabía

que llegaría, a sus pies le goteaba la sangre de la mano y la radio estaba fría, apagada. Gerardo ya había muerto, ya no colgaban sus piernas lacias de la ventana, lo tenían en el suelo y los pies de Gerardo tocaban incluso la caja de la radio. Sentía la voz autoritaria de Estanislao, diciendo que se rendirían. Se acordaba Hernández que dejaron las armas en un rincón, arrumbadas como tacos de billar, como bastones de pije en una casa de remolienda cuando el crepúsculo está manando afuera y el brasero de anchas caderas pasea su llamita azul que va lamiendo los brazos y los muslos, aun fríos, de las chuscas bajo las enaguas abiertas. Sonaron ahí los revólveres y las pistolas y los flacos rifles de salón rayando la pared y ellos bajaron con los brazos en alto. Fueron registrados y les dieron orden de volverse contra la pared. Entonces sonó la voz: "Niños, cumplamos la orden". Hernández sintió dos golpes y cayó al suelo. En el suelo sintió una descarga general, voces extrañas, ruidos de pasos, como si los estudiantes fueran huyendo hacia abajo, corriendo por escalones de madera bajo la tierra, los sentía claramente, se alegraba, quería reírse de puro gusto, era cierto, era cierto que huían, los sentía correr claramente, sonaron muchos disparos y entre el humo azul, tan azul, sintió que perdía la conciencia mientras veía caer a su lado a Estanislao, bailando como un trompo de colores, verde amarillo, enrojecido, se hizo chico en el suelo. Hernández recordaba que Estanislao le tendió la mano. Sintió que tiritaba. Poco a poco la presión de los dedos se fué enfriando, le daban miedo esos dedos helados en su mano, miedo y pena, los apretó en silencio y los dejó con cuidado en el suelo. Después, Hernández, con todas sus heridas, supo, sintió que él mis-

mo, él, estaba vivo. Trató, deseó conservar su estado. Oyó que daban orden de repasar a los heridos. Oyó después que alguien bajaba, se iba por la escalera. Hernández solamente oía, no podía ver. Cayó de bruces y no quería moverse para no delatarse. La casualidad lo ayudó. El Sargento y otros hombres empezaron a tomar los cadáveres por la cabeza y los pies y a tirarlos por la escalera. Hernández sintió que hablaban, como si arreglaran el palacio del Gobernador en la víspera de las fiestas, ordenando los muebles: "Este está bien allí". "Pongamos éste por acá". "Y estos que están aquí ¿dónde los ponemos?". Luego, estuvieron junto a Hernández. Lo tomaron violentamente de pies y manos y lo dieron vuelta. Hernández quedó boca arriba. A pesar de sus heridas se preguntaba que por qué no lo habían tirado escalera abajo. Después de esto, el Sargento empezó a disparar sobre los heridos y los muertos. Les disparaba desde muy cerca, pegada la pistola a la carne. Hacía un gesto raro con la boca al descargar el arma, se mordía una punta de la lengua y respiraba hondo. Disparaba luego concienzudamente, sin gracia ni costumbre, por fastidiarse y fastidiar al Comandante que inventaba tareas inútiles. Hernández sentía un disparo, un quejido, un estertor. Sintió que el Sargento respiraba encima de él, estaría sacando la lengua y haciendo un paquetito con los labios. Comprendió que se estaba agachando, arrodillando para encajarle, tal vez, la bala dentro del oído. Entonces, allá abajo, una voz bronca, enojada, distrajo de su tarea al hombre: "Sargento, ¿ha terminado?" "Sí, mi Comandante", gritó el Sargento, alzando su aliento para cuadrarse con él y bajó la escalera. Hernández sentía que el frío de las baldosas le entume-

cía el cuerpo. Las heridas del hombro le incomodaban, le ardían mucho. Pasó un rato muy largo. Sintió que tres hombres se paseaban tranquilos, pisando la sangre, sorteando los cadáveres. Cuando pasaban de espaldas, Hernández los veía bien. Ya habían encendido las luces y la luz que le daba en pleno rostro le mortificaba. Aprovechó los pasos de los hombres de uniforme para moverse con sumo cuidado. Fué cambiando de posición lentamente y sintió alivio. Se dió cuenta de que su sombrero había caído muy cerca de él, junto a su cabeza. Movié su cara un poco para alargar el pescuezo y el sombrero quedó tapándole los ojos. Los hombres uniformados no se dieron cuenta. Sintió de pronto una mano junto a la suya y tuvo miedo, pensando en Estanislao. ¿Cuántas horas que había muerto? Pero no era él, no era la mano de un muerto, estaba tibia, caliente, tenía vida y se la transmitía. Movié un poco la cara y vió que era Vargas. Le preguntó si estaba herido. Vargas tenía dieciocho años, era bajo, nervioso y daba la impresión de ser físicamente débil. Recordaba que estaba herido ya cuando llegaron los de la Universidad, no recordaba en qué piso estaba él entonces, pero debía haber sido en el cuarto. Sintió gritos en el piso de arriba, pedían que no dispararan. Se alzaban gritos lloriqueantes, sonaban las botas, se azotaban los vidrios. Oyó descargas. Luego vió subir a un estudiante. Era alto y rubio, iba con los brazos levantados. Al poco rato oyó que en el piso de arriba gritaba que no lo mataran. Ese —recordaba Vargas— no bajó con los demás. Los que estaban arriba bajaron al poco rato, rendidos, con los brazos en alto. Cuando venían por la escalera, les dispararon. Algunos cayeron sobre Vargas y luego, ahí mismo, en el piso, fueron arrinconados y baleados.

Los oficiales primero disparaban sus pistolas, luego, enterraban sus sables. Vargas había caído en las primeras descargas, herido a bala en la pierna izquierda. No se había sentido herido, sino inmovilizado, como si le hubieran clavado un clavo enorme, la pierna se le empezó a dormir y la sentía crecer, ponerse tumefacta, como una fruta, después, mucho después sintió el dolor, pero ya para entonces tenía el pie hundido en un pequeño charco de sangre. Junto a él había caído otro muchacho, que se apoyó en su hombro y se levantó con fiejera y fatiga como cuando uno ha tomado varios vasos de cerveza y tiene que hablar y ha de ponerse de pie para hacerlo, pero de repente siente que lo gritan para advertirle que ése no es su turno y le disparan dos balazos en la mano que se cogía al hombro de Vargas. El muchacho se derrumbó pero rezongando unos ronquidos se paró de nuevo y quería agarrarse otra vez del hombro. Entonces el coronel Bautista lo ensartó dos veces en su sable y el muchacho, sentado en el suelo y abriéndose el pecho gritó al Coronel: "¡Viva Chile, mátame luego, desgraciado!" Vargas lo sintió llorar después y ya no, porque el ruido de las balas lo ponía sordo y retumbaba el estampido aun en sus heridas, el pie, hinchado y enorme, se estremecía a cada disparo; después sintió el chisporroteo de llamas, comenzaría un incendio, querrían quemarlos a todos y tras él el agua que caía de una llave abierta, un agua fresca y libre, el agua... Escuchó la orden de tirar los cadáveres por las escaleras. Una voz decía con sentido crítico y un poco de pesadumbre: "Estos no pueden quedar amontonados, arreglémoslos un poco". En ese momento Vargas no tenía miedo porque sabía que tenía que morir. Se acordaba de su

padre que había quedado en el campo cuando tomaron el tren él y los otros para venir a la ciudad. Habían bajado de la montaña y atravesado el bosque antes de salir el sol y al pasar frente a la oficina del telégrafo y contemplar los pájaros que pasaban volando alto por el cielo azul, miró a su padre, que se estaba limpiando el ojo con la manga, y sintió tristeza y miedo. Se acordaba bien de todo ello, la mañana estaba brumosa hacia el lado de la cordillera y el sol se alzaba ya en el cielo de la frontera y derramaba su tibieza sobre la selva y ya estaban zumbando en el pueblo, dormido aun, los aserraderos, echando a volar la madera de sus élitros en la tosca dulzura del invierno que ya se iba. Sentía el lejano zumbido de las barracas y veía a su padre enjugándose con la manga el ojo enfermo y adentro, en el bosque húmedo, a medida que lo iba atravesando, sentía crujir y desfallecer los grandes troncos podridos que sonaban lúgubres, largamente en el suelo, en un chillido de pájaros y el soplar del viento. Pasaban por las calles solas por las cuales volaba un viento de nieve que empezaba a entibiar el sol y a través del bosque y pasaban por la acera los vecinos, alzados los abrigos, sueltas las cabezas sin sombrero y lo miraban y gritaban levemente en el delgado aire matinal y entraban en la zona ruidosa de los trenes. Suena el dinero en medio de los bosques, papá, papá, te escribiré y entre las transacciones llegan las cartas de Santiago —llenas de muchedumbre—, de Valparaíso, con un golpe de mar en el cual flota aún la gorra del marinero del Itata que murió ahogado y era mi tío —y aún del norte, de Coquimbo, y Copiapó llenas de salitre, de calor y de frutas y de las explosiones que hacen florecer los calicheros en el desierto—.

Así transcurría el día en el pueblo, ese día que él ya no vería y de repente surge la noche de los bosques y cae el frío de la cordillera. Vargas sentía que venía volando por el lado argentino el frío y cae ahí, sobre las canas de su padre que aún anda con los caballos en el campo y mira abajo hacia el pueblo, donde corren ya las luces por las calles solas y la gente abajo, se mueve apenas, muerta de miedo. Porque el pueblo es claro y tranquilo durante el día, plantado a los pies de la cordillera, que le envía sus luces frías cuando brilla la luna y arrimado al bosque, a unos cuantos kilómetros del lago donde se ahogó la Rosalía hace dos primaveras y fueron del pueblo a sacarla y les dió la noche y ella estaba aún tendida en el suelo, junto al agua, con su vestido azul y el pelo negro peinado y con copihues, entonces, recordaba Vargas, habían sucedido episodios raros, mezclados de rabia y de ternura y su padre, cuando amarró los caballos y se sentó junto al fuego lo quedó mirando: ¿Rosalía, la niña, hijo? Ella, ella, viejo, gritó Vargas y rompió a llorar y muerto de miedo se puso a correr. Y luego venía la noche y el silencio envolvía a la ciudad y él se acercó a la casa donde estaban velando a Rosalía. Tendida en la mesa del comedor, sin adornos, ni colgaduras, sólo el crucifijo a los pies y un velón grande que habían prestado en la iglesia, y los cuadros de la pared, el Presidente Balmaceda, la Virgen del Rosario, tapados con géneros. De almohada le habían puesto muchas flores y sentía a las viejas que ya estaban rezando, avemaría purísima, santo, santo, santo; pobre-cita, por qué lo haría. Rezarán por mí, ahora, que morí encerrado y no siento correr el viento. En el pueblo sonaba siempre. Cuando es de día, el vuelo

de las sierras y el ruido lejano de los pájaros y el viento los hacen olvidarse de los muertos. Pero llega la noche y otra vez el miedo; el miedo, una de las pocas cosas positivas. A veces los hombres de nervio firme, el señor cura, el profesor, el oficial del registro civil, recorren el mapa del territorio, el estirado mapa de Chile; el mapa es igual que un hombre muerto, un hombre muy largo y muy flaco, muerto de fiebre por arriba, de frío por abajo. No, el punto preciso en que debiera estar el pueblo no está marcado en el mapa, sólo montes, bosques y venas de ríos, sólo el volcán, el lago donde murió Rosalía y el hotel donde llegan los turistas vestidos de blanco y con los rostros rosados, asados al rescoldo. De eso se acordaba Vargas y sentía miedo; el pueblo en que él vivía, donde estará su padre despierto a esta hora, no existe, ni siquiera aparece su nombre inscrito en el mapa. Entonces, ¿cómo no estar muertos de miedo, cuando la noche viene nada más que para dejarnos solos? El cura decía que era un pueblecito dejado suelto por el destino, a orillas del bosque, a cuarenta kilómetros del lago, junto a la frontera; desde lejos, las casas se veían desparramadas, en desorden, como si alguien las hubiera dejado caer por la falda de un cerro para empezar a correr muerto de miedo. Desde lejos, al atravesar hacia la estación aquella mañana, se había vuelto a mirarlo y vio a su padre desaparecer en la esquina de la oficina del telégrafo, para ir a buscar los caballos. Arando tierra adentro lo había visto alejarse en su memoria y aún lo veía en medio de la noche, estaría nublado y tal vez lloviendo, lo veía chapoteando en el barro, secándose con la manga la cara, y tuvo un sollozo. Pobre padre, estaría hasta bien entrada la noche en el

campo, arando la tierra, regándola después si no llovía, mirándola siempre, sintiéndola olorosa y suya, como una mujer; acariciaría sus terrones mirando en la memoria el tren que se llevaba al hijo a la ciudad, mirándolo viajar con un solo ojo. ¿Cuántos años tienes, padre? Cincuenta, hijo. ¿Cuántos años que trabajas en el fundo? Trece, hijo. Trece y un ojo. Se reía seco, secándose el sudor asoleado y mirándolo con toda la cara. No era un hombre triste, sino callado, callado y seco, como la tierra. Una noche tuvo un accidente, perdió un ojo, lo dejó sembrado con las demás semillas. A veces, mientras regaba, creía verlo brillar en la tierra; se agachaba y era sólo un pedazo de vidrio. Tuvo rabia, rabia y no pena, echó a correr para buscarlo, se arrastró y bramó sobre la tierra, se llenó de sangre las manos y la sangre que le caía del ojo perdido lo enceguecía y lo hacía transpirar de dolor y rabia. Maldiciendo de rabia y no de tristeza llegó al rancho aquella noche. Llovió toda la noche y al otro día, una jornada triste y fría, comieron un causeo y tomaron mucho vino. Se paraba con el vaso en la mano y por la ventana abierta miraba hacia el campo donde llovía con furia. Pensaba en su ojo perdido y tenía terror y pena. Llovió todo el día y aquella noche se acostó borracho y Vargas lo sentía hablar en sueños y maldecir a los caballos que iban a pisotear el ojo. Al otro día, ya no se acordaba y se estuvo fumando en el pasadizo y mirando hacia el cielo nublado el campo mojado y oloroso sobre el que planeaban bandadas de pájaros. No, no era triste, callado solamente. Lo estaría mirando con su ojo tuerto, preguntándole: ¿A dónde vas, hijo? Tenía ganas de alegrarse, de ponerse a reír, de alzar la cabeza para hablarle despa-

cito y que lo oyera en el campo: "¡Estoy vivo, vivo, viejo! ¡Rodeado de muertos, pero vivo! ¡Los mataron a todos, pero yo estoy vivo!" Algunos movimientos de otro cuerpo caído junto al suyo le hicieron saber que estaba vivo. Era Hernández. Le preguntó si estaba herido. Aprovecharon el paseo de los hombres uniformados y cambiaron algunas palabras sobre su situación. Acordaron no moverse. No sabían cómo saldrían de eso. Pero hicieron lo posible por no delatarse. Más allá de sus heridas, encerrada en ellas, alentaba cada vida. De pronto sintieron pasos que subían la escalera. Un oficial y varios subordinados empezaron el segundo repaso. Con el sable el oficial y con las culatas de las carabinas los otros, cortaban y golpeaban sobre los cadáveres. Ahora, no se oyeron quejidos, tampoco esteriores. El oficial se acercó a Hernández. El sable le pasó pegado al rostro, pasó echándole viento. El sombrero voló partido en dos hacia un rincón. Hernández no se movió; desde antes, desde que sintió los pasos en la escalera tuvo amarrados sus nervios. A Vargas le golpeó una culata en la frente. Se dió cuenta de que estaba tendido sobre su propia sangre, pero no tenía miedo, sabía que morirían, morir era tal vez, una extrema debilidad. Su cuerpo y su rostro estaban empapados y aún así veía a su padre trabajando en el fundo, caminando entre los sembrados, buscando entre los surcos y olfateando en el cielo la lluvia próxima. El oficial y su gente después de haber terminado eso, colocáronse en el primer peldaño de la escalera e hicieron fuego de cortina, barriendo de lado a lado el recinto, sobre todos ellos. Tres balas hirieron a Hernández. Una en la pierna derecha, otra en la izquierda y otra que atravesándole la cadera le salió arriba de la cin-

tura. Después se fueron los hombres de uniforme. Ahora estaban seguros de que nadie había quedado con vida. Pasó un largo rato. Vargas otra vez le preguntó si estaba herido. El le contestó para tranquilizarlo, pues tuvo la impresión de que Vargas tenía mucho miedo. Los dos se desangraban lentamente. Y el tiempo no terminaba nunca de pasar. Sintieron nuevos pasos en la escalera. Unos pasos charolados en un acuoso rumor de fiesta. Venían conversando. Un oficial decía muy atento y concienzudo: "Estamos seguros de que no hay nadie con vida". Pasado un largo rato, alguien a quien no podían ver habló. Y después de un silencio, la misma voz dijo: "Ese está con vida, Diputado". Entonces se paró Hernández y tambaleábase, borracho de heridas, vió a dos señores y a un oficial, y dijo: "No estoy muerto, señor Diputado". Después se paró Vargas y uno de los hombres de uniforme que estaba de guardia dejó caer la carabina asustado. Esos señores les preguntaron si estaban heridos. Ellos les pidieron cigarrillos. Vargas, débil, multiplicado de heridas —como si él existiera muchas veces— fumó con fuerzas, caminó cojeando, se sentó en el peldaño de la escalera, en un hueco desocupado de cadáveres y limpio de sangre. Con la cabeza gacha Vargas comenzó a transpirar. Dió una chupada lenta, flaca, lanzó el humo débil, después, sin ganas, el cigarrillo, y siguió agachado, debilitándose, entre el sudor. Esos señores lo miraron en silencio. Hernández miró a Vargas, lo vió transpirando, le tuvo lástima. Se preguntó, sin embargo, por qué Vargas se había sentado ahí. El, Hernández, tenía ganas de irse, de salir de eso, de todo eso. Esos señores miraron otra vez a Vargas; le dijeron algo atento. Después Hernández oyó que lo hablaban a

él. "Quisiera irme", dijo entonces. Se dirigió a la escalera. Sintió miedo al caminar. Las heridas eran cosas sueltas en su cuerpo y que al moverse él, parecía que se iban a caer al suelo. Todo, para debilitarlo a él también. Las heridas le mortificaban mucho y lo obligaban a detenerse en cada escalón. Tendidos acá y allá estaban los cadáveres de sus compañeros. Cuando descendían del quinto al cuarto piso, le llamó la atención uno de los cuerpos allí tendidos. Estaba al final de la escalera, sobre los peldaños, con la cabeza colgando hacia afuera. Hernández notó que movía levemente los labios. Se inclinó con gran esfuerzo y tomándolo por el cuello lo remeció. El herido abrió los ojos y levantó la cabeza que hasta entonces, siempre, había mantenido colgada. El hombre uniformado que llevaba a Hernández, interrogó violento a éste: "¿Qué te pasa?" "Nada, respondió Hernández, este hombre está vivo". El hombre uniformado cogió entonces con ambas manos por el lado del cañón la carabina, la blandió y le dio en la cabeza con la culata a Hernández, que rodó hasta abajo. No había alcanzado a incorporarse cuando se sintió tomado de la ropa, por atrás del cuello, y así lo arrastraron hasta el primer piso. Montes era agricultor, era joven, alto, macizo, lleno de vida. Había estado con los otros en la Universidad esa mañana. Recordaba que los oficiales y la gente de los oficiales habían atracado contra la pared, en el patio del rector, a los rendidos y habían iniciado una corrida de sablazos, los oficiales, de culatazos, la gente de los oficiales. Por ahí, un estudiante de débil contextura cayó al suelo, se incorporó y huyó corriendo por un pasadizo sombrío, pero de la sombra surgió una carabina y lo dejó sentado en el

suelo; así, sentado, le dispararon, se echó un poco atrás para afirmarse en la pared y le siguieron disparando. Sentado en las baldosas y una rodilla en alto, le escurría la sangre bajo las asentaderas. Después, los llevaron por las calles. Montes iba con ellos, con Yuric, con Maldonado, que era poeta y vino del sur con él, tomando cerveza en el mismo tren, jugando al naípe y hablando de caballos y mujeres, con los dos hermanos, Luis y Héctor, con Luis, a quien le apasionaban los motores de los aviones, con Héctor, que trabajaba en el teatro Real, con César Parada, que escribía en el diario del partido y hablaba tanto en las asambleas de estudiantes, con Guillermo Cuello, muy joven y muy gordo, que trabajaba en la fábrica de cerveza y se acababa de casar. Cuando llegaron a la esquina de la casa del Gobernador y atravesaban la calle Morandé, los metieron al edificio en que habían de morir. Deben haber sido las dos y media de la tarde. En el vestíbulo había muchos hombres de uniforme y algunos civiles que los miraban con hostilidad desde dentro de sus abrigos. De cuando en cuando se descolgaba por la escalera el estampido de un balazo, se alzaba un quejido y salía el humo de las paredes. Los llevaron arriba. Montes recordaba que un oficial los acompañó y se quedó conversando con ellos en una oficina. El oficial era un mozo joven, sonriente, amable, que inspiraba confianza. Se llamaba Angelini. Montes pensaba que si tenían suerte, lo invitaría a irse con él a Osorno, lo convidaría a estar una temporada en su casa. Le presentaré a mis amigos, le gustará a Nora, Nora, Nora, te traje un novio lleno de botones, como los que a ti te gustan. Sí, le invitaré que trepemos al volcán e iremos a la selva. A estos pacos les gusta la vida primitiva, trepar ce-

rros y correr el campo. Como se disparaba también desde la calle y las balas rompían los vidrios, el oficial les dijo que se sentaran y se quedó conversando con ellos. Les preguntó si estaban locos que querían echar a empujones al Gobernador y se sonrió con ellos. Pero el oficial amable fué llamado y ya no lo vieron. Después los vinieron a sacar. Sentían disparos en los pisos altos y esto les extrañaba, pues supieron que Yuric había subido ya y que los otros se rendirían. Los alinearon en un rincón. Un oficial amartilló su arma; se oyó el ruido. Después, una descarga a poca distancia los echó por tierra a todos. Se oyeron gemidos. Montes recordaba que algunos llamaban a sus madres. Otro gritaba furioso a los hombres de uniforme. Una descarga dejó mudo ese grito. Se escuchaba un llanto delgadito, como si alguien, en otra parte, en el sur, Nora, Nora, un militar lleno de botones, estuviera soñando. Montes cayó al suelo contra la pared y quedó con un brazo en alto. Un uniformado iba disparando nuevamente sobre los caídos y acompañaba sus disparos con groseros insultos. "¿Por qué nos tomó ese odio tan repentino?", pensaba Montes, de bruces en el suelo. Todo había ocurrido tan de repente, como en aquel domingo de la fiesta, antes de que él se viniera del sur a la ciudad, cuando Nora, precisamente, se enojó con él porque no había corrido a auxiliar al herido, que se arrastraba desangrándose. Había sido en la noche, una hermosa noche nublada, llena de viento y con una luna grande y fría. Desde el otro lado de los cerros, los que galopó él para llegar más luego, se sentía el rasguear de las guitarras. Se estaban sirviendo una corrida de vino cuando llegó a las casas Chumin-

go Lara. Caminando de a pie, muerto de cansancio y enterrado. Pero con los labios rojos y el bigotillo insolente.

—Buenas, compadre —le dijo al Aliro, deteniéndolo con el brazo, ¡convídeme un potrillo, pues!

—¡Sírvele tú solo, Chumingo! —le gritó el hombre y cogió a la mujer para seguir bailando.

Pero Chumingo, echándose el sombrero sobre el ojo, agarró a la Rosita por la cintura y le gritó:

—Salú, compadre, que yo me bailo a la Rosita...

La Rosita se había puesto a llorar, sin tener hasta entonces razón para ello, Montes lo comprendía bien, aún la veía llorar dejando caer las gotitas en el hombro de Aliro para enrabiarlo. Por eso, Aliro, poniéndose de color ceniza y disparando lejos la guitarra que le metían en medio para desapartarlos, lo agarró por los brazos:

—¿Querís vino o pelea, Chumingo?

—¡Venga después el vino, que ahora me bailo a la Rosita como me la bailé en Temuco! —contestó Chumingo y se rió con una risa fea y sacó un puñal largo como lengua.

En un griterío de mujeres se callaron las guitarras y entonces se sintió que comenzaba a llover con mucha fuerza. Así, bajo la furiosa lluvia se adentraron en el campo y comenzaron a batirse. Resbalaban y caían y se levantaban, cubiertos primero de barro y después de sangre. La lluvia les corría por las caras, les lavaba las manos y los puñales y ellos alzaban las cuchillas para alumbrarse con ellas y no perderse. Cuando Chumingo Lara resbaló otra vez en el barro y sacó a relucir su risa seca, para disimular, el Aliro se dejó deslizar junto a él como si estuviera esquiando y trajinándole por lo bajo le hur-

gueteó con urgencia el vientre. Se alzó con rabia y alzó la mano para apuñalearlo otra vez, ahora por lo alto. Chumingo cayó boca abajo sobre las tablas.

—¡Me ganaste la mujer, Aliro, hasta luego, entonces! —dijo Chumingo y empezó a arrastrarse. No podía caminar, se arrastraba y no reía ya, no podía sonreír tampoco. Fué dejando una ancha faja sangrienta mientras llovía sobre él y él apretaba los dientes para que la Rosa no llorara. Pero ella no más no lloraba, Montes vió que Nora se había desligado de su lado y estaba allá, entre la penumbra, de pie, mirando aquello y llorando y mirando llena de reproches que los hombres se habían quedado callados y sosegados. El Aliro se agachó a recoger su cuchillo y lo estuvo limpiando perezosamente con los dedos. No miraba a nadie, pero buscaba con la vista a la Rosita. No la vió, pero la sentía llorar y era evidente que para él no lloraba. Chumingo estaba ahora junto a la puerta. Ninguno le ayudó a abrirla, la arañó un largo rato y salió por fin por ella. La puerta parecía ahora mucho más ancha y se demoró bastante en cerrarse tras él. Sintieron que se quedó al otro lado sin poderse ir más lejos. Casi lo sentían respirar, porque había mucho silencio. Inmóvil, con los ojos cerrados, podía oír y sentir a Chumingo arrastrarse sobre su propia sangre, a Nora sollozando en su hombro, reprochándole despacito: "¿Por qué, por qué lo dejaste solo?" Chumingo había muerto hacía cuatro meses, en pleno invierno, ahora era la primavera y un silencio igual crecía en la gran casa. De tiempo en tiempo los oficiales gritaban: "Cuidado con el rebote de las balas". Montes tenía una gran herida en la cabeza y otra grande en un brazo. Después supo que estaban distribuyendo y ordenando los ca-

dáveres. A él lo tomaron en vilo y lo dejaron caer en el duro pavimento, pero reprimió todo movimiento de vida para seguir viviendo. Quedó junto a la escalera, con la cabeza sobre un peldaño y sin estar cubierto por ningún cadáver. Aún sentía suspiros y quejidos. De pronto nuevos balazos hicieron retumbar el pavimento. Los hombres de uniforme venían repasando los cadáveres. Los tiros reventaban tranquilos, escalonados, como en un polígono. No se escuchaban gritos ni quejidos ya. Parecía que los conjurados habían organizado una rápida religión y cuando eran heridos, caían mudos, sellados, para no quebrar el puro atardecer que ya venía entrando por los vitraux litúrgicos de los grandes ventanales ensangrentados. Sí, era aquel un rito primitivo, como el de las iglesias de las primeras edades, cuando los sacerdotes airados y solemnes pastoreaban hacia el templo los hermosos toros mitológicos que habían de ser sacrificados al voraz dios desconocido. El torso degollado dejaba entonces surgir los grandes bramidos religiosos y la sangre corría a borbotones por los mármoles y bañaba al sacerdote. Los estudiantes que estaban muriendo conocían esto sumariamente. A él le dieron un balazo en un pie y el otro en la cara; el primero le mordió el calcetín y el pantalón, el segundo le quemó con el fogonazo la nariz. El que le disparaba se subió sobre su estómago y se sacudió en él. Pensaría que tenía sangre ahí también y querría que la vomitara. Montes tenía la cara totalmente ensangrentada. A ratos sentía nuevas descargas, pero no podía saber si venían de abajo o de arriba; oía gritos lejanos, imprecaciones. Un grupo pasó pinchando con alfileres cada cadáver. A Montes también lo pincharon. Pe-

ro, a pesar de sus heridas y de su debilidad, no perdía la noción de las cosas y del tiempo. Se preguntaba qué hora sería. Dos hombres se acercaron, estuvieron junto a él, uno dijo: "Mire el reloj, éste era rico". Y Montes sintió que dos manos trajinaban la suya para arrancarle el reloj. Pero la pulsera no se abría. El otro dijo impaciente: "Corte esa manito, mejor". Soltó sus músculos, lacios, blandos, soñolientos, deshechos, sentía la respiración del hombre junto a él, flameando junto a su oreja, rodeándole el hombro, mirándole y trajinándole la mano para soltar la pulsera, adivinaba que había muchas caras reunidas ahí, respirando duro y corto y mirándole la mano. Había mucho silencio y a pesar de que ahí estaba muy oscuro, ahora todo el rincón estaba luminoso, revuelto, barnizado y esparcido como un rescoldo para que le miraran bien la mano, el reloj, la pulsera, sintió que el hombre se trajinaba el bolsillo de la guerrera, sonó el revólver y golpeó contra los escalones, el hombre ahogó una maldición y le apretó con fiereza la mano para que no se le arrancara y ahora encendió la linterna, le envió el chorro de luz hacia la cara, se lo metió en los ojos, en la boca un poquito abierta y en los dientes ensangrentados, después envió la luz hacia lo alto y Montes adivinó que la estaba paseando por las paredes, hacia el techo, buscando intranquilidades, sospechas, ruiditos que le permitieran adivinar por qué la pulsera no se abría, por qué deseaban que, de todas maneras, él se viera obligado a cortarle la mano. Después, puso la linterna, siempre iluminada, en el peldaño, junto a su rostro, ahí con esa tenue luz, afirmado en ella, se sentía un poco seguro, aliviado, la luz era una cosa limpia y sana, la luz era como una puerta, tal vez hubiera

podido salir por ella, perderse trotando leve en su matungo negro, trotando por su clara avenida hasta las casas que descendían a lo lejos, más allá del puente iluminado del río. Nora, Nora, la voz era un ronquido pequeño en el interior de su garganta, un ronquido asustado y muy débil. Nora, no te enojés, no podíamos hacer nada, el Chumingo ya no tenía remedio, se moría de todos modos y el Aliro estaba tan enojado, estaba furioso y habría herido a cualquiera, el Chumingo era un muerto de él y no habríamos podido quitárselo y teniendo rabia y miedo comprendíamos que lo había adquirido perfectamente. Nora, Nora, ¿te acuerdas del reloj pulsera? No llores más, sentía los sollozos de ella amontonársele en el rostro, junto a la luz de la linterna que le acariciaba la mejilla sangrienta, Nora, Nora, ¿te acuerdas? me lo regaló mi padre y era del abuelo, ya no lo tengo, ya me lo quitaron, ya me lo cortaron junto con la mano, la pulsera no quería abrirse y yo no podía ayudarle tampoco, no puedo, Nora, Nora, me acordaba de ti cuando me decías que le ayudara... "Putas el reloj bonito" dijo un hombre de uniforme, inclinado hacia él, como si tuviera el reloj pegado en la cara, guardado y asomadito en la herida. "Córtelo, don, no se ponga nervioso". Se reían despacio, con cansancio, con un dejo de burla, con aburrimiento. El hombre había cogido otra vez la linterna y con ella le trajinaba ahora la mano, ahora su mano era más suave, manejable y hasta cariñosa, sabía que él estaba muerto, pero recién muerto, todavía tibio, medio vivo, todavía un ser humano, todavía no frío, ni mercantil, le abrió los dedos con atención, le alzó la manga del vestón con parsimonia y delicadeza, sin bastante prisa, no, no estaba nervioso

ahora. Había muchos rostros mirándolo, riendo, y el humo de algún cigarrillo pasaba a través de todos ellos, amarrándolos, enhebrándolos, uniéndolos en ataditos para que no se fugaran. "Este futre ya no va a necesitar la mano, córtesela no más, mi Sargento". El Sargento no dijo nada, pero, encucillado, le acercó las rodillas a la cintura y apagando la linterna, forcejeó con todas sus fuerzas para desclavar la pulsera. Arriba, de pie junto a él, un hombre rió con mucha alegría, acordándose de algo gracioso, una lengüetada de risa fresca que caía hacia Montes, iluminándole el miedo. "¿Por qué no se la corta o tiene miedo de estar solo? Ni para prender el cigarrillo le puede servir ya. Córtela no más o déjeme que le haga el servicio". Se reían arrastradito, tal vez con un poco de sopor y miedo. "Bonito, bonito reloj", dijo un hombre cogiéndole la mano y acariciando la pulsera. Era canoso y arrugado con una cabeza sucia y amarilla y su voz era cadenciosa y triste. "Bonito reloj", suspiró largamente y se arregló la gorra hacia las orejas. "Bonito es", dijo pensativo y con pesadumbre, como si quisiera comprarlo y deseara obtenerlo más barato y no se atreviera a hacer la oferta. Se reían y removían en el suelo. "Con él va a voltiar muchas hembras, mi Sargento, no lo suelte, haga lo que le dicen los amigos, piense en las piernas que podrá entusiasmar y corte esa mano muerta". Muerta, muerta, Nora, ¿te casarías con un manco? Tendrías que comprenderlo, si salgo vivo, siempre habrán muerto un trozo de mi cuerpo, toda mi alma, como al Chumingo, tendré menos suerte que él, que lo mataron completo, se fué arrastrando, desangrando todo entero, llevándose todo su cuerpo, muriéndolo todo entero, toda su alma, por eso nos quedába-

mos callados, porque él se estaba muriendo y se quedó callado cuando miró a la Rosa y ya no tenía nada que decir porque sólo los que están vivos tienen algo que agregar, para defenderse, para demostrar que están vivos y que pueden seguir peleando con la boca, disparando las palabras como balas, los gritos como cuchilladas, cuando el Chumingo se quedó callado ya y empezó a arrastrarse mudo, entonces vimos que se iba para morirse, sin hablar porque eso ya no le serviría de excusa ni de pretexto, las palabras se le cayeron con la sangre y él se quedaba sin palabras y sin sangre, vacío como los muertos. Nora, ¿te casarías con un manco? Me sería difícil montar a caballo y cogerte del brazo y estrecharte la cintura y pelear a cuchillo con alguno para perderte, no te enojés, a él no podíamos ninguno defenderle, ya no sacábamos nada, ¿no veías la sangre? le caía a borbotones como si la tuviera guardada en los bolsillos. Nora, Nora, no llores, me van a cortar el brazo, no por maldad, no por demasiada maldad, quieren el reloj, es bien bonito y la pulsera no se abre, no se abre para que me puedan cortar el brazo y puedan decir después que por eso no más lo hicieron y aunque así sea, aunque me quiten el reloj y el brazo, de todos modos, siempre saldré con vida y dejaré mi brazo con ellos, con Yuric, con Enrique, con Gerardo, para que lo entierren con ellos, será la parte de mi duelo, la porción de carne que me correspondía, el precio de mi salvación, déjalos, déjalos, no llores, no importa que me lo corten, siempre se los hubiera dado, se lo habría dado al Chumingo para que se aliviara si de algo le servía, pero él no habría cambiado a la Rosita por el reloj, aunque fuera muy bonito, ahora me lo van a quitar. Se sentía muy cansado, como después

de una profunda fiebre, de una prolongada y antigua transpiración. Adivinaba que los hombres estaban todavía junto a él, rodeándolo, mirándole la mano llenos de extrañeza y rabia y desencanto, él estaba muerto pero la mano los había engañado, lo estaba vengando, se reían con desconfianza y la cogían para gastarla rápido y él sentía que se había puesto delgada y vieja después de tanto tiempo, después de tantas semanas como el Sargento estaba tratando de abrir la pulsera para sacarle el reloj, su mano era ahora un trozo de manga muerta y descolorida, arrugada, podían haberla cortado con unas tijeras, recortarla como el Dominguito recortaba monos en el fondo de la cocina en las tardes de invierno, mientras florecían en el rescoldo las sopaipillas lacres y amarillas y el costillar que iba madurando en las brasas, se sonreía con cansancio, ¿te acuerdas, Nora, cómo se asustó el Dominguito cuando su padre sacó el cuchillo? no, no estaba asustado, todos reíamos con miedo, para querer olvidar lo que ya estaba a punto de pasar, y el Dominguito agarrado a las piernas de su padre que ya se venía agachando envuelto el chamanto en el brazo izquierdo, le quería quitar el cuchillo y lloraba de desilusión y rabia. "Tata, tata ladrón, si el abuelo me lo regaló para labrar un barco y ahora quiere echármelo a perder". Veíamos, pues, el barquito que el Dominguito iba a labrar sentado en la falda del abuelo, lo veíamos flotando en el suelo, en la sangre de Chumingo, navegando blandito en ella, alejándose con prisa, atravesando al Chumingo de parte a parte, a través del vientre y saliendo al otro lado, azulito e iluminado, mientras Nora lloraba pegada en el hombro de él, Nora, Nora, no llores, me duele tanto la herida de la cara y el Aliro se alejaba del

herido y limpiaba con pesadumbre el cuchillo y un viejo de camisa de color piedra le decía lúgubrementemente: "Y ahora, don, y ahora, ¿cómo va a labrar su barquito el huaina con ese mismo cuchillo?" Nora, Nora, ahora comprenderás, comprenderás para siempre cuando me veas sin la mano, me la van a cortar, la sentía delgadita y aliviada, sí, como un género, como un generito de enagua, de pollera, la pollera de Nora, linda, linda, te quería tanto hace tanto tiempo. Un sollozo se le amontonó en la garganta y roncó para salir, asustado se movió un poquito y movió las manos. Las dos manos. Tenía las dos manos, Nora, Nora, ¿te das cuenta? Tengo las dos manos enteras, se llevaron el reloj, deben ir muy lejos, irán galopando hacia el parque a buscar a las mujeres para mostrárselo. Comprendía, entre sueños, que se habían ido de repente, hacía mucho rato, se habían ido en un susurro, como evaporándose y respiró con fuerzas, pegada la cara al suelo y con los ojos abiertos. Y recordó que a Enrique, que cayó cerca de él, que a su cadáver, lo habían dejado desnudo. Se reían los uniformados cuando tenían en sus manos los calzoncillos de seda del nene. "No se rían, mierdas", gritó una voz desde dentro de una oficina, y agregó airada: "¿Que creen que están francos?" Iba cayendo la tarde sobre el edificio, subiendo la sombra desde el suelo, trepando por las paredes y con ella el silencio y Montes permaneció en lo oscuro, rodeado de cadáveres, disfrazado él de cadáver. De vez en cuando venían centinelas a escuchar posibles manifestaciones de vida. Había suspiros y quejidos, débiles, suspiros y quejidos muriéndose. Algún disparo todavía, algún golpe seco. Una voz rompió el silencio: "No disparen porque se

siente el ruido desde la calle". Muchos rostros que se mantenían enteros eran chancados. Ya no se oían disparos, sólo golpes secos. Montes, que estaba en la escalera, servía de peldaño a los que subían y bajaban; un zapato lo golpeó en la boca y sintió un ácido gusto a barro y sangre. Después sufrió exploraciones en los párpados. Averiguaban si estaba vivo. Como a las ocho de la noche volvió a tomar exacto contacto con la hora. Sintió claramente las campanadas del reloj del diario "La Nación". Iba dando acompasado las horas, los cuartos, las medias horas. Lo sentía nítidamente, estaría la noche despejada y correría el viento. Sintió después un ruido potente, como un estertor que crecía y después se apaciguaba y sonaba despacio, sin detenerse. Sería tal vez un moribundo, alguno que se estaba ahogando con la sangre que le salía del pulmón, algún estudiante que estaba siendo aplastado, a quien le bailarían en el pecho como a él, ¿hacía cuántas horas? Pero ahora el ruido venía con claridad hasta él, con su ronroneo doméstico y rural. Un abejaorjo, un vuelo estomacal bajo y acostumbrado. Ahí, dentro de una oficina, estaba funcionando un anafe primus. Sí, sintió en seguida la leve tufarada del café y aun creyó percibir un suave tufillo de pan tostado. Oyó conversaciones, risas sueltas y el olor del café se le amontonó en la boca y las narices. Los hombres de uniforme estaban conversando; sintió el chocar de unas cucharas, un platillo se reventó en el suelo y después dormitó él, arrullado con la conversación de la tropa y arrimando su cuerpo a aquel agradable aroma de café que en cierto modo lo preservaba y le recordaba que, allá afuera, corría suelta y libre la vida y que aguardara. Escuchó una risa franca y abierta y se quedó

dormido, sintiendo la fea risa cercana, sintiendo miedo, pensando que se reía de él, que ya lo habían descubierto y traían la cafetera para vaciársela en la herida de la cara. ¿Cómo no se les había ocurrido eso? Estarían cansados y nada podían imaginar ya. Si se sentaran podría ocurrírseles, porque cuando la muerte llega y se sienta a la cabecera, el dormido va a morir. Pero él no dormiría, no quería dormir. La risa se alejó, parecía que saltaba entre las sombras y se quedaba hirviendo, calladita y firme, riendo ella sola, imaginando picardías, sentada en un muerto y mirándolo a él. Quien reía era el Sargento. No, niños, aquellos años eran distintos a éstos. Las calles alumbradas con gas y mucho menos ruido llenando la ciudad, menos carruajes, menos luces, más ropa y menos gente. Se rió el Sargento. Más ropa y menos gente. Las mujeres del 900 caminaban empaquetadas en montañas de género y hasta escondían la cara dentro de un gran sombrero lleno de frutas y velos, como la cabecita de un chanco en la vitrina del mercado. Y los chiquillos se ponían tísicos de puro que los viejos los guardaban dentro de tanto género. Ya no se usa la misma ropa. Esa ropa amplia, grande como monumento, antigua, reseria, en la cual la gente parecía estar eternamente de luto, eternamente muriendo. Todos los antepasados parecen espectros y es que todos los antepasados son espectros. Miramos la ropa de ellos como se mira la ropa de los asesinados. Miremos la ropa. El muerto ya no vive en esta ropa. El mundo era algo distinto y hasta la gente se moría donde debe y no como ahora. Se morían el día justo después de una vida larga y bien sonada. Se morían en la cama como se debe. Ahora ya nadie muere en el catre, sólo los vie-

jos y los paralíticos. La muerte trabaja ahora en la calle y ya no se mete en las casas sino a matar vejestorios. ¿No saben de la Corina? A mi viejo, que era guardián de punto en la calle Diez de Julio, le tocó llevarla detenida. Una gran dama, no bonita, pero calentadora. Morena y ojerosa y con unas piernas blancas y llenitas, un bonito pelo castaño en el que se enredaron muchos lachos. Junto a las tufaradas del café, los hombres uniformados veían surgir la cara nada de bonita, pero misteriosa y sensual, de Corina, sus grandes ojos lejanos, sus piernas blancas llenas de sangre y cubiertas por la cabellera que bajaba por los senos desnudos mientras adentro de la casa se quejaban los heridos, llamándola, llorando que los dejara entrar antes que llegara el General. Sentían su risa bondadosa y sensual, estaba sentada entre ellos, seria y soñadora, mostrando sus hermosas piernas embutidas en botas de cabritilla, esperando que el Sargento le pasara la taza de café; entre las sombras se apagaba y encendía la brasa de su cigarrillo, el humo subía en aureolas y en ellas se iban anudando los quejidos de los moribundos, y el café tenía un fuerte y picante olor a sangre. Tosió el Sargento y dijo que ya se estaba haciendo oscuro. Sentían la risa de la mujer. Iba hacia adentro de la casa ahora, sonaba claramente. Golpeó la puerta. Sentían que se iba y que los dejaba solos. Se movió el Sargento y los quedó mirando. Allá en aquellos apacibles años que inauguraron el siglo, en los que la ciudad transcurría fea y apagada, nublada eternamente de aburrimiento, entre una caída ministerial, una interpelación parlamentaria y las famosas "tandas" de los teatros Odeón y Santiago, Corina, levemente herida en su corazón por muchos deseos y pocas perspectivas, vagaba por las

solitarias avenidas esperando el anochecer y que con él vieran los fantasmas que su soledad creaba. A veces, no siempre, había fiestas nocturnas y algunos bailes con amigos. Entonces, entre un poquitín de cerveza, unas limonadas y una fina llovizna de serpentinas, ella creía que, por fin, su corazón encontraría su acomodo. Pero junto con el filo de la noche se detenía el baile y también el corazón de Corina. Cuando se apagaban las luces y entre los tumbo de los coches de punto se iban los últimos embriagados, tornaba la angustia a su soledad. En las enormes páginas de los diarios resonaba el continuado estampido de la guerra inaugurada en Sarajevo por los pistoletazos de un estudiante tísico; pero los cañones que reventaban en los lagos Mazurianos y que hacían estremecer las murallas de la sitiada Verdún no tenían eco en corazones —todo música, pero no todo armonía—, abiertamente primitivos y sentimentales como el de Corina. Más tarde, en su celda de la Casa Correccional ella lloraría y suspiraría al escuchar las canciones en boga entonces: “Flor de té”, “Rosa de fuego”, “La plegaria de una virgen”; pero para eso faltaba tiempo todavía, debían caer más muertos en los campos europeos y en la ciudad, en una sosegada casita de la calle Lord Cochrane, también habría un muerto, un muerto especial, un muerto para el corazón de Corina.

La noche de un sábado, tal vez de un domingo, después de haber bailado copiosamente abrazada a tanto galán de bigote engominado, pero siempre sola, mortalmente sola, vió el amanecer caer desde la cordillera; descendía con el fresco aire, clarificando la noche como un río de agua inyectado en un mar de tinta; clarificando, además, el corazón de Corina. Verdad que no estaba sola, que su

brazo era atenazado por un galán de alto colero, verdad era todo eso, no, ella no quería besarle, estaba cansada, no, no quería, tenía ganas de servirse algo.

—¿Por qué no vamos al Mercado? —dijo, mirándolo para que se enojara.

Y los bigotes que le buscaban la boca para besarla, abrieron sus ramalazos y se pusieron a reír. Estiró las piernas bajo la mesa para reírse más cómodo y buscaba con ellas las suyas. Se reía a carcajadas, dejándole caer los ojos gozosos en plena cara, se rió tanto que Corina se ruborizó levemente, tal si una corta salud invadiera su ánima. Fueron al Mercado y al salir a la calle ella estaba contenta y se reía con ganas. Entonces quedaron más amigos que antes y se fueron caminando despacio porque el sol ya estaba abierto en el cielo.

—¡Qué cansada estoy! dijo Corina y esbozó un comienzo de risa. Estaba contenta. Antes de que se le enfriara el entusiasmo, el galán infló el pecho y nadó el aire hasta ella y la besó, la besó repetidas veces en un rebrillar gozoso del sol que comenzaba a reventar en la calle.

—¿Vamos, nena, a Coinco? Estoy convidado para fines de semana...

No la dejó terminar de mirarlo y la besó nuevamente y le sacó el sí entre besos y trocitos de sonrisa.

—Habrà baile todo el día, bajará gente de los fundos cercanos, irá una tropilla de bailadores y tocadores. Te gustará, Corinita. ¡Bésame, entonces!

La boca de Corina se dejaba ya, estaba a merced del viento, esperando que él hiciera volar las hojas del calendario hasta que llegara el día justo. ¡Ya llegaría el sábado!

Corina se dió cuenta de que era el sábado cuando un adolescente le puso un potrillo de chicha entre las suaves manos morenas que temblaban visiblemente. El huasito la recorrió con la mirada, paseando los ojos por el busto y el pelo. La encontraría bonita, le gustaría comérsela o esconderla. Le sonrió con toda la cara y paseó los ojos soñolientos por el contorno. Ese era el campo viril y no la ciudad enfermiza y le gustaba. Ya no resonaban en sus oídos las dulzarronas notas de "El guitarrico", sino las saludables frases musicales de los jilgueros y diucas que zangoloteaban su música en los ramajes cercanos; según el pensar de ella —pensar que emanaba de sus ojos dormidos— lo que desentonaba era la chicha; hubiera, tal vez, preferido en sus manos un buen vaso de leche espumante y tibia que le bañara el alma, los feos años idos, las madrugada desabridas de los días sábados. No obstante, como la firme mano del huasito le empujaba los labios a los bordes del vaso, bebió, bebió con el miedo del que mete los pies en un agua muy fría, mientras miraba, asustada y pensativa, plena de ensueños, esos ojos descoloridos y distantes.

Una fiesta más, uno de los tantos paseos incorporados al vago inventario de sus recuerdos de mujer pobre, sentimental y sensual, no podían significar demasiado en la vida de Corina. Por lo demás, qué habría significado para su corazón enfermo la evidente pesadez del pobre don David que él malamente trataba de disimular con reiteradas atenciones. Era ya un hombre maduro, con una cabezota porcina y rapada, su estampa no era recomendable para los figurines que presentaba la Casa Francesa en sus vitrinas de la calle Estado, figulinas de hombreci-

llos apretados y degollados en sus cinturas, cuerpecitos finos para vestir la camisa de seda de un paraguas. Era feo y vulgar y crujían sus zapatos de charol y le crujía el alma también de charol cuando se acercaba a ella tendiendo sus manos regordetas y le ofrecía esos ojos húmedos, bovinos, charolados. Si no fuera por su situación económica, que hacía hernia en la memoria de Corina cuando se derrumbaba en su pobre cama de soltera, el breve rescoldo de su estada en el paseo campestre, no habría significado nada para ella.

No obstante, cuando a veces caía sobre la triste pieza de mujer solitaria, cuando de los galanes que la buscaban para bailar en las noches de los sábados, sólo conservaba el rosetón de una brutal bofetada en la mejilla, cuando carecía de cinco centavos para coger el tranvía que llevaría su aburrimiento hasta la Quinta Normal o el Canal San Carlos, cuando en las interminables madrugadas otoñales apenas tenía con qué calentar su pocillo de té puro de Ceylán, que vendía la firma inglesa Scott o para devorar con avidez en "El Chileno" las páginas del último crimen pasional, entonces sí surgía nítida en su memoria la imagen del pobre gordo tan bondadoso, tan pegajoso; lo veía bailoteando a su vera, torcido como un pato, resoplando y sudando como una tetera, mirándola con sus ojos dulces y enrojecidos, y se quedaba sonriendo. ¡Don David, don David, Davicito! Echaba un suspirón largo y alzando el visillo mosqueado de la ventana de la calle veía si aún no pasaba Juan o José o Dieguito. El Diego, sobre todo, le interesaba mucho. Era bonito y breve, como su nombre, blanco como un joven cadáver desangrado y rosado, rosado y celeste y a ratos rubio. Se reía volcándose sobre ella,

desparramándole por las orejas, por la cara, por el pescuezo y dejándolas correr, esas maravillosas pestañas que guarecían sus ojos verdes y profundos. La cogía con una fuerza extraordinaria para un chiquillo tan delicado, con un beso la clavaba atravesada en el lecho y le paseaba su deseo prendido en la boca por toda la cara; la alumbraba y entibiaba como una llama, como un licor, como un rayo de sol entre los pelos crespos. ¡Diego, Diego, amor! Lo sentía respirar junto a ella, la trajinaba más abajo, sentía sus manos lindas, ¡amor, amor, déjame! Tal vez, se quedaba dormida. Después, plantado frente al espejo, veía que el Diego la miraba riéndose mientras se peinaba:

—¿Have you money?

Ella se largaba a reír con inmensas carcajadas que resonaban lejanas, en los últimos recuerdos de su corazón, ahí donde don David caminaba hacia ella a través de las calles con sol, transpirando y secándose el sudor con un pañuelo inmenso. ¡La ocurrencia del gordo de andar con una sábana!

—¡Háblame en chileno, gringuito, no te me hagas el enredado... ja, ja, ja, si quieres hacer el sinvergüenza, ¿por qué no me insultas en criollo?

El Diego la atraía a sus brazos nuevamente, la besaba frente al espejo, la besaba mucho, como a ella le gustaba, borrándole el rostro, despedazándole los ojos, tapiándole las orejas, abriéndole la cabeza y dejando correr el feo tiempo vivido, las miserias, las medias rotas, las viejas faldas descoloridas, las blusas manchadas, la imagen de don David que aparecía debajo de cada recuerdo, como los bichos húmedos debajo de las piedras. Soplabla el viento, alzaba en una ventolera los recuerdos, los ojos, los úl-

timos gritos de la patrona que cobraba el alquiler, los disparos en la fonda aquella vez, los pitidos del guardián, que manoteando se acercaba hacia ella que estaba medio desnuda y lloraba sentada en el catre y brillaba triste en la penumbra. La besaba en la oreja ahora y dejaba caer sus palabras dulces que la quemaban y la derretían, desparramándola deliciosamente, más allá de la miseria y de la vida chata y sin resonancia, la besaba en medio de la calle, tendidos bajo el cielo, en medio de la juventud. ¡Bésame, Dieguito, lindo, básame!

El Diego la besaba con pasión, concienzudamente, como si estuviera contando los besos y pegado siempre a su orejita le decía,

—¿Tienes tiempo, Corina?

Corina suspiraba entonces, se tornaba sentimental y miraba a Diego con toda el alma, pero no lo veía. Lo veía sí, dentro de don David, don David era una gran redoma de vidrio que contenía un agua purulenta, una redoma con ojos cándidos, con labios gruesos, humildes y golosos, con orejas de idiota, una redoma doméstica en la que no resonaba la vida. Ahí estaba el Dieguito, dorado y azul, navegando airoso, pececillo de oro y cielo de diez centímetros que le navegaba las venas. Ella tenía mucha pena y aún descubría que el cielo afuera se estaba nublando y que el viento hacía bailar la basura en el patio. Corina suspiraba entonces, se tornaba sentimental y miraba a Diego con toda el alma. Movía lentamente la cabeza de lado a lado, se ponía tan seria que su cabellera de gran peinado alto y quebrado era la imagen de su sufrimiento.

—No, chiquillo, no tengo plata... Y tú tampoco, el par de desgraciados... ¡Algún día seremos ricos!

El no contestaba y hacía un gesto de fría indiferencia ante el destino, ella se le acercaba como se acercan al fuego los gatos. Le pasaba la mano por la carita de santo endemoniado, lo besaba en la boca para santiguarlo:

—¿Quieres creer, lindo, que me voy a casar? Vino anoche y antenoche y viene ahora. No, no viene a pie, sólo en coche, un coche inmenso como los que usan los ministros cuando van a la parada militar... Se ve divertido, Diego, quédate para que te rías. Cuando viene vestido de blanco, con el chaleco de piqué lustroso y las polainas amarillas, extendido en el gran coche plano, si me parece un pavo que me mandan para las fiestas. Ja, ja, ja, lindo, no te pongas triste. Si le falta el perejil en la rabadilla y las hojitas verdes bajo las nalgas para llevarlo al comedor... El aceite le corre por el pescuezo serruchado por el cuello duro y se lo seca la gran bestia... Amor, ríete, no estés triste... ¡A veces deseo verlo muerto, lleno de oro el vientre abierto, un pavo para nuestra boda!... Diego, Diego, tiene dinero, mucho dinero, pero yo no lo busco, él me busca y siempre me encuentra. ¿Dónde puedo esconderme, amor? Tú no eres una caja, tan delgadito y simple como eres... ¿Qué podremos hacer? ¿Sabrás que estoy creyendo que me quiere?... No te aflijas, pero quiero salir de la miseria, hasta los bailes de la filarmónica ya no me atraen, quiero descansar en una casa grande y sombría, quiero arrellanarme en un amplio coche postino, lleno de campanillitas, el más lujoso, el más inmenso, para estar lejos de esta vida sin gracia ni prestancia que me hastía... Los caballos serán blancos y trotarán en mi corazón, en mi frente, en mis re-

cuerdos, quiero que se pongan chúcaros y pateen sobre los años malos que hemos vivido . . .

El Diego se rió a carcajadas, se acercó a Corina, la besó en la frente, después le deshizo el inmenso edificio del peinado, tiró al suelo dos grandes peinetas rojas y verdes y un largo alfiler de cabeza estilizada, como pájaro y luego la besó en la frente:

—Cásate, virgen y mártir, no es la primera vez que alguna tipa ordinaria pasa del centro obrero y del baile sabbatino al altar de las adoraciones. Con putas y ladrones edificó Cristo su iglesia. ¡Tú eres Corina y sobre esta piedra edificaré tu iglesia! ¿Qué te importa que él sea gordo y feo? ¿Es acaso gordo y feo su dinero? ¿Transpiran sus billetes? No seas tonta puritana y huye de este conventillo. ¿Para qué me querrás a mí cuando tengas dinero, ni al Juan ni al Pepe? Entonces te podrás comprar buenos amantes y hasta más bonitos . . . Bruja, bruja y otra cosa . . .

Corina se había puesto pálida y nerviosa, se acercó otra vez a la ventana y alzó la cortina. Después rastreó bajo la cama y sacó un braserito, se agachó sobre él, amontonó un poco de carboncillo, deshizo un cabo de vela, encendió un fósforo y surgió la débil llama. Sentía que la iluminaba hacia dentro. Tenía la llama en el pecho y la quemaba. Sentía deseos de gritar, de llorar, de pedirle a Diego que la llevara donde el chino Antonio, que tenía un almacén cerca del Matadero y era dueño de un fumadero de opio. Amor, amor . . . beberemos té verde y soñaremos. El alma oriental, que llegaba hasta ella en los folletines que leyerá en el diario "El Chileno" y en la casita en que

viviera Alameda abajo y de la cual la sacara el Diego una noche de gran lluvia, mientras sonaban los disparos todavía en el patio y lloraba la Lucha, cuya sangre la había salpicado la blusa tornasol que tanto le gustaba, el alma ri-ente, se le plantaba ahora frente a ella, entre el humo del carboncillo y la delgada llamada que quería lamerla, una llamita amarilla y fría, como el rostro de la mujer del chino Antonio. Lo sentía acercarse hacia ella en la penumbra, borroneándose en la leve camanchaca del humo opioso. Lo veía en la oscuridad, pensando que si se acercaba otro poco, ella debería gritar. El chino la perseguía a través de los arrozales y ella deseaba que se acercara y tenía miedo y sentía su respiración un poco perfumada, oliendo no sólo a colonia, sino que también a ron y a polvos, a polvos acres y amargos que le expandían los hoyuelos de la nariz y le daban deseos de tenderse en el suelo y llamar al Diego, Diego, Diego, estaba lloviendo y cuando ella gritó vió a la Lucha tendida en el suelo, la cara llena de sangre y mojada con la lluvia y el chino Antonio agachado sobre ella y acariciando el pelo de la muerta y mirándola, mirándola sin parar y sin decir nada. Un tazón con opio, una chinelita pequeña y ensangrentada y un coolí dormido eran para ella la síntesis del Oriente, a través de sus incipientes lecturas y del recuerdo del chino Antonio. De pie, frente a la ventana abierta, se quedaba soñando.

El sueño forma parte del patrimonio de la humanidad. Su mundo oscurecido siempre interesó a los artistas y mucho antes que Freud lejanos exploradores se sumergieron en ese pozo insondable de las edades. En el sueño hay otro mundo, toda una humanidad; el hombre del sueño no es el mismo ser que vive la vigilia del despierto y

Cocteau —cronista del opio— anotaba: "Luz y sombra son las dos mitades del universo; mientras la mitad del mundo descansa, la otra mitad trabaja, pero de la porción que duerme emerge una fuerza misteriosa". En efecto, cuando estamos despiertos compartimos con los demás un mundo que no es el nuestro; sólo cuando nos sumergimos en el sueño somos nosotros mismos. Estamos en nuestro verdadero mundo, en nuestra propia casa, transformados en los seres del espanto, en los navegantes misteriosos y entonces, los grandes apóstoles del sueño, sus evangelistas, sus exégetas, sus teóricos descubridores, adquieren para nosotros todas las dimensiones. Los vemos pasar en la profunda agua del sueño, los miramos con la lucidez del loco, mientras perdemos altura y adquirimos profundidad y se nos caen el cuerpo, la carne, las pasiones y viene el lento sumergir humano para caminar por sus calles más verdaderas. Sin él no existiría el arte surrealista, porque el sueño fué el primer teorizador del mismo, el gran creador de otras cosas, el constructor de las otras dimensiones. Y así como Shakespeare sacaba sus trágicos muñecos políticos y conyugales chorreando sangre de las profundidades de sus sueños, generaciones de artistas después de él, y antes de él extraían también del sueño otros seres extraordinarios. Ni siquiera eran originales, porque el sueño, sólo él era el artífice, quien manejaba el dictáfono y ellos sólo obedecían en el torpe sacerdocio de la inspiración, ese resplandor que vierten los artistas. Porque el sueño es la única medida humana; en él da el hombre todas sus posibilidades. Hasta la política recurre a él para barajar el naípe de los destinos humanos. Ya Tomás Mann dejó minuciosamente relatado el libro de los

sueños del ministro del faraón, ese hético y sonámbulo José que coqueteaba con el deseo en su afán de sufrir demasiado, y huyendo de una respiración apasionada que le chicleaba el ánimo, dejó la capa púdica en manos del profeta bíblico. El sueño visitó a Lincoln mucho antes de que el asesinato emergiera en la soñadora alma del actor asesino y reclamara su escena y su parlamento y ese sueño y esa sangre bañan con su presagio toda la dramática vida del mejor de los héroes norteamericanos. El sueño no es sólo propagandista de lo trágico; verdad es que la sangre siempre coge su cauce para llegar hasta el vaticinio antes de que ocurra la desgracia; verdad es que los muertos pasan derivando por su telón indeleble antes de que el asesino se meta en la casa y trepe por la escalera; pero, además, el sueño proporciona la única región desprendida para las ansias de un mundo cansado, trabajado, herido muchas veces y frustrado siempre en sus esperanzas. Por eso, todos desean sólo una cosa: apagar el sol —esa brasita de opio— y echarse a dormir para siempre en las profundidades del lecho. Un mundo que ha sufrido mucho, que ha visto morir a millones de sus hijos y aventarse sus más grandes ilusiones en miles de guerras internacionales y civiles, en millones de revoluciones y revueltas, no tenía sino un deseo: dormir. Pero un enfermo, un herido, un mutilado, ¿puede conciliar el sueño? ¡Traigan los alcaloides! La explicación del alcoholismo está en la miseria. El pobre ser que tiene una trayectoria de sufrimientos en su biografía, no tiene más escape que el vaso de vino. Es el suicida lento, el de poco fondo, el que no se atreve a arrojar al río. El vino es para él salud, tranquilidad, olvido: es la silla del cansado. El mundo que sale chorreando de las guerras y entra en el espanto de las luchas civiles —el

mundo oriental, sobre todo— sabe de estas cosas, conoce el valor de la pelletilla de opio. Porque después de miles de años de civilización, en los cuales exprimió los jugos de la ciencia, de la filosofía, de la adecuación política, sólo el opio ha sido su tolerancia; gracias a la adormidera ha podido seguir caminando. El opio es casi un oriental, es un sacerdote y un dios. Buda tiene su color y sus facciones. El cielo oriental está formado por hojas de amapola y tachoneado con estrellas de opio. Arriba, en un cielo frío y húmedo, sentía parpadear las estrellas heladas, sentía que se hundía en el barro, que enviaba un vaho, perfumado y persistente, al otro lado pasó piteando lastimeramente un tren, el último tren, el de los amantes y de los fugitivos; en él se fué el Diego aquella vez cuando la Lucha, pobre Lucha, se quedó gritando en el patio en medio de la sangre, insultándola a ella, llorando y llamando al chino Antonio. Suspirando miró hacia afuera el cielo nublado y frío, sintió la tibieza de la llama en las medias y se agachó. Había comenzado a soplar las brasas con gran coraje, cuando Dieguito, parado tras ella, comenzó a reír esforzadamente. ¡No te rías Diego, que atraes al Malo! ¡Diego, Diego! el humo la aislaba, se le metía en los ojos y se los llevaba por el campo, allá estaba el huasito sirviéndole un gran vaso de leche espesa, ella estaba desnuda, se paraba al borde del vaso, y se arrojaba en él mientras la cara del huasito se tornaba súbitamente amarilla y verdosa, se estiraban sus ojos y el chino Antonio, inclinado hacia ella, la cogía de un brazo y la alzaba de esa agua opiosa y verde y le buscaba, con los bigotes lacios y helados, los pechos. Dios, Dios mío, Diego, Diego, no seas malo, mi bien, surgió una llamarada y el fuego se apagó. Sonaron en la

puerta unos golpes muy educaditos. Encucillada y muerta de miedo, buscó los fósforos y raspó uno en la caja, tenía la llama guardada en la mano y así fué a abrir. Abrió lentamente la puerta. En el pequeño vano, en la pared y en el techo y metiéndose en su mano apareció la figura boyuna, redonda y atemorizada que le sonreía en lo oscuro. Corina se encendió al verle, el fósforo le quemó los dedos y dando un grito abrió la puerta con todo el brazo como si se abriera ella misma. Después se agachó otra vez para encender el fuego. El Diego paró en seco su risa y salió dando un portazo.

Cogida entre dos fuegos, el de su naturaleza orgánica que la atraía a una vida de pasión y goce ininterrumpida y el de la vida sosegada, apagadita, pero tranquila y segura que le ofertaba en su mano regordeta de huaso rico don David, Corina no estaba en situación de vacilar demasiado. La vida de bailoteos y amanecidas la tenía consumida. Un poco de oscuridad y de sosiego le haría bien a su salud, pues la miseria y la pobreza eran su enfermedad. Estaba a punto de tirar todo eso por la borda, de decir adiós al Juan, al Pepe, al Dieguito. Se convertiría en una aventurera de la vida burguesa y a lo mejor, después, si tenía suerte, enviudaba y buscaría al Diego. Un día fueron a almorzar con don David a un restaurante de los alrededores de Maipú.

—Quiero estar otra vez en el campo, como cuando lo conocí —dijo Corina, ruborizándose naturalmente y sintiendo con una seguridad extraña que se casaría con alguien gordo y enviudaría de algún modo después. Le gustaría al Diego verla vestida de luto.

No había hasta entonces vivido sino en la sonajera de los clubes y centros sociales, entre esa barra humana que arrastra el río turbulento de la vida ciudadana; en ese ambiente la ahogaba su soledad, soledad de estar sola, no la soledad de las pobres abandonadas que había conocido. Las lágrimas de esas infelices eran legítimas y valiosas, lloraban junto a un recuerdo, tras unos pasos de hombre que se fueron en barco o que se perdieron en las vueltas de un vals. Ella no, su soledad no tenía compañía. Estaba completamente sola, como un hueso. Ella tenía fuerzas y deseos de apegarse para mucho tiempo a un hombre, a uno solo, el más apasionado, el más terrible para amarla y celarla. No importaba que le pegara. Una bofetada era como un beso lleno de pasión, un beso sangriento, un beso dado con el puño, una explosión de amor, una flor llena de sangre. Ella sacudía también sus vestidos más queridos para mantenerlos lindos y limpios, porque deseaba que le duraran más. Un hombre que fuera un conjunto de hombres para quererla, un hombre para quien estaba, incluso, dispuesta a sufrir. En don David encontraría la tierra firme que la sacaría de la pantanosa miseria que le estuvo salpicando siempre los piecitos bailadores y el corazón veleta. Tendría que acostumbrarse a don David, hasta que al pobre se le ocurriera enfermarse en definitiva. El destino no quería entregarle un real hombre, lindo y rico. Cuando conocía a una bonita estampa, resultaba pobrete y sinvergüenzón.

¡Adiós, Dieguito! Sí, lo cambiaría por don David, gordo, bueno, feo, pesadote y riquísimo. Sacrificaría su amor para salvar su cuerpo y su alma, o, lo que era lo mismo, para salvar sus amores futuros. Estaba segura que des-

pués sería muy amada, amada con tontería y con locura y que hasta alguien moriría por ella. ¡Diego, cúidate, mi vida, no te dejes matar! Se entregaría a don David, presentía que se arrojaría a sus brazos como quien se arroja a una jaula de fieras. No de fieras que la destrozarían y devorarían, pues el amor es un banquete donde nos comemos a nosotros mismos, muérdeme, muérdeme, bésame Diego! No de fieras enfurecidas de amor y de deseos, sino de fieras beatíficas y babeantes, con atu-sados bigotes engomados, con ojos bovinos engomados, con unas manos largamente pegajosas, manos amansadas y tibias, nada de selváticas, peludas y con garras. Así fué aquella tarde en el almuerzo. El no tocaba las viandas, pero la devoraba con sus dulces ojos estúpidos, de albóndigas, mientras echaba un labio grueso y rosado dentro de la copa para chupar el vino. Corina tenía que hacer un esfuerzo muy grande para recordar que don David era un hombre bueno y que feo y gordo, como era, era el dueño de su corazón; su real propietario, tenía tanto dinero, y la quería, pero no sabía querer; no tenía esa maestría para tratarla mal que tan bien usaba el Diego. Cuando don David la besaba —y la besó tímidamente entre copa y copa de vino— sentía un asco frío, tanto que por disimular se puso a reír y le dijo:

—Compraremos un buen brasero, don David, porque el mío es de latón...

El la quedó mirando con una mirada perdida, le tendió la copa rellena dentro de la que bailaba el vino:

—¿Un brasero? ¿Para qué, Corinita? ¡Si nos casaremos en verano!

—¡Para calentar su boca suya! ¡Jesús qué labios más fríos!

Era fría como una moneda de plata. Eso era, Corina, en vez de una boca carnosa, gozosa y ardiendo, como la del Diego, por ejemplo te ibas a colocar una moneda de plata sobre la boca. Pero eso, sí, Corina, de plata legítima. Una moneda de circulación completamente legal, que echaría un chillido de plata, cuando tú la hicieras dar botes en el pavimento. De vuelta de Maipú, embriagada y triste, besada suciamente, candorosamente por don David, se fué por ahí hasta dar con el trazo de luz del centro obrero donde encontraría al Diego. Tuvo que desclavarlo de los brazos de una borracha —ésa sí que estaba borracha— colorina, gordinflona y hedionda, vestida de un horrible color morado, de vino con duraznos, la musa de los cementerios. Lo sacó del salón y lo arrastró a la calle entre tufaradas de un cigarrillo Joutard e hipos alcohólicos.

—¡Bésame, Diego, bésame mucho antes de que me compre la boca don David!

—¿La boca no más, nena?

Era cínico el Diego, pero por fin la besaba. Y torraron al mismo baile y estuvieron bebiendo y siguieron bailoteando. De repente y en mitad de la polka, ¿no se puso a reír la Corinita?

—¿Por qué te ríes? —preguntó violento el Diego, listo para descargar la bofetada.

—Quisiera despedirme de la vida que llevé contigo y con Juan y con Pedro y con Pepe, Dieguito... Ya no me podré reír después. Pobre Pepe, ¿sabías qué está en el hospital?

—¡Puaf, el Pepe! —hizo un asco el Diego— está botando por la boca el vino que bebió en su vida. El otro día llenó de sangre a la enfermera y ella se puso azulita. Pobre chica, no quiso que yo la besara y rió asustada como ratita y en la puerta de los pasadizos aparecían otras ratitas blancas a mirotrear. La risa me remeció la cintura y el Pepe se echó de la cama para pegarme. Por darle ánimo al pobre me puse a correr para que él creyera que le tenía miedo. Me disparaba unas toses como peñascazos. En la noche, cuando me acordé de él, entré al hospital y pregunté cómo seguía. Me dijeron que tenía fiebre. Había echado más vino por la boca después que yo me fuí.

—¡No seas hereje, que es sangre del pulmón!

Diego no le contestó y le echó el brazo por el cuello para uncirla a sus deseos. Ella estaba triste y cansada, tenía sueño. Y la embriaguez era una ventolera enorme que encendía y apagaba intermitentemente la llama de los mecheros.

Corina se puso a reír otra vez para espantar las ideas de la enfermedad y la muerte.

—Ja, ja, ja, ¿dónde estarán los chicos? Vamos a buscarlos y entre todos me despiden de esta vida. ¡Me voy a morir mañana disfrazada de novia pobre!

Era cerca ya de la madrugada, pero tranquearon por las calles solas. No fué una grandiosa hazaña encontrarlos a esas horas, porque a principios del siglo la ciudad era una desparramada aldea, que apagaba sus casas en la noche y sólo dejaba encendidos los pequeños rescoldos de las cantinas y centros de baile. A ellos acudían los que no tenían donde calentarse. Encontraron a Juan, pero Juan estaba huraño. En una cantina del barrio Matadero, sobre el vino

le tajearon el vestón y casi lo encuentran a él más abajo y le dieron unas bofetadas. Su ojo izquierdo parpadeaba echando unos lagrimones negros. Lo taconearon con vino y al poco rato el pobre Juan sonreía ya tristemente. Sacó a bailar a Corina, pero estaba tan borracho que ella tenía que sostenerlo para mantenerlo tieso. Diego se tendió en el suelo y mirando hacia arriba los muslos de Corina a los que se trepaba la luz, le agarró los bototos y se los manejaba con soltura para que no despedazara el baile. Pero Juan quiso pegarle y entonces Corina se asustó.

—No peleen, chicos, que me caso mañana... Debieran llorar por mí que me muero y beber a mi memoria... Diego, Juan...

El filo de la madrugada los encontró por Independencia abajo. En un comedor que se abría hacia el campo en cuyo flanco borroneaba unos cerros la mañana, se sirvieron un valdiviano picantito y bebieron vino fresco. Pero Corina se sentía enferma:

—¡Qué pena, amor, amor, hoy es domingo y me caso esta tarde y estoy tan enferma! ¡Bésame, Juan, Diego, bésame!

Juan la besó en la frente y se puso a llorar. El Diego se reía.

De ahí fueron a misa, pero no había misa a esa hora. Entraron a la iglesia de la Viñita; ahí Corina se arrojó en el suelo y rezó sobrecogedoramente. Diego le hizo un gesto a Juan, la dejaron sola y se fueron.

Cuando por la tarde, la sombra de don David llenó de moscas la puerta, Corina estaba disolviendo unos papelillos en un vaso. Cuando lo vio rompió a llorar. Don David traía un enorme ramo de rosas rojas y

blancas que le florecían entre los bigotes y le engalanaban el colero. Le sonreía humilde, como una rosa de grasa. Se acercó en silencio y puso el ramo en la mesita, se sacó, respirando, el sombrero y la quedó mirando. Corina cogió las flores y al hacerlo volcó el vaso. El agua goteó sobre los zapatos de él y por la pollera de ella, hasta las medias. El se hincó en el suelo, mirándola hacia arriba y silenciosamente, sacó su inmenso pañuelo floreado —el pañuelo de la tarde en que la conoció— y comenzó a enjugarle la pollera. Como ella lo miraba airada, se puso luego en pie sin atreverse a enjugarle las medias.

Esa misma tarde se casaron.

Después de todo, casarse no fué tan terrible para ella. Desde luego, tuvo ocasión de divertirse un poco para entretener su tristeza. Mantuvo los lindos ojos muy abiertos cuando vió avanzar hacia ella a don David. Parecía feliz envuelto todo él en un traje negro y lustroso, más blanco y más gordo, tenía la cara empolvada y en los bigotes engominados asomaba una gotita de gomina. Rodó hasta ella como una pelota y Corina se rió con los ojos y huyó a las piezas. Lo sintió hablar fuerte y carraspear y llamar a la criada. Cuando salió ella arreglándose el pelo con dos horquillas prendidas en los dientes, él la miraba de ladito, pero empezaba a envolverse otra vez en una sonrisa de felicidad y picardía.

Costaba casarse, Corinita. Eso sólo le dijo, para no aparecer emocionado y se puso de repente de pie escondiendo la cara tras la servilleta y fué a recibir a unos invitados que venían llegando. Llegaron muchos, conocidos y desconocidos. Don David rodaba hasta la puerta alzando la mano regordeta para descubrir otra cabeza conocida

en aquel mar de sombreros de paja y sombreros llenos de frutas, pájaros y sombreros que hacían taco en la puerta. Algunas damas sonreían sonrojadas tras los polvos, se alzaban las faldas y dejaban escurrir una botita de cabritilla, grácil, delgadita que desaparecía como una ratita tras los pliegues de la falda; don David se agachaba delante de los grandes guantes que trepaban por el codo de las damas, miraba los rostros escondidos tras los velos y mosconeaba por ellos para reconocerlos. Se agachaba otra vez y dejaba un beso en la manito que huía rápida como si la hubieran quemado. El estaba inclinado siempre, esperando otro guante que se deslizara a su vera, se agachaba, curioseaba y besaba, después alzada la mano izquierda tras el faldón de la levita, en la que asomaba una esquina del chaleco de piqué blanco y la gruesa faja de colores, se tornaba hacia ella para sonreírle y hacerla reírse. La divertía, quería divertirla. Sobre todo, cuando los que llegaban crujendo sobre sus zapatos bayos estivales eran conocidos de los hermanos de Corina o antiguos amigos de ella misma, don David hacía acallar en su corazón el decidido asco que pugnaba por arrugarle la alegría y se expedía como el más exquisito de los anfitriones, recogiendo él mismo una vuelta de sombreros y caminando con una colección de bastones y quitasoles bajo el brazo para desfilasolemne delante de ella e ir a dejarlos en un rincón de la otra pieza. La compañía era su gran colaboradora y también la alegría, esa adiposidad del alma. El estaba feliz, lo estaba realmente y si había querido casarse con Corina, tendría que pasar por todos los episodios que ella viviera antes de conocerlo, estrechar muchas manos que habían estrechado su cintura y que habían acariciado sus pechos y abofeteado su

rostro borracho. Como un homenaje a todo eso había permitido que los antiguos enamorados de la novia acudieran a la casa la tarde de la boda. El Diego no esperó que el cartero le llevara la invitación para hacerse presente. Llegó muy temprano esa mañana, poquito después de que Corina bebiera su bicarbonato para apaciguar el dolor de cabeza que le martillaba las sienas. Como don David, trajo un ramo enorme de flores rojas, todas rojas y enormes. Se lo disparó al gordo entre los brazos y le gritó entusiasmado, haciéndosele el enamorado, imitando a Corina:

—Don Davicito, mi amor...

Don David desparramó de mala gana una sonrisa en sus mofletes, pero saludó cordialmente al galán y aún toleró que el Diego le prendiera una enorme rosa en el ojal.

—No lo va a derretir este fuego, don David, deje que se lo prenda en la solapa.

Don David se dejaba trajinar la pechera y por ráfagas gozosas se le iba pasando el enojo y empezaba a encontrar al Diego parecido a la Corinita, ¡m'hijita linda! Por eso le sonreía con cara blanducha que la buscaba, que buscaba al Diego, que se derretía finalmente sonriendo para todo el mundo. Corina, muy lejos, tapada por las flores, se reía, reía fuerte para que él la oyera, él la oía, m'hijita linda. Clavaba la mirada en el Diego para decirle una picardía y veía ahora que ella estaba seria, la cara partida a hachazos y los ramalazos del sol que le sudaban:

—Me comprará dos perros, don David, para que no venga éste a jeringuear a la casa.

El Diego ni se arreboló y sacudió el vestón de don David para despertarlo:

—¡Que sean finos, don! ¡Me comeré los perros para llegar hasta su frente!

Luego se empinó de propósito y depositó con sumo cuidado un beso en la frente del noble varón, como si pusiera un huevo. Don David había enrojecido hasta la pechera y lo miraba avergonzado y orgulloso y un poco, tal vez, desconfiado. ¿Se habría dado cuenta el Diego de que él empezaba a quererlo? Sí, se parecía a la Corinita. A lo mejor, buscaba algún modo de demostrarle su afecto y de tenerlo contento. Tras ellos, la Corinita se reía, en oleadas gozosas y blancas que llevaban frescura hasta su fiebre. ¡Se te parece, mi amor! Tenía deseos de llorar e ir en seguida a un fundo cercano a comprar dos perros finos, de raza polar, húngaros, rusos o alemanes, largos y altos, como monumentos, perros de otro mundo, se los daría al Diego para que los matara, le pediría incluso que los matara en el dormitorio, la Corinita ¿no lo dejaría que los degollara, ella que lo habrá querido tanto? Deja, déjalo que corra la sangre por la sábana de Holanda, ya no ladrarán más en las noches y nos dejarán dormir, mientras afuera llueve. No te rías, nena, quiero desde ahora al Diego y hasta lo dejaré que te acompañe cuando yo vaya a la Argentina... Una avalancha de bulla desembocó en el zaguán y entraron grandes polleras y sombreros enormes, un tufo de esencias y polvos de arroz taconeó el pasadizo y entre los dientes blancos de los recién llegados asomaba de vez en cuando una sonrisa de oro en los labios de una vieja. El sol caía oblicuo y mientras don David veía entrar entre la penumbra dos grandes perros rubios, que aguzaban su hocico hacia los altos peinados de las señoras, de uno de ellos se escapó

una bandada de jilgueros y volaron rectos hacia el corazón de la Corinita, que se había puesto pálida y se desabrochaba la blusa y, Dios, Dios, ¿dónde está el Diego? dejaba desnudos sus hermosos pechos morenos sobre los que trinaban ya los pajaritos. Tras él el Diego se reía:

—Si los compra, don David, le prometo respetar a los perros.

Las damas se sacaban rápidamente los guantes para entregar la carne viva y se abrazaban:

—¡Corinita, hermana!

Don David miró titubeando ese tierno cuadro y fué hacia dentro llamando a la criada: ¡Zulema, Zulema! gritaba muy nervioso. Se le oyó palmotear rápido, pedir las copas y el vino y luego apareció él mismo portando una bandeja enorme en la cual bailaba una batería de botellas. Se escuchó el llanto martilleado de Corina y una voz que la acompañaba llorando con mucho duelo. Se alzaron unas palmadas. Se escuchaba ya el bordoneo de una guitarra y el afinar de unas cuerdas. Una voz alzó su dulce surtidor en el mismo pasadizo. Estaba entonando la emoción, que ya surgía preñada de suavidad y picardía:

*Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas,
en general;*

*Pero las rubias,
pero las rubias,
pero las rubias,
me gustan más...*

Corina miraba todo eso con ojos de novedad, se sentía un poquito asustada y buscaba a menudo los ojos del Diego para agarrarse a esa tabla y no ahogarse del todo. Pero el Diego no era ya de este mundo. Estaba empapado en vino y acomodado en el reborde del pasadizo, entre los bambúes, tamborileaba una guitarra, rodeado por un collar de ojos femeniles. Bella voz la del Diego, una voz asoleada por un persistente sol apasionado y devoto. Se le reían la voz y la boca, pero un dejo de amargura le nublabla la mirada. Sacaba a ratos la voz un poco triste, pero bebía un sorbo, miraba con avidez los cuellos femeninos que se alargaban hacia él y tornaba a golpear con alegría la guitarra:

Muchacha, ¿dónde está tu madre?

*Mi madre en la cama está,
ganando cuatro reales
para mañana almorzar.*

*Muchacha, no digas eso,
que la mamá te va a pegar.*

*A mí no me pega nadie
porque digo la verdad...*

Cuando el Diego calló un soplo de pesadumbre pasó por la concurrencia. Se sintió nítidamente el correr de un tranvía en la calle y lejos el rodar de un coche postino. Encendieron las luces y entonces llegó el cura desliándose una bufanda blanca y sacando una tosecita que traería sujetada en ella. Eso tranquilizó a Corina, presentía que la religión sería en ese momento su gran refugio. Por eso,

cuando estuvo hincada junto a don David, la emoción le fluyó a los labios, que temblaron haciendo temblaquear el amén. Sonaron unas copas, murmuró alguien unas palabras ebrias y mientras el cura echaba su bendición, se escuchó el apagadito bordoneo de la guitarra en el patio de más adentro, bajo el parrón. La copla acercó su música temblorosa hasta la pareja sobre la cual echaba el cura sus latines y cuando el sacerdote los alzó y los puso mano sobre mano, se acercó el tocador, abriéndose paso entre los invitados. Braceó de lado hacia ellos, apartó al cura con un rudo gesto de educación, se echó a los brazos de don David y cuando éste comenzaba a emocionarse y alzaba los brazos para abrazarlo, lo tiró hacia atrás y se aferró a Corina:

—¡Que seas feliz, mi vida! ¡Vendré todas las noches a echarte coplas en la ventana!

El Diego estaba deshecho, tambaleaba un poquito y los sollozos le revoloteaban la garganta. Corina, emocionada, lo miraba derrumbado a sus pies. Hubiera querido echarse a su cuello para consolarlo, pero ahí estaba don David, enorme y nada de bebido, incluso más despierto con el vino, interponiéndose para siempre entre las dos mitades de su vida, la que se iba con el Diego y la que comenzaba ahora. Diego, amor, no te pongas triste, verdad es que muero esta tarde, pero ya verás, estoy segura de que enviudaré muy pronto. ¡Me verás toda de negro, hijito! Temblando cogió la copa de vino que le tendía don David y mirando al vacío la vació en el suelo. La miraron extrañados, pero ella se puso de pie y se acercó a don David. Estaba junto a Diego, que estaba despeinado y tenía prendida la guitarra al cinturón del cual colgaba y

golpeaba resonando en las piernas. El Diego dió un manotón y apretó entre sus manos la copa que don David le ofrecía, apretó hasta romperla, luego se pasó la mano con vino y sangre por el pelo, se agarró al brazo de un amigo y dijo que se iba. Sólo ahora se fijó Corina en el amigo. Era un hombre delgado, elegante, de rostro enjuto y ojos profundos y duros que la traspasaban. Había una seca sonrisa en sus labios delgados y lo rodeaba un aire sonámbulo que emanaba de él, de su silencio preñado de tragedia. Aceptó la nueva copa que les tendía don David, dijo una palabra breve y cortante y apuró el trago sin esperar a nadie. Sí, era elegante todo enfundado de azul, usaba polainas y los guantes claros asomaban sus dedos por el bolsillo del vestón. Un pañuelo azul, muy vivo y resplandeciente, se volcaba fuera del bolsillo superior derecho del vestón. Extrayéndolo con gran cuidado, en él se limpió los dedos después de beber; se arregló la corbata también azul y en medio del silencio —sobre el cual volaba un ángel trágico hacia el corazón de Corina— habló con rudeza mirándola a ella:

—¡Vámonos, Diego!

El Diego caminó tambaleando a su lado, colgado del brazo que lo llevaba un poquito alzado, volteando como pescado muerto. Al salir hacia el pasadizo, el elegante tornó su fría mirada para mirar por última vez el salón. En medio de la sala estaba Corina mirándolos. El se inclinó rígidamente y partió un saludo con la cabeza. Corina, allá, alzó ahora una manito, despidiéndolos con una sonrisa cansada y se agarró a don David para comenzar un vals.

Era temprano para ella la una y media de la madrugada. A esa hora se fueron los últimos invitados, lleván-

dose el último calor de la fiesta. Entre roce de polleras de seda, retazos de risitas soñolientas y unas tardas volutas de humo que presagiaban el sueño desde los habanos clavados en las bocas, los fueron a despedir a la puerta. En ese momento sintieron que la iglesia de la calle Gálvez daba la hora, unas grandes campanadas que fueron volteando por el viento, que corría alto y fresco sobre las casas. Don David sacó su gran reloj de oro con cintita tricolor y estornudó estrepitosamente. Entre risas subieron al coche los invitados y los miraron perderse hacia la esquina. Se entraron. Se quedaron mirando. Don David tornó a sacar el reloj. Era ahora la una y treinta y dos de la madrugada. Por el pasadizo pasó la vieja Zulema llevando una tetera con agua hirviendo hacia el dormitorio. Corina entró al salón, alzadas las manos, acariciándose el pelo. Don David fué tras ella. Corina vació vino de una botella, le temblaba la mano y el vino empezó a caer en la mesa. Bebió con ansias, tenía sed, deseos de andar, ganas de encender más luces, la noche le parecía muy oscura y fea, sucia, llena de telarañas y murciélagos tapando el alto cielo. Puso la copa en los labios de él, mirándolo, viendo la noche a través de él. Era gordo y transparente, era de vidrio, vidrio blanco y sucio. Un ventarrón lo quebraría. De luto, sí, se vería bien, tenía las piernas muy blancas. Pero él no quería beber. Sí, era su marido y no quería beber. Se le arrimaba no más, temblándole los bigotes engomados para emocionarse. No, no quería, tenía tal vez deseos de llorar.

—¡Estoy embriagado casi, nena!

—Debiéramos estar completamente borrachos, don David. ¿No nos casamos hoy?

—¿O fué hace muchas noches, el otro invierno y ahora estamos llorando a un muerto? Ya se fueron los últimos amigos, nos dejaron las flores, todas blancas, tantas flores que con el calor del fuego se ponían hediondas y daban náuseas. ¿Lo mataron, don David? Quería que lo mataran. Se fué llorando, arrastrando la guitarra que sonaba y estaba manchada de sangre, los caballos trotaron sobre ella al llegar al cerro y la patearon y allí lo estaban esperando y lo mataron con cuchillo. Don David la miraba con fatiga y aburrido de mirarla tan lejana hizo un gesto de as-paviento con sus brazos, los abría en un sacerdotal gesto de cansancio. No le decía nada. No le cogía las manos ni le rodeaba la cintura, ni siquiera para consolarla, para decirle que no llorara porque no era cierto, ni siquiera para pegarle y besarla con furia si hubiera sido cierto. El vino no lo embriagaba, lo ahogaba. Tenía unos ojos turbios y extendidos de buey amanecido, de animal ahogado. Ella lo miró con lástima:

—¿Por qué no se acuesta?

Pero cuando después de beber se tornó para mirarlo, don David estaba dormido, una mano en cada rodilla, en la silla. Tenía la boca abierta y de ella surgía feamente la respiración que comenzaba a calentar un ronquido. Un mechón de cabello se le desparramaba por la frente y en los bigotes le temblaba una ambarina gotita de baba.

—¡Zulema, Zulema! —gritó en voz baja Corina, asomándose al pasadizo y miró a la alta noche. Era muy negra y cálida, corría el viento, sonaban unos coches lejanos, pasó graznando una lechuza, le pareció que volaba mirándola, en el reflejo de unas nubes suaves se perdió el vuelo, más lejos, hacia Diez de Julio piteaba un paco en la ave-

nida solitaria. El Diego estaría dormido en el suelo, frío y destapado y solo. ¡Mi vida, no te mueras!

La vieja asomó su cabeza de gato en la puerta y ella le mostró a don David.

—¡Tráeme un pañuelo y un rebozo!

—¡Primera vez que se amanece el caballero! —se fué murmurando la vieja.

Cuando le dejó bien empaquetadas las piernas con un rebozo, Corina le pasó las manos por la frente para prenderle el mechón rebelde con un alfiler de atención, se echó el pañuelo sobre la espalda, abrió la puerta de calle y estuvo un rato mirando la noche. El pito del guardián sonaba siempre lúgubre hacia el lado de la calle Diez de Julio. Lo escuchaba con gozo, recogiendo la memoria. Estarían brillando en él, como todas las noches, los faroles chinescos a la puerta de las casas de cena y baile y el olorcillo de las fritangas impregnaría las ropas y las almas. Suspirando, se hubiera sentado en el suelo para mirar el pasado. Estaba ahí, a dos cuadras, tras el pitido del guardián, junto a la acequia que corría marginando los ranchos, junto a las luces sucias que iluminaban las puertas. La Zulema había apagado ya las luces del comedor y del pasadizo y se había ido a acostar. Sólo en el salón había luz y en él seguía durmiendo, derrumbado junto al piano, don David. Corina cerró suavemente la puerta y echó a caminar por la calle, hacia la Alameda.

Esa había sido su primera noche, así la recordaba cuando tornaba a pensar, en lo mismo. ¿Se habría muerto? ¿Estaría enfermo? ¿Bailaría el mala bestia las nuevas polkas prendido a otras cinturas? Para no pensar y decir maldiciones, se echaba al suelo por la madrugada y sentía

el frío de las baldosas que le refrescaban los pies, se sentía aliviada y ya el pensamiento del Diego se borraba con la luz que entraba a raudales por las dos ventanas. Arreglaba la cama y se destrenzaba el pelo frente al espejo, se ponía a cantar mirando la cama. Cuando aquel paquete que dormía se removía en el sueño insultado por la luz, se acercaba en puntillas y le tiraba de los bigotes y mientras se peinaba sacudía la escobilla mojada sobre la cama, hacia la almohada. Don David, herido por las gotitas hechas que hacían chirriar la hoguera de los cachetes, abría un ojo, uno solo, grande y redondo como una papa, hacía unos arrumacos de regalía y tendía su inmensa mole para dormirla del otro lado. Había engordado mucho más y ni siquiera pensaba en enfermarse. Mirando, suspirando y maldiciendo, poniéndose triste, Corina se levantaba en las noches y abría la ventana, cogía la jaula del canario y juntos esperaban el amanecer. Lo llevaba al fondo de la casa, lo colgaba en un clavo del parrón y lo dejaba que destilara las armonías que la noche había acumulado en su garganta. La Zulema, ya levantada, le traía la leche, que se bebía azul y helada. La bebía a sorbitos contemplando con gran pureza de alma como el cielo se iba destiñendo. Sentía que las nubes iban derivando por su alma. Echaba un sorbo de leche en el hueco de su mano y lo tendía al pajarito; pero el canario no sabía de sutilezas, a la leche prefería el alpiste y para él era lo mismo la noche que el día; cantaba igual si estaba feliz o si sentía hambre. Corina no, era muchísimo más pura, todo, todo lo otro había quedado muy lejos y para acallar el rumor de los bailes memorables se levantaba en mitad de la noche y esperaba despierta el día. Sobre el vino que corría abundantemente

a través de su vida, tendía una persistente capa de leche, sobre el fondo de guitarras que habían alegrado sus años pobres, planeaba ahora el canto amarillo del canario. Suspiraba y se peinaba frente al espejo, mirando la plata del marco y pensando en el brasero. Hacía frío bajo su cama, jamás lo había encendido, no, no se atrevía a preguntarle a las brasas si era verdad que iba a quedar viuda, si vendría el Diego para acompañarla, tenía miedo, sentía deseos de llorar, se levantaba, iba a cerrar la puerta de la pieza y ya no sentía roncar a don David. No todo era tan fácil ni ocurría tan puramente. Otras veces salía en las noches, a respirar el viento antiguo, a mirar desde lejos las calles iluminadas que ella recorriera bailando y llorando. ¡Bésame, Diego, amor! Lejos dormitaban en la esquina los caballos del coche postino, pasaba tranqueando un tortillero, ofreciendo sus tortillas con mucha pena, y aburrimiento, se perdían en la bocacalle las risas de unos borrachos. Volvía a la casa muerta de frío y miedo; al cruzar una calle echaba a correr y entraba en el zaguán arrebolada y despeinada. Se tendía vestida en la cama y al otro día amanecía con jaqueca.

Don David, después de comida, se repantigaba un rato en la mesa; sacaba su pipa, la taconeaba acuciosamente y le ofrecía cigarrillos. Ella hojeaba el diario un ratito, pero se aburría luego, embriagada con el perfume de azahar que le enviaba el naranjo remecido por el viento, se ponía triste y se iba leyendo el diario a la pieza. Las noticias de la guerra no le interesaban. ¿Qué podían decirle a ella palabras como "Kronprinz", "Jutlandia", "Lagos Mazurianos" . . . "Verdún, Verdún, Verdún" . . . ? Hojeando estaba esa noche el diario buscando noticias

del fusilamiento de Mata Hari. Le había interesado la extraña historia de la bailarina javanesa, la envidiaba en su vida y se atormentaba con su muerte. La sangre que floreció en su corazón, sobre el vestido y que corrió por el pecho que había sido tan deseado, era la única sangre verdadera, el único dolor. La otra, la que manaba de los hatos de poilus, boches, tommies y soldados coloniales que se hacinaban en las acequias de las trincheras, no era ya sangre, sino un jugo más, un simple líquido corriendo por los flancos enmohecidos de la guerra, esa vieja desvencijada maquinaria tan usada. La sangre de Mata Hari fué la única trágica, aquello fué un verdadero asesinato, un asesinato lleno de pasión, de amor y de odio. Mata Hari, decía el diario, había quedado sujeta contra el muro, como clavada en él, su linda cara tostada se torció feamente y el cuello envejecido colgaba lacio agitando los hermosos cabellos negros; murió calladita, sin gritar ni sollozar, la mirada perdida más allá de los fusileros, hacia el horizonte donde los grandes cañones franceses demolían el cielo nublado. No se había retorcido de dolor junto al muro de la prisión como otrora se retorciera de pasión junto a los muros de los hoteles de Vincennes, asediada por una boca que quería encenderle el alma. No, se había clavado igual que un murciélago y la sangre escurría por las piernas maravillosas que habían besado tanto, corría por los hermosos muslos hacia las rodillas y goteaba en el suelo como la lluvia por un impermeable de hule. Le había apasionado tanto la trágica historia que susurraban los diarios, que una noche, al acostarse sola —don David se encontraba en Curicó— se puso a sollozar, muerta de miedo, pensando que la vendrían a matar, que vendría el Diego borracho y

le dispararía en la cama con una de esas grandes escopetas que habían destrozado el corazón de Mata Hari, la bailarina javanesa. Había comenzado como ella, bailando en los hotelitos pobres de su isla natal, después en el barco que la llevaba hacia Francia bailarían en las bodegas, bajo el mar, ganando su pasaje con el baile de los velos, esos velos que subían por las venas de los marineros y hacían inyectarse de deseos los ojos de los mestizos, después en Marsella, en las casas de cena y hoteluchos de Marsella, y ahora, ahora... Diego, amor, ¿dónde estás? Mirándose los pies gordos y nada de hermosos, se puso a llorar. No, no, nunca sería amada como lo fuera Mata Hari, que fué feliz y cuyo destino fascinante estaba manchado de sangre desde mucho antes de la guerra. Aquel destino dramático le había dado alas, unas rojas alas crepusculares para volar entre sueños y presagios, y la había hundido cuando los cañones reventaban en todos los frentes europeos, se había hundido calladita tal un sueño que se evapora, en silencio, como el baile de los velos que cuando se enciende y apaga la última llamada de la orquesta, descienden mudos sobre la nieve, se había apagado como el cigarrillo aquel que fumara con el encargo de negocios de la Legación alemana mientras el auto amarillo era fusilado por los poilus desde el otro lado del barro. Por la ventana abierta, en la cual flotaba leve la cortinilla de cretona desteñida, el atardecer sucio del arrabal le traía todo el silencio que emergía para ella de la tumba de Mata Hari. Despierta en el desolado insomnio, secos los ojos de tanto llorar, escuchaba el ruido de la guerra sonando lejos, los cañones que reventaban solemnes y el viento que soplaba sobre los heridos para apagar los gri-

tos y después el gran grito de Mata Hari cuando no se dejaba que le amarraran los brazos a la muralla. Sin poderse dormir sentía lejos, al otro lado de la noche el bombardeo de las líneas alemanas, los resplandores del incendio que iluminaban las bellas piernas muertas de la bailarina, los gritos de los heridos bajo los escombros, llamadas urgentes en medio del petróleo ardiendo que devoraba a un aeroplano. Aquella noche se sentía más sola, el sueño la abandonaba y pensando y preguntándose si le quedaría un poquito de pisco en la despensa y levantándose muerta de miedo, sentía el ruido de los cañones demoliendo los barrios lejanos. La guerra es un calor muy grande. No se puede dormir, pero se la escucha fácilmente, como si la guerra fuera un gran perro blanco, un blando animalito de nosotros, vuelto rabioso, loco de repente. Es un ruido abarcando en la hora de la noche todo el mundo dormido, lo mismo que si el silencio, hinchado de súbito, se hubiera puesto a sonar, echando a perder su suave motor. Es un orden para estarse muriendo todos, todos asesinados con mucho ruido y con luces para ver cómo suenan. La noche se hizo más profunda para contener el ruido, el ruido completo, todo el ruido. Eso suena tanto porque es el hombre el que está sonando. La vida era el silencio, un ruido calladito, sonando adentro, donde limita el cuerpo y se pierde la costa del cuerpo. Ahí aparece el agua, el aire, el hombre ardiendo. Pero eso era, antes, la vida. Ahora existe la muerte, ella está invadiendo la vida. Para contenerla se hace más honda la noche, para que suene mucho el ruido de la guerra. Suena inmensamente. La cama del sueño, esa atmósfera no existe más que para estar escuchando hacia afuera, hacia la línea de

tierra en la que está sonando el cañón, hacia arriba, donde sigue zumbando el avión solitario hacia lo oscuro donde prende su ojo largo el reflector para buscar las bellas piernas que huyen gritando entre los heridos, más allá de las alambradas. Sólo ahora existe el ruido de la guerra, la guerra, que es un ruido gigante, y el hombre, el último hombre, pequeño, empequeñeciendo, para escucharlo, para apretar los dientes y escuchar otra vez. No, no se puede dormir, se extinguió el agua del sueño, sólo queda el oído sudoroso escuchando. No se puede dormir. Se miró el reloj entonces. El reloj era una palpitación pequeña a esa hora, en medio del frío. Lejos, sonaba la guerra, sonaba en otro tiempo, sobre otros rostros, sobre otras ropas. Más allá de los nervios la noche estaba muy tranquila, pero los nervios se enredaban mirando hacia afuera y entonces aparecían los atacantes saltando por la muralla y sacaban de los bolsillos unas bombas brillantes como naranjas y las lanzaban por la ventana jugando a la cimarra. Tenían los bolsillos llenos de naranjas, las lanzaban riendo en lo oscuro durante mucho rato. Las gallinas disparaban asustadas sus cacareos y lejos, lejos, se aclaraba una risa y comenzaba a sonar un motor de auto, lejos, al otro lado de la neblina, hacia avenida Matta, chillaba el pito de un guardián y entonces reventaban las bombas todas juntas, unas detrás de otras. Esas bombas que caían y no sonaban, que caían silenciosas para guardar su ruido y hacerlo sonar después eran cosas terribles. Igual que una persona que se está ahogando y no puede hablar, se ahoga y no habla, se ahoga hasta los pies y muere ahogada, llena la boca de palabras mojadas. Por ello los nervios se enredaban y entre ellos, en mitad

de la cama extensa, no se podía dormir mirándola amarrada aún a los barrotes, con las bellas manos enguantadas hasta el codo y el sombrero de grandes alas sobre la cara llena de sangre y con los muslos brillantes, como reflectores. No podía dormir pensando en la bailarina javanesa que chilla y se desangra y se sujeta el sombrero lleno de sangre que le echan a volar las balas, la espía fusilada, el Diego que no está en el tren para Curicó que no se iba nunca, el pobre viejo hediondo a plumas de gallina, todo eso era la guerra. Dios lleno de bombas, podía mirar desde arriba las bellas piernas desnudas de Mata Hari, blancas, blancas sin nada de sangre, si no fuera por el vestido, si no fuera por el pecho carcomido por las balas parecería un poquito borracha, como estaba la Lucha cuando el Diego la cogió por detrás y se quedó chillando, chillando y llegaron corriendo los guardianes, se veían más azules y brillaban con la lluvia. Todo es curioso aquí, suena bien en el cuarto, cuando pasan los grandes camiones llenos de prisioneros y las ambulancias con heridos goteando sangre con la bencina, suena el lavatorio y el jarro y tiembla la llama de la lámpara. Cuando el ruido predomina, todo parece extraño de una manera natural. Entonces, ver caer muerto a un hombre no es más que escuchar un ruido. Queda el silencio, el silencio, el silencio. Eso es como si hubiera ido toda la gente de la casa y después sale el sol helado y se descubre que hay cadáveres estirados en todas las calles de la ciudad, cuando a lo lejos, entre campanillas, aparece trotando el carrito del panadero y pasan los camiones regando las calles, barréndolas con su escoba de agua y moja a los cadáveres y las bellas piernas de Mata Hari se hunden en el agua y

ya no se pueden ver y la sangre del pecho se va tornando blanca y ella se va poniendo fea y los fusileros están llenos de agua, con los bolsillos llenos de agua y las botas ensangrentadas y llenas de barro y ella nadando en el agua, toda desnuda y cubierta de sangre y cantando siempre, dame, amor, dámelo luego, un beso pequeñito como una bala de pistola. El viento azotaba la ventana y suspirando se levantaba del sillón y la iba a cerrar. Don David estaría ya en el hotel en Curicó, roncando, hediendo a cerveza y a tabaco, repleto de alimento y soñando con ella el pobre gordo asqueroso. El viento volaba por lo alto de la casa y hacía sonar el zinc del techo. Suspiraba largamente. No, no sería su destino como el de Mata Hari, no tendría jamás la suerte de poseer un destino apasionado y trágico, lleno de aventuras y peligro, de misterio y de sangre como el de Mata Hari y, sin embargo, su alma tendía el vuelo como la de la bailarina javanesa y su nombre era tan bonito, Corina... No, no sería como ella, nadie mataría por ella, nadie la mataría, su destino dormía a estas horas en un hotel de Curicó y era gordo, adiposo, como un cerdo blanco, jamás alzaría el vuelo, jamás saldría de ese barrio chato y sucio, de esas calles sin horizontes y sin ruidos, los hermosos ruidos que aureolaron el martirio de Mata Hari. Pensando estaba en eso cuando le trajeron un papelito que un muchacho entregara para ella en la puerta de la calle. Un golpe de miedo le sacudió el pecho y arrojándose de la cama y santiguándose lentamente desdobló el mensaje: "Respetuosamente le comunico que su amigo fué asesinado esta tarde. El cadáver está aún en la calle. Salga y sabrá". Se había puesto muy pálida y miraba con la boca abierta la esbelta figura de Mata Hari en

el diario, con su alto peinado bajo el sombrero enorme, enarbolado de flores y de plumas y más abajo el hermoso pecho, despedazado ahora por las balas y la cola del largo vestido de fiesta que se arrastraba hacia ella como una sonrisa de complicidad. Sí, la estaba mirando con esos ojos difusos y sombríos, y esa boca delgada y fría, parecía que se estaba riendo de ella, a pesar de que su mirada era cariñosa y plena de dignidad, estaba muerta, está muerto, lo mataron, mataron al Diego. Diego, amor... Eso iba diciendo mientras corría por la calle con el espejito en la mano y la esponja de los polvos en la otra, iba llorando, lo mataron, amor, Diego, Diego... Corría por la calle presintiendo que luego lo sabría, que lo vería, quería verlo, le haría bien mirarlo, acercarse para tocarlo, cogerle las manos, preguntarle que dónde andaba en todos esos meses, ¿cuántos? ¿cuántas primaveras, cuántos inviernos? Había llovido todo el invierno y pensando en él se quedaba dormida llorando mientras arriba destapaba los techos el viento y aullaban los gatos corriendo por el patio y quebrando las copas en el comedor. No tenía miedo, no estaba emocionada, tenía un poco de desconfianza. Pensaba a la distancia en Mata Hari, sonriéndole desde el diario detrás de sus ojos distantes y sombríos, sonriéndole con esa sonrisa delgada y fría, no llores, m'hijita, llena de sangre, despedazado el pecho y hedionda a pólvora. Cuando le disparaban a ella los soldados franceses mataban aquí, a dos cuadras al Diego, Diego... Con cuchillo, los cuchillos no suenan, son delgados y fríos. Ella tenía una sonrisa de cuchillo, una sonrisa mala, por eso la mataron los franceses, después de besarla y de embriagarla con champaña, ella se reía echando hacia atrás el hermo-

so cuello blanco para que se lo bebieran, la besaban y así le pusieron las esposas, no comprendía, se reía, el champaña estaba fresco como los surtidores del jardín de las Tullerías cuando aquel marinero zuavo la cogió por la cintura y la arrojó a la laguna, cómo aleteaban los cisnes asustados, después cuando la llevaban en el coche comenzaba a darse cuenta y sollozaba y tenía unos hipos feos y embriagados. Pero eso había sido en París. Pero esto no era París. Era la calle Lord Cochrane, la calle Gálvez, la calle San Diego. En la esquina de San Diego con Diez de Julio, un elegante se había tornado hacia ella para recibir todo el sol de su mirada, avergonzada se quedó mirándolo porque estaba fea y había estado llorando. Cuando estuvo junto a él, él atravesó el bastón y lo clavó en la muralla. Rabiosa empezó a empolvarse con furia la cara para barrerse el llanto, se paró en seco y lo quedó mirando. Esa cara, ese traje surgieron violentamente en su memoria. La miraba fríamente atento y una sonrisilla se insinuaba entre las cejas, una sonrisa seca que caía de la frente. Corina miró la enorme corbata de lunares que parapetaba el pecho, el alto cuello duro como el muro en que quedó clavada Mata Hari, lo tendría lleno de sangre, hubiera jurado que estaba manchado, los guantes estrujados como flores en la mano que apretaba el bastón. Abrió la boca para sonreírle y vio una enorme cantidad de dientes muy ordenados y cepillados que se abrían para tragarla. Unos dientes de muerto, de todos los muertos, los habría visto al morir Mata Hari, las balas se le clavaron como dientes en el pecho, como antes cuando el teniente y el cónsul le desnudaban los pechos y despacio, despacio al principio prendían los labios en el

pezón y, si era posible y no chillaba ella, insinuaban los dientes y la cogían en un grito marcándole la carne:

—¡Señora, no se apure tanto que aquí cerca le tengo a su muerto!

Lo dijo brutalmente, casi sin pestañear, con una voz que venía de los pulmones y sonaba desagradable en la noche con neblina. Corina tiritaba de frío, bajó a la calle y empezó a caminar. El la cogió firmemente con una mano de hueso y la subió a la vereda. No le decía nada. Caminaron unas cuadras y encontraron más gente. Debían estar cerca de la calle de San Francisco o Santa Rosa, tal vez, al doblar, se encontrarían en la plazuela de la parroquia, ella después no recordaba. Sonaban los pitidos de un guardián que iban haciendo eco por la avenida, junto al canal. De él surgía la neblina y el vaho acre de las cáscaras de frutas y desperdicios. En un recodo vieron un grupo de gente y una media docena de guardianes de a caballo. El se abría paso usando el bastón como cuchillo y la arrastraba de la mano como a una criatura. Ella se dejaba llevar, tenía frío, desconfianza y miedo, la neblina revolaba sobre los rostros envueltos en bufandas u ocultos tras los cuellos de los abrigos, un perro sollozaba lúgubrememente, alguien le lanzó un puntapié y se puso a ladrar con furia y al divisar a Corina corrió a olerla y aullaba bajito. Ella tenía miedo y alzó la cara para mirar al hombre.

—¿Quién es el muerto, señor?

El rió una tosecita baja, baja, para ella sola. Se inclinó hacia ella y se sacó el sombrero. El pelo le brillaba.

—¿No lo conocía al Diego, entonces, señora? ¡Por usted, de algún modo, lo mataron!

La empujó despacito y con un gesto de la cara le in-

dicó que mirara. Ella vió unos zapatos negros y viejos, unos calcetines claros sobre los que caía la luz del foco de la esquina y cayó de rodillas sollozando.

Mientras bebían cerveza en los atardeceres, tendidos uno junto al otro, y por la ventana abierta del segundo piso miraban entrar la luz llena de hermosos ruidos distantes, bocanadas de ruidos profundos que soplaban desde el lado de la Alameda con San Diego y ella miraba los hermosos ojos azules desteñidos y sucios del muchacho, de su largo muchacho duro y seco, el Diego le había contado su historia, con su voz desteñida como sus ojos, dura, casi enojada o soñolienta, sin emoción alguna, mientras le desabrochaba la blusa y le besaba los pechos, sin pasión, con frialdad, por compromiso o costumbre. El repitió muchas veces la historia de su niñez y cada vez, cada tarde, mientras se sentaban uno junto al otro y tendidos en el suelo dejaban que el cielo del atardecer les taconeara las bocas, iba agregando trocitos, detalles, destellos, a su niñez lejana. Le hablaba de aquellas lejanas madrugadas de invierno cuando lo despertaban y estaba él muerto de frío y ya de miedo y salía humeando del lecho y tenía miedo, miedo, miedo y afuera estaba lloviendo, goteando una lluvia sucia y traposa y más allá de la cortina que alzaba su pollerín helado entre los vidrios sucios de la ventana, estaba él sintiendo lejanas las voces, enormes y distantes, que le gritaban desde la luz hacia donde él estaba húmedo y tibio en el lecho. Llovía afuera con furia y lo remecían y lo dejaban destapado y el hermano, el tío, lo cogían por el cuello del pijama y lo mantenían en alto, humeando y tieso como un pollo sacado de la olla a medio cocer. Afuera, en el patio, en la cocina, se reían, se reían para él, se asomaba la vieja

Asunción riendo con su cara dura y fea, le hablaba con cariño, pero se reía porque él estaba tieso, sin atrever a moverse, mirando sin mirar al hermano, al tío que le metía su cara, toda su cara entre los pantalones del pijama. "¡Meón, meón, otra vez este cochinazo!" Se reían furiosos. Se levantaba con la cara dura, empastada por los nervios, se levantaba y se peinaba, acudía al comedor envuelto en una dura vergüenza, se acodaba junto a la humeante taza de café y sentía el olor crecer como una planta, ese olor amarillo, tibio y desagradable que lo perseguía, que era su sombra, que era él mismo. Cogía los libros y se iba desganado, con deseos de alejarse despacito, de paladear cada uno de sus pasos, gastándolos lentamente, de sentir hasta el último que se estaba alejando de todo aquello, del hermano, del tío, de sus manos tan largas e implacables que siempre lo sacaban de lo hondo del lecho como un cangrejo de la hondura del mar. Había pasado lento por el patio, tal vez dió dos vueltas por él para emborracharse, mientras a su espalda la vieja lora desplumada, desflecada y descolorida como un cojín, le gritaba con su inolvidable voz desagradable, con su voz de tío, de tía, con la voz de la vieja Asunción cuando el tío se le metía en el lecho: "¡Meón, meón!" Ya en el colegio, de repente, mientras tenía los dedos untados en tinta azul y verde, se reía con una risa seca y cruel y miraba con la boca abierta hacia el campo cercano, pero el profesor, un mulato con una cabeza morada, como un machucón enorme, hundida en los pulmones enfermos, tranqueaba blanda y amenazadoramente hacia él, él tenía miedo y al dar vuelta las hojas del libro para hundirse hasta el cogote en la lectura, sentía que el libro, también él, el carajo, le enviaba una leve humareda, una delgada

brisa de perfume nocturno, de su perfume, del asqueroso perfume en que él estaba convertido, que se le evaporaba en los ojos y le crecía con las uñas y le untaba los labios. El libro decía, quedito, con sus labios de tísico delgado: "¡Diego, Diego, mi meoncito querido!" Se reía el Diego, mientras Corina, emocionada, lo besaba en plena boca.

—¡Mi amor lindo, cómo te han hecho sufrir! Y esos bandidos, ¿ninguno se ha muerto todavía? ¿Ninguno? ¡Yo sé quien mate por mí, ya tendré yo quien mate por mí!

El se reía y la horquillaba por la cintura:

—Yo los mataré a todos si te molestan, Corina... A veces pienso que mataría muy bien...

Dejaba caer su cabeza en la falda de ella y suspiraba quedándose pensativo. Pero al que hubiera muerto antes que a ninguno era al hermano, a ese hermoso canalla.

—¿Hermoso, amor? le preguntaba Corina acariciándole el pelo.

El Diego no lo sabía, pero el hermano relumbraba desde lejos, como tus piernas en la noche, Corina.

—Los buscaban las mujeres... —decía él después, suspirando y como dando explicaciones.

No, él no quería al hermano y el hermano lo sabía y siempre trataba de molestarlo más de lo necesario. El se quedaba dormido siempre tarde en la noche. Pensaba que la luna estaba muy alta y fría, se bajaba del lecho y abría la ventana, la luz de la luna le golpeaba el rostro y lo perseguía hasta el lecho. El estiraba las sábanas y se tendía junto a ella, sin querer tocarla. Blanquita como tus piernas, nena. Afuera sentía caer el hielo, gota a gota, junto a la reja del patio. Lejos, muy lejos, sonaba el

viento, tal vez hacia el Parque Cousiño o hacia el río Mapocho, pasaba una lechuza graznando feamente y se quedaba alerta él esperando que llegara el hermano. Llegaba siempre muy tarde, golpeando con brío la puerta de calle, haciendo vibrar la mampara y tranqueando fuerte por el pasadizo hacia el patio, donde se abría el ojo ciego de la pileta llena de hojas otoñales. Él siempre había deseado que le echaran agua, que la llenaran hasta el borde de agua limpia que reflejara el cielo y en la cual flotaran, navegaran e hicieran cría las estrellas más cercanas. La luna, una luna grande, llena de escamas, estaría gorda y carnosa, nadando oronda en la laguna. Se sonreía bien él, con suavidad y gracia, no reía todavía con esa risa seca y mala que le creció después. Se hacía humilde para buscar la amistad en el tío, la bondad en el hermano. "¿Por qué no le echamos agua?" Los miraba con la boca abierta como si tuviera sed. Pero he aquí, Corina, amor, el hermano me echaba rodando de un puntapié y yo rodaba un poco más por mi cuenta, sin llorar siquiera, porque súbitamente había descubierto que aquello era más emocionante y terrible. "El niño estará enfermo del corazón" decía la vieja Asunción arremangando asustada sus manos hacia la blusa por donde andaba trajinando mi tío. Mi tío, mirándome desde el fondo del patio, le metía la cara entre los pechos, como me la metía a mí en los calzones para olerme la vergüenza cuando estaba meado. Pero la vieja Asunción no olía a orines. Se reía y se ponía rosadita y yo veía sus ojos grises llenos de lagrimitas mientras se alzaba hasta tres enaguas, una de color rojo carne que me gustaba mucho y arrastraba al tío escalera arriba en un susurro de ropas y de risas desplegadas, mientras el viejo, alargando

su pescuezo cárdeno, me buscaba hacia abajo y me decía: "Un día la llenaremos hasta el borde, Diego, bajaremos agua de la cordillera". En eso pensaba él mientras sentía que el hermano venía por el patio silbando alegre, riéndose, siempre riéndose. Lo había visto a través de la ventana, con la luz apagada para que no lo descubriera y se enojara. El hermano estaba frente a la jaula de la lora, con su sombrero hongo color perla, con la gran flor blanca en el ojal y la pipa humeando todavía entre los dedos enguantados. Estaba haciéndole cosquillas a la lora en el pecho, diciéndole cosita, ricurita, amor y encanto, y la lora le pasaba su patita llena de una corta coquetería y hubiera jurado yo, Corina, que el hermano se hubiera acostado con ella si la lora hubiera sido un poquito más carnosa y repolluda. El la hubiera agrandado con sus deseos. El hermano se reía a carcajadas, se reía tanto que veía yo encenderse la luz en la pieza de mi tío y rezongar al viejo. Arrastraba una bacinica y echaba en ella unos escupos grandes como condecoraciones, tosía dentro y bramaba con dulzura, pero el hermano no le escuchaba. Se reía con donosura, echado el sombrero hacia el globo de la nuca y mirando hacia el cielo negro donde rebotaban sus risas. Hacía rato que él estaba hablando con la lora, pero yo, asustado con la tos de mi tío y con las luces que se encendían en la casa, la de mi padre, la de mi madre, la del comedor, no lo escuchaba, pero ahora sí, ahora sí, Corinita. Ya sabía. Al final de su risa, mientras le acariciaba la pechuga, el hermano le decía reprochándole: "Lora puta" y la lora, con una voz condescendiente esperanzada y cariñosa, le contestaba: "¡Bueno!"

Corina se reía y lo abrazaba:

—¡Pobrecito mío! Un día vamos a buscar a ese hermano badulaque y lo vamos a matar. Sin herirlo mucho, matar para suprimirlo, nada más, Diego lindo, sin nada de sufrimiento. No vale la pena hacer sufrir por lo que te hicieron, porque estás vivo, ¿cierto?

Se besaban, el Diego la acariciaba y bebían cerveza hasta que las luces de la calle se reflejaban en la pared y entonces él se levantaba, cerraba la ventana y se tendía otra vez junto a Corina. La verdad era que hubiera estado tendido ahí aunque no estuviera ella, tal vez hubiera estado mejor solo, pero se sentía tranquilo, ella no hablaba mucho y cuando se reía, incluso, se reía como si estuviera sola, como se ríen los locos, que se ríen para otro mundo, como aquel que abre la ventana y se ríe para afuera, como suena el mar en ciertos acantilados, que solloza y se azota vuelto siempre hacia los muertos, donde olea un crepúsculo aceitoso y triste. El mar es cada vez más triste porque contiene más muertos. Sentía el Diego el ruido del mar en sus oídos y veía brillar en la oscuridad los ojos de Corina y se sentía tranquilo. Un día iremos a la playa, amor, y allí dormiremos una noche. Nada de piezas de hotel, nada de techos, ni de escaleras que crujen, ni gatos que chillan reventados, como luces, cuando caminas en la oscuridad. Donde no haya rostros que nos miren, donde no haya olor a gente, ruido de nadie, sólo el mar, su olor, su rumor, que lo contiene todo. El mar es el mundo, decía Corina, suspirando y acurrucándose a su lado.

—¿Y tu papá y tu mamá, Diego? Tú dices que cuando el hermano llegaba lleno de fiesta, riéndose, y entraba al patio, tú te asustabas porque veías que con sus risas

se encendían las luces de la casa, la de la vieja Asunción, que no era vieja, ¿verdad? y seguramente te gustaba porque mirabas muy bien cuando el tío se metía en la blusa de ella. ¡Diego, Diego, bésame! Ese collar de luces, amor, no me hagas cosquillas, ese collar de luces que te colgaba al cuello, lo veías bien. Después me dijiste que se encendían las luces del dormitorio de tu madre y del dormitorio de tu padre. ¿No es así, Diego? Un matrimonio, pero dos luces. Estaban separados, ¿verdad? No dormían juntos, ¿verdad? Ay, hijo, si una se casa es para sentirse más sola. ¡Siempre te dejan sola, cada vez más sola y no quieren después que una sea puta!

El Diego se reía bajito y le cogía las piernas. Corina le daba un manotazo para apartarlo y le decía:

—No dormían juntos tus viejos, Diego. ¿Por qué?

—Mi madre estaba siempre muy enferma, decía desgano. Se inclinaba en la oscuridad hacia Corina y la besaba largamente con un beso frío. Después suspiraba y metía sus manos por la cintura de la hembra. Lo que recuerdo bien de ella, amor, son sus quejidos de dolor o de amor, no, no sé bien ni me acuerdo. Estaba siempre enferma, entraban los médicos negros, enfundados en largos abrigos de gabardina, con paraguas, con bastones de cacha de hueso, con siniestros maletines que yo imaginaba llenos de sangre, granos y jeringas y las enfermeras con sus tenidas blancas y azules como palomas, blancas y lisas las pobres y siempre tan bonitas y desabridas como agua destilada, caminando blando sobre sus piernas enguantadas en gruesas medias blancas. Y recuerdo los chillidos de la ambulancia, llegó no sé cuantas veces a la casa, se llevaban a mi madre entre tufaradas de alcanfor, yodo,

agua de las carmelitas y un perfume de flores, de flores recién cortadas manando olores y colores. Las gasas flotaban en el aire y los algodones ensangrentados volaban por la mampara abierta que se batía con furia, afuera sonaban los tranvías que pasaban también furiosos, la vieja Asunción lloraba en el pasadizo, mi tío se ponía pálido y se plantaba junto a ella, mi madre ya no se quejaba, ya no lloraba, alguien rezaba en alta voz solemne, todo el sol se había colado en el pasadizo que daba a la calle y en él relumbraba mi padre, que estaba despeinado y un poco bebido y nos ordenaba dar un paseo por la plaza Brasil y nos ponía el frasco con nuestro hermanito dentro de las manos. Lo quedábamos mirando al viejo y después mirábamos el frasco lleno de alcohol y él estaba de pie en el suelo, temblando para no caerse, aguaitando con la gran boca rajada hacia afuera, aún en la mano la botella, vuelto hacia la calle donde la ambulancia esperaba que sacaran a mamá de la casa. Sí, Corina, el olor del alcohol, del yodo, de las gotas digitales, de los desinfectantes, no me abandonó aquellos años y tampoco a mi hermano; mi hermana tenía un pelo color yodo y ese color del bicarbonato, que es el color de los típicos, se trepaba por sus muslos gráciles que yo miraba cuando ella se bañaba. Y mi padre mismo, patiabierito en el zaguán de la casa, mirando hacia la calle, donde mi madre desaparecía en la ambulancia, mi pobre padre degenerado y lloriqueante, no olía a licor, sino a remedio, a cloroformo y a éter. Por eso, Corina, el hermano, cuando ya estuvo crecido y llegaba en la noche cantando y silbando, ya estaba seguro de su vida, él había decidido ya abrir una botica cuando fuera independiente.

—¿Y cuando volvía tu madre del hospital o la clínica, Diego?

—Cuando volvía, volvía no más, Corina. Se cerraban todas las ventanas y en el dormitorio flameaban unas llamas altas en la chimenea. La casa estaba tibia y agradable, una casa acogedora y buena, como tus piernas, amor. Ella llegaba sonriendo en la camilla, mostrando todos sus bellos dientes, nos disparaba besos con los dedos y flores, muchas flores que le tapizaban el pelo. Yo pensaba entonces que la clínica, el hospital, debían ser sitios donde crecían con más vigor y abundancia que en otras partes las flores. Rosas en el verano, violetas en el invierno, eso era lo que traía mi madre cuando era bajada del automóvil y pasaba pálida y triunfal por entre nosotros y la vieja Asunción y el tío y el hermano, plantado en el patio, soplando gozoso a la lora desteñida sus arrumacos, revolviéndole las plumas, sus pobres enaguillas verdes, con la contera del bastón de plata. Mi padre estaba clavado en el centro del dormitorio y las llamas de la chimenea, montando por la pared devoraban su sombra y después de eso no recuerdo sino el silencio que caía toda la tarde, todo el resto del día sobre la casa. Cinco, ocho días, dos semanas después se levantaba mi madre y una tarde cualquiera, de regreso del colegio, yo veía al padre perseguirla por el pasadizo con el cuchillo untado en sardina. ¡Te voy a matar, te voy a matar! gritaba y ella chillaba finito y se alzaba los vestidos y le mostraba las piernas bellas todavía para cambiarle el humor y hacer que él la deseara. Yo tenía deseos de llorar, pero entonces veía que del dormitorio de mi madre salía mi hermana llevando en las manos el frasco con el hermanito muerto. Me lo pasaba y los

tres salíamos en silencio. Cuando ya estaban en la calle, sentían aún el agudo grito de la madre, cogiéndose el pelo con una mano y la camisa de dormir con la otra y no sabían, no sabían si ya el padre la había herido. ¡En la espalda, entre la espalda, gritaba, te voy a matar! Gritaba con una extraña cadencia ordenada en la voz. La espalda de la madre lo llamaba, le hacía señas desde lejos, se alzaba para él como un altar, como la luz de un altar con su breve cielo de género. El Diego se asustaba mientras veía correr al padre por el pasadizo, entrar por la ventana a la cocina y pasar volando por el comedor hacia el dormitorio, peinando con su carrera los objetos que iba tirando al suelo, corriendo en pos de la madre, de la espalda de la madre, tan blanca y tan bonita. Era como una puerta siempre cerrada para él y que él debía abrir con urgencia. Las espaldas llaman al asesino, sin saberlo él cómo, son un señuelo y una droga, atraen como el trapo rojo al toro, como la llama a la mariposa. Las espaldas tienen la forma de una llama, son una llama, en ellas arde la humanidad, apegado a su muro insondable se quedan los deseos; son trágicas, son voluptuosas e inolvidables, legendarios calofríos de pasión corren por ellas; lisa y todo, la espalda es un espejo, es uno de los trozos del cuerpo más literarios y apasionantes. Margarita Gautier, Nana, Manon Lescaut, la señora Renal, las frías y lentas fraulein alemanas, Margarita y Eduardo, Ana Karenina, Anastasia Filipovna, tuvieron unas espaldas maravillosas, llenas de perspectivas vitales y artísticas, porque las espaldas, en sí mismas, son un mundo, una posibilidad, un camino, una teoría y seguramente una estética. La novela policial, la enorme no-

vela policial surgida de los rusos, de Poe y de los ingleses más grandes no tendría salida sin ella y el drama psicológico tal vez no existiría. Por eso, ¡te la voy a matar! bramaba el padre, gateando sobre las sillas derrumbadas y con una mano llena de sangre, pues se le había reventado una vidriera entre los brazos y el Diego veía entre sueños, mientras caminaba por la calle hacia la plaza, que el padre se aproximaba, no a la espalda de la madre, sino a sus hermosos muslos asustados y se perdía por ellos. Aún oía el grito de miedo, pero ya estaban los tres, muy unidos, cogidos de la mano, en la plaza Brasil, donde corría un viento amplio y blanco, sin nada de ruido. La plaza Brasil era un paseo amarillo y sombreado, salpicado de grititos de jilgueros entre los ramajes grandiosos y con sus escaños de grandes caderas cóncavas hundidos en la laguna. Todo el contorno estaba circundado en un sopor conventual y luminoso y los árboles, los escaños, la laguna misma y las calles adyacentes por las que corrían largos coches silenciosos, todo aparecía hundido y tamizado en una luz acuosa, frutal y amarillenta. Tendido ahora junto a Corina sentía un fértil ardor en la cara y miraba con claridad hacia abajo, donde sonaban sus pasos infantiles, entre el hermano y la hermanita, tranqueando los tres el claro pavimento de baldosas, mientras daban una vuelta a la plaza y mientras allá, a dos o tres cuabras se ensangrentaban las nubes de la tarde sobre el barrio en que el padre corría tras la madre enferma y ella, en un gritito herido, se alzaba las polleras para mostrarle los muslos. Aún oía el grito, un largo grito tendido, tal vez la habría alcanzado y estaría ya corriendo en su interior, en el largo túnel de la espalda o bajo sus muslos como

bajo un inacabable y claro cielo de primavera. Pero ahora el hermano le estaba tironeando de la manga para que bajaran hacia la tierra del paseo. La hermana se había quitado la gorra y se la pasaba y recordaba él que la había cogido y había tapado con ella el frasco en que se mecía suavemente el hermanito muerto. ¿Cuándo murió, cuándo lo encerraron? No se acordaba, no sabía nada. Sólo se atrevía a mirar en su memoria los gritos heridos de su madre y el olor de cloroformo, el mundo grandioso del éter flotando por la casa y la pollerita almidonada de la enfermera que cuidaba en la noche a la madre cuando la traían de la clínica, una enfermera suave y frágil, almidonada también ella. Una de aquellas tardes llenas de quejidos de la enferma, del olor a alcohol, a anestesia y a flores, cuando aguardaba que la madre trajera al hermanito que habían de esperar para el otoño, no llegaron sino ella y la enfermera y el chofer del automóvil y ni siquiera flores para la madre, que llegó echando fuego como un brasero. El hermanito no había nacido, no llegó en la tarde ni en la noche, no, estaba seguro de que no había nacido porque no sintieron sus breves grititos de sorpresa rompiendo la noche. Sólo unos llantos tremendos en el dormitorio de su madre, unas carreras de beatas por el pasadizo, una bolsa con hielo, una gran palangana de agua hirviendo y la luz forrada en papel azul en lo alto de la pieza. Y al otro día, el padre, que había venido rezongando o cantando por el pasadizo, rezongando más bién, había pegado el grito llamando a la madre, para ponerse alegre. ¡Ay, Dios, si está enferma! ¡Ave María Purísima! echó un grito la vieja Asunción y se vino acercando y agrandándose hacia él y cuando lo tuvo al fren-

te se fué corriendo, llorando y golpeándose el pecho. ¡Santo, Santo, Santo! El había visto al padre en el comedor, registrándose los bolsillos del abrigo, tirando de él con fuerzas y sacar, por fin, una botella de coñac. La dejó en la mesa y lo llamó en un grito pelado, cuya ventolera le humilló las orejas. Había corrido para no caerse y cuando llegó el padre estaba desenvolviendo el otro frasco. Como se demorara en hacerlo y aún después estaba dentro de una caja, tuvo tiempo para tratar de adivinar qué clase de licor sería, si pisco o vino añejo asoleado del norte, para la madre, si champagne marítimo para el tío, arroje para la vieja Asunción o cerveza fría para él mismo, cuando un papirotazo lo hizo quedar de frente a la luz y vió bailando dentro del vidrio esa cosilla fea y peluda, sucia y cabezona que ahora tenía entre las manos. Un pequeño monstruo de piernas largas como un insecto, que lo miraba con burla, con inquina, con malicia y odio: parecía borracho, un enanillo borracho, de 15 centímetros de largo y tan largo y flaco y rosado como rábano y con unos pelos largos indianos hasta en las uñas delgaditas. ¡Aquí está tu hermano, animal!, había dicho el padre y se lo zampó entre los brazos y le dijo que lo llevara hasta la pieza. El sin comprender nada, había sentido mucho miedo y tuvo deseos de preguntar por qué el hermano estaba tan chico y feo y por qué lo tenían encerrado. Pensó que era para que no se arrancara y estando suelto fuera a hacer alguna barbaridad, porque tenía unos ojos tan malignos y una risa tan horrible en la boca, que si el padre no mataba a la madre, ése sí que la mataría. Tenía ya cara de asesino, parecía un cuchillo mohoso. Por eso lo tenían encerrado, para que no huyera, era un tipo malo ya y horrible, se parecía

un poco a la lora vieja y hasta creía verle destellos verdes de caca por la rabadilla. Por lo menos, estaba seguro de que se burlaba de él, sí, tenía un gesto arrugado en la nariz, que era un brote crudo y vegetal, taconeado de pelusilla y suciedad, un gesto feo, de disgusto y desagrado, el gesto que hacía el tío mientras le metía la cabeza entre las sábanas, el mismo gesto de odio y desprecio del hermano cuando deslizaba sus manos enguantadas de plomo bajo las sábanas para sacarlas untadas de mal olor. Creía aún oír que el hermanito, en medio de ese líquido espeso y verde y amarillo que lo empaquetaba se estaba riendo de él y le decía meón, meón, mi meoncito querido, desde aquí te alcanzo a oler. Lo apretaba con disgusto y miedo junto al pecho, como un ramo de vidrios, mientras la hermana, aureolada de vergüenza, saltaba junto a ellos con sus pasitos menudos de pájaro espantado y el hermano tranqueaba muy tieso ya, orgulloso, enojado y hasta un poquito insolente. ¡Mi mamá está enferma! había dicho él cuando descendían por la tierra del paseo en dirección a la laguna. ¡Mi mamá está siempre enferma! había contestado el hermano, mirándolo brevemente con desprecio y mirroteando después el frasco que él apretaba en las manos. Las trenzas de la hermana flotaban en el viento del atardecer y ahora un manojo de rayos solares se tamizaba a través de los ramajes oscuros y los buscaba a ellos, se azotaba suave contra el vidrio e iluminaba al hermanito que se movía espeso dentro y se veía transparente. ¿Por qué lo trajiste? le preguntó con odio el hermano. Mi papá me dijo que lo trajéramos a dar un paseo a la plaza, contestó y tenía miedo y deseos de llorar. Pensaba que el hermano quería darle de bofetadas. Pero no se las daba y

se reía en cambio. ¡Un paseo con un frasco, tenemos un hermanito nuevo, aunque parece viejo! ¡Un pedazo de vidrio! Se rió y sus risas se solidificaron de modo extraño y rodaron como piedras por sobre las aguas de la laguna. A él le parecía que todos los miraban. Que los pasajeros que pasaban en los tranvías iluminados que se detenían en la esquina y el cochero de punto, que tenía ya también su farol encendido y el muchacho vendedor de diarios y los tres borrachos que estaban cantando o discutiendo en la puerta de la cafetería, al otro lado de la calle, le parecía que todos, incluso la niñera que paseaba un coche color yema de huevo y que era bonita, redonda y encarnada, la parecía que todos se habían dado cuenta de la risa mala del hermano y que ellos andaban paseando al hermanito muerto, exótico, particular y curioso dentro de un frasco lleno de luces. El hermano se reía con crueldad. Se reía de él mismo. ¡Vestidos de marinerito paseando un frasco a la orilla de la mar! Había cogido a la hermana del cuello de la blusa, una blusa celeste, y le remeció las trenzas. Se reía. ¿Por qué no lo abrigas con el pelo a este gusano? La hermana se había puesto a llorar y él la había cogido del brazo y se habían ido a sentar en un banco junto a la orilla de la laguna. ¡No llores, no llores, que se van a dar cuenta! le decía él asustado. ¡Que se den cuenta! había gritado el hermano lleno de salud. ¡El viejo te mandó para eso, para que todos se den cuenta y se rían de nosotros y de ti especialmente! ¡De noche había que traer de paseo a ese renacuajo muerto! ¡En las noches de invierno! Pasearlo por las calles más oscuras y no en esta plaza iluminada como una vitrina. No podemos asolearlo bajo las estrellas y la luna. Con él brillare-

mos nosotros, desnudos y ridículos, en calzoncitos de vidrio. ¡Espera que se enciendan las luces y vamos a tener una cola de palomillas riéndose de nosotros! ¿No te diste cuenta, animal? ¡El viejo no quería tanto correr detrás de mi madre como corretearte a ti para que se te rieran en la calle! ¡Dentro de un frasco en medio del día! No te diste cuenta porque eres un pobre infeliz, tan infeliz que también debieran meterte dentro de un frasco. Del mismo frasco. De un frasco lleno de orines, meón, meón. El había visto que el hermano se iba silbando para dejarlos solos y daba la vuelta a la plaza y cogía unos pedruscos y los lanzaba a la laguna, distrayéndose. Pensó que querría lanzárselos a ellos, a él especialmente, romperle el frasco entre las manos. La hermana lloraba y él recordaba que la hacía consolar y le decía que no tuviera miedo y no llorara más, que él tenía escondido al hermanito entre la ropa y que luego se pondría oscuro y que ahí donde estaban apenas llegaba la luz de los faroles. La hermana lloraba con dulzura y él tenía miedo y sentía, al otro lado de la calle, a cuatro cuadras, llorar también a su madre, tendida en tierra, ya, mientras su padre, sonriente y bonachón, la miraba llorar caída en tierra y se sonreía y se hacía otro sandwich de sardina y se servía en una taza un vino espeso como sangre. ¡Tápalo, tápalo, Diego! le decía la hermana llorando con dulzura. Van a encender las luces y entonces con el vidrio brillará como una estrella sucia en tus brazos. Eso era bonito porque era verdad. Como una estrella. Alicia, Alicia, no llores, aunque todo el mundo se dé cuenta de que aquí lo tenemos, decía él sintiendo mucha vergüenza al decirlo y que la sangre le crecía por dentro hacia la cara y le remecía las orejas. ¿No es nues-

tro hermano? ¡La mamá lo quería tanto!, agregó bajito y sin convicción. Brillará como una estrella roja, como la luna cuando golpea en los vidrios, decía la hermana llorando ya demasiado y poniéndose desagradable. Que brille y que lo sea, decía él. Los muertos son estrellas, dice la vieja Asunción. Y suspiraba ahora, quedándose pensativo. Por eso sería, tal vez, que al hermano lo habían encerrado en un frasco con alcohol. Para que se transformara en estrella. Así las prepararían. Y se rió de felicidad. Todavía se estaba riendo cuando llegaron hasta ellos los primeros peñascos. Asustado, atrajo a su hermana hacia sí y ella dejó de llorar, Es mi hermano, dijo con rencor y miedo él y miró hacia atrás. Pero lo que no dijo era que el hermano estaba en la otra orilla de la laguna acompañado de seis o siete palomillas. Estaban serios, trágicos, agachados recogían piedras y las echaban en los bolsillos. El hermano estaba, además, fumando. Cuando se encendía el cigarrillo en los labios del hermano, una lluvia de piedras cayó sobre ellos y la hermana gritó. El, por precaución y con mucho miedo, cogió el frasco y lo colocó bajo el banco, donde estaba completamente oscuro. Y entonces, mientras caían otras piedras perdidas y la hermanita estaba tendida a medias en el banco para protegerse él sintió al perro. No lo había visto, pero lo sentía respirar, bajo el banco, resoplar lleno de rencor y miedo; esgrimía, como un hueso que sacudiera entre los dientes apretados, un gruñido de ferocidad que no terminaba de soltar. Cayeron más piedras sobre el banco y una le picoteó la mano. El perro gruñía sordamente y en lo oscuro comprendió que quería morderlo. Se puso de pie y llamó a la hermana. Alicia, Alicia, vámo-

nos. Pero ella ya estaba de pie y como en ese momento habían encendido las luces le mostraba bajo el banco, donde ya no estaba el frasco con el hermanito. En cambio, el perro huía sigiloso, escurriéndose bajo los asientos, adelgazándose, hundiéndose en el agua, y tenía el frasco entre los dientes. El hermano se había dado cuenta también de eso, porque ahora estaban lanzando piedras contra el perro, que gruñía, mirando de reojo. Algunos palomillas se reían. ¿Es tu hermano? decía uno. ¿Y por qué lo ahogaron? preguntaba otro, pero el hermano no quería bromas; el Diego vió cuando se quitaba el cigarrillo de los labios, cogía a un baboso alegre y le apretaba la brasa contra la mejilla. Unos se rieron y otros gritaron. Un muchachito lloraba. El se acordaba que habían corrido tras el perro, sobre el que llovían las piedras; el perro, un perrazo negro y blanco, sucio y peludo como el hermanito, como el hermanito, si hubiera crecido de repente, estaba asustado y barría la cola muerto de miedo y rabia. El hermano corría también y los llamaba. ¡Diego, Diego! tenía tal vez deseos de llorar, pero él lo único que deseaba era coger al perro y quitarle al hermanito, qué va a decir mi padre y mi mamá, mamá, mamá, la sentía ahora llorar nítida y desconsoladamente. Unos palomillas habían acorralado al perro junto a la laguna, lo tenían hundido en ella y el animal se había deslizado bajo el banco hundido en el agua y saltó de ella rodando y aullando, el frasco le cayó del hocico y él había visto que se rompía en el suelo. Entonces se había dado cuenta de que estaba transpirando y que arriba el cielo se había tornado muy nublado y que empezaba a llover. La hermana iba atravesando la calle, llorando, tal

vez, el viento le alborotaba la pollera y tenía la carita pegada a sus manos empuñadas. Entraron a la casa bajo un cielo negro y pesado, grandes nubes bajas flotaban a ras del techo y gotas gordas de lluvia les daban papirotazos en la oscuridad. La casa estaba oscura y al entrar por el pasadizo sintieron otra vez el olor del alcohol y de los remedios y el gran silencio que envolvía a toda la casa, pero no sintieron llorar a la madre. El dormitorio de ella estaba encendido, tamizado con una pantalla de papel rojo oscuro y por la puerta entreabierta se escapaba ese olor de botica que vagaba por la casa. Al pasar frente al comedor vieron al padre que estaba sentado a la mesa, en mangas de camisa, mirando al aire y pensativo. Vió él que apagaba la lámpara cuya luz le envolvía el rostro y que se quedaba ahí mismo, sentado en la oscuridad. Se acostaron pronto y en la pieza del lado sentía que la hermana lo llamaba en la oscuridad y que lloraba después bajo las ropas. Finalmente la sintió dormir. Pero él no se quedó dormido. Tenía miedo y el viento que remolineaba por la calle y azotaba las puertas y el zinc del techo lo tenía miedoso y alborotado. Llovió toda la noche, a través de la ventana rota sentía meterse en la pieza un hálito frío de la lluvia que caía sobre la casa. Entre el ruido del agua y del viento había sentido que el hermano llegaba cantando raro, como adormilado. Pensó que vendría mojado y bebido, todo para olvidarse, veía a la lluvia cayendo en la plaza, sobre el perro y el frasco roto que había contenido al hermanito muerto y por eso llovía con furia, con rabia, apresuradamente, para borrarlo todo y hacer olvidar todo, y por eso el hermano venía cantando su alegría y su vino. Lo sintió conversar y reírse en el patio, hablarle a la lora que estaría

ahora bajo el alero del pasadizo. Soplaban el viento remeciendo los tejados de la vecindad y sólo escuchaba la risa infatigable del hermano brillando en el fondo de la noche negra y lluviosa. Se durmió muy tarde, muerto de frío y miedo, sintiéndolo reír bajo la lluvia que diluviaba en el patio, veía el agua correr por el rostro pálido del hermano y sonar en sus grandes dientes abiertos, se reiría feliz e iluminaba a la lora con la linterna como había visto que hacía en las noches del verano cuando bebía cerveza. Entonces llegaba del brazo con el padre y los dos se reían y se repartían la lora en sus discusiones y la lora les decía bueno dos veces y se reía con una risilla escandalosa. Así, pensando en todo eso se durmió, tiritando de frío, escuchando a la lluvia que estrujaba por la pared y el techo y veía la pileta del patio repleta de agua. Las hojas amarillas flotaban en ella y ahí estaba también la lora, flotando lacia en el agua. Parecía una hoja verde.

Pero eso estaba lejos, cada vez más lejos y pensar en ello le daba un poco de miedo y un comienzo de disgusto, mezclado con una dosis de vergüenza; además que a él jamás le había gustado hablar demasiado, sino justo lo necesario. "La boca tiene otros usos más golosos", decía estirando los labios y tendiéndose de través en la falda de Corina. Ella lo miraba sonriendo con amplitud, se inclinaba hacia él y picoteaba un beso de su boca.

—¿Cuántos años hace de todo eso, Diego? le preguntaba cariñosa y hasta un poquito emocionada y triste.

El se ponía duro y rabioso. Se quedaba mirando al vacío.

—¿Cuántos años de qué?

—De todo eso, amor, de tu madre enferma y de tu

padre gateando sobre los muebles tras ella. Ay, hijo, que me hiciste reír con la lora y tu infeliz hermano, con la vieja Asunción y el templado de tu tío y la plaza Brasil hundida en la laguna. ¿Cuántos años, Diego?

—Muchos, Corina, unos diez o quince, quizás sean veinte.

Suspiraba quedo. Ya nunca le interesó volver a la plaza Brasil, nunca fué tan hermosa como entonces, hundida en la laguna, con sus bancos viejos y frondosos, con sus árboles tumefactos cuyas raíces reventaban los ladrillos y cuyas copas solemnes y conventuales susurraban con el viento que venía volando de la Quinta Normal y cimbraban sus paquetes de pájaros con grititos sueltos, y el sol pegaba en las copas y en las viejas maderas de los bancos y brillaban ellos hundidos bajo el agua y veía él al vendedor de barquillos con su carrito redondo y el viejo victoria de la esquina lleno de borrachos que lloraban un canturreo, todos hundidos en el agua y en el vino rosadito que escurría por las camisas. Alguno alguna vez tenía una ancha herida a cuchillo en el vientre y estaba tendido en el suelo y del victoria corría también la sangre, goteando sobre la pisadera gastada y amarilla, y la luz del farol iluminaba la herida mientras un guardián gordito y azul piteaba en la esquina vuelto hacia las calles del centro de la ciudad para llamar a la comisión y que llegara la ambulancia a llevarse al herido. Todo eso está hundido en el agua. Corina, cada vez más lejos y no quiero pensar en ello, porque aún me parece vernos asomado a la laguna tratando de mirar manchados nuestros trajecitos de marineros, ajados y ridículos, con su cordoncillo de arroz y el pito de madera sin pito que col-

gaba del cuello. Son muchos años, nena, tú estarías gorda y redondita jugando en la calle dentro de tu polle-rita plisada y mi madre ya se había callado por aquellos años, ya nunca la sentí llorar y mi padre ya no era tan ágil para correr tras ella y asustarla. El viejo murió pronto. Se había muerto de repente, entre un sábado y un lunes. Se metió en la cama callado y solo una mañana de neblina, sin decir nada a nadie, como si debiera hacer penitencia o cumplir un encargo especial de su trabajo o ir a remoler al prostíbulo de la calle Bulnes y que la madre no se diera cuenta. Había puesto la botella con pisco en el velador, junto a la palmatoria y a la cajetilla de cigarrillos Joutard. Se quedó dormido en la oscuridad, sin nadie en la casa y a la medianoche, cuando llegó el tío, quejándose de dolor de cintura y caminando de lado como un bote en la corriente, encontró al padre desmoronado un poco fuera de la cama, con la boca llena de sangre seca y los ojos feamente abiertos, fríos y evaporados, esos ojos de pescado que les salen a los muertos. Junto a él, en la almohada estaba la botella de pisco, la tenía cogida del gollete, bien cerrada. Así se había ido el padre y la madre lloró despacito, sin escándalo, sin apurarse, sin que él la persiguiera. Todo esto estaba ya muy lejos y ahora sólo, después de tantos años, unos 10, quizás 15, si tú quieres 20, Corina, había que cambiar de cementerio al viejo, que estaba callado, tendido junto al mar, hundiéndose cada vez más en la tierra para esconderse, sintiendo en las madrugadas lluviosas de la costa las lengüetadas que pegaba el mar en los roquedales del cementerio y cada vez se llevaba unos terrones, unas cruces de pobre, una corona morada, el ataúd desocupado de un infante. Había que cambiarlo de

cementerio, llevarlo al sur, hacia los cerros, castigar sus huesos y botarlo en la tierra seca y hostil que se comió a los mineros en el último derrumbe de la cordillera, sacarlo de la vecindad del océano que resonaba noche y día en el oído de los muertos. En el cementerio de las minas, seco, seco, lleno de cuerpos pulverizados, despedazados, carcomidos por la silicosis, taconeados por el polvo cárdeno del carbón, muerto otra vez estaría el viejo, esta vez muerto para siempre, lejos de la madre, de sus bellos muslos asustados, de sus espaldas que huían por el pasadizo oscuro en el que corría la luz del farol de la calle para mostrarla donde iba. Cambiarlo de cementerio, había muerto varios años, ocho o diez. Corina, nadie se acuerda de nada y eso eran cosas del hermano. Ya tenía su botica en el barrio del cerro, a una cuadra de la población nueva, donde veía todo el día ascender el carrito del funicular por un socavón de flores y a través de la garganta aterrorizada del viejo león del Zoo. El hermano estaba cada vez más blanco, con unas pintas azules por el lado de las sienes y con su pelo amarillo. Cara de bicarbonato, de polvos de Persia, de crema dental, de polvos de talco perfumado para guagua. Corina, Corina, olía él mismo a guagua, a potito de guagua y tenía esos feos labios de verija bien lavada, de verija de yegua nueva. Jamás lo odié tanto como cuando me mandó llamar con el mozo de la botica. Ven mañana temprano, que vamos a mudar al viejo de cementerio. Lo llevaremos a Concepción. Un viaje largo, Corina, muy largo. Bien pude matar al hermano entonces, porque era el invierno y había neblina en todo el camino y nadie nos había visto desde que salimos del cementerio donde nos pilló la noche y los sepultureros que rompieron el cajón se alumbraban con

una lamparita y barrían con la luz el suelo buscando otro huesito. Y el hermano, además, estaba bebido. Pensé hacerlo, pero al bajar del cementerio me quedé dormido y ya jamás tuve ocasión tan tranquila.

—Diego, Diego, lindo, sufriste entonces, ¿verdad?

El suspiró cortito y la quedó mirando. Afuera, una noche oscura, fría y con estrellas altas entre las grandes nubes negras, se metía por la ventana y lo hacía mirar más lejos.

—Yo nunca sufrí mucho, Corina, pero el hermano me molestó siempre y, esa vez, ya hace diez años, pude haberlo echado cerro abajo cuando íbamos bordeando la cuesta y entonces me quedé dormido y aún le hubiera sonreído con cariño si él se hubiera querido detener un rato en Casablanca para que comiéramos algo. Yo sonreía ya lleno de confianza y esperanza cuando el auto iba dando vuelta por la placita del pueblo y enfilaba hacia el camino, pues estaba seguro de que él me iba a convidar. Serían las nueve y la noche fría y negra y casi sin nubes me había dado deseos de comer algo, de comer una comida picante, de tomar un vino que te lleve lejos. Pero el bruto seguía manejando amarrado al volante, con la pipa apagada clavada en la jeta. No me decía nada, pero me miraba con desprecio, miroteándome corto, como si me escupiera. Estoy seguro que deseaba escupirme, lo hubiera hecho entre los ojos, mis ojos que él no quiere porque son los mismos que él tiene, los mismos que tiene mi hermana, los únicos que hizo mi padre. No tenían imaginación los deseos del viejo. Entonces tuve yo un poquito de pena, un poquito de hambre y un poquito de sed, me hubiera em-

borrachado y criado coraje, me acordaba del cementerio del cual habíamos sacado al viejo y de la tarde de verano en que los fuimos a enterrar. Aquella tarde el cementerio era un jardín, un verdadero jardín lleno de flores vivas y limpias, frescas y olorosas, flores vivas y relucientes, de rosas sobre todo, unas rosas carnudas en las que sonaban como aviones las abejas. Había mucho sol y mucho calor, el sol espejueleaba a media cuadra y en la bahía volaban las velas de los botes de las regatas, el viento era grueso y tibio, un viento lleno de carne, de carne como la tuya, Corina, de bellas piernas, de grupas blanquitas tostándose en la playa, de cinturas que crujen y se quejan, quebraditas, cuando las aprietas, de pechos blancos y rosados, morenos pechos de calor llenando el horizonte en el que se hundían los vapores que rumbeaban hacia el norte. Hasta el cajón del viejo brillaba enfiestado barnizado por el sol. El viejo estaría oliendo ese cielo lleno de pechos y de piernas de mujeres, todos jóvenes y limpios y perfumados y sacaría su cuchillo, untado en sardina y queso mantecoso, para echarse caja abajo, y correr tras mi madre que huía despeinándose en el viento, corriendo loma abajo por entre las tumbas de los párvulos. Le veía correr aún cuando sentimos caer los primeros terrones sobre la tapa. Mi hermano estaba también en el hoyo y de repente pensé que con una pala, si hubiera sido de noche, por ejemplo, hubiera podido tumbarlo y dejarlo enterrado junto al viejo. Se dió cuenta de que lo estaba semblanteando y me hizo señas para que bajara también. Una palada de tierra que iba por el aire en dirección a la frente de la caja me golpeó en la espalda y me hizo caer de

rodillas. El hermano me alzó de la tierra cogiéndome del cuello del vestón, para humillarme y recordarme que así era cómo me recogía él del lecho cuando el viejo todavía estaba vivo. Pero me estaba mirando con simpatía ahora y me señaló con la mano hacia el lado de la ciudad, donde terminaba el cementerio y comenzaban, después de la casa del administrador, del fabricante de ataúdes, los domicilios particulares, las cantinas, las casas de cena y el salón de baile. Habría fiesta aquel día por ahí, pues veíamos muchos coches postinos y otros más limpios y lustrosos y comenzaba a alzarse detrás de las ventanas enguirnaldadas el hervor de una guitarra. El hermano se agachó hacia mí y me dijo en el oído: Apúrate para que vamos a asomarnos, animal. Yo no era quien tenía que apurarme, sino los hombres del chuzo y de la pala, los de la carroza, el cochero lúgubre con su brillante cara de cuero negro y el mocito disfrazado de negro y blanco que vino cogido de la pisadera, y le mostré el ataúd todavía no tapado por la tierra. El hermano se sonrió, siempre agachado hacia mí, sonrió con un solo lado del rostro, el que me golpeaba los ojos, una sonrisa perfectamente limitada y neutral. Me miró con odio: ¿Qué dices, Dieguín? Yo estaba rojo ya. Lo miré para arriba mientras tenía una corona entre las manos como si fuera un vestido que debiera ponerme: Mi papá... El hermano echó una risita siniestra y camuflada, para buscarme. Dejó asomados los dientes para asustarme y la sonrisa fría prendida en ellos me iluminaba y me buscaba: El viejo también iría, idiota, si pudiera... Y como para darle razón, por todo lo alto del cielo, a través del sol que venía recto hacia nosotros desde el mar, iluminando la cabeza del

hermano y las cintas de las coronas, llegó el revolar de la guitarra aureolando la canción:

*Mira, niño, que la Virgen lo ve todo
y que sabe lo malito que tú eres,
pues queriéndote yo a ti con fatiguitas,
el amor buscas tú de otras mujeres...*

El hermano me quedó mirando, frunciendo las cejas y apretándose el nudo de la corbata negra y después estuvo agachado largo rato, arreglando las flores, ordenando las coronas, pagó a los sepultureros, me golpeó el hombro y me dijo cariñoso: Saca un rezo, niño. Yo quebré mis piernas, enfundadas en unos pantalones abombillados que habían sido de mi tío y empecé a mascar unos rezos mientras me acordaba de la plaza Brasil hundida en el agua y llena de luces, con sus bancos amarrados por los enamorados que se hundían abrazados y sonoros en el agua del atardecer, y veía a la vieja Asunción mirando por la ventana y llorando y a mi padre blandiendo dos cuchillos y con la caja de sardinas en la mano izquierda, cayéndosele el pijama por las nalgas secas, saltando tras las tumbas lejanas y corriendo tras de mi madre que huía entre las cruces, chillando en dirección al mar. ¡Te voy a matar la espalda, te la voy a matar, amén! Cuando me alcé de la tierra el hermano se agachó y me la sacudió de las rodillas. Me dolía la cabeza y estaba avergonzado. Bajamos cogidos del brazo hacia la puerta del cementerio y recogimos todas las manos que nos pasaron para acompañarnos en el duelo. Yo las cogía maquinalmente, algunas las contemplaba como un estúpido, las miraba atentamente, co-

mo si estuviera comprando pescado, otras me daban repugnancia y las dejaba caer lacias y la última, una mano larga, fina y flácida, amarilla, con lengüetadas azulencas, que yo tal vez conocía, me dió miedo y la iba a tirar al suelo, cuando me acordé y se la iba a pasar al hermano, pero él rápidamente alargó la suya y me la arrancó y lo oí sollozar. El sol ya estaba ido y lo miré a él en la luz crepuscular. ¡Gracias, gracias, Manolo! Abrazado a un caballero de gran melena plateada, el hermano sollozaba verdaderamente. Cerca sonaba el mar y enviaba sus primeras tufaradas impregnadas de sabor nocturno, en la bahía vagaban aún algunas velas descoloridas de las regatas y las piernas de las bañistas se reflejaban enfriadas y tristes en el atardecer. El hermano había sacado su pipa y la encendía, me cogió del brazo y bordeando la avenida que corría pegada al cementerio, fuimos subiendo en dirección de la música. Brillaba al final de la calle, más allá del puente de maderas cimbrantes y el viento marino tamizaba muellemente sus luces y nos traía el canto:

*Por ahí andan diciendo que soy mala,
que el alma tengo negra, muy negra,
que soy enamorada y pretensiosa
y de vanidosa no puedo más...*

El hermano me tenía cogido siempre del brazo, para que no me escapara, pero yo no pensaba en escaparme; estaba cansado y triste, tenía un poco de hambre y ganas de sentarme, hubiera pasado la noche junto a la tumba de mi padre, sobre la misma tierra, mirando el mar cercano que se azotaba en las paredes del cementerio, pero tenía

miedo también y el hermano tenía, tal vez, razón al desear venir esta noche misma a beber un poco de vino, a oír rasguear la guitarra, a mirar las hermosas piernas de la niña que desgranaba los versos:

*Serranillo, serranillo,
no me mates, gitanillo...*

Desde donde estábamos sentados veíamos las laderas del cementerio con sus tumbas florecidas que aún brillaban como brasas en las últimas luces del cielo. Bebiendo su vino el hermano miraba hacia las tumbas a través del vidrio del vaso y estaba callado. Me quedó mirando: El no pudo, él no pudo. Hubiera venido si hubiera podido, tú sabes como corría por la casa cuando algo que quería se le escapaba. Lo enterramos con el cuchillo, le dije y tuve al mismo tiempo deseos de llorar. Saltando sobre las tumbas, sobre las flores de los jardines que crecían ascendiendo hacia los cipreses, sobre las coronas recién arrojadas que llameaban tristes en la tierra, blandiendo su cuchillo y pasándoselo por los labios, el padre corría, corría siempre, en pos de mi madre que huía y lloraba y se alzaba la falda para mostrarle los muslos y que él no deseara matarla. Creía sentirla gritar y sollozar para esperarlo sentada en una tumba blanca y nueva, justo cerca del océano. Te voy a matar, te voy a matar tu espalda, muéstrame la espalda, gritaba mi padre y afuera estaba lloviendo, mientras yo acodado en la ventana veía al hermano cinco años antes, llegar bajo la lluvia a la casa y detenerse en el patio junto a la jaula de la lora y reírse con ella, tra-jinándola para buscarle los pechos. ¡Lora, lora puta! Lo

sentía reírse con todas sus ganas bajo la lluvia que hacía un hueco sonoro para que sonara él. Ahora lo tenía aquí, frente a mí, mirándolo, con odio, con tristeza y desencanto. No, no es bonito, decía. Es triste, es sucio y horrible. Los llenas de flores, los tapas con las coronas, te quedas llorando encima de su tierra y se están pudriendo. Más valía que estuviera aún sentado en el comedor, en la oscuridad, tomando su vino, mientras mi madre lloraba adentro rodeada por el anestésico. Más valía que la persiguiera tirando al suelo las mesas y las sillas y rompiendo las copas, mientras ella chillaba y huía a esconderse en el dormitorio. ¡Diego, Diego, me dijo, ahora él está tendido para siempre y ella llora solita en la casa. No le contesté, no podía contestarle nada, nena. Sentí el gorgoriteo del vino que vertía él en las copas. Y otra vez lo veía a través del vaso, mirando siempre a lo lejos, hacia el cementerio, oteando la tumba de mi padre en la oscuridad. Pero ya era difícil distinguir, las tumbas se iban borroneando en la noche, incorporándose en ella y a través de la ventana sentíamos cada vez más profundo y más alto el ruido del mar. Parecía que se estaba despedazando bajo los balcones. Me bebí el vino y el hermano se quedó mirando. Tenía miedo y quería beber más. Adentro, la mujer que tocaba la guitarra tenía las piernas alzadas y las faldas revueltas, brillaba un brasero junto a ella y en él unas ollas, una tetera. A la luz de las llamas, las piernas brillaban intensamente recorridas por lengüetadas de sombra como escalofríos. Un hombre derrumbado junto a ella dejaba correr sus manos por las piernas, mientras a un lado una mujerona, envuelta las manos en un delantal blanco se reía con escándalo. La cantora, su cara metida en la pe-

numbra, con una mano quería quitarse las del hombre que le subían por las piernas y con la otra sujetaba en su falda la guitarra y sonriendo con dulzura alzaba su vocecilla insignificante y triste:

*No te acerques a mí,
no he de ser para ti,
anda, vete y déjame ya...
Agua que no has de beber,
dejalá correr,
dejalá, dejala...*

El hermano se había puesto de pie, tambaleaba y tenía en la mano el vaso con vino, caminó hacia afuera y mientras tras nosotros la mujerona se reía y la guitarra sonaba, la mujer que cantaba dió un gritito, un grito bello y herido, como mi madre y yo me hundí en la noche, buscando al hermano en lo oscuro, mientras veía a mi padre corriendo en la oscuridad, entre las tumbas negras, persiguiendo a mi madre que gritaba y lloraba corriendo hacia el mar, que sonaba en lo oscuro. Eso estaba lejos y la mente endurecida, pero no se trataba ahora del hermano, sino del padre. Había que cambiarlo de cementerio. El hermano lo había mandado llamar y él lo había ido a buscar en la tarde a la botica. Entre los frascos, entre el olor a alcohol, a enfermos y las tufaradas de desinfectantes, había adivinado que el hermano estaba un poco bebido y pensaba que de alguna manera podía sacar partido de ese hecho. Pero no se atrevió a hablarlo entre los frascos, los espejos y las vitrinas, sentado afuera, en la solera de la calle, lo esperó hasta que se hizo de noche y el hermano salió, con el abrigo sobre el guardapolvos, apagó todas las

lucés, corrió la cortina metálica y le dijo que subiera al auto. Nos vamos esta misma noche, le dijo sombrío y tal vez enojado. Habían entrado a comer a un sitio silencioso, en la misma avenida, antes de salir de la ciudad y corrieron después en el auto, entre cerros y neblinas duras. Y ya en el cementerio, cuando vinieron los hombres con las palas y rompieron el cajón blando y podrido y entre los huesos, unos huesecillos insignificantes, surgió la cabecita de una muñeca y un cuchillo mohoso de cacha de hueso, el hermano lo miró duro. El le sonrió: ¿Recuerdas? Era por mi madre, él le decía muñequita y como no había retrato de ella en la casa, le pusieron en el pecho la muñeca de mi hermana. Después estuvieron en las oficinas y ahí estaba el cajoncito, sobre el mostrador, junto a los papeles y a la pantalla verde. Un cajón pequeño, como para enterrar a un infante. Demasiado grande el cajón, decía el hermano, remeciéndolo con rabia, mientras caminaban por los jardines hacia el automóvil. Lo sopesaba como un cajón de mercadería y lo tanteaba con desprecio. Pocos huesos, mucha madera. En una caja de zapatos, tal vez, de palo desde luego, hubiera estado bien, o en una caja de cien inyecciones. Hubiéramos llevado en el bolsillo al viejo. Lo amarraron arriba en la rejilla del auto y él no se acordaba de nada más entonces. Recordaba sí que tenía mucho frío y que soñaba que alguien, los muchachos de la plaza Brasil, redonditos, negros como ratones, se le trepaban por las piernas, el hermanito muerto gateando por el pantalón como una araña descuerada y rosadita, una fría araña de vidrio llena de pelos. El hermano le estaba remeciendo el hombro, le cogía la solapa y le dió un grito. Comenzaba a entreabrirse cuando una

bofetada le iluminó el rostro. ¡Bájate, animal, ya llegamos! Se alzó la solapa, pues hacía frío y se bajó del auto. Vió arriba el cajón del padre envuelto en la neblina, amarrado siempre a la rejilla. El hermano estaba en la vereda conversando con unas mujeres de grandes hocicos pintarrajeados en una mampara de vidrios verdes abierta e iluminada. Lo empujó con dulzura y ya estaban adentro en la oscuridad mientras una mujer que olía a jabón picante raspaba unos fósforos y lo cogía a él de la mano. Tenía sueño él y hambre, echó una risita idiota y rodeó la cintura de la hembra. Sentía frío y asco y tenía hambre y cuando en el salón encendieron las luces le dolían los ojos y le palpitaban las sienes.

—Andamos con mi padre —decía el hermano.

—¿Con el viejo? Ese es para mí —decía la Holandesa, envuelta en un kimono desteñido, besuqueándolo—. Debe ser bonito el viejo.

El veía al viejo, un montoncito de huesos bailoteando en la caja, durante todo el camino, tratando de ser bonito. ¡Te voy a matar, te voy a matar! gritaba el padre corriendo tras de la madre en el patio lleno de agua y saltando por encima de una vieja tumba. Besando a la mujer agarrada a su cintura, la quedó mirando.

—Está en el auto —dijo.

—¿Por qué no se bajó? —preguntó enojada la Holandesa, abriéndose el kimono—. ¿Está enfermo?

—Está arriba, en la rejilla —dijo el hermano, estirando sus delgados labios dentro del vaso de ponche.

—Estará borracho. ¡Vamos a sacarlo de ahí, niñas! —dijo la Julia arreglándose su bonito pelo y alzándose la falda para ajustarse las medias.

—No está borracho, está dormido —dijo el hermano, mirando las piernas de la Julia a través del vaso—. Sí, está dormido de algún modo.

—¡Yo lo haré dormir aquí! —dijo la Julia, golpeándose las tetas sobre la blusa—. Con el frío que hace... rezongó saliendo hacia el patio.

—¡No lo podrás sacar, lo tenemos amarrado! —dijo el hermano y caminó tras ella.

—¡Amarrado! —bramó la Julia en una risa siniestra. El las había seguido y pasando ahora el brazo por el cuello de la Holandesa, salió también a la calle.

El hermano estaba trepado en la pisadera del auto y estaba quitando las correas que sujetaban el cajón. A su lado, la Julia le tironeaba los faldones del guardapolvo y gritaba asustada:

—¿Dónde está tu padre, maricón mentiroso? —y después, afligida—: ¡Se robaron al viejo!

El hermano tuvo arriba una risita asustada y la quedó mirando y lo miró a él, pero no dijo nada.

—Mi padre está en el cajón —dijo él y bajando la voz ahora: —Murió hace cinco años. Lo vamos a cambiar de cementerio.

La Julia pegó un bramido y se echó llorando sobre el hermano, él la empujó dentro del auto abierto y al hacerlo el cajón se le cayó de las manos y rodó entre las piernas, golpeándose en la cuneta.

—¡Papá! —dijo el Diego y veía al viejo rodando tras su madre y ella abriéndose la blusa para mostrarle los pechos, los hermosos pechos blancos que azuleaban en la penumbra.

—¡Perdón, perdón! —clamaba la Julia llorando,

mientras la llevaban hacia dentro—. ¡Yo creí que estaba vivo tu viejo! ¡Viejo lindo! ¡Pobrecito!

El se había agachado y cogiendo con ambas manos el cajón había entrado en la casa. En el salón los esperaban todos, la Natalia con su nube en el ojo y su hermoso pelo cobrizo y la Herminia, que había sido profesora primaria y había estado presa porque no quería a los niños y una tarde la cogieron en el patio, anochecido ya, cuando estaba golpeando a una criatura con su zapato. Era canosa, tenía el rostro alargado y parecía ajada y triste. Al Diego le gustaba mucho y caminó hacia ella un poquito avergonzado, pues pensaba que al verlo con eso en las manos creería que le llevaba un regalo. Sonaba una victrola y una voz gangosa y lejana cantaba:

*Tápame, tápame, tápame,
tápame, tápame, que tengo frío,
cómo quieres que te tape
si yo no soy tu marido...*

La Julia se acercó con rabia y alzó la aguja, el disco quedó dando vueltas un buen rato y él entonces puso el cajón en el suelo.

—En el suelo no —dijo la Julia con voz triste y lo cogió y lo puso en el diván, sentándose a su lado. Lo tenía afirmado en el respaldo, sujetándolo con la mano.

—¡Tengo sed! —había dicho el hermano.

La Julia se levantó y se acercó a él:

—Nada de ponche ni de risas. Vino, sólo vino. Vamos a beber a la memoria de tu padre. ¿Cuándo murió,

hijo? —Y después de una pausa—: ¡M'hijito lindo querido!— Se puso a llorar.

A él lo miraron y le pasaron una botella de vino tinto y luego un vaso. Tuvo hasta tres vasos de color rojo en las manos.

La Julia estaba llorando. El la vió hincada en la tierra, con un velito negro sobre las trenzas desteñidas, rezando y llorando. Habían apagado las luces y por el patio empezaron a desfilar palmatorias con velas nuevecitas. Se sirvió vino de pie, primero. Después, cuando vió a la Julia y a la Holandesa y a la Herminia, arrodilladas en el suelo, junto al cajón rodeado de velas encendidas, mientras el hermano se adormilaba en un rincón, se sentó primero y se sirvió con timidez un vaso de vino. Después, mientras las mujeres rezaban, se hincó también y así bebió hasta tres vasos. Se hincó junto a ellas y pasó sus brazos por la cintura de la Holandesa, que emocionada se puso a llorar y le echaba la cabecita despeinada por la cara. Se sirvió otro vaso de vino. Sintió roncar al hermano. Las piernas le salían de la penumbra y casi tocaban el cajón del padre. La Julia alzó la voz y comenzó otro rezo: Señor, Dios de los ejércitos . . . Sintieron que estaba lloviendo y después, entre los chubascos de la lluvia y el golpear del viento en los vidrios, alguien, una voz de hombre confianzuda y urgente, remeció la ventana de la calle y llamó a la Julia. Ellas apagaron las velas y siguieron rezando en la oscuridad. Después, entre los rezos, sonaron gritos afuera, maldiciones, unas bofetadas airadas en los vidrios y la voz de la Julia que lloraba y rezaba. Al otro día, el Diego estaba durmiendo en el pasadizo y despertó con el frío. Se

asomó al salón, había unas botellas caídas en el suelo, unas copas rotas y ese olor helado y extenso del licor vaciado la noche antes; la ventana que daba al patio estaba abierta y con los vidrios rotos y las cortinas colgando desprendidas. El cajón del padre estaba en el suelo y, abrazada a él, la Julia roncaba con las ropas en desorden y las enaguas rosas frías en la madrugada y los ojos legañosos y llenos de lágrimas secas. El Diego cogió sus ropas y salió descalzo hacia la calle y ya en ella echó a correr. A Corina le parecía siempre que el resto de la vida, desde entonces, el Diego había pasado corriendo, callado, duro, sin lágrimas, un poco extrañado. Venía corriendo aún. Ahora lo tenía a los pies. Los zapatos estaban llenos de barro y al inclinarse hacia él, instintivamente sus manos se contrajeron para no tocarlos. Miró el pantalón claro, color leche y la camisa manchada, tal vez con sangre vieja, el pecho blanco y el cabello rubio; hojas de diario tapaban la cara del muerto; alzó una hoja y vió una masa verdosa y arriba los cabellos sangrientos y mojados; la nariz fina y los bellos ojos cerrados. Ascendiéndole bocanadas de asco y terror por el estómago, comenzó a sollozar otra vez. Lo habían muerto por ella, decían, y cómo estaba, podrido, completamente podrido. Su amor no había sido capaz de conservarlo. Lloró toda la noche y estuvo una semana enferma. Después se levantó muy callada, atenta y cariñosa. Un día se levantó temprano para cocinar ella misma. Era domingo y don David despertó muy tarde, bebió dos tazones de chocolate en cama, en una taza grande como bacinica y se estuvo una hora fumando en bata y leyendo los diarios. De repente gritaba hacia afuera: "Corinita, ¿por qué no compramos una pareja de conejos finos? Hay de todos

los colores, ¿no te gustarían rubios?" "Nena, ¿cuándo compramos una victoria?" Ella le contestaba sofocada, rabiando y riendo porque estaba rallando los choclos y quería que las humitas salieron a punto y bien picantes. "Que den mucha sed, don David, para que bebamos, quisiera embriagarme, taparme con el vino, dormir debajo de él, el vino es como una ropa, ¿sabe?"

Don David almorzó incluso en cama y salió del lecho a la hora del atardecer, fumando siempre. Canturreaba alguna cosita allá por los primeros contrafuertes de su enorme garganta, alguna cosilla de opereta, la duquesa, la viejecita, la gran vía, los paraguas. Ella le ayudó a levantarse, le anudó la hermosa corbata verde tornasol, que le regalara para su santo, incluso lo estuvo peinando y por reírse no más, Dios, Dios, de repente tenía mucho susto, ya se reía, se sentía asustada, le fabricó una onda estupenda sobre la frente sin gracia. Ella se reía y él se dejaba armar ridículo, abría la boca y mostraba los dientes domesticados, unos dientes grandes y toscos de animalazo bueno. Después salió, a beber unas copitas en el club que estaba en la calle de Las Rosas y ella se quedó junto a la ventana fumando pensativa. Se había puesto muy fumadora, la humareda azul que la rodeaba la aislaba del mundo, de sus pensamientos, de sus deseos, le echaba a volar la memoria, se acordaba del Diego y suspiraba con ansias mirando su recuerdo deshacerse y enhebrarse en las volutas del cigarrillo. Tenía deseos raros. Quería, por ejemplo, estar desnuda en la playa y nadar hasta muy adentro sintiendo en su cuerpo ardiente el golpear helado de las olas, envolviéndola y desenvolviéndola como los paquetes que hace un loco. Le venían deseos de caminar sola, hasta

el final de la ciudad, seguir caminando a través de los potreros y sacarse entonces los zapatos y sentir la sensación del pasto fresco bajo sus pies. Tenía fiebres, cansancios, deseos de dormir. Fumaba hasta que la colilla le quemaba los dedos, que tenían todos ya puntitas amarillas. Se quedaba dormida con la luz encendida, sentada en la cama. Iba al comedor y se servía vino. Se ponía a beber en la oscuridad y cuando don David llegaba, hacia medianoche, la encontraba dormida, con la botella en la falda, hedionda a licor y cigarrillos.

San Jorge de vez en cuando le enviaba un ramo de flores —siempre rojas— con una tarjetita. Palabras insignificantes, misteriosas o cínicas y, muy seguido, muy seguido, ¿no la besaba en el papel? Un día apareció su silueta inconfundible en la mampara y ella, que lo había visto deslizarse junto a la pared exterior, fué a abrir. El le pasó la mano sin decirle nada y se metió ensombrerado al salón. Ya en él, dió un fresco salto de atleta y, plantándose delante, le agarró los labios con su boca. Ella sintió el masticar corto de los dientes del hombre junto a su lengua y se dejó besar. La besó largamente, mientras la abrazaba con la mano derecha, con la otra se sacó el collar y lo llevaba hacia lo alto para saludarla, lo dejó por fin en la mesita y cogiéndola en brazos fué a depositarla sentada sobre el sofá. Se sentó apretadito a su lado y colocando el brazo de ella bajo el suyo, como un rollo de diarios, le dijo mientras ahora no más se sacaba los guantes:

—¿El aún no se muere?

Ella lo miró brevemente rabiosa, pero, sonreía con

esa somnolencia graciosa de las mujeres que tornan de un agradable besuqueo:

—¿Por qué? No está enfermo. ¡Si lo oyera usted como ronca toda la santa noche! Tiene ronquidos para mucho tiempo.

—Soñé que lo mataban, Corinita... anda gente tan mala por estos mundos... ¿No vale más que se muera enfermo y no que sufra el pobre unas cuantas puñaladas por la espalda?

Bajó la voz para besarla en los labios:

—¡Dicen que es horrible morir a cuchillo!

Corina suspiró largamente, deslió su brazo del de San Jorge, como una cansada espada que se desenvaina y lo puso sobre su propio corazón en un gesto que, ya, le pareció ridículo:

—Yo quiero a mi marido, San Jorge.

San Jorge echó un largo suspiro para llamar perros y la miró tal si la mirara con dos clavos:

—¡La gente que se quiere también muere! ¿No mataron al Diego? ¿No lo quería esa boquita? ¡Si se puede querer a veinte! ¡Hay tantas bellas señoras que aman a sus maridos y los ven caer asesinados... la peste negra y el cólera son dos malas pécoras, como los médicos y los cuchillos...

—¡Ja, ja, ja, San Jorge! No pienso quedar viuda joven, quiero llegar a ser una viejecita caminando del brazo de don David por esas calles de Dios...

—Mala forma de arrugarse, Corina... ¿No es mejor envejecer en los brazos de aquel que gusta y a quien se ama?

—¿Y quién es ése, señor?

—¡Quién sabe, dama! . . . San Jorge ve hasta el otro lado de la nuca . . . Le gusta que la bese, ¿no es cierto? Anoche soñé que usted me decía que lo matáramos . . . Tenemos que matarlo luego, preciosa, antes de que se nos enfríen las bocas . . .

Dijo las últimas palabras pegado a los labios de ella, después se arregló lánguidamente la corbata, sacó el alfiler y lo volvió a clavar con un golpe seco que lo dejó parado de lado, sacó su pañuelo, un hermoso pañuelo encarnado, lo estiró con finura y estornudó encima; se limpió los labios con él, sacó un cigarrillo y se quedó un ratito parado frente a ella, echando volutas azules y mirándola entre el humo, y mientras él seguía fumando y envuelto en humo se hacía más visible y peligrosa su cara y más terribles sus ojos húmedos, se había metido en la penumbra para mirarla mejor, para mirarla diez años antes cuando estaba más linda que ahora, pero menos pasional, menos trágica, amor, Corina, para mirarte dentro de dos meses, dentro de cuatro meses cuando ya esté la primavera reventando en nuestra sangre, en tus ojos dormidos que despiertan y echan a volar con las primeras brisas celestes, con el jilguero y el naranjo del patio, para mirarte llorando, perfumada y enlutada en la pieza sola, deshecha, con los colchones del difunto forrados en lona y ese olor a desinfectante y a chinche que dejó en toda la casa el paso de la carroza, de las coronas, de las visitas, de los parientes hediendos a trébol, a alfalfa, a siembras frescas crecidas en una hondonada de la cordillera, cuando estabas llorando sentada en el arcón grande, el que mandaron de Temuco cuando él pasó viajando aquel invierno en que mataron al Diego y a él lo mataron también y te quedaste sola y viuda, ro-

deada de medias negras, y más blancas y lindas tus piernas ahora que estás sola y él recién se ha muerto y sigues sola y sacas suspirando otra media muy delgada y te pones las medias negras, los crespones gruesos que te rodean y te pones a llorar mientras rayas las tarjetas de luto, gracias por su sentido pésame, padrino, muchas gracias, señora Eduvigis, recibimos las flores y los dulces, me gustaría ir a verlos, pero usted comprende, el abogado, los papeles de la posesión efectiva y quién sabe qué voy a hacer en esta casa tan grande, sola con el canarito después, después iré, cualquier día me bajo de la victoria en la puerta de su casa, me llegó otra citación del juzgado, salude a los niños y por qué no los trae por la Pascua a Santiago, se ve tan linda la ciudad en la tarde cuando en la Alameda se abren las tiendas de cachivaches y las ramadas y los juguetes brillan y suenan en el sol y la albahaca, los duraznos, las primeras brevas, corren por las calles entre la gente alegre vestida de ropa nueva, brillante, dura y fea que me daba tanta risa cuando don David, el pobrecito, me contaba cosas de la Navidad en el sur, entre los indios de color ladrillo y los alemanes desteñidos de la frontera, y parecía que la pieza era como la estación, cualquier estación del sur resonante y sola, llena de maletas y ese feo olor de la gente que va viajando y se apura y tose y ríe y saca la petaca para hacer un cigarro y escupe ahí mismo, al lado del plato, en el comedor del tren, escupe encima del campo, entre las flores, el huesito de aceituna, el cuerito de ave y siempre es feo, siempre es feo todo lo que no se olvida. Veía pasar el campo verde y el humo, el humo azul y dorado, impregnadito, en la penumbra veía sólo la brasa del cigarrillo y los grandes ojos plomizos que se agrandaban para mirar-

la mucho, para que no pudiera huir hacia afuera y si huía, siempre, siempre alcanzaría a entrar en ellos corriendo entre el humo y los yuyos que se metían por la ventanilla y dejaban un ramalazo perfumado, un largo chicotazo amarillo en los rostros embriagados que descue- raba el viento. El era como un viento, como un viento furioso y potente, tranquilo el viento cuando corre por las calles solas en las tardes de Navidad porque toda la gente está alegre y embriagada y no le importa él, el viento, como cuando baja de la cordillera y corre por los campos libres y nadie lo detiene ni se enoja con él, todos lo dejan pasar lleno de perfumes, de formas, de deseos, es como una cintura cuando pasa el viento, como alguien que va bailando, feliz y loco, desenvuelto, una pareja envuelta en deseos, tiene bonita cintura, como los gitanos, habrá bailado mucho, baila bien, quiere bailar conmigo, quiere besarme, como el viento, se parece al viento, si me acerco a él será como el viento, es igual al viento junto al barranco, cuando el caballo miró ya no había tiempo y sólo se oyó el grito herido, don David me lo contó, el grito del jinete que se hundía con él, el caballo se hundió callado, asustado, extrañado no más, no sabía que tenía que morir. Veinte años y primera vez que salía del pueblo, al que venía ya de vuelta, con el paquete de las cosas compradas en la tienda del turco, frente a la estación, en la botica de Rojas, en el almacén de Lucero, el tuerto de la boina y ahora porque no abrió los ojos el caballo, porque él jineteaba encandilado por el sol y por el recuerdo, tenía que morir, se fué cayendo por el barranco, todavía en el aire libre, pero muriendo, un huaina bueno, buen hijo, mejor cristiano y todas esas cosas. Y ahora había abierto

el piano y vuelto de espaldas echaba a correr sus manos por las teclas, esas amarillas teclas muertas, tocas las teclas y solloza adentro el piano, acordándose muerto de pena, de amor, de odio, de tanto recuerdo, siempre vestido de fiesta, siempre trágico y solemne, siempre lleno de manos que corren por él, de pies que se van bailando por él y se pierden, se pierden las manos hundidas en él y buscan, revuelven cosas, más ropas, más olas, como cuando el mar se torna enloquecido, cuando ve que ya se va a hundir el sol en el agua para dejarlo solo y le crece la espuma en los dientes, en los grandes dientes salados llenos de peces, de gaviotas, viene llorando, amontonando sus olas, sus cosas, sus naufragios, las infinitas enaguas, busca, busca, levanta las olas, las revuelve, pega un juramento y de un manotazo hace saltar un brillo de agua, un trozo de bote, un ala de gaviota y desesperado ya, desesperándose, se trepa sobre las sillas, San Jorge, por Dios, qué va a hacer, se trepa el mar sobre las rocas y desgredado y trágico, sin encontrar lo que busca, los muertos que precisa, aquel marinerito de ojos de alga y tan curado el pobre, aquella liceana embarazada que vivía en Quintero, se lanza otra vez al fondo y, roto ya, mueve sus trocitos de ola, sus pedazos de agua delgadita, deshecha a los pies de ella, movía aún sus manos blancas sobre las blancas teclas, blancas sobre la oscura noche, las movía hasta muy adentro, hasta tocar el fondo del piano, el fondo de ella, las últimas notas resonantes, sus gritos, los gritos de amor que esperaban a alguien, la misma sangre, el dolor, el dolor antiguo y olvidado, cerrado tras la puerta y de ahí sacaba un sollozo, un sollozo prolongado que faltaba mucho, todavía dos semanas, todo el invierno, para que terminara de llorar

cuando te entregue el primer traje escotado la modista y ya puedas abrir un poquito la puerta de calle y pueda entrar un poquito de aire de afuera, de sol prohibido y puedas levantar la tapa del piano y asomarte adentro y mirarle los dientes, apretados, fríos, fríos, durmiendo su antiguo sueño, su primer grito, su sonrisa triste, sus sollozos, los profundos sollozos del brindis de Traviata, cuando ella estaba un poquito bebida y la tos venía ya en el cuarto verso y se levantaba para ofrecerle su alma en la copa, el amor es una copa, el deseo es una copa, un labio, una sed y apoyada en las balaustradas caminaba hacia el dormitorio, adentro, donde estaba todo más tibio en la penumbra y apenas se oían ahí las risas escandalosas de las amigas en el comedor y el barón que apenas se quebraba, tan nuevo y enlutado, y él sacaba sus manos, sufriendo mucho, demasiado y las echaba a correr debajo de las ropas del piano, de las olas del mar, del mar lleno de ahogados, del piano lleno de romanzas, de canciones francesas, de canzonetas italianas, o sole mío, el sol, el sol, lloviendo entre las flores, tenía entonces 15 años y quién iba a decir, después, Dios mío, de tonadas lloviendo en el sur, mientras baja de los cerros la neblina y los caballos esperan afuera bajo las casas y él estaba tocando aún el piano, para que él no se dé cuenta de que quiere matarlo, me dice que lo matemos, me besó en la oreja y me dijo que lo matáramos, y estaba fumando siempre bajo el temporal, el piano es un temporal, esperándola que fuera hacia dentro, hacia la sombra para bailar con él, llorando, llorando el piano, te quedarás viuda, ahí está el piano, lo abren con facilidad, lo abren como al piano y no grita mucho porque el que inventó el piano ése sí que sabía sufrir, ése sí que sabía hacer sufrir y cuan-

do el piano se queda callado ya dejó de llover, ya se murieron todos y él salió de la sombra, como si hubiera estado enfermo en ella y fumara para disimular, para esconderse detrás del humo y que ella no supiera, a lo mejor, tonta, este cafiche se está enamorando de ti. Cuando él caminaba alejándose por la calle las volutas flotaban aún enteras en el aire de la habitación. Corina alzó la cara hacia ellas y suspiró hacia arriba, echando viento.

Dos, tres meses después, cuando el otoño desparramaba el viento en la ciudad y hacía bailar los árboles en el parque, un hombre caminó pegado a las paredes durante toda la hora del bochorno del sol. Tenía poco dinero y una sed que le quemaba la garganta y lo hacía pensar si sería otra vez la enfermedad. Le dolía la cabeza y pensaba que sería la fiebre otra vez y sonaba aún en sus oídos el golpeteo del agua en la orilla del bote y el viejo lo miraba con deseos de hundírsele en el rostro y averiguar lo que tenía dentro. Pero, ¿qué tenía dentro él? Deseos de dormir tal vez y ese ardor en los ojos y los calofríos que le corrían como piojos por la espalda. Miraba el agua y la veía sucia y comprendía que estaría fría y que si el bote se daba vuelta, él, que tenía fiebre, se apagaría como una brasa en la corriente y tenía miedo y frío y miraba al viejo con un poco de miedo, con vergüenza y cansancio, tenía sueño, sueño y deseos de caminar. Ahora, en esta suave y violenta luz amarilla, miraba las calles con los ojos nuevos del recién nacido o del recién lavado, pero se sentía enfermo y comprendía que no podía caminar demasiado, como lo había deseado tanto mientras estuvo en la isla. No habría podido dar muchos pasos y ahora casi tenía miedo de caer desmayado en la misma calle. "¿Qué harás, hijo?"

le había preguntado el viejo mientras alzaba el agua con los remos, mirándolo con simpatía y, tal vez, con lástima. "¿Qué harás, qué harás, hijo?" No le había contestado y entonces después le dijo que se sentía enfermo. Enfermo y libre. Era como seguir preso, más preso que antes, porque mientras se estuvo guardado, aún quedaban los recuerdos, los proyectos, las maldiciones, que le ayudaban a estar menos preso y a imaginar empresas para cuando estuviera fuera del edificio, fuera de la isla, al otro lado del agua, caminando sobre la tierra sin que nadie te siga atrás. Cuando el viejo se alejó en el bote, hundido el rostro en el jockey, vuelto de espaldas a él y remando despacito, comprendió que algo había perdido ahora que se sentía enfermo porque el mundo, la ciudad, era una llaga que brillaba a lo lejos, una llaga llena de ruido, una prisión disimulada y desparramada, donde de todos modos estaría preso, más preso de lo que lo había estado nunca. "¿Por qué caíste?" le había preguntado el viejo mientras lo traía. Hundido en la fiebre hacía memoria para contestarle lo justo. ¿Por qué había caído? "Matamos a una vieja, don, con un martillo, la golpeamos feamente como clavando clavos". Se sonreía al contestarle, pero le dolían los músculos del rostro. Se quedó sonriendo con cansancio. No, no habría sido por eso. La vieja cayó al suelo antes de que la golpeará él por vez primera, el gesto del brazo, el golpe del viento la dejó derrumbada y lista, no pudo gritar y no se oyó otro ruido que el frío ruido del martillo golpeando cosas blandas. No, no los había escuchado nadie. No, no había sido por eso. No fué por eso, don. Un soplón. Había salido un soplón, después. Con la sangre salió. Junto con ella. Mientras el martillo bajaba blandito, el Rodolfo

corría a confesarse con el cura, había cogido miedo, como quien coge un enfriamiento y se pone tísico en cuatro días. Le tosió todo al fraile en la casucha. Por eso nos cogieron, don. El Rodolfo tuvo miedo y cantó luego, después se puso a llorar en la manga del fraile para borrarlo todo. Pero la vieja estaba ahí y a ella nadie podía borrarla. El viejo lo había quedado mirando y no le dijo nada. Después cuando chocaron en la tierra, lo quedó mirando siempre, mientras él cogía el atado de ropa y al tenderle la mano para despedirse, se ponía rojo de miedo y fiebre y ese deseo de llorar que era como una tos que nunca termina de salir. Tenía miedo. Tenía deseos de volver a donde estaría el viejo tendido en el lecho, mirando enfriarse la comida en el tarro, sintiendo afuera el ruido de los centinelas, las risas secas y el golpear de las baldosas en la noche fría. Ganas de estar allá, de tenderse hundido en la fiebre y sentir la noche afuera, la noche y la neblina envolviendo el islote. Soportaría todo eso antes que regresar al mundo, porque en los grandes patios silenciosos y en los altos paredones sin ventanas tenían por lo menos lo que el mundo no les daría jamás con confianza: trabajo y alimento. No era sólo la costumbre —que se pega a los huesos y al movimiento del alma— que hace preferir el dolor conocido al goce desconocido; es, además, que en las horas que vivimos, los verdaderos penados están al otro lado del foso. Más allá de la isla, al otro lado de los alambres y los árboles viejos y podridos, está el mundo, el sol cuele todas las oscuridades, el aire mete sus brisas en todos los pulmones y los pies se van caminando hacia la lejanía que prefieren; pero ese mundo, no obstante, no tiene trabajo ni comida, menos para el que estuvo preso y ahora está enfer-

mo. Parece que el mundo de los hombres libres ha alterado la órbita de sus evoluciones y se ha transformado en un mundo de uniformados sin indulto, amnistía, prescripción ni esperanza. Los otros, los que tienen los grillos en el pie y el número del destino en la gorra, son los libres. No fueron condenados, sino seleccionados por el ojo ciego de la justicia, que mira largo y no se equivoca. La sangre del asesinado, que les manchó las manos, parece que alcanzó a salpicarles la frente. Fué su segundo bautizo, quedaron puros y sin mancha y en la paz de las celdas les cayó entre las manos el trabajo. El mundo queda lejos, más allá de las murallas y las puertas de la cárcel fueron el cuchillo gigantesco que separó el ruido del silencio; y el silencio los rodea, es igual que una aureola. Sí, planeando sobre todo, diluyendo las botas de los guardias y apagando el ruido de las llaves en los cerrojos, está el silencio, todo el silencio; huyó del mundo y se refugió en el corazón de los hombres del crimen, entró con ellos en la celda y fué el sol de sus días y la lámpara de sus noches. El silencio, autor de toda cosa buena y toda cosa duradera; huyó, lo sentíamos correr espantado por las calles y una honda de frío atravesaba el ruido de los carruajes y las conversaciones. Era el silencio que pasaba recto hacia el alto muro carcelario, hacia el mundo de los hombres disfrazados de presidiarios. Ellos, los que delinquen, tienen razones poderosas para acostumbrarse y no querer tornar al mundo. El cielo azul que comienza a extenderse más allá del muro ya no los atrae, ni siquiera el viento que se corta en el duro filo de las impecables murallas. Allá está la luz, toda la luz también, pero no hay trabajo. Tenía miedo, mucho miedo. Enfermo y sin trabajo. El viejo ya se habría acostado

y estaría roncando, tiritando de frío. Le habría gustado estar tendido junto a él, tener frío, y consolarle en la oscuridad. Ahora tenía miedo y fiebre, luces rojas, cada vez más rojas y rápidas pasaban junto a él, pegaditas a las sienes. No podría trabajar. ¿Dios mío, dónde voy a dormir esta noche? A lo mejor, la señora le tenía lástima y lo dejaba dormir en la cocina, en el patio, en cualquier parte. Tenía miedo. ¿En qué voy a trabajar si no me muero? Matar a un hombre también es un trabajo y los que fueron depurados por el silencio de cinco, diez, veinte años, temen al mundo que brilla afuera igual que una llaga. Y es una llaga. Los hombres que en la sombra de la oscura conciencia se transformaron en criminales, pero que fueron lavados por la larga lluvia de años caídos sobre su condena y por el infatigable aguacero del silencio, son los deslumbrados, los condenados por la extinción de los años de cárcel y el comienzo de los años de libertad. Es un pasar de la máxima sombra a la desolladora luz, un caer del silencio incomparable al ruido que hace saltar los nervios. El silencio era, en cambio una de las pocas cosas eficaces de este mundo; cae sobre el ruido y lo apaga, es igual que el agua, porque el ruido se enciende, arde, crepita, devora todo lo circunstante; después de él, sólo el silencio se alza y permanece. Comprendía que eso era lo que necesitaba. Mucho silencio para tenderse y estar enfermo en lo oscuro. Precisaba tiempo para estar enfermo. Se alzó el cuello del vestón para estar aislado, para sentirse encerrado un poquito y sintió el golpeteo apresurado de la sangre en las sienes. Como el ruido de los remos partiendo el agua, llamando con urgencia, buscando algo bajo las ropas apresuradamente revueltas del agua de la laguna. Se sonreía mirando en la

memoria al viejo que lo contemplaba con fijeza para no olvidarlo nunca. Ya lo tendría olvidado, dormiría sin pensar en nada, porque estaba hundido en la oscuridad y aún los pasos de los centinelas cuidaban de que siguiera siempre durmiendo en lo oscuro. Y él estaba en medio de las luces, en medio de esa luz amarillenta, sucia y acuosa del crepúsculo, una pus sangrienta que manaba del cielo roto. Tenía fiebre y la garganta seca, herida y lejana. Si se caía al suelo ni siquiera hubiera tenido fuerzas para llamar a alguien. ¿A quién? Al viejo. Viejo, viejo, venga, me voy a morir antes de llegar a la casa. Tengo que matarlo al caballero. Tiene que estar dormido. Estará sano y yo lo tengo que enfermar. Quiso reírse y le castañetearon sueltos los dientes. Le dolían los ojos y pasaban ráfagas de luz roja por su frente, el viento lo empujaba con premura para meterlo adentro. En Diez de Julio con Castro, en unas rancherías miserables, estuvo bebiendo unas cervezas y debió quedarse dormido. Despertó tiritando y antes de que se hiciera la noche golpeó en casa de Corina. Cuando iba a llamar por segunda vez, ella misma salió a abrir y mirándolo con rabia y sin decirle nada, pero poniendo un dedo en sus labios, lo hizo pasar al salón. Allí le pasó un billete y le dijo que esperara sin hacer ruido. El hombre sintió que echaban llave por fuera y respiró con alivio. Estaba transpirando, miró el sofá en la oscuridad y se tendió largo a largo en él, encogió las piernas y con la cara pegada al terciopelo se quedó adormilado pensando y sintiendo bastante alivio. Deseaba que no vinieran, que se demoraran demasiado, que lo dejaran encerrado. Se acordó del viejo cuando sintió que echaban la llave y se alejaban por el pasadizo. Tendría botas la doña. Se acostaría con un

militar, se pondría la casaca de él para torearlo y dejaría asomar unos pechos nuevecitos entre los botones dorados. Se rió con ganas y le dolió la garganta. Miraba el techo de yeso de la habitación que estaba guarnecido por adornos y flores y pensaba que tendría que esperar bastante hasta que fuera bien de noche y eso le daba una ventaja y un alivio. Si lo dejaban mucho tiempo encerrado en la oscuridad, tal vez se mejoraría y podría trabajar tranquilo. Se sonrió con amargura. Viejo, viejo, ya tengo un trabajo. Estoy enfermo y me estoy mejorando en lo oscuro para poder hacerlo tranquilo. En la noche adquiriría confianza y porque estaba solo comprendía que si la fiebre le dejaba manejar los ojos podría hacer eso de modo conveniente. Nadie me acusará. Como aquella vez el Rodolfo. Pero, ¿cómo pudieron tener confianza en él? Un hombre de ojos azules es siempre débil, ahí muestra su delgadez, se entregan luego y se ponen a llorar, son completamente azules, en los ojos se asoman tal como son. No sirven para nada. Son como mujeres. Sólo las mujeres debieran tener los ojos azules. Ojos buenos para suspirar y para odiar, pero no para matar como se debe a un cristiano. Aquellos años se los debía al Rodolfo. Como pudimos meternos con ese mariquita. Lo creíamos más hombre y nos engañó. En cuanto cayó la vieja y vio salir la sangre, arrancó sollozando. ¿Qué quería que saliera? Pero se llevó la cartera y hasta se la regaló al cura. Sintió que se abría una puerta lateral y tras las cortinas asomó una mano con una copa de champaña. El hombre iba a advertir que tenía hambre, pero lo hicieron callar del otro lado y después de beber se tendió otra vez en el sofá contemplando la habitación. Había en ella un escritorio enorme y en él un tintero de bronce con

la figurilla de unos pastores clavada en la tapa; había papeles, escrituras de notarías, recibos de arriendo y en un marco de concheperla el retrato de unos chicuelos, tres hombres y una mujercita; tenían el aspecto de chiquillos de los huérfanos con sus trajes negros, su pelo largo y esos feos calzones adultos que asomaban bajo la pollerita de la muchacha; un vaho triste, de cementerio, exhalaba esa fotografía. El hombre se rió mirándola y le hizo mucha gracia mirar los calzoncitos bajo la pollera. Se levantó para mirar la estantería que ocupaba dos murallas; abrió una puerta y sacó un libro; estuvo deletreando en voz alta, con el maligno propósito del borracho que está embarcado en una cosa fea y quiere que lo descubran para ver qué pasa y cómo lo miran los otros. ¿Cómo lo miraría la doña? Era bonita, pudo verle el alto pecho tapado, ¿por qué no se lo destapa para darle las gracias? ¿Y los calzoncitos? ¿Por qué no? ¿Esos del retrato son los de ella? Los usaría finos ahora, crujidores y de colorcito. Sintió ruido de conversaciones en la casa, arrastrar de sillas y ese rumor mojado en vino que flota en los ambientes donde se come y bebe. Sintió tocar un piano y que alguien hablaba en voz alta, entre risas y que después aplaudían. Con el libro entre las manos, mientras afuera se esparcía el suave pálido aroma musical de "La plegaria de una virgen", el hombre volvió a tenderse y, distraídamente, empezó a arrancar hojas al libro. Entreteniéndose con el leve ruido de las hojas desprendidas y con el vaivén de la música y mirando a la chiquilla de los calzones largos y sonriendo, se quedó dormido.

Cuando despertó, la luz del farol de la calle se escurría a través de las cortinas del salón hasta el sofá. Le

daba en la cara. Se sentía molesto, tenía una sed muy grande y un hambre horrible. ¿Qué hora sería? Ya no sonaban la música ni las conversaciones y tenía frío. Sintió un poco de miedo. ¿No lo habrían descubierto y lo llevarían preso, acusado de robo? Se sentó en el sofá y comenzó a recoger las hojas del suelo y a echárselas en el bolsillo del vestón. Bostezó con aburrimiento y era tanto el silencio que temblaba de miedo. ¿No sería una loca la doña ésa? Ni siquiera le había dicho buenas noches, le abrió la puerta y caminó delante de él. Verdad era que le habían dicho que se trataba de una persona muy decente y que pagaría bien, pero ahora tenía un poquito de miedo y bastante desconfianza. Apenas le habían dado cinco pesos a cuenta y una copa de champaña. Licor de ricos, sin sangre, licores que dan hambre y que no son para el pobre. Cinco pesos. Se sonreía al recordar que había preguntado cómo era él. Lo miraron enarcando las cejas, pero él sabía por qué lo preguntaba. No era lo mismo un joven que un viejo, ni un boxeador que un enfermo. Si lo buscaban era porque él sabía hacer su trabajo. No se le piden zapatos al carpintero, conque ¿estamos, don? Se sonreía. ¿Cómo era él? Le contestaron con rabia. ¡Viejo y gordo! Gordo y viejo, demoraría en morir. Y cinco pesos y una pulgarada de champaña para matarlo de hambre cuando necesitaba el brazo bien alimentado. Tacaños hasta en la muerte estos ricos. Cinco pesos. Ni diez pesos, ni dos copas.

—¡Venga! —le dijo una voz de mujer de detrás de la cortina.

Se echó de un salto al suelo y salió tambaleando de la habitación. El pasadizo estaba a oscuras. Vió que le pasaban una carabina y se asustó:

—Van a sentir los disparos...

La voz se rió seca, despreciativa, con rabia...

—No le disparas, pues... ¿Sólo puedes disparar?...
¡Toma estas tijeras!

Oyó que le deslizaban las tijeras en el bolsillo de la blusa, entre los papeles y que lo llevaban de la mano entre la oscuridad. Una mano perfumada. Tenía miedo, pero sentía que esa mano olía mucho, demasiado, como una luz, los estarían mirando, por eso los iban a descubrir. Sintió que pasaban junto al baño, pues florecía un violento y fresco olor a agua de colonia y jabones.

—Por aquí... está en la cama... y le dejaron solo en una gran habitación a la que tardaban a acostumbrarse sus ojos.

Estaba de pie un poco encorvado, creyendo que lo iban a golpear desde atrás, que le iban a caer los guardias que lo aguardaban en la pared. Un ojo lo miraba desde el suelo, un ojo enorme y líquido, y al moverse para no pisar en él, topó con un ropero y deslizó la mano para ver si tenía espejo. Tenía y estaba frío. En el fondo de él divisó la figura de un hombre gordo que dormía. Junto al lecho, una silla de la que pendían los pantalones y bajo ella, unos botines negros con elásticos y unos calcetines de color, más allá, en el suelo, un gran lavatorio con agua. Tornó a mirar la cama, la cabeza grande que comenzaba a quedar calva, los bigotes alegres e inofensivos y la cara gorda y lustrosa, bien alimentada. Roncaba apaciblemente, acostado sobre el lado derecho. En el velador había un pequeño frasco rosado con un poco de agua y un gran reloj de oro con una cadena de enormes eslabones con cintita tricolor. El reloj marcaba la una veinte de la madrugada y su

caminar era apacible. El hombre, sin querer mirar mucho y desviando la vista hacia el espejo, para guiarse por él, dió unos pasos, tocando el lecho con las rodillas, sentía cansancio, sueño, fiebre, deseos de sentarse ahí para conversar, para explicar que estaba enfermo y que le comprenderían, comprendía que en esa cama le haría bien descansar, tenderse en el lecho junto al hombre que tenía que matar. ¿No podía hacerlo? ¡Caballero, gordo, gordito! ¿Por qué no me hace un hueco? Se sentía afiebrado, muy afiebrado, por el pescuezo enflaquecido le corrían candentes gotas de sudor, se sonreía humilde. ¿Por qué no se corre para la pared, don? Estoy muy enfermo. Podía, quizás, descargar mejor el golpe, tendido junto a él, con mayor seguridad en la mano, con mayor firmeza en su cuerpo debilitado. El dormido, tendido junto a él, tendería un brazo, esparciría una sonrisa iluminada por su rostro hinchado, pensaría que era la señora quien lo iba a buscar, la que se le metía en el lecho, con ropita negra, de seda, como a él le gustaba, le pasaría el brazo por el cuello para atraerlo con dulzura, para engañarlo bondadosamente hasta lo último. El hecho de que fuera a matarlo no debiera impedirle ser cuidadoso y bueno, así trabajaría mejor y el pobre gordo moriría engañado, viendo en la imaginación un trocito de enagua, el suave revolar de una pantorrilla, volando hacia él, hacia él solo, tibia y rosadita, rosadita con la sangre nueva, m'hijita linda como se cortó, m'hijita linda no me pegue más. Muriéndose pensaría que la señora estaba celosa de cualquiera, imaginaba que él tenía otras hembras, unas cuantas, unas ocho caderas y celosa y enlutada, había empezado a tomar vino en la oscuridad y se le había metido en la pieza para, por el lado del deseo, ese viejo

deseo frío, dormido ya junto a las letras que vencen el 30 de julio, a las vaquillas rubias que me vendía don Pascual Ramírez en Curicó, aquella vez cuando viajamos en tercera riendo, avergonzados y mirando a la chica de ojos verdes que vendía dulces en la estación de Rancagua y llamándola para que subiera, le diría súbase a la cama, m'hijita linda, Corinita, por amor de Dios, no me haga más sufrir, le traje un chamanto de Temuco, no me mire así, no me pegue más, hasta que lo dejaría muerto en la cama. Y era ella quien lo mataba, cómo no se le había ocurrido antes eso, antes de caer enfermo, cuando San Jorge le fué a buscar y lo alzó por el cuello del vestón y riéndose le puso el vaso en los labios y riéndose más le decía: Te vas a enmohecer si no trabajas, yo te tengo un trabajo corto y bueno. Y sirviéndole el resto de la botella y dejando correr el vino por la mesa, se sentó a su lado, alzó la falda del abrigo de gabardina, se echó hacia atrás el calañés claro y lo quedó mirando, regocijado, pero serio, sólo asomada una leve risa sonriente en la pelusilla del rostro. Te tengo un trabajo bueno, en un dormitorio. Cuando oyó aquello él tuvo un susto, un gran susto tibiecito y adentro de él, más allá de su somnolencia, de la dura y pringosa barba carcelaria que le matizaba el rostro y el cansancio, adivinaba oscuramente que algo bueno, sustancioso, significaba eso, trabajo en un dormitorio, trabajarás en un dormitorio, en una cama, en un lavatorio, en una bacinica, en una palmatoria, en el ropero que nunca se cierra bien y siempre cruje el condenado y entonces corren las ratas por el entretecho como si fueran parte del moblaje y cuando quiero abrir la cómoda, suenan las cajitas de los botones y los pots de los afeites y suenan arriba las ratas,

corriendo por las cornisas y saliendo de la ropa almidonada. En un dormitorio un lindo trabajo lleno de mujeres, de pechos de mujeres, de muslos femeninos, blancos, blancos, morenitos, cocidos al rescoldo, asados en veinte catres de hoteles pobres, cinturas, cinturas, cinturas para apretarlas entre un vals y una cueca, entre una copa de chicha y un amanecer lloviendo. Las mujeres están siempre llenas de plata, metes la mano, sacan el gritito, la sonrisa, el llanto, se acuerdan del hermano, del padre que trabaja bajo una ampolleta, y te piden que seas bueno, se tornan rosaditas, asorochadas y te dicen tiritando que apagues la luz. Gozarlas y sacar plata de ellas, alzar la tapa, las polleras e ir sacando billetes, billetes rojos, azules, verdes, nuevecitos, crujidores, crujen cuando las aplastas y se ríen y lloran y se ahogan de puro contentas, se llenan de gozo y dejan, entre los espumarajos enfiestados del llanto alegre surgir la plata, toda la plata. Lo quedó mirando con ingenuo alborozo y le preguntaba despacito para no asustarse, para que no se riera. ¿En un dormitorio, con mujeres? San Jorge se rió compasivo, con bondad, condescendiente, pegó unas palmadas y pidió un doble de vinto tinto. Le puso la mano en el hombro y antes de hablarle, se rió otra vez despaciosamente, a sorbos, con una risa llena hasta el borde. En el dormitorio hay una cama y un hombre durmiendo en ella. Tienes que limpiarla, sacarlo de ahí, ése es tu trabajo, quitarlo de encima, tú sabrás cómo. Después entrarán las mujeres, traeremos varios coches llenos. Tiene una muy bonita, asoleada y caliente, una gran dama. Me ha pedido un favor. La atenderemos, la atenderemos mucho. Sírvele el vino, muchacho. El no contestó nada y sintió un soplo de

frío cayéndole por la espalda. Veía, al otro lado de la puerta, el dormitorio, el mármol de la cómoda, las perillas de bronce del catre, los adornos floreados y laboreados y los zapatos del hombre que estaba acostado, unos zapatos amarillos, claritos, estivales. Pensaba que si tenía que matarlo, por qué no se había acostado desnudo, si veía los zapatos era porque estaba vestido, tendido encima de la colcha y él necesitaba que estuviera dentro de la cama, sin ropa, a pie pelado. Pensando en eso, cuando San Jorge le sirvió el vino, se lo bebió sin decir nada, hasta el fondo. Ahora comprendía que la cerveza le había caído mal, que debió tomar vino, vino caliente con una rodajita de limón, porque apenas podía tenerse en pie y comprendía que si no hacía luego lo que tenía que hacer, abriría la cama y se acostaría junto al hombre. Sintiendo la fiebre que le culebreaba las sienes y comprendiendo que la cama estaría blanda y tibia, muelle para acostar su cuerpo enfermo y que el gordo ni siquiera se despertaría si lo empujaba con suavidad hacia la pared, alzó la mano mortalmente cansado y enfermo, deslizó entre las manos la carabina y echándose un poco atrás, la agarró por el medio y la descargó tres veces sobre el cráneo enorme. El pensaría después que golpeó muchas veces y muy rápido, tal vez unas diez, antes de que se moviera y sacara el grito, quería ganarle, correr antes que él, estaba transpirando. Oyó sólo un fuerte ronquido y un rodetón de sangre y una cucharada de sesos mancharon el bordado de la almohada. El hombre, mirando que eso era poco y que tal vez no estaba muerto y sólo dormía nuevamente, sacó las tijeras del bolsillo y los papeles cayeron al suelo; cogió la ropa de la cama —dos sábanas y cua-

tro frazadas—, que fué alzando hoja por hoja, como una flor enorme, para sacarse la suerte y adivinar si la niñita de los calzones era la misma señora. Abrió la camisa, una camisa celeste y trajinó el pecho velludo para encontrar el sitio justo. La enterró fácilmente como cuando comía queso.

Salió retrocediendo y sudando y mirando por el espejo y allá en el pasadizo vió brillar la llamita de un cigarrillo. Caminó seguro hasta allá. Ahí estaba la señora que le alargaba la mano, él alargó la suya y cogió los billetes, sonriendo como bestia y teniendo ahora mucho miedo, sintiendo que el humo del cigarrillo se le metía en los ojos y las narices y le daba deseos de llorar.

—¡Allá se lo dejé listo sobre la cama!

Vió que temblaba el cigarrillo en los labios de la mujer, que no le decía nada y pensaría, seguramente, que era un vestido de baile, negro y escotado, con una gran rosa roja en el pecho, el que estaba listo sobre la cama y en él caía la luna, y se encaminó hacia la mampara, muerto de miedo. Ya en la calle, caminó rápido, pegado a la pared, en pos de una cantina.

—Esa misma noche lo tomó preso mi padre —dijo, suspirando el Sargento. Mi viejo estaba de guardia en el barrio de las putas y estaba asomado a una de las ventanas, hablando con las niñas, cuando se fijó en el hombre y lo pescó del brazo. Tenía las manos llenas de sangre. Estaba tan curado que no se acordaba. Por la tarde, fué con los agentes a aprehender a la Corina...

El Sargento los quedó mirando en silencio, mientras daba cuerda al reloj, cuya pulsera de plata brillaba en la oscuridad como cola de pescado.

—Bonito cuento —dijo cantarino el Cabo— bonito cuento, pero ese fué un solo muerto...

—Y el Diego, el Diego fué un bonito muerto —agregó suspirando el Sargento—. Cuando mi viejo nos contaba la historia en La Cisterna, yo soñaba con el Diego...

—El fué el único muerto, el verdadero muerto, mi Sargento —dijo un uniformado colorín— el viejo no, ése ya estaba muerto, a él sólo lo rompieron, como quien desarma un mueble que ya no sirve para echarlo al fuego.

—Cierto —dijo el Sargento—, el Diego fué el único muerto, un muerto de amor. Uno solo. Pero un muerto de esta clase vale por cien.

Afuera el viento se azotaba en los vidrios más altos. El reloj del diario afuera, en la plaza, estaba dando once campanadas que sonaban nítidas y se abrían paso en lo oscuro formando círculos en los que nadaban los muertos, el Diego, el viejo, Mata Hari, estos nenes. Iba dando acompasados los cuartos, las medias horas, las horas. Tendido en la escalera, Montes se adormecía, pero despertaba a cada golpe de la campana del reloj que resonaba en todas sus heridas. No sentía ya respiraciones a su alrededor. Más tarde, supo que llegaban algunas personas desde la calle, con ellas subía por la escalera un trozo de ruido de carruajes, de calle lavada por las grandes mangueras, de viento libre y limpio, un frío no contaminado, el ruido avanzaba hacia él, conversando, pero él no se movió, no tenía ya confianza. Los otros se fueron. Y el tiempo seguía pasando, desangrándose lentamente. Oyó voces roncadas y airadas de gente uniformada. Golpes de culata sobre algo blando, pero no escuchaba llantos, ni gritos, ni siquiera quejidos. Ya no quedaban gritos. Tenía el cuerpo dolori-

do y entumecido. Por su cabeza rota de un sablazo pasaban las escenas de la tarde, veía a sus compañeros, cayendo, doblándose, veía la sangre y los gritos, saliendo, cayendo, alzándose otra vez sin fatiga. Los gritos eran como extraños seres que vivían en ellos, trágicos seres llenos de sangre. Era como una película vista en un cine de barrio un día sábado. De un excusado abierto venía reptando un tufo de orines. Después, cuando se quedaba dormido y lloraban las mujeres y el herido se iba arrastrando hacia la puerta, dejando un ancho trazo sangriento y todos se quedaban callados, Nora, no llores, yo no lo podía ayudar, ninguno se hubiera atrevido, el Chumingo se moría de todas maneras, Nora, mira la sangre, es de Chumingo, se va a morir, no te enojés conmigo, entonces, cuando ya se quedaba dormido y quería ponerse boca abajo para no sentirla llorar, sintió que bajaban dos hombres por la escalera, venían corriendo, jugueteando y riendo, se quejaban, vendrían heridos, pisando sobre los muertos, pisando sobre él, metiendo un pie en la herida que tenía en el pecho y se irguió asustado creyendo que lo iban a matar, pero pensándolo mejor, tendió otra vez la cabeza y se hizo el muerto. Uno de los hombres se inclinó sobre él, le tomó la cabeza y se la remeció. Abrió los ojos para ver quién era y se quedó dormido. En seguida, oyó un golpe, una caída y, después, pasos que bajaban corriendo. Dieron las once y media de la noche, después, solemnemente, las campanadas de medianoche. Sintió ruido, mucho ruido abajo, rechinó la puerta y sonaban órdenes y botas que se cuadraban. Comprendió que los hombres uniformados abandonaban el edificio. Oyó voces de mando, respuestas de los que estaban de guardia. Decían que

ya no quedaba nadie con vida. Llegaron nuevos centinelas a cuidar de los cadáveres. Uno quedó cerca de Montes. El lo podía ver. Montes se había resuelto, pero pensó que si se levantaba de golpe, aquel hombre que venía descansado de la calle, no familiarizado con esa muerte, asustado, le dispararía. Comenzó a quejarse suavemente, por un ladito, a moverse como si estuviera soñando, tornando del anestesio. El hombre de uniforme estuvo un rato escuchando en silencio, para sobresaltarse. Montes sentía manar su respiración alerta y asustada. Continuó quejándose. El hombre de uniforme gritó: "Ha resucitado otro, mi teniente". Vino un oficial, luego un mayor. Lo bajaron al primer piso. Cuando descendía, un oficial que en la penumbra se estaba comiendo una manzana, le interrumpió el descenso y le gritó: "A dónde vas, huevón?" se echó la manzana al bolsillo de la guerrera y le quitó el seguro a su carabina. Pero el hombre de uniforme le dijo: "Mi mayor ordenó que lo esperara en el primer piso". El oficial se fué rezongando, guardándose con furia la mano en el bolsillo. En el primer piso interrogaron a Montes y de ahí lo llevaron donde el Dentista. Allí encontró a Hernández. Los hombres del Dentista habían golpeado a Hernández porque no decía dónde estaba el jefe. Lo patearon en el suelo. Como no se levantaba, supieron que estaba herido, lo tomaron de la cabeza y los pies y lo tiraron sobre una mesa. Estaba ahí cuando llegó Montes.

PAN Y SUEÑO

JAIME RAYO

El Dios del Amor vagaba sin rumbo por la ciudad dormida. En su linda carita infantil se veían la desazón y el disgusto. Estaba cansado y amargado y tenía, todavía, deseos de llorar. El día había sido azul y caluroso, pero ahora estaba corriendo fresco y la noche comenzaba a nublar-se.

Aquel había sido, seguramente, un día de fiesta en la ciudad y para celebrarlo, todos los habitantes se habían levantado temprano y, alegres y livianos, se habían ido hacia el campo inmenso a pacer alegremente la vida. El había sentido que a lo lejos reventaban los cohetes que rubricaban la fiesta y vió pasar a las tropas trotando sus lustradas caballerías, inclinadas hacia adelante, corriendo hacia la ciudad embanderada y fiestera que los aguardaba abajo. La ciudad se encontraba rodeada de quintas enormes, soñolientas y señoriales con grandes espacios abiertos y amplias avenidas sombrías donde era posible bailar y beber mucho, donde era posible estar eterna-

mente alegre. La ciudad, por otra parte, estaba construída al pie de la montaña. La montaña era elevada y gruesa y en el invierno se veía cerca y amenazadora. Entonces pesaba enorme sobre cada ser que vivía abajo en la ciudad, pesaba aplastadora con toda su tierra y toda su piedra milenaria, sobre todo con su nieve fría muy compacta. Ocurría que en el tiempo del invierno la gente que se levantaba temprano y encendía la luz, porque era la noche todavía, y temblaba de frío y miraba la hora y pensaba en el trabajo, se atormentaba y temblaba amargamente. Allá en la lejanía, mientras la gente se estaba lavando en el agua helada de la llave del patio, veía la gente a la montaña grande, gorda, amenazadora. Qué oscuro destino le otorgaba ella a la ciudad, qué tristeza cerrada sentía la gente al mirarla grande y silenciosa y tapada de nieve. Ustedes saben, la gente de la ciudad no es alegre, ¿y cómo podría serlo? La cordillera es elevada, es grande y rodea con su implacable anillo helado las casas de la ciudad. Desde ella baja el aire que la gente respira y es frío el aire. Por eso, cuando llega el tiempo bueno y un día de fiesta en él, la gente se echa fuera de la triste casa para ser alegre, para ser feliz.

Había sido aquel un día de fiesta y a esa hora, una hora de la alta noche, ya no reventaban los cohetes a lo lejos, todos dormían en la ciudad con sus cuerpos cansados y con el alma fatigada también. El Dios del Amor, que vagaba desnudo por las calles, adivinaba eso. Como había sido fiesta, él había tenido mucho trabajo. Estaba cansado, había disparado numerosas flechas, había unido abundantes parejas. Amarse era estar respirando unidos los cuerpos y las almas una misma clase de aire y él, Cupido, hacía fácil ese trabajo. Tenía que hacerlo, no podía dejar

de verificarlo, aunque se cansara. Por que si se cansaba y ya no disparaba flechas, ¿cómo nacería más gente? Moría tanta cada día. La Muerte, silencioso ser de hueso y hueso, ella sí no descansaba nunca. Flaca, triste y pobre, triste y pobre trabajo el suyo. El de ella era un quehacer penoso, una labor nocturna. Cupido la había visto numerosas veces, allá lejos, cuando se reunían los dioses de cada cosa, de cada hecho del hombre, y le tenía lástima. El Dios del Amor pensaba con amorosa insistencia en ella, como si la Muerte fuera su madre. Desgraciada, ¡qué escuálida obligación la suya! Una obligación como ella misma, una obligación sin carne. El cuerpo de la Muerte y sus obligaciones se correspondían. Y todo eso correspondía también con Cupido. Todo lo que el Dios del Amor ataba en la tierra la Muerte lo desataba. Debía ser terrible para ella saber que un día claramente señalado, a una hora fija, tendría que matar a una persona determinada también, que disponía de un cuerpo despreocupado, de un cuerpo que contenía aún mucha salud en su interior. Todo esto lo amargaba y, unido a su propio trabajo, lo amargaba más aún. No era alegre el trabajo de él. El estaba obligado a unir a la gente. Mediante una flecha inculcaba el amor al cuerpo de un hombre y luego hacía lo mismo con el cuerpo de una mujer correspondiente. Y los dos amantes se amaban en seguida con egoísmo, olvidándose de todo lo que rodeaba a sus cuerpos por afuera y de todo lo que rodeaba a sus almas por adentro. Incluso se amaban poniendo todo su amor propio en ello, se amaban enfáticamente, como si el amor fuera una sustancia que el cuerpo de ellos noble y naturalmente producía. Y sin embargo, era él, Cupido, sólo él quien propor-

cionaba todo ese conjunto de cosas visibles e invisibles que eran el amor. A él nadie lo conocía, nadie lo reconocía. El se sentía solo.

Por eso, esa noche el Dios del Amor vagaba sin rumbo por la ciudad dormida. Tenía rabia y pena. Detrás de cada casa frente a las que él pasaba dormían las mujeres empollando sus hijos. El determinaba eso, pero de él, que tenía tristeza, que tenía frío, nadie se preocupaba. Estaba amargado y no tenía sino pensamientos afligidos. Le pesaba el carcaj en la espaldita, le temblaban las alitas y tenía frío, tenía pena en ellas. Las calles por las que pasaba estaban silenciosas y oscuras y esto lo disgustaba más todavía. Si hubiera habido gentes, si hubiera habido carruajes y luces, Cupido hubiera huído repleto de miedo y de vergüenza. Era tímido, pudoroso, le temía a la gente, le tenía distancia y terror y no deseaba nunca acercarse a la ronroneante muchedumbre. Ahora, sin embargo, se sentía solo. Si él no más hubiera existido en el mundo, no se habría sentido solitario, porque nos sentimos solos nada más que porque existen los otros. Su tristeza era abundante, negra, era una tristeza de dios grande. Deseaba que lo quisieran, era su más íntimo deseo, su más repetido pensamiento. Quería que alguien lo amara y como nadie podía amarlo, ahí estaba su amargura. Le estaba prohibido amar y que lo amaran. Lo mismo que a la Muerte, a quien le estaba prohibido morir. El pobrecillo había visto tanto amar gozosamente, sufrir amorosamente, que comprendía que debía ser una cosa muy hermosa estar enamorado, una cosa bonita y triste ser feliz amando sin esperanzas, esa clase de alegría que gusta a los adolescentes. Porque no existe sino la felicidad. La des-

gracia es una especie de felicidad y un alma que sufre y piensa en sus sufrimientos es bastante feliz. Cupido conocía esto, lo adivinaba y se conocía desgraciado al no poder hacer como hacían los seres de la tierra, los hombres y las mujeres del mundo, el material de su trabajo. Y vagaba ahora por las calles de la ciudad para gastar su angustia, su dolorosa sandalia. Su rabia era una rabia solitaria y apesadumbrada. He ahí que en su carcaj llevaba numerosas flechas para las diferentes especies de amor que conocían los hombres. Estaba la flecha tenuemente visible, tenuemente rosada y liviana apenas, la flecha del amor adolescente, que se hundía en el pecho de las vírgenes infiriéndoles una deliciosa pequeña herida por la que colaba la brisa del amor inocente, levemente notoria, apenas perfumada la brisa. Estaba también la flecha del amor adulto, la flecha del amor del hombre de cuerpo sano y alma sana, firme, decidida, flecha que se clavaba exacta y no temblaba ya, saeta dura, palabra rotunda. Y estaba aún la descolorida, angustiada y nerviosa flecha del amor sin esperanzas, que volaba temblando. Cupido la lanzaba y ella se clavaba tímidamente, con una insistencia temerosa que daba lástima. Cuando la disparaba, él se quedaba llorando. Y la flecha del amor ilícito, la flecha de los adúlteros, pintada raramente, abigarradamente, al mismo tiempo nerviosa y despreocupada, saludable y enfermiza, decidida y vaciladora, sobre todo nerviosa y sobre todo decidida, llena de ensueños y de memoria. Y también la oscura, negra y trágica flecha de los suicidas y de los asesinos por amor. Todas esas flechas diferenciadas correspondían cada una a un ser distinto. Cupido era conocedor y cuando encontraba a una persona de atmósfera inocente, de aire in-

genuo, cogía la flecha del amor adolescente y cuando se trataba de una persona que reía a carcajadas, cogía la flecha del amor varonil, del amor duro y ella se clavaba como una bofetada. Para el cuerpo silencioso, para el que lloraba y suspiraba, que vestía ropa negra y buscaba el crepúsculo, estaba la flecha de los suicidas y de los asesinos. Cupido encontraba un cuerpo determinado, lo comparaba en su memoria y tiraba la flecha justa. Ella se clavaba en el cuerpo, pero caía en el alma. El alma era lo que importaba, el cuerpo no. El cuerpo no era sino el vestido del alma. Tanto sufrimiento amoroso, tanta alegría enamorada lo habían vuelto alegre y triste al mismo tiempo y esa noche él se sentía particularmente aislado.

Caminando así, helado y triste, llegó a la plaza y se quedó mirando. Ahí había mucha gente que destacaba nítida en medio de los faroles que enviaban una luz helada y hostil. Había mucha tropa, caballos, soldados, gente de uniforme, armas, ametralladoras y lejos, acercándose hacia la esquina, hombres desnudos regando el asfalto con enormes mangueras. Venía un viento ribeteado de chispas de agua. Cupido se quedó mirando, se acercó a las gradas y entre las rejas se quedó acurrucado, mirando hacia adentro. Arriba se descolgaba una luz triste, unos hombres estaban bajando bultos, bultos borrosos, envueltos, algunos desnudos, miraba él brillar algunas cabezas jóvenes, unas manos rígidas colgaban sueltas. Los dejaban deslizar por unas tablas hasta un camión en que sonaban. Había otro camión detrás, con la luz encendida y el motor sonando, por la esquina doblaban hacia acá, rectos y negros, dos camiones más. Un poco hacia dentro, acurrucada en la penumbra, sentado en unas baldosas al-

tas y blancas, estaba Ella. Le pareció que estaba más flaca, más triste y envejecida. A su lado, había dos botas negras y relucientes, de las cuales brotaba la sangre como agua de los surtidores, sobre su espada flotaba una tenue, vaga y vaporosa capa verde que hacía resaltar su tristeza y su blancura. Con el codo en la pierna cruzada sobre la otra, tenía la mano extendida y sobre ella la cabeza dormida. Cupido tuvo miedo y pena al mirarla. Estaría muy cansada la pobre. Se disponía a irse cuando unas botas que bajaban lo pisaron y, al gritar levemente él, Ella despertó y lo miró con furia. Recordaba que había huído tras los gritos que lo perseguían, había corrido a través de las botas, muchas botas negras y relucientes, mojas, a través de cordeles y del agua. Un chorro lo había cogido en medio de la plaza y lo envió rodando por el aire. Gritando despacito, había echado la mano al carcaj para que no le desplumaran las flechas, recogió varias del suelo y con ellas en la mano echó a correr, mientras la manguera y los insultos lo perseguían. Corrió mucho, muerto de miedo y de extrañeza, por en medio de la calle, en dirección a la estación. No paró ya hasta la calle San Pablo y cuando se sintió seguro comprendió que estaba muy cansado y se sentó en el borde de la acera a ordenar las flechas y sus pensamientos. Estuvo sentado ahí mucho rato y debió quedarse dormido, ya no se acordaba. Vagaba después pensando en todas esas cosas cuando junto a la puerta cerrada de una casa vió a un hombre. Estaba sentado en el suelo, tenía las ropas desordenadas y sus gestos también eran desordenados. El hombre tenía junto a sí una botella y de vez en cuando se la llevaba a la boca. Cupido lo miró largo rato atentamente. El hombre

tarareaba una canción soñolienta y cansadora y, sin embargo, la canción era alegre y, sin embargo, era triste:

Yo soy como el ave *trile*:
muy lejos de la *maná*,
tengo el alma atormentá
y no hallo como *icile*...

Estaba nublado el cielo y existía una luna débil, flaca, una luna con agua, hacía, además, un poco de frío. El hombre tenía el vestón abierto y el viento le agitaba la camisa. "Tendrá frío", pensó Cupido y pensó luego: "¡Pobre!" Entonces el hombre se fijó en él, apagó las moscas de su canción, los ojos del hombre se fijaron más y la boca del hombre se abrió también para mirarlo:

—Y tú, ¿qué andas haciendo a esta hora, criatura?

Bebió un largo trago de la botella, se animó un poco, carraspeó y habló, fijándose más:

—¡Anda a abrigarte, muchacho, te vas a resfriar!

Cupido lo miraba atentamente y con las manitas a la espalda contestó con gran dignidad:

—¡Yo no me resfrío, yo soy un Dios, el Dios del Amor!

El hombre lanzó una carcajada que salió llena de calor de su cuerpo y que, sin embargo, enfrió a Cupido.

—Tú, lo que tú eres es un muchacho sinvergüenza —dijo—. ¡Anda a vestirte, escandaloso!

Cupido se había puesto inexplicablemente melancólico otra vez. Tenía frío, le molestaba todo, la noche, las nubes y la luna desteñida, todas ellas llenas de frío y acá

el hombre y su canción y sus palabrotas echándole disgusto a él.

—Yo no me visto —dijo, insistiendo seriamente—. ¡Yo soy el Dios del Amor!

Pero el hombre ni siquiera le contestó: tambaleaba en la humareda de su vino y seguía tarareando su canción:

*Que en unas partes pasa
y aquí no pasa nada...*

Cupido lo miraba aburriéndose. El hombre cortaba su canto y bebía un trago y surgía otra vez la fosforescencia de la canción iluminando el rincón oscuro, el trozo orinado de puerta, al borracho, al Dios del Amor. Después de un rato, cuando el borracho descendía por su garganta, se fijó en Cupido, se acordó:

—¡Lo que tú mereces es un par de palmadas bien dadas! —exclamó y pegó un manotazo para ponerlo boca abajo en sus rodillas.

Pero Cupido no podía soportar ya esa ofensa inferida a un Dios, se había llenado de un calor furioso, le temblaban las alitas con la rabia y se hinchaban como la cola del pavo real. Sacó una flecha de su carcaj y la disparó con furia al hombre, quería matarlo. El hombre dijo: "¡Ah!" y una lenta sonrisa comenzó a iluminarle con firmeza la cara, a acallar sus palabras y a sosegar sus movimientos. Luego comenzó a sollozar con un llanto hecho pedazos, tosco y apresurado, un llanto en desorden, improvisado, de hombre que no sabe llorar. Cupido estaba un poco asustado y un poco admirado. No comprendía casi. El hombre tomó al fin esa actitud ennoblecida de

la tierra después que ha llovido y miró cariñosamente a Cupido:

—¡Niño, niñito! —le dijo y permaneció en silencio, suspiró y mirando fijamente al Dios del Amor, exclamó—: ¡No sé lo que me pasa, me siento raro!

Se calló y miró hacia el extremo de la calle. Se conocía que hacía frío allá en el lejano extremo de la ciudad, se conocía que hacía silencio, el silencio que emergía del sueño. Miró otra vez a Cupido y le sonrió amistosamente:

—¿Quién eres tú? ¿Me puedes explicar lo que me pasa?

—Yo soy Cupido —dijo él— yo soy un Dios. Tú no me creías, me insultaste y yo te disparé una flecha, hombre. Pero mis flechas no matan, mis flechas enamoran. ¡Lo que pasa es que estás enamorado, hombre!

—Pero, ¿de quién, de quién? ¡Tú estás loco, yo no tengo mujeres!

—¡De una, de alguna, tienes que buscarla, hombre! Yo te ayudaré a encontrarla. Yo conozco. —Y señalando la botella Cupido preguntó—: ¿Qué tienes ahí?

—¡Un agua, vino! —contestó el hombre.

—¿Y por qué la bebes?

—Para estar alegre.

Ahora comprendió Cupido. La botella del hombre estaba llena de flechas de alegría. Lo envidiaba, incluso comenzaba a quererlo. Se aburría, nadie lo quería, no tenía mujeres. Y cogía la botella y la llenaba de su agua alegre para no aburrirse, para no estar solo y entristecido. Y por eso, cuando bebía, se ponía contento y tarareaba su alegría, tarareaba su vino. Aquel vino contenía canciones, lo mismo que otros vinos contenían viajes o sueños

y otros, crímenes. O más bien quizás los hombres contienen eso, todo eso y al entrar el vino en ellos, busca iluminarlo como linterna y encuentra. Cupido miraba con interés la botella, chica, negra, insignificante y, sin embargo, capaz de contener tanta encantadora cosa linda diluida en ella, mucha alegría, mucho olvido. Se interesaba pues, el Dios del Amor.

—¿De dónde sacan eso, el vino? —preguntó.

—De un árbol, estrujan el árbol —contestó el hombre.

—¿Y lo pone alegre a uno? —preguntó Cupido.

—Sí, muy alegre, muy alegre, pero a veces me da ganas de llorar y lloro. Bebo más y sobrepaso mis lágrimas y estoy alegre otra vez.

Cupido suspiró hondamente. "Alegre, olvido, pena, alegre", suspiró otra vez.

—¿Qué te pasa, *mocoso*? —preguntó el hombre bastante interesado—. ¿Tienes pena?

Cupido se quedó callado y sentíase pequeñito.

—¡Pobre *cabro* chico! —agregó el hombre—, tú tienes algo! ¡Dí, dícelo a tu papá. Te quiero como un padre. ¿sabes?

—La ciudad está llena de gente muerta, hombre.

—Claro, es que están dormidas. Mañana resucitarán y se irán a agachar al trabajo. ¿Eso te preocupa?

—Gente muerta, bien muerta, llena de sangre, mírame los pies, tienen sangre. Hay una casa grande y negra llena de muertos. Los estuve mirando.

—¡Claro, criatura, si es el cementerio!

—No, no era. Ella, la Muerte, la conozco bien, estaba sentada en las gradas frías esperando que los hom-

bres terminaran. Se había quedado dormida y después despertó y me miró enojada. Y esa gente, la gente de las botas y de las carabinas estaba sacando los bultos y hablando a gritos en lo oscuro.

—No te aflijas, estarán trasladando el cementerio a la ciudad. Querrán tenerlo más cerca. En realidad está un poco lejos ahora, en la linde del campo. Y no es decoroso tener esa podre extendida en medio de la primavera. El campo es la salud, la ciudad la enfermedad. Estará mejor aquí. No te aflijas, pues.

Lo miró con un cariño largo e iba a beber otra vez cuando Cupido le sujetó la mano y le preguntó:

—Escucha hombre, ¿yo podría beber? ¡Tengo sed, tengo ganas!

—¡Pero claro, criatura, puedes beber *al tiro*!

Y le metió el gollete en la boquita. Pero Cupido no quiso así y prefirió beber en el cuenco de sus manos. Tras él el hombre agotó la botella hasta la postrera gota. Cupido pensó. El vino estaba lleno de alegría, pero ¿qué pedazo, qué clase de alegría se había tragado él? El quería una alegría muy alegre, con harta risa (esa agua del hombre), con mucha felicidad acompañada. Quería estar alegre, no quería estar solo y el vino le daba ahora una dicha crecida, una fresca compañía. Ignoraba cuál sería la felicidad que iba a traerle. Sólo sabía que el vino lo sacaban de un árbol y ahora mismo sentía crecer en su interior, en su inferior, un confortable calor que le ascendía, que lo aliviaba, entibiándole la tristeza, de la misma manera que el sol llegaba hasta donde estaba el invierno y lo comenzaba a calentar y el invierno era ya el verano. Alegre y en desorden el vino crecía dentro de Cupido hacia re-

giones en que el Dios del Amor sentía que él estaba viviendo. El árbol del vino extendía sus raíces y sus raíces y sus ramas llenas de alegría calurosa crecían hasta los más olvidados pedazos de su ser. Cupido sabía entonces que ahí también él estaba viviendo y adivinaba que en todas sus porciones una ancha cosa lo invadía alegrándole la tristeza, poblándole la soledad. El no sabía si estaba alegre o triste, no conocía. "Yo ya no estoy", pensaba. Qué blando era el vino, qué claro y resonante, era una llama que crecía hacia él, quemándole por dentro y permitiéndole mirar mejor todas las cosas. Con él se encontraba tranquilo, tenía sueño. Al lado de él, el hombre se ponía porfiado:

—¡Te quiero, Cupido, te quiero mucho!

Pero el Dios no lo escuchaba, estaba ocupado, verificando lo suyo. Se sentía raro el hombre, un poco melancólico. Se acordaba del momento en que Cupido le disparó la flecha, fué eso igual que un violento deseo de huir llorando, una forzada lucidez, un vino que ponía más alerta, se sentía solitario y presentía que su vida, su destino, andaban buscando cosas. Cupido tenía razón. El estaba, con seguridad, enamorado. ¿Por qué bebía, entonces? Para no estar triste y para sentirse, así, cerca de esa mujer que en su ebriedad veía siempre en todos los vasos de todas las cantinas. Era una mujer con grandes ojos de melancolía que estaba allá, muy abajo, sosegada en el fondo, mirándolo desde el vino. Por eso bebía, para contemplarla, para sentirla siempre en el fondo. El encontraba seres en el vino y cosas nuevas tras de las mismas cosas. Pero en esos momentos, abajo, Cupido escandalizaba, remediándole el pantalón:

—¡Estoy borracho, hombre! ¡Estoy borracho perdido, estoy borracho y estoy perdido, hombre!

Y como el hombre lo miraba con una lástima que tornaba del vino, Cupido comenzó a reírse:

—Ja, ja, ja, hombre, completamente perdido, tambaleando en el vino, él pasa soplando y nos empuja para que resbalemos. ¡Tunante de la botella! Hombre, hombre, viejo, ja, ja, ja, ¡no me sueltes de tu pantalón y dame más vino, que todavía no me caigo!

Al mirarlo para abajo, donde blanqueaba en la negra calle mojada, el hombre conoció que él tenía la culpa del estado en que se encontraba el Dios-muchachito y eso le dió pena y la pena le apuró la embriaguez. El vino enviaba más bocanadas hasta su cabeza. Eructando exclamó:

—¡Abrázame, Cupido, quíereme, Cupido!

Y el Dios lo abrazaba por las piernas y le decía con una risita de frío:

—¡Te quiero, viejo, viejo borracho!

—¡Te quiero, viejo! —decía también el hombre, desparramando su manaza por la espaldita del Dios.

Y como la botella estaba seca, la disparó con furia al medio de la calle, y se alejó tambaleando y cantando:

*Qué lisura de muchacho
que con su mamá durmió...
Por la medianoche quiso
entrar por donde salió...*

Cupido iba abrazado a las largas piernas del hombre, cogido afanosamente a la burda hoja del pantalón.

Tiritaba de frío, pero su carita estaba rodeada por una cálida aureola de vino. Las piernas del hombre vacilaban borrachas y Cupido vacilaba con ellas y con la embriaguez de las suyas. Existía aún la noche oscura, seguían corriendo las horas más negras y frescas de aquel otoño primaveral y ahí iban ellos metiéndose por una callejuela. Tras las ventanas pobres se veían rostros de mujeres atisbando la calle alrededor de un brasero y otras asomadas a la puerta, hablaban fuertes y fumaban. Había luces, había música. Las luces, la música, eran lúgubres, negras. Una victrola clamaba: "¿Quién será, quién será Presidente? . . . ¿quién será, quién será, quién será? . . ." Las mujeres llamaban al hombre, pero el hombre decía:

—¡No, linda!

Y como lo volvían a llamar, contestaba:

—¡No, bonita!

Cuando pasaron eso Cupido le preguntó que quiénes eran esas mujeres.

—¿No lo sabes? —le preguntó riendo—. ¡Tú debieras saberlo, son competidoras tuyas, *mocoso*! ¡Ellas también hacen el amor!

Con eso Cupido se amargó otra vez violentamente. La tristeza, que hacía rato era un sosegado remanso en su interior, subió hasta él para afligirlo. Así ocurre siempre, todo se encuentra en nosotros, la alegría y la pena y las pequeñas cosas, los hechos terribles y los sutiles. El crimen está agazapado en el interior del asesino, aguardando su momento exacto y también espera en el interior de la víctima su clara triste hora fijada de antemano. Todo está dentro de nosotros. Nosotros guardamos todas las cosas del mundo, las de adentro y las de afuera. Guarda-

mos a las personas y al recuerdo de las personas y los pensamientos que nuestra alma usaba entonces y los rencores que le dolían. Por eso, Cupido sintió que la tristeza actuaba otra vez oscura en él. Se afligió al momento y dijo: —¡Tengo pena, hombre borracho! ¡Quiero ahogarme! ¡Quiero vino negro, tenebroso!

El hombre no le contestó, caminaba firmemente, mirando hacia la lejanía, donde, entre la madrugada blanquizca, pasaban incendiándose los primeros carros. Venían voces, voces lejanas esparcidas por el viento. "Abajo el León, viva Ibáñez, ¡Frente Popular!, ¡Frente Popular!" Retazos de música de canción:

*¿Quién será, quién será Presidente?
¿Quién será, quién será, quién será?
¡Sólo Aguirre, que va con el Frente,
el pueblo valiente lo elegirá!*

El hombre iba preocupado, respirando fuerte, sintiendo lejanamente la manecita del Dios del Amor agarrada a su rodillera. De manera, pues, que allá, junto a la fría tierra, muy abajo del hombre, apegado junto a sus piernas —acurruucándose en ese frío acogedor—, seguía Cupido con su cuerpecito embriagado y con sus ideas tristes que se estaban embriagando. No, no era alegre el trabajo de él, no lo sería nunca en absoluto. Ahora se acordaba. Ahí, entre esas mujeres que acababan de llamar al hombre también volaban sus flechas, se clavaban. Cada saeta tenía su particular destino y no se podía perder, no podía dejar de cumplir su pequeño trayecto. En el barrio de las mujeres abundaban las rojas flechas de los amores asesinos y de los amores vergonzantes,

las flechas moradas de los amores tristes y de las peores tragedias. Todo eso lo hacía él, se veía obligado. Su destino era un destino entristecido y por eso había bebido ahora y, sin embargo, el vino era un espantoso espejo que reflejaba lúcidamente todas las tragedias.

—¡Vino negro, hombre, vino oscuro, vino de tinieblas! —dijo, llorando casi, mientras se tambaleaba.

Llegaron a una esquina y por la puerta iluminada de una cantina se metieron. El boliche estaba solitario y tanteando parroquianos invisibles para no tropezar, se encontraron derrumbados frente a una mesa verde. Allá en el fondo divisó Cupido un mostrador con su bombilla de cerveza helada, su montoncillo de sandwiches, su ensalada fría y su frasco con escabeche. Tras el mostrador estaba el escaparate con una corrida de botellas de polvo muy alineadas. Mirando como idiota, a Cupido le pareció admirable ese alineamiento y entusiasmado comenzó a aplaudir. Se le había pasado la pena y el mariposón del vino le encendía aureolas rosadas dentro de la cabecita. Una mujer grande y gorda se acercó a la mesa y dijo con solemnidad:

—¡Niños no se admiten aquí!

"De mí se trata", pensó Cupido en la somnolencia de su cerebro. En su cerebro sentía él que abajo, en la tierra, una mujer se movía lentamente y hacía ruido la lengua de la mujer y caían una a una las palabras, sonando gruesas con su música tonta en las orejitas del dios. Con tanta palabrería en el acto se aclaró él y se puso furioso.

—¡Yo no soy un niño —dijo—, yo soy un Dios!

Y le disparó una flecha a la mujer con su más asesino enojo. Siempre que se enfurecía, Cupido se olvidaba.

La mujer se llevó las manos al alto pecho, dijo "¡Ay!" y se desvaneció —entre sales de suspiros— en los brazos del hombre. El hombre estuvo feliz: —Cupido —dijo— ¿te acuerdas? ¡Parece que es ella!

Pero Cupido no le escuchaba, se había dormido de bruces sobre la mesa y sus alitas temblaban apenas absorbiendo el sueño.

Cuando despertó estaba aterido, tenía la garganta reseca y se sentía amargado. Debía de ser muy temprano, era un día turbio y afuera estaba lloviznando. Miró a su alrededor y se sintió solo en medio de tantas mesas y sillas de junco pintadas de verde. En el suelo había basura, mugre, colillas de cigarrillos, aserrín mojado, aplastado. Todo el disgusto de los miles y miles de borrachos que se habían arrastrado hasta esa mesa se hacía presente a esa hora en la cantina. La tristeza de los hogares pobres, con el cuerpo mal alimentado, con el sueño mal abrigado, con poco dinero y con enfermedades, hijas raquíticas de la salud, y los entierros miserables y los crímenes inútiles y estúpidos, todo eso estaba esa mañana fría encima de las mesas, en que cortaplumas borrachas habían grabado nombres borrachos, de hombres, de mujeres borrachas. Cupido no estaba feliz. Aún el pensar en el vino, que desde la noche antes él sabía era la única salvación de su vida, no lo ponía alegre. Era un desabrido consuelo el vino, lo dejaba desolado, desorbitado, y, sin embargo, era la única cosa de que él podría echar mano. Tendría que acostumbrarse, con seguridad, lentamente, se acostumbraría, pondría su voluntad en obtener ese efecto. Además, no estaba solo, tenía un amigo, el hombre borracho. Las

tardes en que estuviera triste caminaría por el cinturón del arrabal para encontrarlo y haría que coincidiera la soledad pequeñita de él con la soledad grande del otro. Serían dos para aburrirse, se acompañarían y cuando bebieran estarían más acompañados que nunca, porque el vino es una muchedumbre. Borrachos, los dos serían numerosos. Estaba pensando, preguntándose el sitio dónde se encontraría su amigo cuando se alzó la cortina de cretona tras el mostrador y apareció el hombre. Venía con una mujer, venían abrazados y parecían felices. El hombre dijo, radiante:

—Cupido, amigo mío, ¿te acuerdas? ¡Era ella!

El Dios del Amor se desoló, se sintió espantosamente único. En el modo de hablar del hombre conoció lo que ocurría. El hombre estaba borracho, pero borracho de amor, estaba enamorado, ¡enamorado! Mientras, la mujer le decía al hombre:

—Oye, Pedro, este niño no puede seguir aquí. Ahora que nos vamos a casar no está bien que nos metamos en líos con la policía. Y con lo rabiosos que andan esos perros desde anoche.

El hombre miró con dulzura a Cupido:

—¡Cupido, Cupido, tienes que irte, pero yo te querré siempre, te agradeceré!

Cupido se fué. Y esa mañana turbia la pasó en el río, lavando con paciencia sus flechas, que estaban todas manchadas de vino.

EPILOGO PRIMERO

El hombre de uniforme llegó a la casa. La puerta se arrastró al abrirse. Esto le molestó a él, hubiera preferido que no se arrastrara, que no sonara; pero él sabía que, al abrirla, la puerta se arrastraría. Siempre ocurría así, muchas veces había pensado arreglarla, cortarle un pedazo, cepillarla. Pero nunca lo hacía; sabía que nunca lo haría. Odiaba la casa, el rancho. Era, en verdad, casi un rancho. Estaba furioso, le molestaba eso, le molestó más ahora. La puerta se abría arrastrándose sobre sus propios nervios, sobre su ánimo. Era lo mismo que cuando allá, en los pisos altos, los muchachos gritaban, lloraban, gemían y después, sobre todo, se lamentaban largamente cuando ellos les disparaban o cuando hundían los sables o golpeaban con las culatas. Era difícil, era imposible que no gritaran, que no se lamentaran, bien lo sabía el hombre, pero eso era un molesto ruido humano. Los muchachos sonaban al morir y eso molestaba realmente.

La mujer, incorporada en la cama, llamaba ya desde el cuarto. La puerta seguramente con su ruido la había despertado.

—Julio, ¿es usted, m'hijo?

El hombre no contestó. Se estaba sacando el cinturón, lo colgó en el clavo; el cinturón cayó al suelo. El hombre, desganado, se movió un poco sobre las botas, que crujieron. El hombre miró el cinturón. Estaba en el suelo. Después se fué hacia adentro, mientras la mujer decía, hundiéndose otra vez en la cama:

—Apúrese, Julio, m'hijito. Es tarde ya.

El hombre llegó adentro. La mujer oyó que se enjugaba la boca sorbiendo el jarro en el patio. Después oyó el estallido del agua disparada por los labios del hombre. Ahora bebía un trago largo, se sentía eso. Su cara se metía dentro del jarro igual que en un pequeño pozo natural, húmedo de tierra, en el que también a esa hora se metía un poco la noche. Debían ser las dos, quizás las tres de la mañana. El cielo se levantaba, se iba hacia arriba; era un aire tirante y seco, una piel que ya transpiró todo su sudor. Sintió otra vez el hombre a la mujer, se acurrucaba en su cama, se movía, buscando. El hombre sabía lo que ella buscaba, la conocía, conocía su voz, su voz que venía desde el interior, desde el centro de la mujer. Lo fastidiaba. Le daba una clase de asco. El no quería sino dormir, acostarse, descansar. Necesitaba oscuridad, silencio.

Allí, tan hacia el oriente, tan alejado de la ciudad, el silencio no era raro. Las ranas lo demostraban. Eso quería él, un sueño arrullado por las ranas. Salió por el patio hacia el campo, miró arriba, a la noche. Respiró con fuerza saludable. Era como si respirara un trozo de potrero, un pedazo de cordillera, blando, sin embargo, igual que agua. Estaba tranquilizado ahora, quería estirar las piernas, empezó a caminar, caminó hacia el oriente, ha-

cia la cordillera. Luego sintió el ruido del canal, después empezó a caminar a su lado. El agua corría haciendo ondulaciones sucias, haciendo un rumor, él sí, limpio. Era famoso el canal; los aburridos lo buscaban y lo encontraban siempre, suicidas por amor, por dinero, siempre pasaban por ahí; allí abajo iba cada día, cada noche uno, suicida quién sabe por qué cosa, navegando, derivando hacia la ciudad. La ciudad no era a lo lejos sino un rescoldo de luces. En ella había muertos ahora. Todos muertos. El hombre estaba tranquilo, pero pensó: "Yo no hice ningún muerto. Ninguno mató a ninguno, todos los matamos a todos". Sobre todo que existía la orden escrita con la mano, llevada con la mano y ejecutada con las manos. El hombre se sintió más firme, más tranquilo. El estaba vivo y tranquilo, solo en medio de la noche. Aun lo perros que ladraban en las quintas no estaban tan vivos como él, que estaba callado, que estaba vivo y callado y que sentía todo eso. Darse cuenta era estar vivo ahora. Cogió una piedra, la pesó en la mano y la lanzó con fuerza al agua. La piedra se hundió de un trago. Regresó el hombre a la casa, caminó ligero. Comenzaba a hacer fresco, venían nubes desde el este, desde la Argentina, traían con ellas el fresco, el frío. Entró en el patio. Adentro la mujer dormía. El hombre se metió en la pieza, cogió el cinturón, lo colgó, con firmeza, en el clavo. Se sentó en el cajón. Se sacó una bota, que salió llena de calor, calor acumulado todo el día en la Universidad, en las oficinas, en la escalera, en la escalera, en la escalera, en la calle. El hombre se sacó la otra bota, se levantó del cajón, se sacó la guerrera, después, el pantalón. Se sentó en la cama y se inclinó hacia los calcetines. Ahora despertó la mujer.

—Todavía está despierto, m'hijo, acuéstese luego.
El hombre estaba sin ropa ya, estaba tranquilo.

—Ya, *al tiro* —dijo:

La mujer, soñolienta aún, habló otra vez:

—¿Por qué no vino temprano?

—No se pudo —dijo el hombre—. Había *boche* en el centro.

—Ah —contestó la mujer—, ya lo sabía. El chiquillo llegó en la tarde diciendo... (el hombre se acordó ahora no más del chiquillo. Dormía en el rincón del cuarto).

—¿Qué?

—Que el Ibáñez estaba haciendo la revolución.

—No. Ibáñez no. ¡Quién sabe!

El hombre acabó de tenderse. La mujer apagó la lámpara. Después de un rato dijo:

—Julio, ¿cómo fué?

—No fué mucho —dijo el hombre—, muertos, heridos, como siempre que hay.

—¿Y tenían armas?

—Sí, pero duérmase ya. Murieron todos los mierdas.

La mujer pensó. El hombre había estado allá, en el *boche*, y no le había pasado nada, no venía herido. Estaba entero, completo. Ella estaba, por eso, contenta.

El hombre acostado ya, sintió alivio. Tenía sueño, el sueño era como una herida en toda su piel, como un machucón extenso que ahora, en el cuerpo tendido, comenzaba a oreearse. A esa hora estarían sacando los muertos de la casa. Suerte que no le tocó a él hacer eso. Costaría tanto sacarlos, bajarlos, deslizarlos por las tablas hacia el camión, como encomiendas macabras para las casillas del ce-

menterio. Se sentía feliz, refugiado en la cama. Ella, él, eran también a esa hora dos muertos, dos moribundos de sueño. Pero él sentía algo robusto en su interior, algo despierto. Eran dos muertos, pero a los cuales él mismo podía hacer resucitar. Las piernas de la mujer estaban ardiendo. Era firme el brazo del hombre y de un manotón la dió vuelta.

EPÍLOGO SEGUNDO

Amigos míos, llegué tarde a la imprenta. Debían ser las diez de la noche, ya no me recuerdo. No corrían tranvías y no se podía pasar por las calles del centro. Se veían cordones policiales por todas partes y en cada esquina había hombres uniformados tapando la bocacalle. Sin ir a la imprenta, tenían una noticia: "¡El diario no sale! ¡El Gobernador no deja que salga!" Sin embargo, se trabajaba, pues se creía que a última hora podría salir el diario a la calle. Hasta el último día todos esperaban que el Gobernador por fin se fuera, que lo obligaran si no se iba. Subí a trabajar. Encontré allí a Quevedo. ¡De brazos en la mesa, el brazo se había quedado dormido! Estuve un rato de palabras que quería decir. Quevedo era estudiante también, y había ido en misma tarde (amigos, ¿lo recuerdan?) conmigo a buscar noticias sobre lo que pasaba. Y ahora estaba durmiendo. Yo pensé. Yo pienso. Trabajas de noche, es tu deber, te cuentan lo dicen. Y te duermes. Hacía rato que dormías cuando llegué, has lejos ya en tu sueño. Yo también dormía, tengo momentos, tengo sueño, quisiera irme. Pero no puedo. Tengo que estar despierto, abierto para que pase a un-

EPILOGO SEGUNDO

Amigos míos, llegué tarde a la imprenta. Debían ser las diez de la noche, ya no me recuerdo. No corrían tranvías y no se podía pasar por las calles del centro. Se veían cordones policiales por todas partes y en cada esquina había hombres uniformados tapando la bocacalle. En la imprenta, tenían una noticia: "¡El diario no sale! ¡El Gobernador no deja que salga!" Sin embargo, se trabajaba, pues se creía que a última hora podría salir el diario a la calle. Hasta el último día todos esperaban que el Gobernador por fin se fuera, que lo obligaran si no se iba. Subí a trabajar. Encontré allí a Quevedo. ¡De bruces en la mesa, el bruto se había quedado dormido! Estuve tenso de palabras que quería decir. Quevedo era estudiante también, y había ido esa misma tarde (amigos, ¿lo recuerdan?) conmigo a buscar noticias sobre lo que pasaba. Y ahora estaba durmiendo. Yo pensé. Yo pienso. Trabajas de noche, es tu deber, tu contrato lo dice. Y te duermes. Hacía rato que dormías cuando llegué, ibas lejos ya en tu sueño. Yo también dormiría, tengo cansancio, tengo sueño, quisiera irme. Pero no puedo. Tengo que estar despierto, abierto para que pase a tra-

vés de mí el trabajo; mientras tú, estás dormido, estás cerrado. Abréte, despiértate. No duermas más, no te alejes, regresa a lo despierto. Escucha, el trabajo se amontona. Junto a tu cuerpo dormido hay ya un pequeño cerro de trabajo. Comensales de la labor nocturna, tú y yo tenemos que devorarlo, masticarlo con nuestra dentadura total, con la cabeza que se afiebra, con las manos que se crispan, con los pies que quieren irse, con los riñones que duelen, con la espalda que se enfría igual que un plato ya servido. Pero a ti no te importa, tú mueles silencioso tu sueño, tú trabajas para ti solo en tu casa, en tu cuerpo. Trabajas, además, en lo oscuro y la ampolleta no te molesta, no te acalora, no te quema los ojos con el suyo deshollejado y enérgico. Despierta. Pero, qué dormido estás. Estás cerrado con doble llave de sueño, estás muy lejos, muy abajo, estás subterráneo. No duermas más. Estás dormido de los pies a la cabeza y cada parte tuya sueña con cosas diferentes. Tus pies sueñan que van solos por los campos de Tobalaba, a través de las quintas y las flores, aspirándolas a ambas, caminando hacia allá, hacia el este, hacia la cordillera fría con la nieve, hacia la nieve tibia con la luna. Tu sexo sueña que está con una mujer, tapándola como la hoja a su fruta. Tu vientre piensa en lo suyo, en sus sólidos y en sus líquidos. Tu cabeza sueña quién sabe con qué cosas grandes, con qué justicias. Tú eres del sindicato. Piensas quizás — ¡da risa! — en la noche y en sus trabajadores. Pero duermes. No te duermas. Hay que estar despierto. La noche va pasando.

En efecto, la noche iba pasando y comencé a trabajar. La mesa estaba llena de papeles. Llegaban las prue-

bas de las fotografías de los sucesos ocurridos en la ciudad ese mismo día. Amigos, dicen que el Gobernador anda viajando ahora, que aún no ha muerto. ¡Que no vuelva nunca! ¡Que no muera! ¡Que sea eterno vivo y que jamás olvide! Había una foto mostrando a los estudiantes que desfilaban con los brazos en alto por la Alameda, rodeados por la tropa. Se veía a Yuric encabezando el grupo, volándole el abrigo en el fresco aire de la mañana y detrás de él los dos hermanos, Héctor y Luis, y muchos otros cuyos nombres no indicaba la fotografía, "sin identificar", decía. Había otra mostrando a los prisioneros cuando entraban a la casa en que habían de morir. Junto a las rejas a uno se le descolgaba la sangre por la frente, había otro tirado en el suelo, al lado de su sangre y junto a él, enhiesto, un hombre uniformado, estaba metiendo el sable dentro de la vaina y a sus pies había un estudiante sangriento, derrumbado. De esta manera eran las fotografías. Así fué pasando la noche. Después despertó Quevedo y empezó a trabajar en silencio. Estaba de mal humor y trabajaba de mala gana, ignorándome, borrándome de la mesa, de la misma mesa llena de papeles, donde estaba sentado frente a él, bajo la pantalla verde, tocándole las rodillas. Quería comprenderlo, pero todo me hacía estar amargado y disgustado. ¿No eres del sindicato? ¿No estudias francés en el Pedagógico? ¿No eras compañero de Luis en la Escuela de Leyes? ¿No te insultaste con Gerardo una mañana de asamblea en la Universidad? Ahora están muertos, al lado de los otros, tirados en el suelo, en las alfombras, en los linóleos, cubiertos de sangre, llenas las bocas de silencio. Lo miraba con rabia echando a correr la pluma sobre las pruebas, corrigiendo alguna

frase, sacando con furia unas líneas que sobraban, escribiendo como se debía el nombre del Gobernador, cogía una foto y la miraba en silencio, sin comprender, y la dejaba, siempre en silencio, encima de la mesa. Me miró sin verme. Tenía deseos de hablar con él, para que comprendiera lentamente mi preocupación y mi tristeza. Por eso lo miraba. ¿Te das cuenta? Los mataron a todos, están todos muertos en la escalera, dentro de las oficinas, en los pasadizos, encima de los escritorios, bajo las sillas, las manos sobre las carpetas y los secantes, la sangre gotea de peldaño en peldaño, hasta abajo, esta noche correrá bajo la puerta, hacia la calle. Quevedo estaba ceniciento, se echó la cara sobre el brazo derecho y la derrumbó en la mesa con un gesto, tal vez, de pena, pero no tenía pena. Tenía sueño aún, era evidente, y todo eso, la revuelta, los disparos, los muertos, las botas llenas de sangre, los caballos que nos habían empujado aquella misma tarde en la calle, contra el sol de la pared, los insultos, los llantos, las risas descarnadas para disimular, aquel susto apresurado, lo ponían rabioso, eran una sorpresa que lo molestaba y lo sacaba de cauce, eran un cambio inesperado e increíble para él, que pensaba en otras cosas, que tenía otras perspectivas, proyectos diferentes, distintas esperanzas. Demasiados muertos para una sola tarde de primavera, amigo mío, pobre amigo mío, adiós, Quevedo, tenías un sueño tan plácido y tranquilo, tan salido de la ciudad, de las calles, de las casas, de los muertos, los muertos que ya nada tienen que hacer con la vida porque mientras se enfrían dejan de ser muertos y trágicos y terribles. Yo pensaba que Quevedo estaría otra vez durmiendo, bajando, torciendo a sus recuerdos, al entresueño de media hora antes,

iría aún por los campos de Tobalaba, caminando desesperado, buscando con ansias, despidiéndose de mí que estaba sentado en la sombra, mirándolo alejarse. ¡Adiós, amigo! Se alejaba de la ciudad, de nosotros, de los muertos, de los huelguistas presos, de los heridos que quedaron una lejana tarde en la orilla del río, cerca de la Escuela de Medicina, cuando llegó la tropa en camiones y bajaron las cajas e instalaron las ametralladoras en las gradas y metían el ojo detrás y colocaban la mirilla para coger en ella las piernas tendidas en el césped, los pantalones, las medias, y los estudiantes los miraban riendo desconfiados, entre naranjas, entre los apuntes de Anatomía copiados a mimeógrafo y las peinetas y los lentes ahumados y los pañuelos de colores que tendían en el suelo las más bonitas para empaquetarse vaporosas en ellos. ¡Mueran los pacos! gritaban en un modesto susto y se reían desconfiados y disparaban cascaritas de naranjas que rayaban la mañana y se besaban con escándalo delante de las ametralladoras. Los sentía reír aún, envueltas sus risas en el rumor acuoso de las prensas. Quevedo, entonces, estaría, quizás, en las oficinas abandonadas del diario, en la prefectura, en la intendencia, averiguando detalles de la huelga, llamando por teléfono al abogado para que fuera a sacar a Fernández, a Paine y a Fulano que estaban presos desde la noche del sábado, cuando a las tres de la mañana, en un bar de la calle Bandera, habían entrado en fila los hombres uniformados, sobrios, duros, despeinados y soñolientos, tarareando con sosiego el "Barrilito de cerveza" y después una canción más germana y más agresiva. A los dos minutos volaban por el aire las copas y las bo-

tellas y los hombres primero fusilaban el suelo con sus balazos y después cazaban en el aire las bujías y luego, en medio del silencio, nos llamábamos en la oscuridad, como cuando en la imprenta también habían llegado disparando contra las ampolletas. Eso había sido en la tarde de hacía cuatro días, como a las siete. El apaciguado golpear de las prensas se había acallado y tras las cosedoras los hombres de la encuadernación se habían quedado quietos y expectantes y la enorme rotativa que movía en el patio sus caderas vomitando los últimos pliegos bajo las polleras, había quedado sosegada también, mostrando al aire sus enaguas llenas de tinta, y en medio de todo ese silencio se veía fácilmente que Quevedo no estaba. Todos alzaban las voces, protestaban, se reían sin ganas. Quevedo no aparecía y dentro de diez minutos iban a votar la huelga y dentro de otros cinco seguramente llegarían los hombres y apagarían las luces en la gran puerta de la entrada y vendrían disparando desde lejos, agachándose en la oscuridad. Siempre actuaban así, les pegaban a las mujeres primero para desparramar los gritos y desnudaban las carabinas. Quevedo llegó para entonces. Lo vimos junto a las mesas de las botellas, pasándose las manos por el pelo liso y restregándose los ojos con sueño. Debió hablar cosas entonces, cosas que desde muy lejos se aparejaban, se distendían, se interpolaban y disimulaban junto a nuestros problemas. Habló otras cosas para explicar la miseria, recordó a su familia y un velorio en Cauquenes, le pasaban una garrafa de vino y la miraba con ansias, con sueño, se la bebió para acordarse de los trenes que iban a Pirque y que pasaban sonando por la misma puerta y que

lo despertaban cada madrugada de invierno y aún aquella mañana aterida cuando se enfermó alguien de la familia y él tenía que ir corriendo a través de la neblina y los rieles a buscar al viejo médico, que no estaba en su casa, que estaba en cualquier parte, en todas partes, en todas las esquinas, en todas las ventanas iluminadas de la calle principal del pueblo y él pensaba muerto de frío y miedo que era una cosa horrible ser pobre y enfermarse, ser pobre y que lo mandaran. Por eso, para tapar todo eso, se habría bebido su vino y, agarrado a la silla, gritaba con cansancio contra el Gobernador. Yo lo miraba pasearse en la Alameda en los atardeceres del último verano, con el Dentista a un lado y el perro grande en el otro. ¡Abajo el Gobernador! gritaba desesperado Quevedo y el Gobernador se perdía en la calle, mustio y enfurruñado, rodeado de tanta sombra, de tantos recuerdos, trozos de viejas óperas cantadas en el Teatro Municipal, en los camarines, en los dormitorios, antiguas melodías bajando por las gargantas deseadas junto con sus manos. Me sonreía ahora con tristeza mirándolo dormir, dormitar, soñar y hacerse triste y borrado. ¡Están todos muertos, los mataron a todos, compañero! No, no podía escucharme, estaba ausente, iba lejos y estaba su cuerpo vacío, su mezquino cuerpo desagradable y feo, con pocos gestos, corriendo por los campos de Tonalá, la cara al viento, los deseos al viento, huyendo de los muertos, de los obreros presos, de los uniformados que seguían descargando cajas de balas en plena plaza, me hacía señas al entrar al sol y verme parado en la sombra, bajo los árboles, me gritaba algo, tal vez, no le digas nada, no le digas lo que estoy haciendo, lo que

pienso hacer, anda a la imprenta, dale mi recado al regente, no se te olvide telefonar al abogado, votaremos la huelga a las ocho. ¿Qué valía todo eso? Todo eso ya estaba hundido y muerto con ellos, disipado para siempre entre los gritos y el humo. ¡Adiós! ¡Adiós, Quevedo! El sonreía y me gritaba que no me olvidara de dar su recado. ¿Qué podía decir yo? ¿Que sabía de lo que pensabas hacer, de lo que deseabas verdaderamente hacer mientras ibas por el campo hacia el agua, hacia el viento, hacia las zonas libres? Te veía siempre tan distinto, tan borrado, tan borroso, aún cuando gritabas que mañana a las diez había asamblea en la Universidad y que no faltáramos. Tú te ibas antes, caminando siempre por el campo. ¿Buscando qué? ¿A quién buscabas, Quevedo? Nunca lo pude saber y eso, sólo eso era lo que me daba tanta rabia y amargura. Llegó la hora de irse. Bajé apurado, salí corriendo. Yo también estaba de mal genio y tenía, además, una pena que se me iba extendiendo, amargando. Me acordaba de Quevedo, me dió rabia. Me acordaba de los estudiantes, de los obreros, todos del pueblo de abajo; había visto la fotografía de ellos pasando por las calles con los brazos en alto y, después, esa otra que los mostraba frente a la enorme casa bañada de sol. Era lo último que se sabía de ellos. "Habrían muerto todos los revoltosos", decía el diario que compramos en la tarde. Me sentía con pena, con rabia, con pena. Siempre he creído que para ser absolutamente bueno, es necesario, es obligatorio casi, odiar a alguien. También creo que es conveniente no permanecer siempre en este estado, ni odiar a todos los hombres. Pero no me impide pensar, por el contrario, me empuja a ello,

que se debe odiar a algún hombre, a una especie de hombre, hasta donde se pueda y siempre. En ese estado llegué a la casa. Abrí la puerta, estaba oscuro. La oscuridad me asustó, me hacía pensar en la escalera llena de muertos. Y por eso, al punto, me incliné sobre el lecho, tenía necesidad de verle los ojos abiertos, la remecí para despertarla, y le dije: Amigos, aún me acuerdo (nunca tuve bastante memoria) que le estuve diciendo:

—Oye, oye, los mataron a todos...

Ella despertó y me dijo, acercándose en su sueño:

—Ah, ¿eres tú? ¿qué hora es?

Me exasperaba, pero me sentía muy doliente para estar rabioso. Le dije, le expliqué:

—Hubo una matanza de estudiantes en la Universidad y en la calle, en la escalera, en el rascacielos...

Ahora me contestó lo que yo quería que me contestara:

—¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Estuviste en la Universidad, fuiste a clases?

Y se tranquilizó en seguida. Supo ya que no había estado metido en eso, puesto que me encontraba ahí. Dijo después:

—¡Pobres muchachos! ¿Eran muchos?

—No sé... No se sabe nada...

Y al momento le digo:

—¿Cómo te has sentido?

Me contesta con sueño, alejándose, acercándose:

—Mal. Me ha dolido el cuerpo. No me he levantado. Tengo fiebre. —Después—: Los ratones se han llevado escarbando todo el día. Me tienen muy nerviosa.

Se duerme.

Me quedé pensando:

—Los ratones.... Habrá que traer un gato.

Invierno 1951—Verano 1952.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	5
Este libro	6
Prólogo	7
Antecedentes	17
Como ocurrió	67
En la noche, los vivos	121
Pan y sueño	257
Epílogo primero	277
Epílogo segundo	283

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO

A LOS VEINTITRÉS DÍAS DEL MES

DE SEPTIEMBRE DE 1953, EN

LOS TALLERES GRÁFICOS

DE LA EDITORIAL NAS-

CIMENTO EN SAN-

TIAGO DE

CHILE



que con gran precisión califican al autor:

“Usted tiene un talento excepcional (en realidad, no tenemos el equivalente suyo en Francia), y es imposible, a pesar de la onda de mediocridad que lo aplasta, que este talento no sea reconocido un día en forma explosiva” (carta del 20-10-52).

“Es innegable que usted es uno de los escritores más auténticamente grandes de la América Latina. Haré lo posible para que la Francia se convenza de ello” (carta del 21-12-52).

Orgullosos de que nuestro Concurso haya servido —en cierta medida— para “descubrir” en Chile a este gran escritor tan conocido y admirado ya en Francia, entregamos esta novela al público, seguros de que sabrá encontrar, dentro de su prosa hermosamente elaborada y densa, un patetismo que se alza a la altura de las mejores creaciones novelísticas y una ternura humana, a veces disfrazada de ácido escepticismo, que toca hasta el fondo del corazón de sus personajes.